

Luz Corral de Villa:
La mera mera

Alfonso Escárcega

Prólogo de Jorge Aguilar Mora

Página legal

Dedicatoria:

Para rendir un homenaje a una dama que se consagra a defender el nombre de su esposo, no se necesita ser revolucionario: Basta con ser un hombre de honor.

Nemesio García Naranjo.
México, D. F., julio de 1936.

Apasionado como soy de los ideales de la Revolución Mexicana, he escrito este libro como un devoto homenaje a la señora doña Luz Corral viuda de Villa, quien ha dedicado su vida, con abnegación y ternura, a enaltecer el recuerdo de aquel contradictorio capitán de tempestades y vengador de los explotados, que fue la figura más notable de nuestro movimiento armado de 1910: ¡Pancho Villa...!

Alfonso Escárcega
Chihuahua, Chih., 30 de septiembre de 1973.

El Aleph de Luz Corral

“Relato breve de un hecho curioso que se hace como ilustración, ejemplo o entretenimiento”, dice la primera definición de *anécdota* en el diccionario de la Real Academia. A continuación siguen: “Suceso curioso y poco conocido, que se cuenta en dicho relato”; “Argumento o asunto de una obra” ; y “Suceso circunstancial o irrelevante”.

En *Luz Corral de Villa: la mera mera* se abarca las cuatro definiciones usando la vida de Pancho Villa como tema. En este libro, los relatos breves y los sucesos de todo tipo se encadenan como cuentas de un rosario que fluyen de la memoria de Luz Corral, una de las viudas del revolucionario norteño. Los hechos narrados son ilustraciones de su carácter, ejemplos de su conducta, meras circunstancias, acontecimientos poco conocidos, y todos juntos nos dan el argumento, no de una obra, sino de una vida.

En el antiguo francés, *anecdote* significaba “hechos secretos o privados”; sentido que en el siglo XVIII comenzó a perder fuerza a favor de “sucesos curiosos e irrelevantes”. La etimología de *anécdota* agrega una característica muy importante a estas cuentas rememoradas de la historia villista: “cosas inéditas” en griego.

Luz Corral de Villa: la mera mera no es un texto de historia; no son las memorias de Pancho Villa contadas por una de sus esposas; no es una interpretación sistemática de una vida; es un anecdotario. Hay de todo, como dije antes, hay mucho de irrelevante, de meramente curioso, de poco conocido, de circunstancial; pero la forma misma de la obra – una larga entrevista que se divide en jornadas accidentadas y sujetas al azar – apunta a una voluntad anacrónica, que pertenece más al origen de la conversación que a la función informativa de un cuestionario: aquí encontramos lo inédito de una vida, y también los secretos y las pulsiones privadas de un hombre singular.

Alfonso Escárcega declara, cuando está construyendo el libro, a mediados de la década de 1970, que Pancho Villa estaba dejando de ser héroe para ir más allá, para convertirse en una leyenda. Curiosa-

mente, su enorme trabajo de recopilación de datos y el interrogatorio de Luz Corral producen todo lo contrario: al revelarnos los hechos más banales de la vida y del pensamiento de Villa, nos ofrecen a un héroe que se empeña en volverse más humano que cualquier personaje anónimo de la historia.

Y eso es precisamente lo que más se agradece a esta empresa de Escárcega, el memorable cronista de la ciudad de Chihuahua: se adentra en la personalidad de Villa como si abriera un fruto y de éste se desparamara el jugo y las semillas en un suelo que no sabemos si es fértil o es estéril.

Cuando Escárcega elaboraba su libro no existía una obra comprensiva y sistemática –con recursos de todas las fuentes posibles, pero sobre todo de los archivos– que recorriera el transcurso de la vida de Villa desde su nacimiento en 1878 hasta su muerte en 1923. Esa biografía existe ahora, por partida doble: *Pancho Villa* de Friedrich Katz (1998); y *Pancho Villa, una biografía narrativa* de Paco Ignacio Taibo II (2006).

El libro de Katz es, sin duda, admirable: una empresa que recorre todas las fuentes bibliográficas y de archivo posibles para situar, finalmente, a Pancho Villa en la historia de los hechos militares, políticos y sociales desde sus primeras andanzas como bandolero hasta su retiro en Canutillo, pasando por su etapa revolucionaria. Es una visión abarcadora, detallada, fundamentada, razonada. No obstante, de acuerdo con las premisas del quehacer histórico de Katz, la imagen que se desprende de esa monumental biografía es parcial. Tenemos –para resumir este juicio lo más posible– a Villa como hombre público, pero no como hombre gregario. Por momentos, parece como si Villa hubiera actuado solo. Extrañamente, no hay en Katz ningún intento visible de reivindicar las teorías decimonónicas del “héroe”, del gran hombre que decide los destinos de la historia; hay una concentración metódica en el personaje histórico y un recorte –a veces desesperante– en el cual Villa aparece desligado de los villistas, es decir, tanto de sus tropas como de los habitantes de tantos pueblos y ciudades que lo admiraban y respetaban.

Y en muchos sentidos Villa sin los villistas es incomprendible. Ese flujo de alimentación y retro-alimentación de Villa con la tropa que lo seguía y daba su vida por él, y de Villa con los habitantes de pueblos y

pueblos y ciudades que lo acogían como uno de los suyos, es un elemento esencial para entender que él era, sí, un hombre excepcional, pero también uno más de ellos. Uno más de los villistas significa que Villa compartía características propias de la región donde nació, de la región donde se crió, de todos los influjos y reflujos de la red de relaciones familiares, amistosas, rituales, locales y regionales. Villa era, en un sentido estrictamente etimológico, un hombre económico. Es decir, profundamente determinado por la necesidad de mantener el equilibrio de las reglas, normas y leyes de los núcleos sociales, desde los familiares hasta los nacionales: imaginaba la nación como un gran conjunto de familias reunidas en colonias militares; y reproducía la familia como si hubiera querido formar una nación él solo.

Esta carencia fue agudamente percibida por Paco Ignacio Taibo II, y su libro *Pancho Villa, una biografía narrativa* se propuso remediarla. Aquí encontramos lo que faltaba en Katz: la dimensión indispensable de la humanidad de Villa desde los pormenores más banales hasta los más capitales. Y resulta admirable la manera en que Taibo II emprende la tarea de captar los matices de un personaje que es al mismo tiempo común y singular. Taibo II entiende con lucidez que si Villa no hubiera sido un personaje común, nunca hubiera provocado esa identificación que sentían sus tropas y la población de muchas regiones del país con sus actos y su personalidad; y también, por supuesto, comprende la singularidad de este hombre que sigue dejándonos perplejos con cada hecho nuevo que conocemos de él.

Cuando nos adentramos en la perspectiva de Taibo II, sentimos de pronto un vértigo y entendemos la posición estricta de Katz. Éste se dio cuenta de que abrir la mirada hacia el ámbito de lo literalmente biográfico es una empresa inacabable, vertiginosa. Es imposible agotar una vida como la de Villa y, necesariamente, intentar abarcarla conduce a revelar no sólo los detalles sino también los vacíos: siempre habrá hechos y actitudes y pensamientos que ignoramos. Si Katz podía decir que había cubierto la mayor parte de los acontecimientos, Taibo II tenía que admitir que en realidad estaba abriendo la visión a un mundo inagotable. En efecto, es una empresa imposible, pero necesaria de hacer, y la decisión de Taibo II es por ello doblemente agradecerle.

Ambas biografías, repito, son indispensables y admirables.

El libro que el lector tiene en sus manos es una muestra de que Villa no se agota, como no se agota la vida de nadie. Pero Villa no es un nadie cualquiera: más allá de la santidad que le quieren otorgar su viuda Luz Corral y el cronista Alfonso Escárcega (y muchos más); más allá de la calidad de héroe o de leyenda en donde lo quieren colocar muchos, Villa es un signo vital de la historicidad y de la personalidad mexicana, es un glifo, un jeroglifo, un mapa donde tenemos que perdernos para encontrar la ruta de nuestra historia y de nuestra identidad.

Porque Villa es, en efecto, un *fenómeno*; es decir, antes que nada, una verdadera aparición en la historia de México: muchos libros – entre ellos, por supuesto, las dos biografías arriba mencionadas– hablan de la relación de Pancho Villa con varios “bandidos” de su región. Sin duda, perteneció a las bandas de algunos de ellos, pero la vida fuera de la ley imponía –contemporáneamente y para nosotros, su futuro– la necesidad del secreto, del disfraz, de la evanescencia. Al mismo tiempo, entre más datos obtenemos de su vida pre-revolucionaria, más comprobamos que Villa tuvo también una intensa vida pública en el comercio de la región, que se desarrollaba alternativa o paralelamente a la otra. El fondo o trasfondo de la vida de Villa –es decir, antes de 1910– es tan importante y profundo como el que supuestamente conocemos de su actividad revolucionaria.

Escárcega –haciéndose eco de una opinión muy común entre los que conocieron en persona al guerrillero– comienza señalando el carácter contradictorio de la personalidad de Villa. Sin embargo, antes del carácter, habría que calificar la vida de Villa y señalar que las contradicciones comienzan desde los primeros hechos; desde esa convivencia de lo secreto con lo público. ¿Contradicción de su vida? Sí, pero nada es así de simple porque también es una contradicción inherente a las condiciones históricas mismas que le tocó vivir.

En *Luz Corral de Villa: la mera mera*, Escárcega le hace a la viuda doscientas cuatro preguntas. La abrumadora mayoría son sobre la vida y la personalidad de Villa. Muchas preguntas y muchas respuestas pueden ser intrascendentes (las preguntas y comentarios sobre las opiniones de algunos presidentes son obvias y prescindibles). Sin embargo, lo prodigioso de este libro, donde se despliega una memoria formidable –la de Luz Corral, por supuesto–, resulta ser que no sabremos nunca qué es significativo y qué no lo es. Luz Corral habla de muchos per-

sonajes verdaderamente inéditos, y en muchos casos, si siguiéramos el hilo de los acontecimientos, podríamos llegar a revelaciones importantes. Los sucesos “circunstanciales e irrelevantes” adquieren una ambigüedad inquietante: ¿hay realmente sucesos “irrelevantes”? ¿Existen hechos sin sentido?

Este libro es un libro virtual: ofrece las posibilidades inmensas de un territorio insertado en medio de una geografía y de una historia infinitas, conectado con una multitud de hechos, de situaciones, de personajes que están en disponibilidad de modificar el conocimiento y la evaluación de nuestro pasado.

La historia de la rivalidad entre Luz Corral y Austreberta Rentería por la legítima viudez no es sólo una anécdota privada: detrás de ellas están decenas de viudas y de hijos que dejó Villa, y están también otros misterios de nuestra historia. Por ejemplo, a la pregunta (139) de Escárcega: “¿Quién le entregó a usted el carro Dodge que manejaba Villa, cuando fue acribillado a balazos en Hidalgo del Parral?”, Luz Corral responde que un tal Pablo Murguía escondió el carro y ella más tarde recibió la información sobre dónde se encontraba a través del albañil que había construido la tapia para ocultarlo. Pero existe un documento oficial en el cual el gobierno mexicano acusa recibo del carro donde fue asesinado Villa donado por la viuda Austreberta Rentería como agradecimiento por habersele otorgado una pensión oficial vitalicia. Este recibo oficial se encuentra en un pequeño archivo de documentos de Nellie Campobello conservados por el Archivo Histórico del Centro de Estudios de Historia de México-CARSO (antes Condumex). ¿Cuál de los dos carros es el auténtico? Esta es la pregunta inmediata que uno puede hacerse. Pero hay otras dos más inquietantes: ¿el carro que donó Austreberta Rentería es el mismo que se conserva en el museo de Luz Corral? Y si es así, ¿cómo llegó allí?

Otro tema de interesante discusión es la rivalidad de Luz Corral con Nellie Campobello y Martín Luis Guzmán. Los datos que ofrece la viuda son muy interesantes, pero no por ser verídicos, sino porque apuntan hacia la posibilidad de que exista otra biografía dictada por Villa cuyo paradero desconocemos. En ese pequeño archivo de Nellie Campobello que conserva el CEHM-Carso están las pruebas de que Martín Luis Guzmán no se robó ningún manuscrito. Tal y como él lo dijo muchas veces, hizo copias de un manuscrito que le proporcionó Austreberta

Rentería y con él ocupó el primer tercio (casi sin alteraciones) de sus *Memorias de Pancho Villa*.

Lo importante en muchas afirmaciones de Luz Corral no es siempre la veracidad, sino la dirección de la obsesión, sino el blanco de su intensidad. Probablemente, o lo más seguro, Luz Corral no sabía ya que estaba inventando cuando acusaba a Martín Luis Guzmán de ladrón de un manuscrito. Ese olvido es parte de la historia: es el mismo olvido de Villa cuando cuenta su propia vida y omite muchos datos relevantes. Pero en ese olvido hay fulgores de un valor inestimable: cuando Luz Corral señala a Ramón Puente como uno de los mejores biógrafos de Villa demuestra una gran lucidez, a pesar de que sólo se refiere a la semblanza *Villa en pie*, y parece desconocer la biografía de su esposo que el mismo doctor Puente publicó en Los Ángeles en 1919. (En 1923, después del asesinato de Villa, el *Universal Ilustrado* publicó una biografía suya firmada por Rafael F. Muñoz. En realidad, se trataba del texto de Puente más una crónica de los últimos años del guerrillero que sí estaba redactada por Muñoz. Éste le dio crédito a Puente, pero el formador del folleto no puso el nombre de Ramón Puente en la portada, sino al pie de una página donde terminaba su texto, de tal manera que hasta resultaba incomprendible encontrarse con ese nombre casi al final de la obra y como perdido entre dos capítulos de la biografía).

Las respuestas de Luz Corral en la mayoría de los casos despiertan la curiosidad histórica, la inquietud de que estamos ante hechos que tienen una capital importancia y que requieren ser investigados. En efecto, sus recuerdos nos entregan las condiciones que permitieron la aparición de ese fenómeno llamado Villa con sus maneras de amar, con sus fidelidades ancestrales, con el entramado de su familia, con su negocio cotidiano, con el misterio de sus afectos, con sus nudos íntimos atados a la historia...

Pero hay una frase que es como una piedra Rosetta de la personalidad de Villa. A la pregunta (número 39) de Escárcega sobre si Villa estimaba a Abraham González, Luz Corral inmediatamente dice que sí, y de pasada ofrece una anécdota, una anécdota que no ilustra en nada la estimación de Villa por Abraham González, sino el hecho de que aquél era un “hombre muy desconfiado, sumamente desconfiado, pero muy inteligente. Muy zorro. Siempre estaba en todo”. Como en mu-

chos otros casos –y ése es también un aspecto fascinante de este libro–, Luz Corral cuenta una historia para probar un punto, y sin darse cuenta nos revela una información más valiosa que los datos de la respuesta.

En este caso, la anécdota quiere mostrar, en efecto, lo desconfiado que era Villa; pero en el transcurso de ella nos entrega una de las claves más esenciales de su personalidad, una de las iluminaciones más ricas de su singular perspectiva vital, una especie de Aleph para todas las biografías de Villa que faltan por escribirse.

Un hombre cojo, que conocía a Villa y a Abraham González, estaba interesado en que éstos se conocieran. Cuando Abraham González dio su acuerdo para encontrarse, el cojo fue con Villa y le dijo que diera la hora y el lugar de la cita. Villa le respondió que esperaría a Abraham González en uno de los salones del piso superior de la Filomática. Luego Villa se “metió a la recámara y trajo un candado y una llave. ‘Bueno, amiguito –le comentó– dígame que lo espero a la noche (le dio la hora) y que lleve de contraseña esta llave. Como usted ve, yo me quedo con el candado’”.

Cuando Abraham González llegó al lugar de la cita, acompañado “de un empleado de la Casa Krakauer”, el lugar estaba a oscuras. Villa pidió la contraseña y Abraham González le dio la llave. “Emocionado dijo Pancho: ‘Entonces, usted es don Abraham’. Enseguida pidió disculpas por la oscuridad y dijo que no había tenido tiempo de llevar un aparato para aluzarse. Quiriendo quedar bien, el empleado de Krakauer sacó un cerillo y lo prendió. Pero Pancho con una velocidad increíble se lo apagó”. Y entonces Villa dijo esta frase que iluminó no sólo el salón de la Filomática, sino también toda la vida de Villa y todos nuestros desconciertos y todas nuestras perplejidades: *“Para qué nos vemos las caras, si nos vamos a ver los hechos”*.

Luz Corral nos dejó los puentes de las palabras para llegar al espacio de los hechos. Y Alfonso Escárcega nos dio la llave para abrir –aunque sólo sea “apenas”– ese candado insondable.

Jorge Aguilar Mora

Maryland, agosto de 2012

EL PORQUÉ DE ESTE LIBRO

En el mes de septiembre del año pasado, bondadosamente, fui invitado por el “Club Rotario” de Ávalos, de la ciudad de Chihuahua, a sustentar una plática, habiéndome señalado un tema específico: Francisco Villa.

Como éste es un personaje al que vengo estudiando, empeñosamente, desde hace algunos años, a través de libros, periódicos, revistas de antes y de ahora y de pláticas con muchos actores que lo fueron del Movimiento Maderista, lo mismo sean a favor o en contra de este estupendo, inigualado “Revolucionario non”, acepté con gusto dar esa charla, a pesar de que temía un poco que mi auditorio no fuera muy propicio para escuchar elogios de quien, como dijera en certera y bella frase, Leopoldo Ramos: “Empujaba huracanes con el pecho de su caballo...”

La lectura de mi trabajo consumió alrededor de treinta y cinco minutos. Luego, el presidente del Club preguntó a los asistentes si querían hacer aclaraciones o críticas sobre lo que habían escuchado, ¡Y ante mi asombro, durante cerca de noventa minutos, más de quince Rotarios —un cuarenta por ciento del total— estuvieron recordando anécdotas y pidiéndome ampliara algunos de los tópicos de mi conferencia. Pero ninguno tuvo frases despreciativas o de crítica acerba para el Centauro.

Naturalmente, quedé muy complacido con el resultado de mi actuación. Este es el texto de mi intervención:

“PANCHO VILLA SIGNO DE CONTRADICCIONES”

El tema que se me ha señalado para charlar un rato con ustedes esta noche, es sumamente complejo. Es un tema verdaderamente “caliente”.

Rabiar de Pancho Villa, que decir Francisco Villa, como que no es lo mismo, no es nada fácil en este Chihuahua de mis querencias, donde la

hoguera de las pasiones revolucionarias aún no se apagan y donde todavía, se habla impetuosamente en contra o en favor de este personaje, tan famoso, tan pintoresco, de tan soberbia personalidad, tan desconcertante, que se me antoja, se ha escapado ya de las páginas de la Historia, para entrar triunfante, entre salvas de fusilería, en el campo del mito o de la epopeya.

Sé que esta plática, no llenará el gusto de todos, ni quedará a la medida de algunos criterios.

Pancho Villa es y será ave de tempestades y signo de contradicciones. Ser conflictivo, hombre de aventuras inverosímiles, en las cuales la gloria y el crimen se dan la mano, mientras los elogios más elocuentes pronunciados por los pensadores más autorizados de México, rebotan contra los vituperios más encendidos, o los adjetivos más sucios y denigrantes.

¡Sabrá Dios cuántos lustros o cuántas décadas habrán todavía de transcurrir, para que se juzgue desapasionadamente, la figura extraordinaria del guerrillero que aunque nacido en el rancho del Pajarito, cerca de San Juan del Río, en el estado de Durango, el 5 de junio de 1878, unió de tal manera su nombre al de nuestro amado Chihuahua, que en nuestra vasta geografía —lo hemos escuchado en reuniones de tipo social, religioso, económico o político— cuando el gusto se derrama y los hermanos de otras latitudes quieren halagarnos, producen dos gritos que se antojan ser uno solo: ¡Viva Chihuahua! ¡Viva Villa!

Para hablar de quien nació como Doroteo Arango, dejando constancia del hecho, en el acta número 217 del Registro Civil de Lerdo, para pronto entregar a la fama el nombre de Pancho Villa, es indispensable dejar a un lado las palabras suaves, los términos aterciopelados y las frases almibaradas.

Villa sólo se entiende hablando de huracanes, de tormentas, de asesinato, de asaltos, de justicia hecha por propia mano, de persecuciones, de venganzas, en fin, de guerrillas en que la inteligencia es básica para el éxito y la malicia y la desconfianza son indispensables.

Nuestro personaje sólo admite que al hablar de él, se haga en términos de llamaradas, de valor suicida, de aludes arrolladores.

Fue mucho hombre Villa como para que pueda quedar dentro de los moldes convencionales.

Permítaseme hacer un paréntesis para aclarar mi postura personal, con relación al Guerrillero sin par, al “ignorante”, que supo poner en la picota del más refinado ridículo, al general John J. Pershing, el condecorado no sé cuántas veces y al de las estatuas en varios rumbos del planeta, cuando este militar lo perseguía con elementos de guerra en tal cantidad y calidad, como si lo hubieran mandado a conquistar toda Europa.

Admiro a Villa en lo que vale como Revolucionario. Y sobreadmiro su estupendo aporte en el triunfo de la Revolución Mexicana.

Pero en mi casa, representó siempre, el símbolo perfecto de la barbarie.

Jamás en nuestro hogar se le denominó con otros adjetivos que los de bandido, criminal, fiera y algunos más, ni menos llenos de colorido, ni menos demostrativos de un coraje que jamás pudo extinguirse, a pesar de los años que iban transcurriendo.

Mi familia fue víctima constante de las “hazañas villistas”.

Pero esto es una cosa completamente personal y mal andaríamos, si para juzgar históricamente lo que vale o lo que no vale un hombre en la vida política del país, tuviéramos que supeditar cada opinión, a nuestra conveniencia.

Villa, sin género de dudas, es el personaje mexicano más conocido —y tal vez más admirado, por ese sector de población al que denominamos “populacho”— en el mundo entero. Y que no tosan burlescamente quienes lo odian patológicamente, ni quieran negar la luz del sol, los que guardan para el vencedor de Zacatecas, resabios y recuerdos negros.

Sin su aportación magnífica a la Revolución (este movimiento generoso tan repudiado hace todavía unas cuantas decenas de años en muchos países de la tierra y ahora aplaudido y puesto de buen ejemplo por infinidad de pueblos adelantados) no hubiera triunfado tan esplendorosamente sobre la dictadura porfirista, o al menos se hubieran tenido que sacrificar muchas miles de vidas más, si el Centauro del Norte no interviene tan estupendamente.

La personalidad de Villa fue tan definida, que todos los generales revolucionarios quedan opacados —sólo Zapata se salva— ante la imagen que el pueblo tiene del jefe de la División del Norte, admirador

incondicional por otra parte, quién lo creyera, de un hombre tan limpio, de conducta tan vertical, tan humano, tan idealista como don Abraham González.

Cierto día nos contaba un amigo muy estimado, el doctor Federico Stove y lo hacía emocionado hasta el grito, cómo presencié en el año de 1918, en los cinematógrafos de Alemania, que los jóvenes militares aventaban sus gorras o sus sombreros, al aire, prorrumpiendo en vivas, cuando aparecía en la pantalla la clásica figura de Villa “rayando” su caballo entre nubes de polvo. Y Stove, conste, era un hombre de gran cultura y un militar distinguido, condecorado en dos ocasiones.

Tal vez el ingrediente de más importancia en la personalidad de Villa, sea la contradicción.

Efectivamente, todo en él, es negación y afirmación en constantes virajes. Es un péndulo, que a muchos asombra y a todos desconcierta.

Poca mella hace, por ejemplo, en el ánimo del pueblo nuestro, seguir a más de medio siglo de distancia de las hazañas villistas, que mi dilecto e inteligentísimo amigo, el licenciado José Fuentes Mares, afirma: “ la naturaleza de Villa y su ignorancia, estaban por abajo del alfabeto...”

Los villistas, oyendo esto sonríen o contestan, con el formidable, notabilísimo canto que José Santos Chocano, el poeta peruano —casi nadie— dedicara al “Bandolero Divino”:

Por dentro de tus lauros, con que ilustras tus sienas
la locura sacude su poderosa crin;
tan grande en el delito, como en la gloria, tienes
apta al puñal la diestra y el oído al clarín.
Hijo de águila y de tigre sientes en las entrañas
yo no sé qué delirio de metal en crisol:
Agua pura que gime bajo negras montañas
o arbol salpicado con la sangre del sol...

Se ha comentado, con machacona insistencia que sólo los intelectualoides, o los pseudo-intelectuales, pueden elogiar al sanguinario, al destrozador de honras, al asaltador vulgar, que es para un buen sector de mexicanos Pancho Villa.

Pero surge una voz nacionalmente respetable, para contestar con frases tan enérgicas como bellas, tan profundas como llenas de luz. Es nada menos que la del señor licenciado José Vasconcelos, “El maestro de América”, autor del sorprendente libro *La raza cósmica* y uno de nuestros filósofos de más prestigio. El *Ulises criollo*, le prologa a mi estimadísima doña Luz Corral Viuda de Villa, un libro sobre El Centauro.

En el año de 1964, apareció la segunda edición de un libro acusatorio, tremendamente acusatorio para Villa. Su autora, la talentosa parralense Celia Herrera, puso de “oro y azul” la figura del Brazo Armado de la Revolución. Aunque esta obra, como en su tiempo la primera edición, fue comentada favorablemente por muchas personas, no causó gran impacto.

¡Villa siguió siendo el revolucionario más discutido, el de “más pego”, el contradictorio, el de las cimas y el de las simas...!

El ilustre chihuahuense Martín Luis Guzmán, dueño de una prosa tersa, uno de los escritores de más valía en el idioma castellano en los días que corren, desde dos trincheras *El Águila y la serpiente* y *Memorias de Pancho Villa*, siembra simpatía por éste. Por ejemplo, cuando escribe pasajes como aquél en el que hace resaltar la lealtad del guerrillero norteño para Madero:

—¿Y cómo no le metió usted un balazo a ese jijo de la tiznada de Victoriano Huerta? —dijo Villa a Pani, en medio del relato que éste hacía de la muerte de Madero.

Pani estuvo a punto de reír o sonreír. Pero se recobró en el acto y penetrado de la verdadera psicología del momento, contestó muy serio:

—No era fácil.

A lo que replicó Villa después de reflexionar un segundo:

—Tiene razón, amiguito: no era fácil, pero... ¡vaya si lo será!

Se pueden contar por docenas los militares distinguidos que señalan a Villa, como un vil asesino. También por docenas, o por cientos, existen militares que lo alaban. ¿No quedamos asombrados cuando sabemos que un hombre con un sentido del honor quintaesenciado, aristócrata en la conducta y en el pensamiento, graduado en Europa como artillero, con sentimientos humanos innegables, como lo fue el general Felipe Ángeles, era subordinado del Centauro del Norte?

Villa, desde sus primeras escaramuzas como político, conquistó una singular relevancia, avasalladora, O porque se le temía, porque en verdad se le estimaba, o porque se le reconocía su valor, o abiertamente dicho, porque el miedo anda en buenos caballos, la influencia que llegó a tener entre la gente del pueblo, no se puede medir con el metro que se usa para obtener el tamaño de la popularidad de otros revolucionarios. Y otra vez, solamente se salva Emiliano Zapata.

El día 10 de julio de 1922 —Villa contaba entonces 44 años— “El Universal” diario de la Ciudad de México, “cerró el cómputo de su auscultación nacional entre sus lectores, para saber qué personaje tenía preferencia para ser postulado en las inmediatas elecciones presidenciales”.

Villa ya no era el de los días de jornadas rutilantes.

Canutillo, aparentemente, era un refugio, pero en verdad era un lugar de ostracismo. Unos cuantos leales, de aquellos que integraron la temida, la invencible División del Norte, lo acompañaban. Y sin embargo... sin embargo, en esta encuesta, Villa obtuvo cerca de ciento setenta y ocho mil votos, siguiéndole en popularidad Plutarco Elías Calles con ochenta y cuatro mil.

Tengo muy presente a un paisano mío, tan lleno de años como de estimación en su barriada. Alguna vez, me decía tratando de poner energía en su voz senil:

—Mire usted, en Villa no había una sola gotita de emoción, de ternura, de buenos sentimientos. Sencillamente era una hiena eso, ofendiendo a las hienas con la comparación.

Yo sonreí, mientras le daba las gracias por aquella información que catalogué, delante de él, como muy interesante. Rumbo al hotel, mi sonrisa se volvió maliciosa.

¡Cómo no iba serla, si hacía unos cuantos días, esa mujer de historial grandioso, Elisa Grienssen, nuestra heroína, me acababa de recordar, precisamente en ese lugar, en el Parral de mis amores, una anécdota que ahora relato sintetizada hasta lo imposible:

Era Elisa una niña —trece años en flor— cuando asombró a los mexicanos con su valor insólito y bello, nacido de un apasionado amor a México.

El jactancioso coronel norteamericano, Frank Tomkins, holló el suelo parralense. El pueblo estaba enfurecido, pero desorganizado. El truhán que acababa de invadir la población pedía altaneramente alojamiento y provisiones para la tropa. Elisa se dirige —trece años en flor— al presidente municipal, José de la Luz Herrera, exigiendo echara a los gringos.

Majaderamente, nos lo relató textualmente la protagonista, le contestó:

—Mire, muchachita, a lo mejor a la hora de freír los huevos, nos van a faltar cazuelas.

La frase grosera, no hace mella en el enorme corazón de aquella niña.

Arenga a la multitud. Le grita. Le ruega. Todo el pueblo se alborota y después de disparar algunas carabinas, corre a patadas a los intrusos.

Villa regresa pronto a Parral. Aprovechando alguna circunstancia favorable, Elisa sube al automóvil del guerrillero, mientras éste la mira extrañado, para después decirle:

—Nadie se trepa a mi carro sin mi permiso...

Ella, sólo musita:

—Soy Elisa Grienssen.

El Centauro, desarmado, responde suavemente:

—Con que tú eres la muchachita que les echó balas a los güeros... Mira, vengo herido de una rodilla, que si no, aquí mismo te me hincaba.

¡Allí queda ese piropo a ver quién lo mejora!

Hemos de repetirlo: contradicción viviente fue este analfabeta, con disposiciones de estupendo administrador; este iletrado, con destellos de economista. Y que no vuelvan las sonrisas irónicas a traicionarnos.

Quien se tome el trabajo de leer los periódicos oficiales del Gobierno del estado de Chihuahua, del 8 de diciembre de 1913, al 8 de enero de 1914, los treinta históricos días en que el general Francisco Villa fue gobernador provisional de nuestro estado, se encontrará con decretos que ahora mismo, cuando todo se nos va en hablar de nuevas estructuras, llenaría de orgullo signarlos a muchos que creen que han descubierto el hilo negro, al proclamar que solamente cuando las clases económicamente débiles tengan a su alcance lo indispensable para vivir con decoro, habrá paz social.

Creo que no está por demás aclarar que el Secretario General de Gobierno y alma del mismo, durante esas cuatro semanas de acontecimientos estrujantes, fue un hombre de estudio, autor de varias obras de carácter histórico, de valor civil comprobado y de costumbres morales a prueba de muchos ácidos: don Silvestre Terrazas, quien fuera oficial mayor del obispado, del cual era titular, S. I., el licenciado José de Jesús Ortiz, para luego ser el fundador del viril periódico “El Correo de Chihuahua”, de gratísima memoria.

¿Otra paradoja? ¡Clara y muy significativa!

Villa ha sido el único militar que a través de la historia de Estados Unidos de Norteamérica —éstos han ganado docenas de medallas de oro en las Olimpiadas de las Invasiones— invadió su suelo: Columbus se llenó de sangre y de fuego al paso de los villistas.

Y sin embargo, transcurridos los años, cuando aún resuenan por sus calles los cascós de la caballería mexicana, la ciudad de Columbus pone a uno de sus parques, el nombre de “Pancho Villa”. ¡En pocos lugares de la tierra pueden encontrarse estas contradicciones inexplicables!

Esta charla se va alargando y posiblemente algunos de ustedes, están ya cansados. Terminaremos con una última referencia de lo que significa Villa para nuestro pueblo.

El indomable guerrillero, dio su última batalla —creemos que en el porvenir dará todavía otras de mayor importancia— en el año de 1966.

¡No se quemaron entonces los cientos de millares de cartuchos que se dispararon en Tierra Blanca, en Torreón, en Ébano o en Ciudad Juárez!

Pero las opiniones que entonces se vertieron, sin ser de plomo y sin tener detonantes, hicieron que la opinión nacional se estremeciera.

Se había lanzado la iniciativa para que el nombre del general Francisco Villa se escribiera con letras de oro, en la Cámara de Diputados Federal.

¡Y aquí se armó la de Dios es Cristo!

La figura de Villa estuvo otra vez en primera línea. Al iniciarse el mes de noviembre, empezó la discusión parlamentaria.

Desde “el primer round” se vio a las claras que Villa ganaría por amplísimo margen.

La base para la polémica quedaba asentada en el dictamen de la Comisión respectiva. Decía ésta, entre otras cosas:

“La Revolución Mexicana tuvo ideólogos, caudillos, estadistas, políticos, militares de carrera, soldados improvisados y hombres de acción de muy diverso tipo.

El pueblo más expoliado y oprimido, que en grandes multitudes formó en sus filas. La gleba fue un venero permanente e inagotable de soldados para la lucha revolucionaria. Del seno de la gleba surge Villa, expresión genuina del hombre sometido al yugo y a la injusticia social de la época, personificación de la masa paupérrima y la desigualdad social que vino acumulándose de generación en generación...

La Historia de la Revolución es la del México contemporáneo. Reivindicar a Villa, es integrar plenamente la historia de la Revolución...”

Once oradores, echaron a volar las campanas de su inspiración y de su coraje.

Sólo hubo una voz en contra, mucho, muy débil: era el diputado Vicente Salgado, del Partido Revolucionario Institucional, quien razonaba su voto de esta manera:

“Tal parece que es un templo dedicado al dios Huitzilopochtli o a Móloc. Gentes de Carranza mataron a Zapata... Obregón sacrificó a Carranza. Ahora pondremos a Villa también, para glorificar tantos sacrificios de hermanos...”

¡La contradicción seguía siendo el signo villista!

Apareció, granítica, la argumentación de un verdadero polemista: el licenciado Vicente Lombardo Toledano dijo:

“Villa era como una fuerza de la naturaleza, vigoroso, implacable, duro, irreconciliable con la traición y sanguinario... Sí, las revoluciones no se han hecho nunca con flores, jamás. Y el jardín nuestro estaba yermo hacía muchos siglos. Nuestra tierra había perdido ya su capa fundamental que era la libertad humana. Para que floreciera era indispensable regarla. Y como dice Balzac: “De todas las semillas que se depositan en el surco de la tierra, las que mejores frutos dan, son siempre las semillas que representa la sangre humana.”

Total: la votación fue aplastante. Diez y seis diputados, le negaban a Villa el derecho de sentar sus reales en la sala del Congreso y ciento sesenta y ocho representantes populares, votaban sí, para que El Cen-

tauro alcanzara, como el Cid Campeador, después de muerto, una nueva victoria.

El decreto en su artículo único decía: “Inscríbase con letras de oro en los muros del salón de Sesiones de la Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, el nombre del General Francisco Villa.— México, D. F., a 18 de noviembre de 1966. Luis Dantón Rodríguez, Diputado; Manuel Bernardo Aguirre y Mario O. Olivera, Senadores.”

El 20 de julio del año que viene, Villa cumplirá cincuenta años de haber sido asesinado.

Hará medio siglo que cayó en una trampa. Él, tan astuto, tan perspicaz, con un olfato estupendo para el peligro, tan hecho a descubrir emboscadas.

Hombre-contradicción, tenía que tenerla, hasta el mismo instante en que expirara.

Pronto pues, otra vez, quizá en su “Siete Leguas”, tan bellamente sacado a colación por Graciela Olmos en un pegajoso corrido, cabalgará Pancho Villa, por los llanos de México, para presenciar otra batalla oral, de la que saldrá ganancioso.

No sabemos cuántos años más habrán de transcurrir para que las pasiones políticas se agosten; para que los rescoldos del rencor desaparezcan; para que el cráter del volcán de los aún resentidos, deje ya de eruptar odios...

Pero sí sabemos que nadie podrá detener la fama, cada vez más grande, de quien logró que el grito de ¡Viva Villa! sea corno santo y seña para los que no soportan a las oligarquías ensoberbecidas y para los que no encuentran todavía los caminos que necesitan recorrer, para acabar, definitivamente con la injusticia social, con la podredumbre política y con los logreros de una Revolución a la que traicionaron sin miramientos.

Pasaron algunas semanas desde que leí este trabajo.

Conocedores los muchachos de la “Cámara Junior de Chihuahua” de esta charla, tuvieron la gentileza de pedirme, a través de mi buen amigo don Pedro Muñoz, la repitiera, para sus socios.

Lo hice con el mayor de los gustos, cordialmente, porque este es un grupo al que admiro grande y sinceramente, por la meritoria labor

social que vienen desarrollando desde hace muchos años, con un “banco de leche” que proporciona a los niños lactantes indigentes, alimentos, es decir, vida en forma discreta y constante. ¡Hermoso gesto digno de ser imitado, que demuestra la calidad humana de quienes forman esa Institución!

Terminada la lectura de la conferencia repetida, nos dimos “un agarrón” de padre y muy señor mío, hablando de las hazañas portentosas de Villa, al grado de que a las casi dos horas de comentarios, la sesión hubo de suspenderse porque ya estaba muy entrada la noche.

Sigue transcurriendo el tiempo.

Me piden, los amigos del Club de Leones una plática. Y ya con la comezoncita que traía de ir midiendo —sin trampas y sin autoengaños— la simpatía o antipatía de que era dueña entre los chihuahuenses la figura de Villa, volví a las andadas: Hablé sobre quien fuera el guerrillero que decidiera el triunfo aplastante de la Revolución Mexicana.

La asistencia fue de más o menos sesenta “melenudos”, Y el resultado, idéntico. Todos los que participaron en esta especie de mesa redonda, lo hicieron en forma elogiosa para mi biografiado y algunos se quedaron haciendo comentarios conmigo, después de la sesión, en busca de datos adicionales, o proporcionándome datos que yo admití no conocer.

Al revés del corrido de “Catarino Maravillas”... la cosa se puso bien. Me retiré del club anfitrión con una espina clavada: ¿Valdría la pena, en otros sectores seguir pulsando la opinión popular sobre la discutida figura del “Bandolero Divino”?

Por fortuna, muy pronto se me presentó una brillante e inesperada oportunidad: se realizaba en Chihuahua un congreso de estudiantes de Enfermería y el secretario de esa escuela, mi querido amigo el profesor Francisco Flores, se pidió “una platicuita” sobre la historia de nuestra ciudad capital.

Cuando la sustenté, las asistentes, en varias ocasiones, por exceso de bondad, recibieron los datos que iba aportando con aplausos corteses. Pero francamente me quedé asombrado de la reacción que tuvieron, cuando les comenté que Pancho Villa había reabierto en equis año, la escuela de Enfermería de Chihuahua, e hice un elogio somero del guerrillero. ¡El aplauso entonces fue atronador y mucho muy prolongado!

Y aquí sí era muy importante sacar conclusiones. Las oyentes pasaban de trescientas y había representaciones de muchos estados de la República. La edad promedio de las muchachas, que tan bondadosas fueron con sus palmas, sería de veinte años.

Ya para entonces iba tomando forma en mi mente una idea: escribir un libro sobre Pancho Villa, puesto que seguía juntando datos y fichas que consideraba interesantes o poco conocidas, cuando no lo eran desconocidas por completo.

Así las cosas, se me invita para “una intervención histórica sobre Villa”, en la escuela preparatoria Número Diez, de esta ciudad.

Francamente, cuando entré al plantel educativo iba con una serena seguridad de que oírían hablar de Villa los cuatrocientos alumnos reunidos, con relativo interés.

Mis cálculos resultaron muy pálidos o muy defectuosos: Villa paseó su figura, aunque a galope tendido por ese plantel, entre las salvas de aplausos de varios cientos de muchachos, que entendían a la perfección los ideales políticos-sociales de este auténtico Revolucionario y lo tomaban como símbolo en la lucha que todos los mexicanos bien nacidos han emprendido, o habrán de emprender para el logro del establecimiento de la justicia social en México.

Definitivamente, de esa reunión, salí con el propósito de vaciar mis sentimientos sobre el más destacado personaje y sin duda el más sugestivo del movimiento maderista, en un libro.

Pero ahora surgían algunas dificultades disfrazadas de preguntas: ¿Caería en el vicio de escribir, copiando experiencias extrañas de aquí de allá y sólo consiguiendo remiendos que por bien puestos que quedaran, no lograrían “sacar al buey del atascadero”?

¿Haría un libro a base de citas de autores conocidos para luego dar mis puntos de vista, que por originales que los creyera, resultarían al final de cuentas, un acumulamiento de cosas sabidas o de relatos manidos?

¿Inventaría anécdotas o llenaría mi libro de imagerías, al estilo, por ejemplo, de Elías Torres, que parecía no tener más propósito que hilvanar soflamas?

Así estaban las cosas cuando llegó el mes de noviembre y tuvo lugar en Ciudad Juárez, Chih., el Tercer Congreso de Historia de la Revolu-

ción Mexicana, convocado por el comité de aquella población, correspondiente a la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos.

Creía que se presentaba una oportunidad magnífica para que los investigadores de todo el país, ratificaran el criterio que tenían sobre Villa, o bien lo atacaran o criticaran con argumentos sólidos, puesto que a ese tipo de reuniones, concurren personas muy capacitadas en la disciplina: “investigar el pasado”. Y envié el mismo trabajo tantas veces presentado en Chihuahua, bajo este título y ya convertido en ponencia:

LOS RESTOS DE PANCHO VILLA DEBEN ESTAR EN EL MONUMENTO A LA REVOLUCIÓN

A la conferencia ya transcrita, solamente agregué estos párrafos:

Que el Tercer Congreso Nacional de Historia de la Revolución Mexicana, realice las gestiones necesarias para que los restos del general Francisco Villa, descansen definitivamente, en el monumento a la Revolución, erigido en la capital de la República.

Hemos hecho una revisión serena y profunda de los Revolucionarios que han recibido hasta ahora ese honor y sinceramente creemos que ninguno los tiene como Pancho Villa. Habrá algunos que desde el punto de vista intelectual, superen, con mucho, pero con mucho, a El Centauro. Otros tal vez lo hagan desde el punto de vista técnico o táctico de la guerra. Algunos más, desde la cumbre en que estuvieron como estadistas o simplemente como estudiosos de los problemas sociales.

Pero si ese monumento que originalmente se ideó, con estilo clásico, renacimiento francés, por el arquitecto Emilio Bernard, para servir de recinto al Palacio Legislativo del Porfiriato, para luego convertirse en un altar cívico, por suscripción popular, en verdad guarda los restos de quienes hicieron la Revolución, debe recibir con los honores correspondientes al héroe popular por excelencia que todos reconocen como chihuahuense, aunque naciera en el hermoso estado de Durango.

Creemos que el mejor argumento que podemos esgrimir finalmente, es la opinión del licenciado Vicente Fuentes Díaz, fragmento del

incendiario discurso pronunciado cuando se debatía si el nombre de Villa debería de aparecer o no, con letras de oro, en el Congreso de la Unión:

“En el tumultuoso, en el gran levantamiento popular de 1910, y después en el de 1913, ya sacrificado Madero, la nota más explosiva, más vibrante, más rotunda, desde el punto de vista de la iracundia popular, la dio Francisco Villa. Él representaba el sentimiento más hondo de revancha popular, el más primitivo si se quiere, pero el más vigoroso y el más certero, porque iba dirigido contra aquellos que por tantos años habían maltratado al pueblo con las armas, con los instrumentos que a una oligarquía, a una clase dominante le es dable usar: El poder y el dinero...

“En toda verdadera Revolución, son necesarios los hombres del tipo de Francisco Villa. Ellos son, con sus excesos, los que tienen que trastocar, que dislocar, verdaderamente, el orden social que se trata de cambiar”.

¿Alguien puede poner en tela de duda la verdad que acabamos de transcribir?

Yo no pude asistir al Congreso a que he hecho mención por haberse enfermado alguno de mis hijos. Y me quedé triste, porque deseaba ir a leer y a defender en su caso, lo que yo proponía.

Me contaron que la discusión sobre si los restos de Villa deben descansar en el Monumento a la Revolución que tiene su asiento en nuestra orgullosa capital de México, fue larga y apasionada.

Creo que intervinieron en ella, gente tan calificada como el señor Lic. Agustín Yáñez y el expresidente de la República, Lic. Emilio Portes Gil.

Al final ganó “la idea” de que deben quedarse en Parral, Chihuahua.

Pero lo que me llenó de una honda satisfacción fue lo que dijo en su glosa del Congreso, mi particular amigo, el culto profesor Armando B. Chávez, sobre mi humilde trabajo:

“La voz más emotiva, más exaltada, más viril y más revisora de la Historia, la hizo escuchar hablada y escrita, Alfonso Escárcega: “Los Restos de Pancho Villa, deben estar en el Monumento a la Revolución”. ¡Qué contrastes, qué sombras, qué luces! Por muchos años más seguirá El Centauro —Guerrillero chihuahuense— paseando su figura en la polémica interminable de su nombre, su carácter y sus hazañas.”

Ahora sí, la decisión estaba tomada: escribiría ese libro.

De pronto, “se me prende el foco”.

Usaría de una amistad sincera y vieja —nada menos que de treinta años— que llevo con esa mujer extraordinaria que es doña Luz Corral Viuda de Villa: escribiría una biografía suya, que al final de cuentas sería tanto como decir muchas cosas nuevas de su esposo, a través de una serie de preguntas, que tenía la seguridad me serían contestadas sin titubeos y sin apuros, pues la memoria de doña Luz es de privilegio.

BURLA BURLANDO INICIO LA TAREA

Llegamos a la casa de doña Luz, ubicada en la calle Décima número 3014 de nuestra amada ciudad de Chihuahua.

Son las diez de la mañana y ya está lleno el museo de turistas, la mayor parte de ellos americanos o “pochos”. Por curiosidad contamos: son doce mujeres, cinco hombres y cuatro niños los que en ese momento lo recorren.

Oímos la inconfundible voz de doña Luz: “This is Pancho Villa”.

Y con una increíble serenidad, levantando la voz cuando desea que algún pasaje de su relato quede bien entendido, más o menos de prisa, repitiendo una “cantinela” que ya ha recitado miles y miles de veces, doña Luz hace el recorrido de las tres piezas que forman un museo, que tal como está vale mucho, pero que si cayera en manos de un museólogo que tuviera completa noción de lo que fue la Revolución, valdría sencillamente un potosí. Verdaderamente un gran tesoro.

La esperamos en la salita que le sirve a nuestra amiga de despacho.

Cuando entra quedamos admirados de sus ojos azules, que siguen siendo bellos. Sí, a pesar de todo: de las décadas que tienen mirando sufrimientos y alegrías, o de todos los llantos que han derramado... O de las largas vigias. Siguen siendo bellos.

Vemos que su pelo, que un día fue rubio, como los trigales de su querido San Andrés, o como los rayos del sol, ahora son completamente blancos. Lo lleva recogido hacia atrás en un molote, que ya no es muy abundante.

Solamente una medalla grande, de oro, regalo de algún sobrino, que luce la imagen más querida de todos los mexicanos, la Guadalupana, colgando de su cuello, es su único adorno.

Usa generalmente unos zapatos “rajados” de los lados, demostración palpable de que tiene los pies hinchados.

Su rostro no luce ajado para los ochenta años —va a cumplirlos— que lleva a cuestas y entre los cuales hubo algunos de mucho sufrir, atestados de apuraciones, de zozobras sin cuenta. Y todo esto, nada tiene de cremas embellecedoras.

Para cuando llega a atendernos, pues lo que sea de cada quien, tiene un trato exquisito para amigos y visitantes, realmente fino, “acariciador” a veces, a pesar de que de cuando en cuando en sus relatos, en sus intervenciones o en sus saludos, hay adjetivos “pardos”, ya hemos hecho un rápido inventario de la salita de espera, que constituye para ella su centro de operaciones.

Hay cuatro sillas y un sofá. Doña Luz, invariablemente se sienta en una de “brazos”, que está cerca de un viejo escritorio amplio, que sabe el secreto de millares de visitantes que dejan, en un libro especial, su firma, testimonio de que han escuchado el relato, rápido pero substancioso, dicho a la carrera, pero con suficiente miga, que todos los días del año, doña Luz, recita monorrítmicamente, pero con un cariño alquitarado para “Pancho”.

Cerca de cuarenta cuadros, entre retratos de generales villistas y diplomas, decoran las cuatro paredes de un cuarto que ha de tener de diez y seis a veinte metros cuadrados, lucidor de una “araña” de cuatro focos.

Destaca una fotografía de Luz Elena Villa Corral, la Canica hijita de doña Luz y de El Centauro, muerta cuando apenas tenía un año y diez meses.

Presidiendo la sala, que para eso doña Luz es una mujer profundamente religiosa, está un Sagrado Corazón de Jesús, que indiscutiblemente le da prestancia al sitio. Bajo de él, un San Antonio, pequeñito, con el Niño-Dios en brazos.

¿Qué si éstas son todas las imágenes? No faltaba más, a la mexicana, nuestra amiga tiene muchos Santos que venerar o bien, advocaciones de Nuestra Señora y ello la obliga a tener su sitio predilecto, lleno de “cuadritos”.

Hacemos una relación de ellos:

San Nicolás de Bari, la Virgen de la Luz, la Virgen del Sagrado Corazón de Jesús, una Guadalupana, un San José.

Desde luego que hay algunos retratos de Villa y de ella. En lugar preferente está un retrato en que aparece la que fuera digna esposa del licenciado Adolfo López Mateos, expresidente de México, saludando con la mayor de las cordialidades a doña Luz.

Ocupa buen espacio del cuarto una biblioteca de posiblemente cien volúmenes. —Todos mis libros se los robaron de Canutillo, dice nuestra visitada con un dejo de tristeza.

Completan el “ajuar”, cuando menos una docena de figurillas de porcelana, barro o pasta, una lámpara bastante feita, un aparato de televisión marca Royal, una estatuilla del Lic. don Benito Juárez, una mesita con el teléfono en uso, un aparato de radio —pero rete bueno, asegura la dueña y un viejo aparato telefónico al que orgullosamente doña Luz le hace propaganda diariamente cuando dice: —Este teléfono, que era el que usaba Pancho...

Bien, ya está con nosotros La Mera Mera de Villa.

Pero apenas vamos a iniciar la charla, cuando “se atraviesa” una pochita de mirar penetrante, pantalones de todos colores y voz chillona:

—¿Y ese cuadro, señora?

Con la cortesía que dispensa a su clientela invariablemente, doña Luz contesta:

—Es un retrato que me tomaron cuando estaba saludando al presidente Gustavo Díaz Ordaz, el día 20 de noviembre de 1969, en la Ciudad de México.

—¿Y este otro? —pregunta la misma turista, tal vez pensando que todavía no se acaba el derecho de interrogar, de acuerdo con la cuota que ha pagado por recorrer el museo.

—Esto es muy interesante —contesta— y volviéndose hacia donde estoy, me hace esta invitación—: A ver, pendejo, ven para que oigas esto que creo que tiene mucha importancia, pues hace ver a las claras lo que quieren a Villa en el extranjero.

Toma un respiro antes de hacer la explicación:

—En septiembre del año de 1972, estuve en el condado de San José, California. Me hicieron una recepción muy bonita. Participé en un desfile para mí inolvidable. Entre los que presidían, estaba el coronel Jesús J. Jiménez, que en esa ocasión también ostentaba la representación de los charros de la región, pues era su jefe nato. Y ve qué cosa más linda: ¡Más de siete mil mexicanos tomaron parte en ese desfile, al que asistió un representante personal de Nixon!

Los turistas que oyeron esto se quedaron boquiabiertos. Un hombre de pelo entrecano, posiblemente de setenta años, de innegable ascendencia mexicana, que me confesó vivir en Kansas, en la primera oportunidad que tuvo, me dijo en voz baja:

—Estoy asombrado de la vitalidad de esta mujer. ¿Sabe usted cuántos años tiene? Creo que setenta y cinco, pero sobre todo... ¡Qué lucidez en sus pensamientos y qué memoria tan privilegiada!

Noté que en el rostro de doña Luz se dibujaba una sonrisa pícaro. Se acercó hasta donde estábamos comentando para decirle:

—Gracias, paisano por lo que me dice de mi memoria, pero en lo que anda usted errado, pero completamente errado es en mi edad, porque nació... (y se dirigió a su escritorio de donde sacó, para consulta, una libreta cuadrada y negra) exactamente el día 7 de junio de 1894, lo que quiere decir que ya le voy pegando a los ochenta.

De pronto irrumpió gritonamente un gringuito tan joven como majadero, pues no respetó el que doña Luz estuviera dando sus explicaciones.

Ella volvió la vista y anteponiendo a sus palabras una carcajada fresca y corta, comentó:

—¿Qué quiere saber este gringo pendejo?

Luego, reaccionando se acerca al curioso y le dice:

—Este es el teléfono que usaba Pancho Villa.

Con un ¡oh!, que más bien parecía un eructo, el “primo” agradeció se le atendiera.

Ya estamos solos. Por fin, pienso, podré entrar en detalles de lo que traigo entre ceja y ceja. Es decir, hacerle a doña Luz, un “quimil” de preguntas —en realidad doscientas con su pilón— las que de ser contestadas, sin duda darán muchos puntos de partida y aclararán muchas dudas a los escritores que como yo están interesados en la vida del

general Villa, porque resulta que es un tipo, tan extraordinario, tan notablemente extraordinario, que entre más se le estudia, más se da uno cuenta de que aquella vida, fue tan intensa, tan complicada, tan briosa, tan substancial, que en realidad se ha escrito muy poco sobre el verdadero Villa.

Pero cada rinconcito de la casa de doña Luz, da motivo para una tarde completa de conversación.

Cuando me estoy acomodando para iniciar mi labor, veo un álbum con retratos de Anthony Quinn, el astro de Hollywood, nacido en Chihuahua. Y lógicamente se impone preguntarle a mi estimada entrevistada, de qué se trata. Ella no necesita mucho para “desbordarse”, con esa simpatía tan suya con que sabe salpicar sus relatos inesperados:

—Sí, es el pendejo de Anthony Quinn. Estuvo a verme, ahora que anda con el chisme de que va a hacer una película sobre Pancho. Espero que no será un «churro», porque los gringos se las traen para hacer películas llenas de mentiras, pues destrozan la historia con verdadera saña. Pero en fin... ya se verá. Bueno, te iba diciendo que estuvo aquí junto con el productor de ese *film* y con otras gentes importantes de la compañía productora. Cuando llegó, lo primero que me dijo fue:

—Doña Luz, tengo el gusto de presentarle a mi hijo.

—¿Tú eres hijo de Cataline de Mille? —le pregunté—. Porque tu madre fue la esposa de Villa en aquella película que filmó Wallace Berry.

El muchacho se quedó pensativo unos instantes. Abría los ojos desmesuradamente. Y luego con mucho respeto me dijo:

—Deme usted un beso, para contarle a mi mamá eso y llevarle una fotografía. (Un fotógrafo oportuno apresó magníficamente aquel momento).

Luego Anthony se retrató con doña Luz y anduvo escogiendo para ello, los lugares más interesantes de la casa.

Doña Luz me pregunta:

—¿Sabías tú que Quinn era de Cusihuiiriachi?

—No, señora.

—¡Pues cómo serás pendejo! Y menos has de saber esto que te voy a contar: la madre de Quinn trabajó aquí en Chihuahua, era muy pobre, en la fábrica de ropa La Paz. Por cierto que me contaba Anthony, que se

acordaba mucho su mamacita de una amiga muy querida y muy virtuosa que había tenido de compañera en ese trabajo, la entonces señorita Chacón, que después se casó con el señor Ricardo Wisbrun, quien fuera padre de Arturo del mismo apellido, muy conocido y sumamente estimado, pues es un próspero comerciante que todavía trabaja en esta ciudad. ¿Y sabes otra cosa? Casi me hizo llorar Anthony cuando me estuvo contando algunas anécdotas de su señora madre, relacionadas con Pancho: Cómo mi viejo, que a pesar de que muchos digan que no tenía corazón, lo tenía y muy grande, repartía entre la gente pobre constantemente comida, sobre todo maíz y frijol. Precisamente la madre del actor y su amiga, fueron beneficiadas algunas veces con aquellos repartos, que en ocasiones resultaban providenciales.

Traté de aprovechar este punto y aparte para explicarle a doña Luz la forma en que quería que platicáramos, para poder llevar a cabo la idea que traía en mente.

—¿Me deja hacerle un pequeño comentario? —me atreví a insinuar.

—Claro, pendejo, estoy a tus órdenes.

—Vera usted, hace mucho tiempo estoy muy interesado en estudiar la figura de Villa. Me he documentado lo mejor que he podido. He leído algunas docenas de libros referentes a él. Pero ahora trato de que quienes no la conocen a usted, entren en contacto con quien yo considero es LA MERA MERA del general Francisco Villa. Además, nadie como usted conoce la verdad villista, ni nadie tampoco ha guardado el recuerdo de ese hombre, con tanta ternura, con tanta admiración, con tanta devoción, con tanto amor, como usted.

Doña Luz me brindó una sonrisa dulcísima.

Continué:

—Sé que muchos periodistas y reporteros de todas categorías y con las más diversas intenciones la han entrevistado.

Y aquí se me salió, otra vez, doña Luz, por peteneras.

—Desde luego, cientos. ¿Te acuerdas de Lalo Larrea? Todos los días venía a que le platicara anécdotas de Pancho o simplemente de la Revolución. Y fíjate que lo hacía yo con mucho gusto. Después no supe ya nada de ese pendejo y no sé si las publicaría todas o no. Por cierto, se me pasó platicarte que me prometieron los que van a hacer la nueva película de Villa que me van editar el libro que yo escribí sobre la

intimidad de Pancho y que está agotado completamente en su primera edición. A ver si cumplen. Yo les dije que quería que incluyeran en la película, de ser posible, algunas anécdotas pero reales, ciertas, sin mitificaciones que yo les podría proporcionar, para demostrarles que Villa no era el asesino, ni el criminal que sus enemigos pretenden que sea.

—Doña Luz, yo...

—Espérate un momento. Voy a contarte una anécdota que a mí me parece muy hermosa. Ya la he repetido muchas veces, ya no sé ni cuantas; pero de todas maneras me gusta referirla. Yo quisiera que este sucedido tuviera un lugar de importancia en la película de Quinn.

—A ver, doña Luz, la escucho.

—Pues verás... fue en el año de 1916. Villa acababa de llegar a Chihuahua y se encontraba en una hacienda cercana que se denominaba La Chana. Alguien, o por bien o por mal, pues pocas veces se conocen las intenciones de los hombres, le dijo un día: “Fíjese, general, que en este lugar vive uno de los que le sirvieron al general Pershing, cuando la expedición punitiva”. Villa de inmediato reaccionó con coraje, o con rabia. Y ordenó: “Búsquenlo inmediatamente para tener el gusto de conocerlo”. Ni tardos ni perezosos algunos voluntarios iniciaron la búsqueda. Pronto dieron con él. Cuando lo tuvo enfrente le preguntó Villa: “¿Con que usted, amiguito, fue el que les ayudó a los gringos para que persiguieran a un hermano de raza?” El pobre contestó: “Tenía mucha necesidad.” Villa le dijo: “No me cuente mentiras, amiguito. Aquí nadie se muere de hambre! Y ahora mismo lo voy a fusilar, porque es usted un traidor.” De inmediato, hubo una verdadera movilización pidiendo perdón para aquel hombre. La mujer del acusado visitó a Pancho. Lo mismo hicieron sus hermanos. Y muchos, pero muchos amigos. Pero a nadie oyó. Estaba completamente intransigente. Dio la orden de que le formaran el cuadro. Así las cosas y estando Pancho platicando con algunos amigos, sin duda haciendo comentarios sobre el pelotón, que en ese momento iba pasando con el objeto de ejecutar su orden, cuando pasó un muchachito, de aproximadamente siete años junto a él y le dio una tremenda patada, precisamente en la pierna que traía herida y que por cierto le dolía una barbaridad.

Villa lanzó un grito de dolor. —continúa doña Luz ya bastante emocionada— No faltó quien, inmediatamente, le informó: —Mi general, este chavalo es hijo del hombre que van a fusilar por orden suya— Pancho lo cogió entonces en brazos. Lo miró fijamente y por buen rato en los ojos. Luego dio esta orden terminante: —Que me traigan al tipo. Y dirigiéndose al niño le dijo, a sabiendas sin duda de que el pequeño no comprendía del todo, o simplemente no comprendía aquel discurso de quien pasaba como un hombre con el alma encallecida, inmune a cualquier buen sentimiento: —Pancho Villa te va a entregar a tu padre. Pero llévatelo inmediatamente, antes de que se me quite el dolor de la pierna, porque si no, entonces lo fusilo.

Cuando terminó su relato, doña Luz estaba completamente emocionada. Se enjugó una lágrima. Temblaba de ternura.

Yo también me conmuevo al ver a mi entrevistada, en aquel gesto tan humano y bello.

Y no tengo valor como para seguir platicando.

Digo en voz baja:

—Mañana nos veremos a las diez de la mañana, doña Luz.

—Pero sé puntual, pendejo —es la contestación a mi timidez—, que yo tengo muchas cosas que hacer y no me gusta perder el tiempo.

DÍA DIEZ DE AGOSTO DE 1973.

Son las diez y doce minutos, cuando inicio mi interrogatorio.

LA CRONOLOGÍA LA HAREMOS AÑICOS

No habrá hilación entre una pregunta y otra y de repente aparecerán algunas que la más elemental de las lógicas hubiera colocado mucho antes o mucho después. Y es que doña Luz es interesantísimamente anárquica en sus relatos.

Una vez que el surtidor de la fuente de sus recuerdos, empieza a funcionar, ya no hay control alguno. Los juegos de agua que resultan son magníficos y hay que dejarlos jugar a su antojo, para entender en todo su esplendor, la fiesta de las añoranzas.

1.- ¿Por qué lleva usted el nombre, por cierto muy bonito, de Luz?

—Era un nombre que le gustaba muchísimo a mi madre. Además, ella era muy devota de Nuestra Señora de la Luz. Bueno, también influyó mucho, para escogerme ese nombre, el que una hermana suya se llamara así. Hermana que, por cierto, estaba casada con don José Trevizo, un comerciante de abarrotes en pequeña escala que por muchos años tuvo su negocito en la calle Juárez, de esta ciudad de Chihuahua.

2.- ¿Cuáles eran los nombres de sus padres?

—Jesús José Corral y Trinidad Fierro de Corral.

3.- ¿Él, en que trabajaba?

—Oyéme, pendejo, ya van siendo muchas preguntas, hasta parece que me estás confesando.

Yo contesto: —Doña Luz, qué pasa, si apenas vamos empezando y es bueno que sepa que pienso formularle doscientas preguntas cuando menos. —Ella me regala una espléndida sonrisa. Luego dice:

—Mis padres, siendo muy jóvenes, se fueron a trabajar, los dos, porque se querían y se entendían muy bien, a Morenal, en el estado de Arizona, allá en Estados Unidos. Era ése un mineral muy importante. Mi padre laboraba en esa mina y mi mamacita abrió una casa de huéspedes, o de abonados como se decía entonces. No te creas, hicieron un buen capitalito, eso sí tallándose muy duro. Cuando ya juntaron bastante plata, se la entregaron a don Rafael Calderón que era medio pariente de ellos, para que él ordenara y la entregara en San Andrés, hoy Riva Palacio, nuestro terruño, a mi padre. Y así fue: después mis papás regentearon con éxito una tienda bien surtida y una panadería. Como entonces se iniciaba la construcción del Ferrocarril del Noroeste, hicieron sus centavitos.

4.- ¿Y en qué fecha murieron?

—Mi papá en Estados Unidos, en los Ángeles, California, entre los años de 1904 y 1905. Mi madre... la verdad que no recuerdo el día de su fallecimiento en estos momentos.

5.- ¿En qué día y en que año nació usted?

—El día 7 de junio, en el mismo mes en que nació Pancho, pero en el año de 1894. Esto quiere decir, en términos claros, que ya cumplí setenta y nueve años y que voy muy aprisa para ser una mujer ochentona.

6.- ¿Cuál fue el sitio de su nacimiento?

—Creo que ya te lo dije, en San Andrés, Chihuahua. Nací en una casa situada en la calle principal. Bueno, no hay muchas de importancia. Cercana a la Presidencia Municipal. La casa era de mis padres, creo que fue construida, en buena parte, personalmente por él.

(Aquí hacemos un paréntesis para decir que San Andrés, por decreto expedido en diciembre de 1932, se llama ahora Riva Palacio, en homenaje al General Vicente Riva Palacio, escritor, diplomático y sobre todo un destacado republicano. En este pueblo que fue fundado en el año de 1696 por el franciscano Fray Alonso de Victorino y con el nombre de San Andrés de Ossaguíqui, se libró una batalla en 1913, entre gente de Huerta que comandaba el General Félix Terrazas y Pancho Villa, que fue el vencedor.)

7.- ¿Cuántos hermanos tuvo usted y de ellos, cuántos viven?

—Verás tú, déjame recordar bien, porque los años no pasan en balde y hacen garras la memoria. Antonio, Ascensión, Ruperto, Marcos, Regino, Trinidad, Jesús y una única hermana, Ramona. De todos ellos, solamente vive Jesús, que es un magnífico jardinero y que ahora trabaja por el rumbo de San Felipe, el viejo, en esta población. Tendrá alrededor de cuarenta y cinco años, pues fue él más joven, lo que se llama el “zocoyote”. Estudió jardinería en Estados Unidos y es muy competente. Constantemente van señoras de sociedad, es decir ricachonas, por él, para que se encargue de podarles o de injertarles rosales, o simplemente de arreglarles algunas plantas delicadas.

8.- ¿A qué edad bailó usted su primera pieza?

—Pero mira qué pendejo éste. ¡Qué preguntitas me estás haciendo! En fin, verás. Fue a los trece años, siendo casi una niña y la bailé nada menos que con don Lucas Murga, uno de los hombres de los que llamábamos “señorones” por ser de los muy importantes de la región. Tenía

algunos hermanos y me recuerdo que todos, eran gente muy buena, muy alegre, a la que le encantaban las fiestas.

9.- ¿Se considera usted, una mujer romántica?

Doña Luz se queda pensando unos instantes. Se acomoda en su sillón y echando por delante una sonrisa dulce y suave contesta:

—Definitivamente, creo que sí soy romántica. Me gustaron siempre mucho las flores, la música, la lectura de novelas, en fin, los versos. Verás, me encanta por ejemplo, todavía, leer a Amado Nervo, pues me parece que todas sus poesías son muy hermosas. No cabe duda, es mi poeta preferido. Ahora que te diré una cosa: me gusta muchísimo también Juan de Dios Peza. Ahora mismo vienen a mi memoria aquellos versos que dedicó a sus hijos. El otro día, un “baboso” que estaba dirigiendo un programa de televisión, salió con la idiotez de que no era un poema que habla de muñecas y de fusiles de ese poeta. Yo me fui derecho a donde tengo mis libros, busqué esos versos y los leí de cabo a rabo, no sin comprobar que era muy pendejo el locutor.

Luego, entrecerró los ojos, como si quisiera reconcentrarse en algo muy grato y muy lejano. Sonrió con un poquitín de malicia y murmuró:

—¡Claro que soy muy romántica! No vayas a pensar que te voy a decir estos versos que me dedicó Margarita Ortiz, la poetisa inolvidable que tú tantas veces me has elogiado, por mera petulancia. Te los voy a decir de memoria porque me gustan mucho, tanto que se me han quedado “pegados” para *sécula*.

Y con voz calmada y llena de suaves modulaciones los fue declarando:

Del ayer romántico.

¿Qué dice a tu alma, la tarde muriente?

¿Qué dice la fuente? ¿Qué dice la brisa?

¿Qué dicen las aves? ¿Qué dicen las flores?

¿Qué dice del agua la canción doliente?

La tarde que muere, mi espíritu llena
de dulces recuerdos de tiempos mejores,
cuando de ilusiones nuestras almas plenas
rimaron con ella, su canción de amores.

¿La fuente? ¡Bien sabe la fuente el secreto!
¡Cuántas cosas bellas se llevó la brisa...!
¿Las aves? ¿Recuerdas que siempre envidiosas
las vimos perderse en la lejanía?

Siguen entonando los cantos aquellos
que fueron el himno de mejores días;
aún los comprendo, hablan de mi anhelo
la tarde, la fuente, las aves, la brisa...

Las flores inclinan sus tallos ligeros
y esparcen, como antes, su divino incienso...
¡También ellas saben de amor el secreto..!
¡Las flores son almas...las flores son besos..!

¿Qué dice, preguntas, la dulce sonata
del agua tranquila que cae en la fuente?
¿Qué dice, preguntas, esa serenata?
¿Sigues escuchando la canción doliente?

La vida, inclemente, separa las almas,
pero nunca puede matar los recuerdos...
Tú sabes que dicen, tú sabes que cantan,
si sólo un instante, escuchas los ecos...

Viene luego un silencio religioso. Un momento después, a manera de disculpa, porque las lágrimas estaban a punto de aparecer en sus ojos de cielo, me pregunta:

—¿Cómo la ves, seré romántica?

Ya repuesta, pues se ha fatigado un poquillo continúa hablando:

—Fíjate en una cosa. Yo no estuve en ninguna escuela. Realmente no sé el motivo, pues mis padres tenían “modo”. Acaso fue porque mi mamá no era afecta a que mi hermana y yo anduviéramos en la calle. A la tienda de mis padres iba con frecuencia mi padrino, don Amado Palomares, quien le rogaba constantemente a mi mamacita que me diera permiso para que estudiara en Chihuahua. No lo consiguió nunca. Por cierto que mi padrino era el papá de Petrita, una muchacha muy atenta y muy educada, que fue la secretaria de don Enrique C. Creel, cuando éste fue gobernador del Estado. A Petrita la traía a casa

muy seguido Pancho Villa, cuando ya estábamos casados y comía con nosotros. Pancho se bromeaba con ella: —Oiga Petrita, usted cuando camina por la calle ni siquiera alza la vista. El profesor Zabías Cereceres, que también era cliente de nuestra tiendita, iba a ésta muy seguido y poco a poco me fue enseñando a leer y a escribir. Me dejaba planas y planas de un día para otro. Era, por cierto, el pobrecito, muy borracho, tanto, que le decían “El Sorbo”.

¡Y qué buen guitarrista era! Así las cosas, no queriendo, no queriendo, aprendí a tocar la guitarra y me aficioné a tocarla constantemente. Otra cosa, libro o revista que caía en mis manos los devoraba y lógicamente las historias de amor hacían mella en mis sentimientos. Me encantaba ir al templo a tocar el órgano y lo hacía bien y muy satisfecha. ¿Qué tal? Te vuelvo a preguntar: ¿seré romántica?

10.- ¿Cuántos novios tuvo en su vida y cómo se llamaron?

—Ah qué pendejo éste, pues ninguno. No te creas. Tuve muchos pretendientes y muy buenos. Me recuerdo perfectamente a un tipo muy guapo que se llamaba Frank Brassel, que era hijo del cónsul americano en Chihuahua. Ése me llevaba muchos regalos, pero nunca me decía nada. No se atrevía. Pasados los años, cuando le preguntaban que porque no se me había declarado, daba una disculpa medio tonta: —A poco iba yo a poder con Pancho Villa. También novié un poco, con el hijo de don Ascensión Murga, que llevaba el mismo nombre.

11.- ¿Cuándo y dónde conoció a Pancho Villa?

—Bueno, eso ya te lo platiqué con todo detalle alguna vez. (Efectivamente, hace algunos años, me hizo doña Luz un minucioso relato).

—Es cierto doña Luz.

Transcribo, textualmente, aquella plática:

—Pancho Villa, en la plenitud de la vida, llega a San Andrés. Éste es un pueblecito alegre donde la vida transcurre sin agitaciones, provincianamente. Manda a la tienda que tenía mi madre, a don Santos Estrada. Cuando dice el motivo de su visita todos se inquietan: —Necesitamos que nos preste dos mil pesos. Mi madre dice que es una mujer sin muchos recursos. En eso estaban, cuando llega el tío Chavarría. Le cuenta mi madre lo que ha sucedido. De repente señala con el índice

para afuera: —Aquél que está herrando el caballo, enfrente, es el mero Jefe, Pancho Villa. —De pronto entra éste a la tienda. Y le dice serenamente a mi mamá: —No les haga caso a estos muchachitos, señora. Hay denos un poco de comida y unos pantalones, que le pagaremos cuando gane nuestra causa. —Yo, con un ojo en el gato y otro en el garabato, entretenía mis nervios tejiendo en un cuarto que estaba frente al mostrador de la tienda. Quedé impresionada al verlo, pero en verdad podía más el miedo y hasta sentía que temblaba. Mi madre dio un grito: —¡Luz! —Cuando estuve frente a ella, recibí una orden terminante—: Busca un lápiz y un papel y haz una lista de lo que vamos a entregarles a estos muchachos. Yo sentía dos brasas sobre mi cara. Pancho Villa me miraba sin pestañear. Luego me dijo: —Oiga señorita. ¿Por qué tiembla? Cuando estaba adentro, estaba muy quietecita. —Naturalmente que yo no respondí. Hice como pude la suma: eran ochocientos y pico de pesos. Villa estampó su firma. Conste, estampó su firma, luego, ya sabía escribir.

Cuentan que pocos minutos después de este “encuentro”, Pancho Villa, que tenía el rostro sonriente y satisfecho, se volvió adusto. Aquel día había conocido una rosa hermosísima.

12.- Y ese miedo, ¿cuánto le duró?

—La verdad, tan sólo unos instantes.

Me preparaba para hacerle a doña Luz la décima tercera pregunta, cuando llegó un grupo de visitantes que deseaba conocer el museo. Venía con él, una turista cincuentona y de extraordinaria personalidad. Hablaba el español mejor que todos los que formaban el grupito. A leguas se conocía que era una “viajera internacional”. Hizo tres, cinco, doce preguntas, todas interesantes, las cuales le fueron contestadas, con agilidad, por la dueña de la casa. Sintiendo en confianza, puso su mano izquierda, blanca y aún bella, sobre el hombro de la viuda de Villa y le preguntó con tono solemne:

—¿Qué enfermedad tiene usted, señora, que apenas si puede andar? La interpelada, encontró un motivo estupendo para “echar fuera” una de las mil anécdotas, la mayor parte de ellas superinteresantes, que ha ido coleccionando a través de años y años de tratar con gente extraña y de casa, inteligente o necia.

—Mire usted, señora.

—Señorita.

—Bueno, usted sabe. Hace poco que vino un médico a visitar el museo y me hizo la misma pregunta que usted, sólo que desde el punto de vista profesional. El pendejo (no sé si entendería la turista, esta mexicanísima expresión que en algunos labios, como es el caso de doña Luz, adquiere una sabrosura incomparable) no hallaba cómo preguntarme por qué traía bastón y por qué me quejaba al andar. Por fin se atrevió:

—¿Qué enfermedad es la que usted padece, señora?

Yo le contesté como de rayo:

—La verdad, doctor, no sé si es artritis, viejitis, o pendejitis.

Y el médico, sin inmutarse, cerró la conversación de esta manera:

—A lo mejor son las tres cosas, mi amiga.

Todo el grupo, con carcajadas fiestosas, rubricó “la charra” de doña Luz. La turista, presumiendo de muy culta, tosió ligeramente y apenas si se dignó sonreír, casi despectivamente.

Consulto mi reloj. Ya está cercana la una de la tarde. Se ha ido volando el tiempo. Siento que doña Luz está cansada de tanto manejar recuerdos y me despido:

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, pendejo y ven tempranito para tener tiempo de seguir con esa “puntada” que ya se te metió entre ceja y ceja escribir.

DÍA ONCE DE AGOSTO

Son las diez y quince minutos, cuando vuelvo a la “carga” con mi chorrall de preguntas. Empezamos “la talacha” y doña Luz saca unos apuntes que no consulta por falta de tiempo.

Un tipo “apochado”, sin decir agua va, le entrega una tarjetita escrita con un buen surtido de errores de mecanografía. Ella se concreta a decir: —muy bien, muy bien. Y tiene la bondad de pasármela.

La transcribo textualmente:

“Recién recibido de subteniente, fui comisionado para capturar a Pancho Villa. Con lo aprendido en West Point me fue facilísimo cercarlo. Cuando llegué solo capturé su sombrero. Eisenhower.”

Este apunte, como era natural esperarlo, dio oportunidad para contar —cosa que ha sucedido miles de veces— a quienes en ese momento acompañaban al pochito, el ridículo tan espantoso en que había quedado el general Pershing, cuando se internó a México, capitaneando la Expedición Punitiva y juró que llevaría a Estados Unidos la cabeza del “bandido de Villa”, dentro de una jaula y en tiempo muy corto.

La viuda del guerrillero sin paralelo, con voz fuerte y segura sentenció:

—Es que ese pendejo creía que era lo mismo estudiar en academias militares, que perseguir a hombres tan astutos como Pancho.

El ambiente es propicio para seguir con mi actual oficio de preguntón:

13.- ¿Es verdad que Villa tenía una mirada penetrante y si es así “la sintió” usted cuando la miraba?

—Su mirada era, efectivamente, muy penetrante, de hombre de carácter, inteligente. Aunque cuando quería, sabía mirar con una ternura infinita.

14.- ¿En qué momento le dijo Villa que la quería, o bien, en qué fecha precisa se le declaró?

—Ya te conté que Villa tuvo que salir inmediatamente que se provisionó en el “taniche” de mi madre. Se fue a Santa Isabel. Regresó unos diez días después. Llevó, sin duda para que lo recibiéramos sin dificultades, a mi tío Chavarría. Aquel amor que sintió, según su decir a primera vista, fue creciendo al parecer. Platicó largamente con mi mamá y en un momento oportuno, le dijo que se quería casar conmigo. Naturalmente que mi madre le daba vueltas al asunto y le decía constantemente que no sabía si yo lo quería, que por qué no iba a cumplir su juramento de servir a la Revolución y que luego que volviera, ya se vería, que se esperara un poco para que nos conociéramos. Pancho, para todo, encontraba una contestación pronta y le hizo ver que ya tenía referencias de toda mi familia. Al final, le dijo a mi madre que tenía que irse, pero que iba a dejar uno o dos hombres para que estuvieran vigilando la casa y que no nos fuera a pasar nada. Uno de ellos, apenas si lo recuerdo, se apellidaba Rivera. ¿Qué más?

15.- Insisto: ¿El día exacto del “flechazo”?

—Bueno, fue exactamente el 20 de noviembre de 1910. Nuestro amor nació al mismo tiempo que nacía la Revolución Mexicana. Y ahora me viene a la memoria algo que es muy grato recordar: El día 30 de noviembre, es el día que la Iglesia Católica le dedica a San Andresito. Habían pasado diez días desde que se había iniciado mi noviazgo con Pancho, cuando fuimos, un grupo de amigas al templo, a ponerle su vestido nuevo al Patroncito. Éramos, Petrita Palomino, Laura Rubio, que era mucho muy bonita, Balbarena Rubio, Elena Rico y Raquel y Margarita Rodríguez. Cuando estábamos componiendo el altar, alguna de ellas me dijo entre risas: —Mira Luz, le voy a poner un alfiler al santo para que me conceda casarme con Pancho Villa”. Yo me solté riendo, sin hacer el menor comentario. En cambio Petrita, que tenía fama de seria dijo: —Y yo otro, pero grande, a ver si siquiera me toca Feliciano Domínguez.

16.- ¿No sentía usted miedo, al pensar que se casaría con Pancho Villa?

—Claro que sí. Y te voy a decir la verdad, sentía temor, porque en esos días Pancho había matado a un tío mío. No, no me mires tan atento. Te voy a dar el motivo que tuvo. A mi pariente, le pasó igualito que a Claro Reza: traicionó a Villa y recibió lo que merecía, la muerte.

17.- ¿Cuánto tiempo duró su noviazgo?

—Más o menos seis meses.

18.- ¿Qué cosas le regaló Villa en el tiempo que duraron de novios?

—Nada. Absolutamente nada. Ni siquiera nos escribíamos. Él estaba más o menos constantemente, en comunicación con mi madre. Y eso era todo.

19.- ¿Era espléndido o tacaño Villa con los extraños?

—Oye, esa es una preguntita medio pendeja. Pero de todos modos te la voy a contestar. Extremadamente espléndido. Creo que han habido muy pocos hombres tan desprendidos, tan generosos como lo fue Pancho. Le encantaba compartir lo que tenía. Hay un ejemplo que yo considero muy bonito. Muy seguido comía con nosotros un amigo de él,

que tenía una buena zapatería y que se llamaba Gabino Durán. A veces se estaba varios días sin visitarnos y cuando llegaba Pancho y no había gente que compartiera la mesa con nosotros me decía: —Mira Güera, ahorita vengo, voy a ver a quien traigo para que coma contigo y conmigo. Invariablemente llegaba con alguien, o con su amigo, o con algún vecino. Para Pancho era como un deber, mejor dicho como una religión, darles a los necesitados. Muy seguido me contaba una anécdota de su señora madre: —Mira Güera, mi mamá me decía siempre: nunca olvides una cosa, hijo. Siempre que llegues a la casa, llega con algo en las manos. Si no tienes cosas que valgan la pena, llega con unos plátanos o con un leño, o aunque sea con un clavo, que luego anda uno que se vuelve loca porque no encuentra en que colgar algo. Aquel consejo influyó mucho en la vida de Pancho, por eso, invariablemente me traía algo cuando salía fuera, aunque fuera muy cerquita. Un día se me apareció con un ropero precioso, de esa madera que se llama “pico de pájaro”, con tres hermosas lunas y me dijo que se lo había comprado a Benito Leal, que por cierto era un comerciante que tenía fama de vender cosas muy buenas. Y así podría contarte cientos de casos. Pero tu pregunta era si era generoso con los extraños y yo ya me fui por otro lado. Bien, era extremadamente generoso con todo mundo.

20.- Y su madre, doña Luz, ¿qué opinaba de Villa?

—Tenía muy buena opinión de él, pero francamente se trataron muy poco, después de mi casamiento. Eso sí, siempre le daba la razón.

21.- Sus amigas, ¿la animaban o la desanimaban para que se casara con Villa?

—Tuve muy pocas, o tal vez ninguna conversación con mis amigas sobre este tema. No tenía por qué consultarles una cosa que era tan íntima y que sólo a mi corazón correspondía decidir. Pero sí te puedo asegurar que cuando me casé, todas mis amigas, sin faltar ninguna, fueron de los pueblos o de las ciudades en donde vivían, a mi boda.

22.- Entre ellas, ¿no había alguna envidiosa que tratara de quitarle al novio?

—Posiblemente no me creas lo que te voy a decir, pero es la meritita verdad: ninguna.

23.- ¿Sabe usted por qué y cuándo se quitó el nombre de Doroteo Arango su esposo, para ponerse el de Francisco Villa?

Doña Luz se levanta de su sillón sin haberme contestado porque ya hace buen rato que un guía de turistas, de los muchos que diariamente la tratan, estaba insistiendo en que un nutrido grupo de americanos, quería retratarse con ella en el hermoso patio de la casa. Se dirigió hacia donde estaban los visitantes y ante la sorpresa, la recibieron con un sincero, atronador aplauso. Mi amiga, acostumbrada a esas cosas, curtida de esas demostraciones de admiración, con toda sencillez se colocó en el centro del grupo, mientras, en inglés, les contaba algún chiste, porque la carcajada se generalizó. Unos momentos después ya estaba satisfaciendo mi pregunta:

—¿Qué cuando se quitó el nombre, me preguntaste? Esa parte de la vida de Pancho la han tratado infinidad de autores y por lo tanto las versiones abundan, de todos colores y tamaños. Pero verás tú... Ya es muy conocido que Villa, ante las lágrimas de una madre ofendida, porque una hija suya había sido deshonrada, por el gachupín Agustín López Negrete, cogió una carabina que estaba colgada en una pieza de su casa y disparó contra aquel tal, a quien hirió en una pierna. Mientras los amigos o empleados de López Negrete se lo llevaban para atenderlo, Doroteo tuvo que huir y fue a refugiarse a la casa de los Zubiría. Cuando llegó con ellos le dijeron: —Oye, Doroteo, tú vienes muy asustado. —Él contestó— es que acabo de balacear a mi patrón. Le recomendaron que se fuera luego y le ofrecieron muy buen caballo y muy buena montura. Caminó el pobre todo el día, sin fijar todavía el rumbo que había de tomar. Ya cuando iba a hacerse de noche se metió a una milpa y empezó a asar elotes. En eso estaba, cuando llegaron tres hombres y le dijeron: —¿No nos convidas? Mientras les ofrecía de su comida les comentó que esos elotes no eran de él. Alguno le preguntó que de dónde había cogido tan buen caballo. Al principio él les contó una mentira, pero al fin les confesó que andaba huyendo y les contó el motivo. El jefe de ellos le dijo: —Ah, entonces ya eres hombrecito. Le propusieron que se fuera con ellos, porque la Acordada sin duda venía detrás de las huellas que venía dejando el caballo y le hicieron ver que las huellas de cuatro caballos, ya no les despertaría tanta sospecha.

Doroteo aceptó. Se presentaron: —Mira muchacho, yo soy Ignacio

Parra, el Jefe (un jefe de bandidos, decimos nosotros), éste es “El Jorobado” y yo soy Zúbiría. Después supimos que era pariente no sé si cercano o lejano del señor obispo de la Diócesis de Durango, del mismo apellido. Llegaron a la guarida y ahí estaba un tal Carlos, que según me platicó después Pancho, era de Michoacán. Dejaron a Doroteo cuidando la caballada, junto con Carlitos y se hicieron muy buenos amigos. Un día éste le confesó: —Aquí nunca vamos a hacer nada, pues siempre estaremos fregados. Yo no sé que pensarás tú, pero yo quiero irme—. Cuando su nuevo amigo le contestó que él pensaba lo mismo, empezaron a planear la fuga. Lo harían cuando sus jefes vinieran a cambiar caballos y partieran de nuevo. Total, que Carlos tomó rumbo al sur y Doroteo, diciendo que a él “lo jalaba el norte”, se quedó en Durango, no sé en qué rancho. Así fue de ranchería en ranchería, hasta que llegó a Parral, y se quedó en la casa de Miguel Baca Valles. La esposa de este amigo, quiso mucho a Doroteo y le tuvo muchas consideraciones, se llamaba Guillermina Madriles. Pronto encontró Pancho trabajo en las obras que estaba haciendo don Pedro Alvarado, haciéndola de humilde peón. Allí conoció a don Santos Vega, un magnífico constructor, que por cierto fue el “maestro” que hizo la quinta donde ahora estamos platicando. Empezó Pancho a juntar unos centavitos y consiguió su objetivo. Entonces invitó a Emiliano Natividad para que iniciaran el negocio de carnicerías. Bueno, tú dirás que ya se me fue la onda y que olvidé lo del nombre, pues no señor. Por esos años, fue cuando dejó de ser Doroteo Arango, para ponerse el nombre de Francisco Villa, que habría de ser tan famoso. Pero te hago una aclaración: Villa tuvo antes muchos otros nombres, no solamente el de Doroteo. Se lo iba cambiando de acuerdo con las circunstancias y con las necesidades que tenía de ir “pasándola”. Por cierto que alguna vez que charlaba con don Francisco I. Madero, le platicó a éste que él se había casado conmigo con el nombre de Doroteo Arango y don Pancho le contestó: —No será usted el primer mexicano ilustre que se haya cambiado el nombre, pero para todos es usted y será siempre, Pancho Villa.

24.- ¿Cuándo se casó usted por la iglesia?

—Mi boda tuvo lugar el día 28 de mayo de 1911 en el sencillo pero muy hermoso templo de San Andrés, oficiando en el acto el Padre José

Muñoz. Tuvimos Pancho y yo como testigos a don Trinidad Rico y a don Fortunato Casavantes, acompañados de dos primas hermanas mías, Raquelito Rueda y Margarita Rodríguez.

25.- ¿Cuándo se casó usted por lo civil?

—Me casé tres veces. Quizá para que ningún tal por cual, pudiera dudar después de mi matrimonio legítimo con Pancho. Bueno, ni así han faltado habladores. Mi primer casamiento fue el martes 24 de octubre de 1911, en la casa número 500 de la calle Décima de esta ciudad, ante el Juez de lo Civil, José de la Luz Navarro. Los testigos fueron, por parte de Pancho, don Gabino Durán y don Cosme Hernández y por parte mía, don Natividad García y don Francisco Payán Salvatierra. El día 16 de diciembre de 1915, volvimos a casarnos. En el acta respectiva dice textualmente: —Ambos contrayentes manifestaron que iniciado y efectuado su matrimonio en el año de 1911, según consta por la copia del acta de su presentación matrimonial, que exhiben en este acto, verificada el 24 de octubre del año citado; y no existiendo constancia de la celebración de su matrimonio, piden al presente Juez, autorice su concertada unión, confirmando aquel acto para lo cual han verificado hoy de nuevo su presentación matrimonial, habiendo sido dispensadas las publicaciones de ella por el C. Gobernador del Estado, según nota de la Secretaría de Gobierno que se agrega al apéndice de esta Sección. Nuestros testigos ahora, lo fueron el coronel José Martínez Valles, el general Pancho González y don Silvestre Terrazas. Por cierto, me estoy acordando que Raquelito fue la viuda del general Aranda.

Queremos hacer algunas cuantas consideraciones sobre las personas que fueron testigos en este segundo matrimonio civil de doña Luz: el coronel Martínez Valles fue un limpio, auténtico revolucionario de Camargo, Chihuahua. Su lealtad, a toda hora, fue reconocida, así como su valor. Fue padre del actual secretario del Ayuntamiento de Chihuahua, el señor José Martínez Alvidrez.

El general González, tamaulipeco, fue jefe de la guarnición de Ciudad Juárez, de 1916 a 1919. Al ocurrir la invasión de tropas norteamericanas al estado, en junio de 1919, exigió con entereza la salida de los invasores del territorio nacional. (F. R. Almada).

En cuando a don Silvestre, merece un comentario muy especial: fue un destacadísimo intelectual chihuahuense. Fue reconocida su valía en el campo periodístico y social. Nos comenta el profesor Francisco R. Almada, el insuperado historiador chihuahuense: “Descendiente de una de las primeras familias que se establecieron en la ciudad de Chihuahua a raíz de su fundación, representa en la historia del periodismo local, uno de los elementos más viriles, cuya edad de oro en esas actividades, contribuyó a orientar la oposición en contra de la última reelección del general don Porfirio Díaz. Fue secretario del obispo don José de Jesús Ortiz y su honorabilidad nunca fue puesta en tela de duda, ni por sus más encarnizados enemigos. Durante los famosos treinta días en que fue gobernador del estado el general Francisco Villa, don Silvestre desempeñó el cargo de secretario general. Gozaba de la confianza absoluta, total, de Villa”.

Quiero decir con todo esto, que los testigos de la boda de Villa con la guapísima muchacha de San Andrés, no eran “cacharpa”, ni gente de poca monta.

Aprovechamos un “calderón” de la plática para despedirnos:

—Hasta mañana, doña Luz.

—No se te olvide que mañana es domingo.

—Pero usted está aquí firme atendiendo a los turistas.

—Sí, pero no seas pendejo, los domingos se me carga el trabajo con tanta visita y es mejor que sigamos con este chisme el lunes. ¿Te parece bien?

—Magnífico, doña Luz. Hasta el lunes.

DÍA TRECE DE AGOSTO

Son las diez de la mañana y tres minutos, cuando trato de iniciar la charla.

Desde el primer instante veo que “no está el horno para bollos”. Veo a doña Luz muy inquieta y me da la impresión de que tiene ganas de estallar, esperando tan sólo la oportunidad más nimia, o el pretexto más insignificante.

Y éste se llama Daniel Wilson, quien es un viajero de los Ángeles, California. Platica con doña Luz, en inglés primero y luego en un buen español, y según parece trae ganas de clavarle a la viuda de El Centauro algunas pullas. El caso es que ella, sin más ni más, le da una soberbia carga de caballería, ganándole el jalón:

—¿Y qué dice el pendejo de Nixon? Porque ese señor lo es en grado superlativo. Mira nomás que salir con la simplonada, en el asqueroso asunto de *Watergate*, de que no renunciaba a la Presidencia, nada más porque sus hijas le habían pedido que no lo hiciera. ¿Pues que no tiene pantalones para decidir por sí mismo, sin necesidad de andarse por peteneras? Lo que pasa, es que en ese problema como en otros, Nixon ha demostrado que no es tan inteligente como muchos lo proclamaban y nada más.

El pobre “primo”, se quedó de a seis. Abre tamaños ojos y sin identificarse como nixonista o enemigo del presidente norteamericano, sale de estampida, sin pagar siquiera la cuota de tres pesos que se tiene fijada para tener derecho a visitar el museo.

Pero doña Luz, no es de las que se ponen nerviosa por tan poca cosa y lo devuelve con un grito que más o menos fue este:

—*Your dotation for the Museo.*

Otro “primo”, ese sí del partido de Nixon, me dice en tono bien subido, aunque no tanto como para que lo oiga doña Luz, que ahora está a dos metros de distancia de nosotros:

—Si Nixon es Villa, mandarlos fusilar parejitas y *ok*, ¿no?

Cuando creo que la tempestad antiamericana ha pasado, trato de decirle a doña Luz mi manera de pensar: Lo de *Watergate* ha sido un verdadero embrollo, un destapadero de drenajes sin nombre, pero creo que Nixon saldrá bien, después de todo.

—Anda, fue la contestación cortante, no te hagas el tonto solo. Ese es un pendejo, y vamos a otra cosa: hoy tengo que hacerle una visita al licenciado Óscar Soto Máynez, quien siendo gobernador del estado, fue muy atento y servicial conmigo. Va a venir por mí el presidente municipal, así es que, como ya se ha hecho tarde, seguiremos con tus preguntitas, mañana a las nueve, *ok?*, como dicen estos camaradas, o primos nuestros.

—Seguro que *ok.*, doña Luz y que mejore de sus males.

DÍA CATORCE DE AGOSTO.

Apenas pasaditas las nueve, cuando ya estoy instalado en la oficina que fuera del guerrillero incomparable. Y antes de que otra cosa suceda, empiezo a bombardear a doña Luz con preguntas:

26.- ¿Cuántos hijos tuvieron Villa y usted?

Doña Luz se queda muy seria. En sus ojos se refleja una honda tristeza, ante el recuerdo de uno de los seres que más cerca han estado de su corazón. Seca una lágrima. Se reanima:

—Mira nomás, ya me hiciste “moquear”. Verás, nada más tuve una niña, por cierto hermosísima, se llamó Luz Elena. Pero no creas que son cosas de madre cuerva, la que me hace hablar así. Verdaderamente era muy bonita mi muñeca. Tenía exactamente los ojos de Pancho, color café y muy grandes. Era graciosísima. Ahorita mismo la estoy viendo escondiéndose de Andrés Rivera, que era un empleado de mi marido y que venía muy seguido a mi casa a ver qué se le ofrecía, o simplemente a ver qué nuevas había. Y como cuando llegaba “torteaba” las manos con fuerza, mi muchachita le tenía miedo. Era tan blanca. Y hacía reír a Pancho, porque éste le preguntaba: —A ver mi hijita, ¿cómo le hacen los orozquistas a su papa?” Y la niña juntaba sus deditos queriendo decir que “pis-pis”. Cuando yo la estaba “esperando”, muy seguido le preguntaba a Pancho: —¿qué quieres que sea, viejo, hombre o mujer? Y él me contestaba sin titubear: —Mujercita, para que se quede cuidando a sus hermanos cuando crezca y tú y yo poder irnos una buena temporada a pasear a Europa. Murió cuando tenía un año y diez meses. Pancho se puso muy triste, y de mí, qué quieres que te diga, me dejó con el corazón hecho pedazos.

(Corre insistentemente una versión en el sentido de que una mujer, por venganza, envenenó a esta niña).

27.- ¿Tenía galanteos para con usted Villa, dentro del matrimonio?

—Si te pongo a contar cosas sobre esto, no acabo nunca. Hay muchos que por conveniencia, o por ignorancia hablan de que Pancho era un salvaje, que jamás dedicaba un minuto a las cosas del corazón o del alma. Están pero redondamente equivocados. Claro, que como todos

los hombres, como todo ser humano, tenía muchos defectos, pero en el caso de él, hay una marcadísima tendencia a que éstos eran exagerados, es decir a que se vieran con potentes vidrios de aumento, mientras que sus cosas buenas, sus acciones humanitarias, de hombre normal, se ocultaban. Podríamos pasar aquí días y días mientras te cuento ejemplos de sus amabilidades para conmigo, pero nada más te voy a poner uno:

Un día me regalaron un vestido muy bonito color café, era obsequio de mi cuñada Maybal Silva, la esposa de Hipólito Villa. Cuando llegó mi marido a la casa, inmediatamente se fijó que andaba estrenando y me dijo: —Qué bonito vestido trae mi reina—. Otro día, me puse un vestido verde, que hacía juego con mis ojos y yo pensé que Pancho me lo iba a elogiar, pues pensaba que esa ropa era de muy buen gusto, pero apenas me vio y me hizo este comentario: —Qué bonito vestido trae mi reina, aunque es muchísimo más bonito el que traía ayer—. Yo no sé por qué, pero sentí como que tenía celos, e inmediatamente subí a mi recámara a ponerme el vestido que tanto le había gustado. Deja que aproveche este momento para contarte una cosa muy tierna: Mandó traer Pancho a su tía que vivía fuera de la ciudad y que era muy pobre, pero sumamente pobre. No me imaginé nunca como era: una ancianita, ya muy avanzada en años, flaquita, flaquita, mal vestida y descalcita. Cuando nos avisó el chofer que ya estaba allí la señora, salió Pancho inmediatamente por ella. La tomó en brazos después de hacerle algunos cariños y decirle palabras muy dulces. Y así, se la llevó hasta la cama que le teníamos preparada. ¡Todos los que estaban ese día en mi casa, entre ellos, parte de su escolta y dos o tres generales, se quedaron sencillamente admirados por la actitud de aquel hombre que tenía fama de rudo y de tener un carácter fiero y un corazón de piedra!

28.- ¿Recién casada con Villa, estaba enamorada de él?

—¡Cómo iba a estarlo, pendejo! Si nos casamos cuando apenas nos conocíamos. Eso sí, lo quería un poquito. Pero sus acciones, su manera de ser para conmigo, tanto acto bueno que le vi, me hicieron irlo queriendo, hasta llegar a sentir verdadera adoración por él. Bastaba que alguien le dijera, por ejemplo: Yo soy prima de doña Luz, para que Villa hiciera favores, sin más ni más. Con los míos, se deshacía en bondades:

una vez nos llegaron algunas cajas con fruta que nos mandaban de Parras, Coahuila, de parte de la familia de don Panchito Madero. Apenas supo de qué se trataba y me ordenó:

—Mándale inmediatamente a tu mamá un buen surtido de estas frutas, recuerda Güera, que primero tuviste madre y luego marido. ¡Qué bonito! ¿O no es verdad?

29.- Sinceramente doña Luz: ¿Estuvo usted separada de Villa largas temporadas, fuera de las necesidades de la Revolución?

—Claro que sí. Todo el mundo lo sabe. Fue una temporada de dos años. Yo como esposa legítima que era de él, me quedé esperándolo en nuestra casa, que es esta quinta. Fue cuando vivió con Austreberta en Canutillo. ¿Ya no te acuerdas, pendejo, que en mi libro hablo de eso y que refiero que “ella” entró por la puerta falsa de aquella hacienda? Se la llevó a Pancho Lola Uribe, que era su pariente y yo creo que mi marido no la quería tener allí. Tuve conocimiento de que alguna vez se la quiso entregar a Cuca Ochoa, pero ésta pretextó algo más o menos decoroso, para no recibirla.

30.- ¿Tuvo para usted Villa gentilezas subrayadas?

—¡Cómo no iba a tenerlas! ¡Por cargas! ¡Qué bárbaro! Era muy gentil. Te voy a contar una historia que tendré siempre presente, porque me llegó al corazón. Esa vez, Pancho me dio una prueba de lo que yo significaba en su vida. Resulta que aunque Hipólito sabía que ésta era mi casa, porque así lo había determinado mi marido, se le ocurrió un día, quitarle el nombre de Luz, para ponerle el de Francisco Villa. No sé de dónde “le llegó esta onda”. El caso es que puso manos a la obra y desapareció de la fachada el nombre que Villa había escogido para bautizarla, habiéndolo substituido por dos letras: Una “F” y una “V”. Mi marido se dio pronto cuenta de eso y a su estilo, arregló el problema en un santiamén. Le preguntó con voz enérgica a Hipólito el porqué del cambio. Y la contestación fue ésta, pensada para quedar bien: —Mira, hermano, es que la casa es tuya y tú eres el jefe y tú eres el que manda—. Y tuvo aquí Pancho uno de esos detalles que me hicieron quererlo apasionadamente, de esos que me hacían perdonarle, si era necesario todos los días sus faltas, porque demostraban lo que yo significaba

para él. Le contestó: “Esta casa es de la Güera. Si a ella se le antoja echarme de su quinta, pues yo me voy. Así que el nombre que le pusiste se lo quitas inmediatamente y si quieres ver el nombre de Francisco Villa pintado en las paredes, ponlo en toda la calle, que al cabo es muy larga”. Otro día ordenó Villa que se colocaran las tres letras para él amadas, las que dicen Luz y que se hiciera la instalación eléctrica necesaria para que también en la noche el nombre de mi Güera estuviera iluminado.

Cuando voy a continuar con el interrogatorio, doña Luz, animada por el aluvión de recuerdos que la han invadido, me cuenta otra cosa que le parece, y a mí también, muy interesante:

—El general José Isabel Robles, que era zacatecano, en alguna ocasión me dejó encargadas a su señora madre y a sus hermanas. Las órdenes eran muy estrictas: Doña Luz, no me las deje salir sin su permiso. Le tengo una confianza ilimitada a usted y sé que las dejo seguras. Yo me creí con la obligación de responder a aquella estimación. Bueno, pues hay tienes tú que el hijo de Robles, ya andaba en tratos con don Venustiano. Un día recibo un mensaje firmado por José Isabel en el cual me pide, que inmediatamente le mande a su mamá y a sus hermanitas, porque su padre está enfermo. Desde luego que ya sabíamos de su “chaqueteada”. Me fui inmediatamente a la estación y le pregunté a Chevo: ¿Tienes alguna máquina y un carro para que salga inmediatamente al sur? Él me contestó que no podía hacer nada y que hablara con el general Mariano Martínez, jefe de la guarnición en Torreón. Me puse en comunicación con él inmediatamente. Pero no atendió hasta que pudo hablar con Pancho. Éste le dijo: “Mire, general, si mi esposa le dio esa orden, pues cumpla la orden”. Salió de mi casa la familia de Robles y yo me quedé muy tranquila porque había sabido cumplir con un encargo para mí, sagrado. Pasados unos días y estando platicando con Pancho, éste, medio serio me recriminó: “¡Ah, que Güera! Con que ayudando a los que me traicionan”. Yo le contesté: “Mira, Pancho, la familia es inocente. Además si yo no hago eso, y por desgracia le pasa algo a la madre, o bien a las hermanas del general Robles, sin duda que te cargan la culpa a ti. ¿No crees que hice bien?”. Pancho se quedó pensativo y luego me amarró otra vez: “¡Bueno, Güera, todo lo que tú has hecho está bien hecho”.

31.- ¿Le importaba a usted que su marido fuera tan mujeriego?

—¡Ah, pendejo, que preguntita tan difícil! Bueno, te diré que a veces sí y a veces no. Pasé por muchas cosas. Hay te va una historia que habla de lo que me estás preguntando: Alguna vez, ya no me acuerdo de las fechas, Villa me trajo doscientas, sí, doscientas profesoras, creo que de Guadalajara. Y hay tienes tú que me vi en unos aprietos tremendos para acomodarlas debidamente. A unas las mandé a San Andrés, mi pueblo, a otras a Camargo. Y así las fui instalando a todas. Entre ellas, venía una tal Cristina Vásquez, muy guapa y además sabía cantar y recitar muy lindo. Era un estuche de monerías. Nunca noté nada absolutamente en relación a que le gustara a Pancho o al revés. Total, se fue la muchacha. Un día recibo un mensaje de mi esposo en el que me dice que me está mandando un tren, para que junto con “mi brigada”, o sea con el grupo de mis amigas íntimas, me fuera inmediatamente a Aguascalientes, para casar al general Máximo García. Llegamos. Una tarde en que estábamos reunidas varias gentes, vi en un piano, que estaba cerca de mí, una pieza de música, es decir el papel pautado, que yo le había regalado en alguna ocasión a Cristina. Me puse triste, como es lógico suponer, pero no dije absolutamente nada. Pasó la boda y yo me regresé a Chihuahua. Recibo otro telegrama para que vaya a Aguascalientes a la Feria de San Marcos, que estaba “retebonita”, según me decía Pancho. Estaba en el *pullman*, arreglándome, cuando un ayudante de Pancho me avisa que me está esperando una señora ya grande, que dice le urge muchísimo hablar conmigo. Apenas me ve y me abraza llorando desconsoladamente y diciéndome que era la gente más desgraciada del mundo y me pedía disculpas. Yo no sabía qué hacer. En eso, entra Pancho y se pone furioso y dirigiéndose a la señora le dijo: —¿Qué le está contando a mi esposa? ¡Lárguese inmediatamente! Después que le ruegan y ruegan a uno, andan asustadas—. Luego, tuve noticias de que Cristina había tenido un hijo de Pancho y que vivía en Estados Unidos. Por azares de la vida, llegó a mí un periódico en donde venía su retrato y la noticia de que se había casado, ya no recuerdo bien, si con un americano o con un alemán.

Cuando acaba su intervención doña Luz, entra en la oficina de Pancho Villa, un muchachón altísimo y güerísimo y como tal vez oyó las últimas frases de mi entrevistada, se creyó con derecho a decir algo. Lo

hizo por cierto con mucha atención y “chapuceando” el poco español que sabía: —Mi padre conocer muy bien y estimar muy bien a Villa. Lo conoció en el rancho “El Oso”, que ser de él, igual mi madre, conocerlo. “El Oso” estar cerca de Cuatro Ciénagas, Coahuila. Yo haber nacido en Lajitas, Texas—. Se quedó sumamente satisfecho. Firmó el libro de registro y con una sonrisa de triunfo salió de la Quinta Luz. Yo seguí mi tarea.

32.- ¿Practicaba Villa algún deporte?

—Le encantaban los gallos. ¡Cómo le gustaban! Además, las carreras de caballos y menos, jugar a la baraja; bueno, esto último no tiene nada de deporte. De cuando en cuando le gustaba jugar partidas de rebote con sus amigos. Pero la verdad es que no tenía mucho tiempo para esos pasatiempos, pues toda la vida se mantenía ocupado. Pero gallos, tenía muchos, algunos preciosos. Mira, te voy a contar algo de “El cubano”. Quería mucho a ese animalito, que tenía una estampa primorosa. Un día llegó con él malherido y me ordenó que mandara inmediatamente a la botica a comprar alcohol, yodo y vendas para curarlo. Fui a mi recámara y le traje esas cosas y algunas más, como árnica. Pancho se quedó mirándome y me preguntó: —¿Pero, tú tienes todas estas cosas?—. Yo le contesté que en la casa siempre había lo necesario para casos de apuro y que mi madre me había enseñado a tenerlas listas a toda hora, porque nunca sabía uno cuando se iban a necesitar. Villa sonrió, diciéndome: —Por eso quiero tanto a tu mamá—. Por cierto que “El cubano”, era un gallo que me tenía Pancho destinado, con relación a las ganancias que obtenía. Seguido ganaba y me hacía entrega de cantidades importantes, luego los mil pesos, luego los trescientos.

El escritor norteamericano Louis Stevens, en su libro titulado *Ahí viene Pancho Villa*, traducido al español por Pablo Zayas Jarero nos dice:

—Apostaba fuerte en las carreras y le gustaba bastante el teatro. Para ver feliz a Pancho, no había sino regalarle un gallo de pelea, que tuviese fama de bueno. Fierro, con su gallinero de “gallos de pelea” era uno de los más temidos rivales en este deporte favorito de los valientes mexicanos. La alegría de Pancho no tenía límites, cuando uno de sus gallos derrotaba a otro de los de Fierro.

33.- ¿Se desvelaba Villa?

—Nunca lo hacía. Bueno, cuando no era necesario por razón de sus actividades. Casi todas las noches le gustaba acostarse entre ocho y ocho y media. Siempre, antes de que se durmiera, platicábamos largo rato, de todo.

34.- ¿Fumaba y tomaba?

—Ninguna de las dos cosas.

El general e ingeniero Federico Cervantes, hace estas consideraciones: A Fierro lo toleraba Villa, que odiaba a los borrachos y castigaba con excesivo rigor a lo pendencieros, sus escandalosas parrandas y sus sangrientas crueldades.

35.- ¿Era su esposo descarado en sus amoríos?

—Mira con qué preguntita me vas saliendo, pendejo. ¿Quieres que te conteste? ¿Quién podía negar que los tenía a montones? De eso no cabe la más pequeña de las dudas. Pero si lo que me quieres preguntar es si lo hacía delante de mí, o que si no se escondía de “sus travesuras”, te diré que conmigo siempre fue muy atento. Ahora que yo procuré en todo tiempo, por sus hijos. Hasta los quería, que al fin y al cabo eran del hombre que yo amaba. Muy seguido me decía: —Mira, Güera, yo ando siempre en mucho peligro y te voy a hacer una recomendación: si me matan, cuida mucho de mis hijos—. Pancho tenía una hermana llamada Martinita. De repente, ya anocheciendo se me desaparecía y se iba a la casa de ésta. Un día, mi cuñada me hizo esta confidencia: —No pienses mal de Pancho cuando sale de noche es que va a ver a una hija que tiene en mi casa, se llama Reynalda—. Hice las gestiones necesarias para que se viniera a vivir a la quinta. Tres días después de esto, llegó Villa a Chihuahua, y cuál sería su sorpresa al ver que tenía bajo mi techo a su hija. Se emocionó mucho: —¿Qué está haciendo aquí? —preguntó. Yo le respondí simplemente: —Qué ha de estar haciendo, pues está en su casa—. El comentó: —Pero si esta niña no tiene madre—. Y yo respondí: —Pues ya tiene, soy yo.

Vivían entonces conmigo tres hijos de Pancho: Micaela, cuya madre era la señora Petra Espinoza, Agustín, cuya madre era la señora

Asunción Villaescusa y Reynalda, que ya te dije nunca supe quién era la mamá. Por cierto que esta última tenía un carácter sumamente fuerte.

36.- ¿Estaba volado y hacía gala de su poder y de su influencia, Pancho Villa?

—Ya ves que muchos dicen que sí, pues yo rotundamente aseguro que era hombre que tenía constantemente rasgos de humildad. A ver qué opinas de esto: había un tal Porras (ahora se me acaba de ir el nombre de pila) que estaba encargado del rastro. Venía todos los días con nosotros. Comía aquí muy seguido. Le ayudaba a Pancho en las carnicerías que tenía. El caso es que de repente apareció al lado de Orozco. En uno de tantos combates lo agarró Villa preso. Creo que este tipo era pariente de don Juan Salas Porras. Mi marido lo mandó llamar y le dijo: —Oiga, amiguito, lo voy a mandar fusilar, mire nomás, con que usted que se sentaba a comer conmigo en mi casa, como hermano, me ha traicionado—. Porras, con mucho valor civil le contestó: —Sí, señor, soy orozquista y si usted me mata y vuelvo a nacer, seguiré siendo orozquista—. Mi marido se quedó pensando unos instantes. Luego le gritó a Pedro González: —¿Oye, que en el cuartel le entreguen a Porras su caballo y su pistola, para que vaya y vuelva a pelear conmigo—. Por cierto, no se fue con Orozco, sino a Estados Unidos y por mucho tiempo, cuando menos, no volvió a México.

DÍA QUINCE DE AGOSTO

Pienso que llegando temprano, digamos a las ocho y media de la mañana, no encontraré tanto obstáculo para mi entrevista diaria con la famosa viuda de El Centauro. Pero no es así. El museo se encuentra con muchos visitantes. Espero. Creo, sin ninguna razón lógica, que tendré más suerte que en otros días y que hoy podré avanzar bastante en mi trabajo.

Aparece doña Luz, quien andaba retratándose con algún grupo, junto al automóvil en que asesinaron a Villa y desde que entra a la oficina, noto que viene más alegre que unas castañuelas. Me hago esta reflexión: Suerte *habemus*. Y “aviento” la primera del día:

37.- ¿En la intimidad del hogar, alguna vez le dijo a usted Villa, lo que pensaba de don Venustiano Carranza?

—Muchas. No quería al viejo pendejo. Tenía muchos motivos para estar resentido. Le hizo muchas jugarretas. Ya tú te has de acordar lo que pasó antes de que Pancho diera esa fantástica batalla inverosímil de Zacatecas. Cuando se ofrecía, Pancho lo recalaba sin pelos en la lengua: —Ese viejo no es revolucionario, qué va a serlo. Es y será hasta que se muera, puro porfirista. Jamás podrá sentir la miseria, el dolor y los sufrimientos de los pobres, como yo—. Cuando llegaba a ofrecerse y platicábamos del viejo Carranza, yo notaba que al referirse a él, lo hacía despectivamente. Tenía que ser así. Te repito que lo ofendió mucho. Lo humilló. Aunque ahora muchos historiadores ya están de acuerdo en que Carranza hacía todo eso, porque le tenía una envidia espantosa, incontrolable, a Pancho.

Carranza estuvo en Chihuahua y en Ciudad Juárez en marzo de 1914, cuando ya estaban controladas por la División del Norte estas plazas, permaneciendo varias semanas por estos rumbos.

En *Hechos reales de la Revolución*, el chihuahuense Alberto Calzadías Barrera, afirma que “a gritos decía el Comandante de la División del Norte, a Carranza, gesticulando como lo acostumbraba en sus raptos de ira: —Desde que usted vino a Chihuahua, me está descomponiendo a Chao (entonces gobernador de Chihuahua) pero si me empieza a dividir a los jefes, yo empiezo a fusilar y principio por Chao.

La noche del primero de mayo de 1914 —escribe Juan B. Vargas— será inolvidable para los villistas que asistimos al famoso Teatro de los Héroes de la ciudad de Chihuahua. Presidió ese banquete el señor Carranza, teniendo a su derecha al general Francisco Villa, comandante en jefe de la División del Norte, así como a la flor y nata de ese ejército. En el sitio de honor estuvieron el general Manuel Chao exgobernador del estado y el nuevo ejecutivo, Fidel Ávila. El señor don Venustiano Carranza, mesándose su florida barba, que le daba ese aspecto de patriarca, tomó la palabra y se refirió en su peroración al incremento que tomaba la Revolución y a la aproximación de su término.

A continuación se puso de pie el general Villa y pronunció el siguiente breve discurso:

Señores y compañeros: Acosado nuestro pueblo por la tiranía porfirista y la persecución de sus enemigos eternizados en el poder, no fui de los últimos en atender su clamor para levantarme en armas y en librarlo de la tiranía y privilegios de la justicia y una vez que triunfó nuestra causa con la toma de Ciudad Juárez y la huida del tirano, me retiré a la vida privada con la conciencia limpia de haber cumplido con la Revolución y con el pueblo.

Pero desgraciadamente la traición de la Ciudadela asesinó a nuestro presidente Madero y aquí me tienen tocando reunión a mis compañeros de armas, para vengarlo y lavar con su sangre la mancha que el chacal arrojó sobre la voluntad popular. Una vez que triunfó nuestra causa, como en 1910, contra la dictadura y en 1912 contra la sublevación de Orozco, volveré a colgar mi espada para retirarme a los trabajos del campo. Pero si en esta vez hay algún ambicioso que al triunfo de esta causa del pueblo quiera exigirle a mi Patria lo que no puede darle, yo Francisco Villa, pondré otra vez el dedo en el renglón para aniquilarlo, sin que por ello, ni ahora ni nunca, alegaré ningún mérito que no sea el de ver realizados los postulados de la Revolución de 1910, que beneficie a las clases desamparadas que son a las que pertenezco. ¡He dicho, señores!

¡Ocho palabras bastaron para que se abriera un profundo abismo entre Villa y Carranza! Abismo profundo e insalvable. Cuando El Centauro, pronunció la frase: *Pero si en esta vez hay algún ambicioso*, sin duda, que el Barón de Cuatro Ciénegas sintió la saeta, o el aguijón, o el puñal, que iba dirigido a él. ¿O no había sido aquél un “primer aviso” al ambicioso de don Venustiano?

¡Y sin duda, ese fue el campo de cultivo de Carranza, para lograr el odio sin límites, africano, que le tuvo a Francisco Villa!

Y si a aquél “te lo digo Juan, para que lo entiendas Pedro” se agrega, que después del “banquete inolvidable” Villa recibió estruendosos aplausos y constantes y grandes manifestaciones de adhesión y pruebas irrefutables de afecto, ya se comprenderá que cuando Carranza abandonó Chihuahua, llevaba suficiente material como para elaborar una aversión sin límites contra Villa, que le estaba haciendo más sombra de la que le convenía.

Quedó pues, desde esa noche, escrito en las grandes canteras de la historia mexicana, un dilema que habría de costarle muchas vidas y muchas horas de zozobra al país: o con Villa, o con Carranza. No cabían transacciones, ni medias tintas, ni arreglos, ni componendas, ni nada. O con Carranza, o con Villa.

Que don Venustiano era todo un vanidoso, un ególatra, ni quien se atreva a negarlo. Podría tener otras virtudes muy altas, pero era dueño de estos feos defectos.

Martín Luis Guzmán, el de la prosa tersa, en *El águila y la serpiente*, hace un retrato del “primer jefe”, tan interesante como exacto:

“...Ello es que la figura de don Venustiano y la fotografía de la Revolución se compenetran. Carranza arribó a Sonora no sólo huido, sino sucio, andrajoso, y cuando todos esperaban oírle pedir un baño, agua y jabón que le quitaran la mugre y los piojos, se escuchó con sorpresa que el jefe del Ejército Constitucionalista sólo quería retratarse.

Para la fotografía revolucionaria fue aquél un suceso fecundo. De entonces data la conciencia de su destino como actividad llamada a grandes cosas. De entonces el empuje, pronto crecido, luego en auge, de su desenvolvimiento económico.

Porque don Venustiano cultivó a partir de allí tan tenaz y arrolladora inclinación a prodigarse en efigie, que su sonrisa bonachona y el brillo de sus espejuelos, vinieron a ser en poco tiempo, para el agosto de los fotógrafos, verdadera alondra de luz; de luz áurea y tintineante.

Miles de pesos importaban en Hermosillo las cuentas de retratos de la Primera Jefatura. Más aún la de los retratos hechos en los talleres norteamericanos de California, adonde se encargaban, por insuficiencia de los establecimientos de Sonora, los trabajos en grande escala. Los trabajos de cien mil o doscientos mil ejemplares, las impresiones en papel de lujo o de fantasía.

Y eso mismo, importante ya, no habría de ser sino el comienzo de la era fotográfica, pues luego, no contentos con la imagen estática del Primer Jefe, los supremos directores de la Revolución, recurrían a la cinematografía.

38.- ¿Qué pensaba Francisco Villa de Emiliano Zapata?

—Bueno, eso ya es otro cantar. O el reverso del caso del vanidoso de Carranza. A Zapata lo quería y lo admiraba grandemente. Es de los míos, me decía cuando había pláticas sobre Emiliano. Yo siempre consideré que Villa y Zapata eran amigos, que se entendían, que se comprendían, que se complementaban, que se querían, porque los dos estaban perfectamente identificados con la causa de los humildes. Además, ellos sí sabían por qué peleaban y a dónde iban. No tengo la menor idea de dónde quedó la correspondencia que se cruzaron, que fue abundante. Pancho le ponía cartas muy confidenciales. Le hablaba a su secretaria, a la que los dos estimábamos en alto grado, a Chole Armendáriz, quien primero se casó con el general Ornelas y luego con un señor de apellido Orduño Luna y le decía: “Ándele, muchachita, venga a hacerme estas cartas, pero hay que guardar mucha discreción”. Chole respetuosamente le reclamaba:

—Usted no tiene ninguna queja de mí, señor. —Pancho se ponía colorado y le contestaba—: No haga caso, muchachita, es que estoy bromeando. Tengo la seguridad de que Chole, que gracias a Dios todavía vive, sabe o se acuerda de muchas cosas interesantes que se escribieron Pancho y el general Emiliano Zapata.

39.- ¿Y a don Abraham González, solamente lo admiraba Villa, o lo quería?

Doña Luz hace recuerdos sumamente gratos de ese hombre-símbolo de los chihuahuenses que representó el ideal más puro de la Revolución Mexicana. Tiene frases de cariño para el Revolucionario impoluto que fue sacrificado villanamente por Huerta, pero que dejó mucha semilla arrojada al boleo, que luego floreció esplendorosamente. Después de unos instantes de silencio contesta

—A don Abraham, te lo puedo asegurar sin la más pequeñita de las vacilaciones, lo quería mucho y lo respetaba mucho Villa. Sí, sin duda que así era. Verás tú. Te voy a contar una anécdota muy simpática, que a la mejor ya sabes. Vale la pena repetirla muchas veces, porque pinta a Pancho tal como era: hombre muy desconfiado, sumamente desconfiado, pero muy inteligente. Muy zorro. Siempre estaba en todo. Bueno, había un señor amigo de Pancho, ya no recuerdo como se llamaba,

pues muchas cosas ya “se me traspapelan”, que estaba cojo, tenía una pierna de palo. Creo que era dueño de un carro de alquiler. Un día llegó con Pancho y le dijo: “¿Por qué no se junta usted con don Abraham?” Villa le contestó secamente: “Ni siquiera lo conozco”. Pasaron unos días, visitó a don Abraham y parece que le hizo la misma pregunta: “¿Y por qué no se junta con Pancho Villa?”. Don Abraham le contestó: “Me gustaría mucho, porque es un hombre muy valiente”. Así, en forma tan sencilla, aquel amigo logró que los dos tuvieran interés en conocerse. Una tarde, en que Pancho estaba platicando conmigo, ya no recuerdo de que cosas, llegó el cojo y le dijo: “Mire don Pancho, estuve hablando con don Abraham y dice que cuándo quiere usted que se vean y dónde”. Pancho pensó eso un poquito y luego le dijo: “Ya sabe usted dónde está la Filomática. En los cuartos de arriba, yo tengo uno en donde despacho mis asuntitos”. Se metió a la recámara y trajo un candado y una llave. “Bueno, amiguito —le comentó— dígame que lo espero a la noche (le dio la hora) y que lleve de contraseña esta llave. Como usted ve, yo me quedo con el candado”. A la merita hora fijada llegó don Abraham González, acompañado de un empleado de la Casa Krakauer.

Llegaron al cuarto y se lo encontraron a oscuras. Te hago la aclaración de que Pancho me platicó que “hacía una luna primorosa”. Luego, luego se le adelantó Villa: “Yo soy Pancho Villa. ¿Trae alguna contraseña para mí?”. La contestación del señor González fue: “Aquí la traigo”. Emocionado dijo Pancho: “Entonces, usted es don Abraham”. Enseguida pidió disculpas por la oscuridad y dijo que no había tenido tiempo de llevar un aparato para aluzarse. Queriendo quedar bien, el empleado de Krakauer sacó un cerillo y lo prendió. Pero Pancho con una velocidad increíble se lo apagó, para hacer este comentario: “Para qué nos vemos las caras, si nos vamos a ver los hechos”. Platicaron largo rato. Estoy pensando que todavía no pasaba lo de Claro Reza. Verás tú... todavía no pasaba. Bueno, vamos a seguir con ese asunto. Don Abraham le preguntó a Villa qué era lo que necesitaba con urgencia y éste le contestó: “Necesito, pero luego, veinte rifles y dos mil cartuchos”. Le preguntó don Abraham a dónde se los mandaba. Pancho, que tenía más salidas que un tuzero, contestó: “Llévenmelos mañana en la noche a la presa del Chuvíscar”. Y volvió a usar su sistema de contraseñas.

“Aquí tienen una yesca, esta piedra y este eslabón”. Llegaron efectivamente con la carga. Hicieron lumbre con la piedra, e inmediatamente Pancho les contestó en la misma forma. Y le entregaron los rifles y el parque.

Se quedó doña Luz, por ¿años? instantes sin decir palabra. Indudablemente que repasaba de su portentoso archivo mental, algo del “Patriarca del Papigochi”. Pero ya no hizo ningún comentario, si no que sintetizó el pensamiento que había llegado en una sonrisa tranquila.

Llegan algunos amigos suyos y los recibe alborozada. Empieza a platicar con ellos.

Por mi parte, recuerdo con agrado y precisión lo que escribió el fantástico John Reed, que tan enamorado quedó de las hazañas de Villa, cuando vino al norte del país, como corresponsal de guerra. Y porque Reed valió mucho, como escritor y como hombre de ideas bárbaramente definidas, inmortalizándose al escribir *Diez días que conmovieron al mundo* y muriendo de tifo en Moscú, transcribimos aquel artículo periodístico que tan alto y tan claramente habla del cariño que Francisco Villa tuvo para don Abraham González:

“El hecho de que Villa deteste las ceremonias pomposas, inútiles, hace más impresionante su presencia en los actos públicos. Tiene el don de expresar fielmente el sentir de la gran masa popular.

“En febrero, exactamente un año después de que fue asesinado Abraham González, por los federales, en el Cañón de Bachimba, ordenó Villa grandes honores fúnebres que debían celebrarse en la ciudad de Chihuahua.

“Salieron en la mañana temprano, dos trenes llevando a los oficiales del ejército, a los cónsules y representantes de las colonias extranjeras, para traer el cuerpo del extinto gobernador que yacía en su tumba bajo una rústica cruz de madera en el desierto.

“Villa ordenó al mayor Fierro, superintendente de Ferrocarriles, que tuviera listos los trenes, pero Fierro se emborrachó y olvidó todo. Cuando Villa y su rutilante Estado Mayor llegaron a la estación ferroviaria, la mañana siguiente, el tren ordinario de pasajeros a Juárez, apenas iba saliendo y no había otro equipo disponible. El mismo Villa saltó a la locomotora, que ya estaba en movimiento y obligó al maquinista a regresar el tren a la estación.

“Enseguida recorrió todo el convoy, ordenando a los pasajeros que se bajaran y lo desvió en dirección a Bachimba.

“No bien había salido, cuando llamó a Fierro ante su presencia y lo destituyó como superintendente de los Ferrocarriles, nombrando a Calzada en su lugar, ordenando este último volver inmediatamente a Chihuahua, a fin de que se le informara a fondo acerca del manejo de los ferrocarriles y así estuviera listo para cuando él regresara.

“En Bachimba, Villa estuvo de pie, silencioso, al lado de la tumba, mientras le corrían lágrimas por sus carrillos.

“González había sido amigo suyo. Diez mil personas soportaban el calor y el polvo de Chihuahua, en la estación del ferrocarril, cuando llegó el tren funerario. El doliente cortejo desfiló por las calles estrechas, marchando atrás el ejército, a la cabeza del cual caminaba Villa, al lado del féretro. Lo esperaba un automóvil pero rehusó, enojado, tomarlo, caminando dificultosamente entre la polvareda de las calles con los ojos clavados en el suelo.

“Aquella noche hubo una velada en el Teatro de los Héroes. Villa se sentó en el palco de la izquierda del foro, desde donde dirigía con un timbre el desarrollo del acto. El foro estaba brillantemente fúnebre, revestido de lanilla negra, grandes ramos de flores artificiales, retratos malísimos al pastel de Madero, Pino Suárez y del difunto gobernador, así como focos eléctricos a colores verde, blanco y rojo. Al pie de todo ello había una sencilla caja negra de madera, muy pequeña, que contenía los restos de Abraham González.

“Villa se levantó. Puso los pies en la barandilla del palco y saltó al foro, se arrodilló y tomó la urna en sus brazos. El ‘Largo’ de Handel se fue extinguendo (lo cantaban en el foro). Un asombro de silencio paralizó al auditorio. Sosteniendo la caja negra en sus brazos, tan como lo haría una madre con un niño, sin mirar a nadie, Villa empezó a bajar los escalones del foro y subió al pasillo. La concurrencia se levantó instintivamente. A medida que iba pasando por las puertas que se abrían ante él, lo iban siguiendo silenciosos los demás. Caminaba a grandes pasos, arrastrando su espada por el suelo, entre las filas de los soldados que esperaban, cruzó la oscura plaza hasta el Palacio de Gobernador; ya allí colocó con sus propias manos la urna mortuoria sobre la mesa

cubierta de flores que esperaba en el Salón de Audiencias. Se habían hecho arreglos para que hicieran la guardia cuatro generales por turno, cada uno por dos horas. Las velas arrojaban en derredor una luz opaca sobre la mesa y el piso; el resto del salón estaba en tinieblas. Una masa compacta que se apiñaba en la puerta respiraba silenciosa.

“Villa se despojó de su espada y la tiró ruidosamente a un rincón. Tomó su rifle de la mesa y se dispuso para hacer la primera guardia.”

Bello relato de John Reed, quien por cierto, nadie puede tildarlo de cursi.

Creo oportuno transcribir aquí, respetando la ortografía y la sintaxis, la carta escrita y firmada por El Centauro y dirigida al gobernador del Estado de Chihuahua;

Penitenciaría de México, Julio 17 de 1912.

Sr. Gobernador Abram Gonsales.

saludo a Ud. con el cariño que le profeso y que á de ser el que le debe tener asta la tumba. y espero que al resibo desta Dios lo conserbe con felisidad. pero ya lo salude, aora espero de la bondad de Ud. que me de la consesion de los despachos que tenia a mi cargo Silba para que los desempeñe mientras aber si yo consigo mi libertad lo que he de agradecer, a Ud. porque esta guarra nos a dejado en la miseria, yo tengo que trabajar para aserme bibir. pues como Ud. sabe a mi no me domino ni el anbre ni la encueres para ser sincero con mi patria y lo que hise yo lo debe hacer todo onbre sincero, porque yo no soy onbre que estoy cultibado pero el fondo de mi corazon quiero que a mis amigos y a mi patria, no les deja mas que cariño y gratitud. ya no le digo mas porque me pongo a contemplar las hingraticudes de la bida reciba el mismo cariño que le guardo en el fondo de mi corazón.

Francisco Villa

Esta mañana ha sido de suerte.

Doña Luz derrochaba “contentamiento” y estaba de vena, para contar esas cosas tan amadas para ella, que son las anécdotas del hombre público más controvertido que ha tenido México.

Intencionalmente la dejé descansar un poco, pues la última contestación suya había sido muy pesada, si se toma en cuenta el esfuerzo que tuvo que hacer para recordar sucesos tan importantes como los relatados.

Pero si yo pensé así, no lo hizo un tipo alto, prieto, medio petulante —¿medio?— que queriéndose pasar de muy entendido en lo relacionado con Villa y tratando de quedar bien con su viuda, se acercó a decirle: —Doña Luz, yo he leído muchas veces el libro de Martín Luis Guzmán que se llama *Memorias de Pancho Villa*.

Oír esto mi entrevistada y encendérsele la cara, todo fue uno.

Y ligeramente enojada, pero muy ligeramente, pues está acostumbrada a torear legítimos miuras, se le encaró al inoportuno para decirle:

—Oiga usted. Ese libro no lo escribió el señor Martín Luis Guzmán. Se lo robó, que es cosa muy distinta.

Bastante sorprendido por la respuesta, pero sin interesarle más la cosa, firmó como visitante el turista que estaba encendiendo una buena mecha, sin quererlo y se despidió.

Pero yo no iba a perder aquella oportunidad de oro que tan inopinadamente se había presentado. Y traté de conocer “la versión de doña Luz”, en un asunto de tanta trascendencia.

40.- ¿Es verdad, como acaba de decirlo, que Martín Luis Guzmán, se robó los originales de las *Memorias de Pancho Villa*?

—Como lo oíste, pendejo. Pero te lo voy a repetir para que lo apuntes bien, letra por letra: MARTÍN LUIS GUZMÁN QUE TANTO HA PAVONEADO CON ESE LIBRO, SE LO ROBÓ. Y para que no te quede duda, te voy a contar de “pe a pa”, como estuvo el asunto. Ese libro, lo dictó Pancho, poco a poco a don Miguel Bauche Alcalde (fue director del periódico “Vida Nueva”, diario de información de abril de 1914 a diciembre de 1915) precisamente en la quinta Luján, que era donde vivíamos en aquellos tiempos. La secretaria que tomaba en taquigrafía lo que Pancho dictaba, era Angelita Enríquez, que afortunadamente vive todavía, creo que en Los Ángeles, California. Claro que era para que Bauche Alcalde lo arreglara bien, lo retocara. Por cierto que éste era un tipo muy levantado que se casó con Elenita Mori, una gran cantante que becó don Porfirio para que estudiara en Italia. Yo me llevé ese libro a La Habana. Allá lo leíamos muchas veces, para recordar a nuestra tierra. Regresamos y pasó algún tiempo. Ya no me recuerdo cuánto. De repente tuve que salir a San Antonio, Texas, y por cierto allí me encontré con un problemón, pues un tal Teodoro Kiriakópulus, un grie-

go, alegando que Pancho Villa le debía un dinero, me había embargado mi casa. Bueno, yo le había encargado mucho “esos originales” a mi cuñada Marianita Villa, que vivía en una casa bastante pobre y casi cayéndose. Y resulta que un día llegaron a Chihuahua, Martín Luis Guzmán, acompañado de la después escritora, Nellie Campobello. Estuvieron platicando con Marianita varias veces. Le hicieron muchos ofrecimientos de dinero y hasta llegaron a ofrecerle que le compondrían su casita de todo a todo, en cambio del libro de Pancho Villa. No sé cómo fue la cosa, pero la convencieron. Y se quedaron con el libro, que después publicó desvergonzadamente, como si fuera de él, Martín Luis Guzmán. Por cierto que los ofrecimientos quedaron en nada. Ni dinero, ni reparación de la casa. Pero el libro había volado. Bueno, creo que el argumento que más convenció a mi cuñada fue el de que Nellie era hija de Pancho Villa, cosa que yo jamás he creído. Nunca he platicado con Guzmán sobre este asunto. No ha habido oportunidad, pues creo que se me esconde. Cuando en la Ciudad de México, inauguraron la estatua de Francisco Villa, allí estaba en el acto con Austreberta. Fue el día 20 de noviembre de 1969. El presidente de la República, el licenciado Gustavo Díaz Ordaz, se levantó y fue a donde yo estaba a darme un abrazo. (Doña Luz, mientras me dice esto, saca una buena fotografía, en donde aparece el licenciado Díaz Ordaz, muerto de risa, estrechándole con efusión la mano, en un saludo más que cordial). Martín Luis se hizo pendejo y quiso dar la impresión de que no me había visto. Mira que si se levanta, allí mismo le saco a colación lo del robo del libro. Ahora eso de que secretario de Pancho, es una mentira garrafal. Yo conocía a todos los que le sirvieron. Creo que apenas si conoció a Guzmán. No recuerdo haberlos visto nunca juntos. Ah, estoy mintiendo. Una vez, en Aguascalientes, se acercaron a saludar a Pancho, Martín Luis y Pepe Vasconcelos (se estaba refiriendo al licenciado José Vasconcelos). Pero me había quedado pendiente de contarte lo que pasó con la casa de Marianita. Mira tú lo que son las cosas. El que vino a hacerle el favor de componérsela de todo a todo poniéndole puertas nuevas y pintándola y todo eso, fue un hijito de mi amigo muy estimado, don Gerardo Heimpel, “Juanito”. Ése, sin muchos brincos, le arregló la casa a Marianita, quien por cierto estaba casada con un tiritero.

Hemos aprovechado más que bien la mañana. Me despido y doña Luz me dice:

—A ver, a ver, pendejo ¿qué fecha es mañana?

—Miércoles.

—Bueno te espero a las nueve de la mañana.

Creo que conviene hacer esta aclaración

La versión del “secretariado villista” viene del propio Guzmán. Precisamente nos lo platica, muy sabrosamente por cierto, pues el estilo del autor de *Muertes paralelas* es de un pulimento especial, en los últimos párrafos de *El águila y la serpiente*. Vamos a oírlo:

“Cuando concluyó de cenar (Villa) se puso de pie. Así escuchó lo poco que me quedaba de contarle. Luego dio dos o tres pasos en la estrechez del gabinete y se quitó el sombrero para cambiarlo por otro que pendía de la percha.

Los pliegues del *sweter* se le reacomodaron al estirar el brazo; asomó la canana, corrieron reflejos de luz artificial desde el rosario de las balas de acero hasta las cachas de la pistola; la cadera viril mostró su juego en plena fuerza.

Acercándome a él, le dije:

“—Bueno, general...

“—Sí, licenciado —contestó— vaya a tomarse su descanso. Y ya lo sabe: desde esta noche se queda aquí conmigo. Ahora mero mando que le preparen el gabinete que ocupaba Luisito, porque usted, en lo sucesivo, va a ser mi secretario. ¿O tiene algún obstáculo? Hábleme como los hombres...

Otra vez mi vida quedaba pendiente de un cabello; pero era inevitable correr el albur hasta lo último.

“—Sólo le pido a usted una cosa, general.

“—Dígamela luego luegoito.

“—Mi familia salió de México en el último tren de pasajeros. Si está en Chihuahua no lo sé. Acaso se encuentre en El Paso... Yo quisiera... De ser posible... que me permitiera usted... ir en su busca.

Villa inclinó el rostro sobre mí. Me miraba con fuerza; de nuevo me tenía cogido por las solapas. Guardó silencio por breves segundos y luego me dijo:

“—¿También usted me va a abandonar?

“Creí ver pasar la muerte por sus dos ojos...

“—Yo, general.

“—No me abandone, licenciado; no lo haga, porque yo, créamelo, sí soy su amigo. ¿Verdad que no se va para abandonarme?

“—Yo, general.

“—Y vaya en busca de su familia, se lo consiento. ¿Necesita recursos? ¿Quiere un tren pa usted solo?

Entonces respiré...

A las diez de esa misma noche, salió el tren hacia el Paso. Villa había venido acompañándome hasta dejarme en el *pullman*. Había subido a la plataforma y le había dicho al conductor:

“—Oiga amigo: este señor que va aquí es de los míos. ¿Me entiende? De los míos... Me lo trata bien, que si no, ya me conoce. Nomás acuértese de que lo fusilo...

“—Ah, que mi general —había respondido el conductor con risa nerviosa.

“Y Villa me había abrazado de nuevo antes de saltar a tierra.

“Ahora el tren corría veloz entre las sombras de la noche. ¡Qué grande es México! Para llegar a la frontera faltaban mil cuatrocientos kilómetros”.

Ya que hemos mencionado a la autora de dos bellas novelas *Cartucho* y *Las manos de mamá*, precisemos que Nellie Campobello nació un 7 de noviembre del año 1913, en la sierra de Durango, en Villa Ocampo, por donde pasa tranquilamente, sembrando esperanzas, el famoso Río Florido. Nellie es una inspiradísima poetisa y avala nuestra afirmación, este delicioso poema dedicado a la autora de sus días:

¿Dónde estás madre de rosas?
¿Dónde estás tejiendo perlas?
¿Estás por sobre las nubes
en el cielo y con tu estrella?
¿Con el alma entre las nubes
de las quietas arboledas?
¿Con los pies rimando pasos
donde se miran las sierras?

Luz Corral de Villa

¿Vestida de blanco puro
como la piel de tus manos,
buscando flores de luto que
se estampan a tu paso?
¿Dónde estás? ¿Dónde te miro?

¿Estás durmiendo en el cielo
donde se mece una estrella
de cinco picos brillantes
que en cinco dedos se estrechan
hechos Cruz de persignarse...?

Por otra parte, si es verdad que Martín Luis Guzmán se “apropió” de las muy famosas memorias de Villa, cosa que no es del todo imposible, ya que doña Luz con pelos y señales lo ha acusado seriamente, también lo es que las muchas ediciones de ese libro, han contribuido grandemente a que la figura de Villa aparezca distinta a la pintada por los pinceles mojados en las tintas fuertes llamadas “matón”, “pillo”, “violador de mujeres”, “asaltador”, etc.

En el año de 1941, el profesor don Federico de Onís (1885-1966) célebre ensayista y crítico español, autor de una renombrada *Antología de la poesía hispanoamericana*, sustentó una serie de conferencias en Nueva York, precisamente en la Casa de las Españas de los Estados Unidos, esquina de la Calle 117 y Avenida Amsterdam, auspiciada por la Universidad de Colombia. Y según nos cuenta el periodista chihuahuense Alberto Rembao en *Chihuahua de mis amores*, así se expresaba de Villa el mencionado literato:

“De las páginas de esas ‘Memorias’, surge un nuevo Pancho Villa, el verdadero Pancho Villa. Guzmán le ha dado muerte así al mito corriente del Villa bandolero, fascineroso, asesino, amoral, primitivo... El Villa que se levanta de este libro es el Villa heroico y glorioso, gran conductor de multitudes, verdadera personificación del pueblo”.

HAGAMOS UN ENTREACTO

Otra vez atacaremos a la Cronología a garrotazos en este capítulo.

La enérgica y bien puntualizada declaración de doña Luz, me sugirió la idea de publicar un artículo periodístico, teniendo como base el diálogo sostenido con referencia a las tan llevadas y traídas “Memorias”.

Y así lo hice. El día 13 de agosto de 1973, “El Heraldo de la Tarde”, a ocho columnas y en la página cuatro, publicó ese trabajo bajo esta denominación: “Afirmación categórica de doña Luz Corral viuda de Villa: Martín Luis Guzmán se robó los originales de *Las Memorias de Pancho Villa*”.

El mismo diario vespertino, en su edición correspondiente al día 11 de septiembre del año en curso, publica la contestación del autor de *El águila y la serpiente*, con un título también a ocho columnas y bajo este rubro:

“Refutación categórica de Martín Luis Guzmán: Desmiente las afirmaciones en un artículo escrito por Alfonso Escárcega”. Y luego, transcribe esta carta:

México, D.F., 29 de agosto de 1973.

Guillermo Asúnsulo. Director de El Heraldo de la Tarde
Avenida Universidad No. 2507
Chihuahua, Chih.

Muy estimado y distinguido amigo: Por lo que se refiere a mí y no menos por lo que toca a la señora Nellie Campobello, son meros despropósitos, ofensivos y temerarios, las aseveraciones atribuidas a la señora Luz Corral en el artículo que con firma del señor Alfonso Escárcega, publicó El Heraldo de la Tarde en su edición del día 18 del presente mes, bajo el título (dos gruesas líneas a ocho columnas) de Martín Luis Guzmán se robó los originales de las *Memorias de Pancho Villa*.

Dice el artículo que el pasado día 15, durante una entrevista del señor Escárcega con la señora Luz Corral, alguien mostró a ésta un ejemplar de mi libro *Memorias de Pancho Villa* y le preguntó si conocía la obra; a lo cual dice también el artículo ella contestó: ¡Cómo no las voy a conocer, si los originales de este libro se los robó Martín Luis Guzmán.

Y más adelante, el autor del artículo, pone en labios de la señora Corral el siguiente relato:

“Yo le había encargado mucho los originales a la hermana de Pancho, Marianita, que vivía en una casa muy pobre y casi cayéndose... Bueno... resulta que un día llegó a Chihuahua Martín Luis Guzmán, acompañado de su amiga Nellie Campobello. Estuvieron platicando con Marianita varias veces haciéndole muchos ofrecimientos de dinero y hasta le aseguraron que le compondrían su casita de todo a todo, en cambio del ‘libro’ de Pancho. No se cómo fue la cosa, pero la convencieron. Y se quedaron con el ‘libro’ de Pancho, que después publicó desvergonzadamente, como si fuera de él, Martín Luis Guzmán”.

De dónde, por qué y para qué la señora Corral puede haber sacado semejante patraña, si en efecto habló como queda transcrito, es algo que me pone perplejo, pues hace más de treinta y cinco años que yo mismo dije, en términos precisos y claros —y comprobables sin género de duda— cómo llegaron hasta mi los papeles del archivo del general Villa que me sirvieron para dar comienzo a las “Memorias” y desde entonces eso ha sido del dominio público.

Al salir a luz, en agosto de 1938 —lo comprobará usted por las fotocopias que aquí le envió— “El hombre y sus armas”, primera parte de las *Memorias de Pancho Villa*, se estampó a la vuelta de la portada del libro, dentro de un marco, la siguiente nota:

El texto de estas Memorias de Pancho Villa se ha establecido, en parte, teniendo a la vista los papeles y documentos del archivo del famoso guerrillero, los cuales obran en poder de la señora Austreberta Rentería viuda de Villa. Hago público mi agradecimiento a dicha señora y también a la señorita Campobello, a cuyo generoso entusiasmo debo el haber tenido acceso a los papeles de que se trata.

Posteriormente al publicarse mis Obras Completas, no sólo reitero en un prólogo (no lo inserto aquí porque es algo extenso, pero también se lo mando a usted en fotocopia) que doña Austreberta Rentería viuda de Villa me había entregado dichos papeles y documentos por conducto de la señorita Nellie Campobello, sino que hice de ellos la valoración que debería dárseles desde el punto de vista historiográfico y, además, expliqué con amplitud, el procedimiento literario de que me había valido para redactar, usando esos materiales, la primera parte de las Memorias y cómo había escrito las cuatro partes restantes, basándolas en documentos y testimonios de otro origen.

Conviene aclarar que yo no hablé nunca con Mariana, hermana del general Francisco Villa, a la cual no conocí y que jamás he ido a

Chihuahua, solo ni acompañado, en busca de papeles o documentos que hubieran pertenecido a él o a su familia. Los que me proporcionó la señora Austreberta Rentería viuda de Villa y que me fueron entregados por ella y la señorita Nellie Campobello, los recibí, hasta noviembre de 1936, en el departamento número 307 del edificio Zamora, inmueble que existía entonces en la esquina de las calles de Abraham González y Atenas de la Ciudad de México. Dichos documentos y papeles obran todavía en poder de la señora Rentería viuda de Villa y de ellos tengo las copias fotostáticas que mandé hacer para no maltratarlos. Son las hojas de los servicios que el general Villa prestó en los años de 1910 y 1911; los apuntes a lápiz dictados por el general Villa y que Manuel Bauche Alcalde transformó en los tres cuadernos que tituló él ‘El general Francisco Villa por Manuel Bauche Alcalde’ y los cuadernos mismos. No existen pues ningunos ‘originales’ de las Memorias de Pancho Villa, como no sean los originales de lo que yo escribí con mi propia pluma y que, por supuesto, yo conservo.

Lamento que la señora Corral se haya expresado sobre este asunto en la forma que se consigna en el artículo del señor Escárcega; lo lamento, entre otras cosas, porque además de incurrir así en falsedades, sus palabras hieren la reputación de personas que se han distinguido en el empeño de colocar la efigie del señor general Francisco Villa en el sitio eminente que hoy ocupa.

Lo deploro no menos porque en mi doble carácter de escritor y revolucionario, he guardado siempre a la señora Luz Corral —y sé que lo mismo ha hecho la señorita Campobello— las máximas consideraciones, las consideraciones debidas a una mujer que estuvo al lado del general Francisco Villa.

Reciba el saludo que le lleva esta carta.

Martín Luis Guzmán.

El periódico en que salió esta publicación, aclaró tres o cuatro días después, de que por un error lamentable se había dado a Nellie Campobello el trato de “señora”, cuando que en el original aparecía con el título de señorita.

Naturalmente que doña Luz se sintió ofendida con el señor Guzmán: Varias veces hace mención de Austreberta, llamándola VIUDA DE VILLA, mientras que a ella, queriéndola zaherir sin duda, le dice LUZ CORRAL. Tengo una entrevista con la legítima viuda de El Centauro, la

cual queda transcrita en el siguiente artículo que publicó, a ocho columnas, “El Heraldo de la Tarde”, con fecha 22 de septiembre de 1973:

HABLA DOÑA LUZ CORRAL VIUDA DE VILLA:
NADA TENGO QUE AGREGAR NI QUITAR A LO DICHO SOBRE
“LAS MEMORIAS DE PANCHO VILLA”.

Llevo dos semanas tratando de platicar nuevamente, con doña Luz Corral viuda de Villa, “la Mera Mera de El Centauro”, sobre la contestación que dio el escritor Martín Luis Guzmán a la categórica afirmación de que el autor de *El águila y la serpiente*, se había robado “los originales” de lo dictado por el propio Villa a don Manuel Bauche Alcalde.

El tropiezo ha sido el mismo: un cúmulo diario de visitantes al Museo Villista, a tal grado que había sido imposible charlar con doña Luz.

Hoy tuve suerte. Y la aprovecho:

—Doña Luz: ¿Leyó usted la carta que dirige el senador Martín Luis Guzmán a don Guillermo Asúnsulo, director de “El Heraldo de la Tarde”, relacionada con mi artículo que se publicó el día 18 del pasado mes de agosto?

—Claro que la leí. Pero he tenido tanta chamba y tantos compromisos, que no había tenido tiempo de comentarla contigo.

—¿Vio usted que el señor Guzmán, como que pone en tela de duda que lo afirmado en mi escrito sea exactamente lo que usted me dijo?

—Así es. Ya con fecha 13 de este mes, le dirigí unas líneas a mi particular amigo don Guillermo Asúnsulo, haciéndole ver que lo dicho por ti, se ajusta estrictamente a lo que yo manifesté en la entrevista que me hiciste.

—¿Y qué tiene que agregar a lo que dice el Sr. Guzmán, con respecto a que las *Memorias de Pancho Villa* le llegaron por otro conducto del señalado por usted?

—No tengo que agregar nada nuevo. Lo dicho es cierto: Pancho se las estuvo dictando a Bauche Alcalde, muy amigo de nuestra familia, al igual que su encantadora esposa Elena Marín de Bauche Alcalde, quien por cierto era una estupenda cantante que había hecho sus estudios en Italia. Por muchísimo tiempo esas memorias estuvieron en mis manos. Personalmente me las entregó Pancho. Y te repito: En La Habana leíamos constantemente esos escritos, entre otras gentes, don Manuelito González y don Enrique Calderón. Siempre las guardé en una bolsa color azul marino, muy bien hecha, con adornos de pinturas a mano. Cuando regresé al país, traje conmigo

esas Memorias. Las deja encargadas como ya te conté antes, cuando tuve que irme a San Antonio, Texas. Con todos estos datos, ¿no queda claro que si llegaron a manos de Martín Luis Guzmán, fue por caminos torcidos, o nada limpios?

—¿Y del resto de la carta que comentamos, que opina?

—Que trata de humillarme, de herirme, sin conseguirlo. Cuatro o cinco veces, cuando nombra a Austreberta, recalca que es la SEÑORA RENTERÍA VIUDA DE VILLA. En cambio, las seis ocasiones en que se acuerda de mi nombre, queriendo ser despectivo, me dice LUZ CORRAL. ¡Pretende este señor jugar al ingenuo, poniendo en duda que fui la legítima esposa del general Francisco Villa. En otra persona pasaría que discutiera este asunto, pero que lo haga quien es reconocido como historiador, es sencillamente ridículo.

Toma doña Luz un pequeño respiro y continúa:

—Y para que quede bien claro lo que te estoy diciendo, te voy a dar unos cuantos datos que demuestran, palpablemente, que soy LUZ CORRAL VIUDA DE VILLA y no Luz Corral a secas, como maliciosa y tontamente me llama el que se ha ostentado como exsecretario de Pancho, solamente para darse bombo.

Hace mi entrevistada una pausa, mientras busca algunos papeles entre un grueso, pero muy grueso legajo que tiene a mano y me dice:

—Puedes decir en lo que vas a escribir de esta nueva entrevista que TODA ESTA DOCUMENTACIÓN QUE VOY A NUMERAR ESTÁ A DISPOSICIÓN DE LAS PERSONAS O INSTITUCIONES QUE QUIERAN VERLA.

Luego, escoge el primer documento y al mostrármelo comenta:

—Esta es mi acta de matrimonio, en la que están las firmas de Pancho, la mía, la de don Silvestre Terrazas, el famoso periodista chihuahuense, hombre incorruptible y que fue muy famoso por haber dirigido valientemente “El Correo de Chihuahua”. También aparecen las de don Reynaldo Ornelas y la del coronel Jesús Martínez Valle, padre del que fuera mi estimado amigo Pepe Martínez Alvidrez, actualmente secretario de la Presidencia Municipal y la de don Francisco González que fue secretario de don Panchito Madeiro. ¡Fíjate que calidad de testigos tuvimos!

Pero por favor léeme en voz alta este pedacito.

De inmediato complazco a doña Luz:

“Ambos contrayentes manifestaron que iniciado y efectuado su matrimonio en el año de 1911, según consta por la copia del acta de su presentación matrimonial que exhibe en el acto, verificado el 24

de octubre del citado año, y no existiendo constancia de la celebración de su matrimonio, piden al presente juez, autorice su concertada unión, confirmando aquel acto para lo cual han verificado hoy de nuevo su presentación matrimonial, habiendo sido dispensadas las publicaciones de ella por el ciudadano gobernador del estado”

Y “checo” la firma del juez del Registro Civil: don José M. Álvarez.

Me sigue enseñando doña Luz infinidad de documentos, que comprueban hasta la saciedad, que no puede existir la menor sospecha, así sea insignificante, de la legitimidad con que ostenta el título de viuda de aquel “que empujaba huracanes con el pecho de su caballo.

Pero todavía quiero meter un poco más, el punzón de la curiosidad:

—¿Y oficialmente, es decir, por el Gobierno de la República, usted fue considerada doña Luz, como la viuda de Villa?

—Claro que sí. Te puedo enseñar también documentación hasta que te canses de leer. Pero creo que esto bastará:

Y me muestra el TESTIMONIO DE LA ESCRITURA DE CESIÓN ONEROSA DE DERECHOS REALES, OTORGADA POR ELLA, EN SU CALIDAD DE VIUDA DEL GENERAL FRANCISCO VILLA, A FAVOR DEL GOBIERNO FEDERAL.

Esta escritura esta “tirada” en la Notaría del señor licenciado José J. Arce, el día treinta y uno de mayo de 1924, en Ciudad de México y en el domicilio del mencionado profesional: calle Quinta de Tacuba No. 78.

Como es de suponerse, este importantísimo documento es muy largo y sería hasta imprudente transcribirlo en su integridad, por lo que sólo copiaremos uno de sus párrafos: “DECLARACIONES.- La sonora doña Luz Corral Viuda de Villa, declara que es cónyuge supérstite del señor general don Francisco Villa y heredera en el intestado de su finado esposo, habiendo ofrecido en venta al Gobierno Federal, los derechos que le competen por el concepto expresado, en lo que respecta a la Hacienda de Canutillo, en el Estado de Durango, en la cantidad de \$ 65,000.00 oro nacional, más la mitad de la cosecha levantada en la referida Hacienda, en el año agrícola de 1923 y que existe actualmente. El señor ingeniero Ignacio López Bencalari, declara que el señor presidente de la República, se sirvió acordar favorablemente la solicitud de la señora Viuda de Villa y por acuerdo de siete de mayo de 1924, autorizó se llevara adelante la operación. En tal concepto, los interesados otorgan el contrato que se Consigna en las cláusulas siguientes...”.

Algunas personas se preguntarán cómo fue que doña Luz decidió dar a un precio tan bajo una hacienda de la importancia de Canuti-

llo. La historia es tan amplia como interesante y ya se presentará la oportunidad de contarla detalladamente. Por ahora diremos tan solo que Villa —en contraposición con tanto político de las últimas hornadas que nadan en millones y millones de pesos— dejó una herencia muy mediocre y al morir, debía DOSCIENTOS MIL PESOS ORO al Gobierno de la República, pues la Secretaría de Hacienda a través de su titular don Adolfo de la Huerta, se los había prestado. También le adeudaba a “La Monetaria”, OCHENTA MIL DÓLARES, que le había facilitado para comprar ganado fino para la hacienda. Naturalmente que doña Luz tuvo que saldar estas cuentas, por lo que recibió de la Federación, ya descontadas las cantidades mencionadas, muy poco dinero.

Nuestra entrevistada sigue entregándonos papeles demostrativos de su legitimidad como viuda de El Centauro. Tenemos que recordarle que en un artículo periodístico, no es posible vaciar tantos documentos, aunque reconocemos que tienen un valor estupendo.

Nos despedimos con esta pregunta:

—¿Quiere agregar, doña Luz, algo más sobre las tan mentadas Memorias?

—Sólo una cosa: SÍ SOY LA LEGÍTIMA HEREDERA DE PANCHO... ¿CÓMO ES QUE ALGO DE SU PROPIEDAD COMO ESOS “ORIGINALES” FUERON A PARAR A MANOS EXTRAÑAS Y SIN MI CONSENTIMIENTO? ¡Qué la opinión pública responda y ponga en el lugar que le corresponde a cada uno de los que hemos intervenido en esta discusión!

Cuando salimos del museo de doña Luz, ya esperaban quince o veinte turistas, para escuchar las consabidas explicaciones.

Desde el zaguán alcanzamos a oír la voz inconfundible y agradable de LA MERA MERA:

—Esta era la oficina de Pancho Villa.

En la misma edición de “El Heraldo de la Tarde” que hemos comentado, apareció una carta firmada por doña Luz que a la letra dice:

Sr. don Guillermo Asúnsulo Director de “El Heraldo de la Tarde”
Avenida Universidad y División del Norte
Muy estimado y fino amigo:

Me refiero a la carta que dirigió a usted el Sr. Martín Luis Guzmán, con fecha 29 del presente, con referencia a mi afirmación de que él se robó los apuntes de Pancho Villa, mi esposo, que después fueron publicados con el nombre de *Memorias de Pancho Villa*.

Luz Corral de Villa

Las declaraciones de su servidora que aparecieron en el periódico que usted dignamente dirige, el 18 del mes en curso, se ajustan estrictamente a lo manifestado por mí a mi amigo el escritor Alfonso Escárcega.

Sin otro particular, lo saludo con el afecto de siempre.

LUZ CORRAL VIUDA DE VILLA

Casi un mes después, exactamente el día 24 de octubre de 1973, nuevamente el mismo periódico y también a ocho columnas hace esta publicación:

AFIRMACIONES DE LA SEÑORA AUSTREBERTA RENTERÍA VIUDA DE VILLA EN TORNO A LA POLÉMICA SOBRE LAS MEMORIAS DE SU ESPOSO.

La Sra. Austreberta Rentería viuda de Villa, con domicilio en calle Almería No. 32 de la colonia Postal en México, D.F., nos pide la publicación de la siguiente carta, relacionada con los artículos escritos por el Sr. Alfonso Escárcega, en torno al libro Memorias de Pancho Villa.

México, D.F. a 16 de octubre de 1973.

Sr. Guillermo Asúnsulo Martínez, Director de El Heraldo de la Tarde
Avenida Universidad 2507,
Chihuahua, Chih.

Señor de todo mi respeto:

Me parece increíble tener que explicar algo que se sabe muy bien y que por primera vez se publicó en los periódicos hace muchos años y que por motivos poderosos debo aclarar ahora.

Leí lo que publicó su periódico respecto a mi finado esposo el Sr. General de División Francisco Villa. Desde luego no me extraña el hecho de esta publicación; lo que si me sorprende es la afirmación que hacen quienes dicen, sabiendo desde luego que es falso, que existían unas memorias referentes a mi difunto esposo o sea *Las memorias de Pancho Villa* que escribió el Sr. don Martín Luis Guzmán y que por lo tanto son de su propiedad.

Y como deseo dejar bien claro esto que hoy por primera vez relato, voy a los hechos. (Tengo los documentos con que puedo probarlo). La historia es la siguiente:

Conocí en mi casa de Parral a la señorita Nellie Campobello; me la presentó el director del Correo de Parral, don José Rocha, en el mes

de enero de 1934. Al conocerme y saber que tenía yo dos hijos en edad escolar, ella me dio el consejo de trasladarme a la Ciudad de México. También ella, la señorita Nellie, espontáneamente me prometió pedir una pensión para mí y solicitarla al señor presidente de la República, general Abelardo Rodríguez. Y, se hizo siguiendo todos los trámites que en estos casos establece la ley. La pensión se concedió el mismo año de 1934. Ayudaron a la señorita Campobello los periódicos, a quienes siempre agradecemos su ayuda, tanto como se puede agradecer al distinguido y talentoso periodista Manuel Ratner, que al igual que la señorita Nellie, iban y venían y volvían, discutían en Gobernación, en las cámaras, siendo el señor Manuel Ratner el que un día le dio la noticia a la señorita Nellie que me avisara que se me había concedido una pensión de catorce pesos diarios. Dicha pensión me la comenzaron a pagar a fines del año de 1935. Y ya para entonces la habían reducido a la cantidad de diez pesos. Yo lo agradecí mucho, pues este dinero sería para que mis hijos Francisco e Hipólito Francisco pudieran tener una carrera. No se debe olvidar que en esas fechas mi esposo Francisco Villa era un perseguido, calumniado, su imagen la borran y perseguían su memoria.

En mi casa, en la Ciudad de México, calle de Abraham González 31, me visitó el señor Regino Hernández Llergo y estando presente la señorita Campobello, me propuso el Sr. Llergo publicar en su revista, parte del archivo de mi esposo; los escritos del Sr. Bauche Alcalde; la hoja de Servicios de Francisco Villa escrita por él mismo y otros apuntes. La señorita Campobello, me dijo que el que tenía que ver esos papeles, el archivo y demás, era el Sr. Martín Luis Guzmán, que era escritor y revolucionario verdadero (debo aclarar que la señorita Campobello, siempre me ha dado consejos desinteresados, porque ella y toda su familia han sido villistas desde siempre). Me presentó al Sr. don Martín Luis Guzmán, le entregué los papeles que sólo le pudieron servir para un tomo, y el Sr. Guzmán cumplió lo que nos prometió, que fue ordenar, establecer y publicar gran parte de lo que mi esposo hizo en la Revolución y por la Revolución, que fue uno de nuestros objetivos. Porque a mi esposo lo calumniaban y lo negaban y era necesario que se conociera la verdad exacta de su vida, de sus batallas, de su devoción por su Patria y todo lo que él pudo hacer para su pueblo.

Yo afirmo, señor Director y pregunto: ¿Dónde pudieron estar esas Memorias?, digo las *Memorias de Pancho Villa* que yo nunca vi. Sí vi

todos los papeles, hoja de servicios de 1910 a 1911, los cuadernos, apuntes y demás papeles de su archivo, pero en ninguna de estas hojas o portadas de los cuadernos dice Memorias. Las *Memorias de Pancho Villa*, contienen un primer tomo tomado de estos papeles. Los cuatro tomos restantes son obra original del señor don Martín Luis Guzmán, formada y escrita con documentos y datos que él recogió.

Otra cosa, señor director: Creo injusto que critiquen al señor Guzmán, porque siempre que habla de mí me nombra diciéndome señora Austreberta Rentería viuda de Villa, o señora viuda de Villa. Si eso hace el señor Guzmán, es porque esa es la verdad, yo soy la viuda legítima de mi difunto esposo el señor general Francisco Villa. Aquí le mando a usted una copia auténtica del acta de nuestro casamiento hecho por el juez del Registro Civil de la ciudad de Parral. Yo quisiera señor director que usted me hiciera el favor y la justicia de publicarla, junto con esta carta que le mando, porque estoy segura de la buena intención de su ánimo.

Lo saludo y le doy las gracias desde ahora.

AUSTREBERTA RENTERÍA VIUDA DE VILLA

Tal como lo pide doña Austreberta, el periódico, en fotostática, publica el acta de “matrimonio” de esta señora con el general Villa. Está fechada el dos de junio de 1921, en Hidalgo del Parral.

Esta carta levantó infinidad de comentarios. Algún amigo mío, medio guasón, medio filósofo, nos refirió a un grupo de amigos esta anécdota:

Hace poco estuve en Ciudad Juárez, con la señora Soledad Seáñez, originaria del Valle de Allende, Chih. y comentando sobre tanta viuda legítima que apareció después de la muerte de El Centauro me comentaba: —La meritita verdad es que solamente habemos tres viudas legítimas: doña Luz, Austreberta y yo.

Doña Luz, mujer de amplia preparación, activa, inquieta, inteligente, no iba a desaprovechar la metida de choclo de Austreberta, al publicar un documento con una fecha extraordinariamente comprometedor: 2 de junio de 1921. Y ni corta ni perezosa, dio respuesta a la carta transcrita, por medio de otra entrevista, que publiqué bajo mi firma, el día 3 de noviembre de 1973, en “El Heraldo de la Tarde”:

DOÑA LUZ CORRAL VIUDA DE VILLA AFIRMA:
EL QUE ES PRIMERO EN TIEMPO ES PRIMERO EN DERECHO.

Viernes 26 de octubre de 1973. Son las once de la mañana. Llego a la casa de mi dilecta amiga doña Luz Corral viuda de Villa y me encuentro con “casa llena”. Platican con esta simpática mujer, chihuahuense por los cuatro costados, o por más si los hay, varias personas. Entre ellas el inteligente y culto abogado, don Saúl Corral Robles.

Apenas saludo cuando me dice doña Luz:

—Estábamos sobre tus huesos. Precisamente en estos momentos comentábamos la carta que Austreberta le mandó a “El Herald” y que fue publicada hace dos días, tratando de contestar tu último artículo.

Como la ocasión la pintan calva, la aprovecho:

—¿Y qué opina usted, doña Luz, tanto de esa carta como del acta de matrimonio que doña Austreberta ha remitido, para demostrar que ella es la viuda legítima de su difunto esposo, el señor general Francisco Villa?

—Pero que quieres que opine, que la pobrecita de Austreberta, me ha hecho recordar el viejo adagio que afirma que “el pez por su boca muere”. Sin duda fue empujada por quien se robó las memorias de Pancho, Martín Luis Guzmán, para que, mientras él hacía mutis, ella sacara la cara. Guzmán sabe perfectamente que lo que he declarado es la pura verdad y por eso se sale de la escena.

Preguntamos:

—¿Cuándo supo usted doña Luz, que Villa se había “casado” con doña Austreberta?

—Unos días después de que se montó esa comedia. Precisamente mi amigo, ya difunto, el respetable licenciado Ramón Gómez y Salas, vino ex profeso de la ciudad de Hidalgo del Parral, a contarme el “chisme”. Me recuerdo que después de darme la noticia, me comentó: “No se apure, ese matrimonio, como todos los que haya podido haber efectuado Villa, después del primero que fue con usted, es completamente ilegal. No olvide esto: QUIEN ES PRIMERO EN TIEMPO, ES PRIMERO EN DERECHO.

—¿Y qué reacción tuvo usted con el “notición”?

—Primero, me dio coraje, luego risa, mucha risa, porque me dije: Bueno... ¿Y por qué he de apurarme si mi marido “se casa otra vez? AL FIN Y AL CABO COMO NO ESTAMOS DIVORCIADOS, todos estos jueguitos de casorios que se trae, tengo que tomarlos como lo que son: aventuras de Pancho.

Aprovechando que está con doña Luz el licenciado Corral Robles, me dirijo a él:

—¿Cuál es tu opinión mi abogado?

—Exactamente la misma que te daría cualquiera del oficio. Es muy corta y muy precisa: si doña Luz se casó en el año de 1911, el matrimonio del general Villa con doña Austreberta ES NULO DE PLENO DERECHO, PORQUE HABIENDO UN MATRIMONIO ANTERIOR NO DISUELTO, LEGALMENTE TODAS LAS UNIONES QUE SOBREVEGAN ESTÁN AFECTADAS DE INVALIDEZ, POR CONTRAVENIR DISPOSICIONES DE ORDEN PÚBLICO, SEGÚN EL CÓDIGO EN RELACIÓN AL DE DEFENSA SOCIAL, QUE EN SU CAPÍTULO CORRESPONDIENTE, INCRIMINA COMO INFRACCIÓN ANTISOCIAL EL HECHO DE COMETER BIGAMIA.

Realmente me parece clara, clarísima, la situación: la verdadera esposa de Villa, “La Mera Mera”, como yo he dado en decirle fue doña Luz, quien apenas termina por cierto su intervención el abogado “echa otro cuarto a espadas”:

—Mira nada más que ingenuidad de la señora Rentería: que mandar publicar un acta de matrimonio de MIL NOVECIENTOS VEINTIUNO. Hazme favor de entregarle a mi amigo don Guillermo Asúnsulo, director de “El Heraldo”, esta copia de acta (la pone en mis manos y yo le ofrezco que llegará a su destino) para si gusta publicarla. Es del año de MIL NOVECIENTOS QUINCE Y HABLA DE QUE ME CASÉ CON PANCHO EN EL AÑO DE 1911. Ya lo he dicho pero voy a repetirlo: Yo me casé con Doroteo Arango y también con Pancho Villa, es decir dos veces, como si hubiera presentado que al correr de los años, iban a resultarle muchas viudas.

La conversación es tupida y sabrosa. Se tocan muchas facetas de este problema y naturalmente viene a colación cuando doña Luz, junto con El Centauro del Norte, vivió en Canutillo.

—¿Cuándo llegó usted a la hacienda?

—Llegamos a la Estación del Ferrocarril “Rosario”, en el Estado de Durango, Marianita Villa, la hermana de Pancho, Raquelito Rodríguez, quien todavía no se casaba con el general Albino Aranda, Paulita Palomino viuda de Antonio Villa, un hijo de ésta, que ahora es profesor, otras personas y yo. Pancho, muy contento, ya nos estaba esperando. De allí nos fuimos inmediatamente a una fiesta que había en Santa Bárbara. Nos acompañó el gerente de la compañía. Todo esto sucedió el 16 de septiembre de 1920.

(Villa se amnistió con el Gobierno que presidía el señor don Adolfo de la Huerta, por medio de un convenio, signado en Sabinas, Coah., el día 29 de julio de 1920).

Midiendo el alcance de nuestra pregunta, la soltamos:

—¿Y cuándo entró a la vida de usted, Austreberta?

Doña Luz se pone sumamente seria. Hace esfuerzos por recordar. Sus ojos azules, aún bellos, se clavan en el techo de la pieza en que estamos. Con mucha seguridad en la voz me hace este relato:

—Esto que voy a platicarte a muy grandes rasgos, no es ninguna novedad. Lo publiqué en mi libro *Pancho Villa en la intimidad* que vio la luz hace casi cuarenta años. Ya habían transcurrido algunos meses de estar establecido Pancho en Canutillo, cuando una tarde vi penetrar por la puerta de campo, una señora en compañía de otras personas, las que se dirigieron a Pancho. Era Austreberta que venía a vivir en la hacienda. Mi marido la condujo a mi presencia diciéndome:

—Aquí tienes esta muchachita para que te ayude a coser.

Le di algunas costuras al igual que a las hijas del general Ornelas. Antes de su llegada había tenido en mis manos una carta que le dirigía ella a Pancho y que él, por un descuido había tirado en el comedor antes de leerla. Entre otras cosas decía esa misiva: “SÉ QUE USTED ES CASADO, SI USTED PUDIERA PROBAR LO CONTRA RIO... HABLE CON MI TÍO MANUEL BECERRA QUE VIVE EN PARRAL”. Y firmaba “A. R.”

Bueno, la cosa es muy larga y cansaríamos a los lectores de “El Heraldito” con tanto detalle, pero el caso es que se presentó la ocasión de hablar con Austreberta. Le dije: ¿Esta carta es suya? Sí, me contestó bajando los ojos. Le hice otra pregunta: ¿Es cierto que a su padre, Pancho le mandó quemar los pies por intrigas de Baudelio Uribe, el “desorejador” y de Lola, que está emparentada con su papá? Austreberta tal vez ignoraba que yo sabía todos estos detalles y se quedó muda.

Interrumpimos a doña Luz:

—¿Y cuándo se vino usted de Canutillo?

—Me recuerdo la fecha muy bien, porque ese día 25 de febrero de 1921, era el cumpleaños de Luz Elena, la hija de Pancho y mía. Me vine a una casita de la calle Méndez y allí viví con Martinita Villa y con sus hijos. Pero yo nunca le reclamé nada a Pancho, sabía que más o menos pronto perdería interés por su nueva aventura. Hay mucho, pero mucho material para este tema. Si te parece por hoy “le cortamos”. Es bueno guardar algo de pólvora por si se ofrece.

—Muy bien, doña Luz —contesto—, pero voy a hacerle la última pregunta:

—¿Por qué cree usted que don Martín Luis Guzmán emprendió “una graciosa huida?”

—Por qué va a ser. Porque si hubiera dicho bajo su firma que Austreberta es la viuda legítima de Pancho y no yo, HUBIERA QUEDADO EN EL MÁS ESPANTOSO DE LOS RIDÍCULOS. Como creo que es abogado, el mote más benigno que se le hubiera endilgado, habría sido el de ignorante. Por otro lado, ojalá que él siguiera interviniendo en la polémica, así saldrían a relucir muchas verdades. Mira, por lo pronto ya tenemos dos personas en una postura muy falsa en este lío: Austreberta, que cándidamente piensa que es la legítima esposa de Villa y EL FAMOSO SECRETARIO PRIVADO DE PANCHO, TAN PRIVADO, PERO TAN PRIVADO, QUE VILLA NUNCA SE DIO CUENTA DE QUE LO FUERA.

Riéndonos de muy buena gana con la última frase de mi entrevistada nos despedimos el licenciado Corral Robles y yo, para apenas abandonar la casa No. 3414 de la calle Décima de esta ciudad de Chihuahua, continuar comentando sobre el mismo tema.

Creo muy difícil que don Luis Martín Guzmán vuelva a sacar las narices. Se metió en un berenjenal y lo mejor es que deje las cosas por la paz. Realmente las nalgadas que le propinó doña Luz, o las banderillas que le clavó en lo alto del morrillo fueron de corrida de feria.

DÍA DIECISÉIS DE AGOSTO

No va a ser este día muy pródigo en plática con la viuda del que fuera general de generales. Tiene la casa atestada. “Como si estuviera regalando pan caliente”, comenta una anciana amiga de ella. Ni modo, tendremos que armarnos de paciencia para continuar el interrogatorio.

Después de atender gente de todo tipo, doña Luz me dice que ya está lista. Le haré una pregunta interesante, puesto que se trata de Felipe Ángeles, ese extraordinario militar mexicano, que para muchos es el ejemplo non de pundonor y de decencia. Se han preguntado muchos intelectuales, cómo un hombre como éste, educado en Europa, caballero, culto, podía estar al lado de Villa que era un hombre sin ninguna preparación académica: un rústico ignorante. Tal vez la respuesta la encontraremos en una frase muy sencilla pero muy profunda, cuyo

autor es el señor licenciado Andrés Molina Enríquez, quien ha sido reconocido por tirios y troyanos, como el “Apóstol del agrarismo en México” y a quien se debe el adelantado artículo 27 de nuestra Constitución Política: “Villa es el Revolucionario más grande de todos los tiempos.”

Bien, preguntamos:

41.- ¿Respetaba, admiraba y estimaba Villa al general Felipe Ángeles?

—Cómo no, pendejo. Lo respetaba mucho porque Ángeles era un militar de carrera, con vastos conocimientos en el arte de la guerra, muy culto y muy leal. Lo admiraba porque su sencillez, su caballerosidad, su comportamiento conquistaban a todo mundo. Y lo quería porque supo ganarse su afecto, a través de infinidad de acontecimientos que tuvieron que vivir juntos. Yo también admiré grandemente al general Ángeles. Por cierto que se me viene a la mente una buena anécdota:

Estaba Pancho en la frontera. Yo estaba en San Antonio Texas, esperando que le mandaran a mi marido una correspondencia, sobre todo me interesaba una de Díaz Lombardo. Bueno, un día llegaron hasta Pancho tres individuos con facha de gente sumamente humilde, en unos burros. —General —le dijeron— queremos pertenecer a sus tropas. Pancho no dijo nada. Ellos insistieron: —A ver si nos hace el favor de permitirnos darnos de alta con usted. Mi marido era malicioso por excelencia y se puso muy listo. —Mira nomás —les contestó— parece que quieren ser más villistas que yo; pero no les creo absolutamente nada. Y sin más, ordenó que colgaran a uno. El pobre fue la víctima de aquella emboscada. Luego les dijo a los otros dos: —Si no me dicen inmediatamente la verdad los cuelgo a ustedes también. Claro que se pusieron como un pan de cera, estaban todos “achicopalados”. Así estaban las cosas cuando apareció el general Ángeles y le dijo en tono enérgico a Pancho: —Mi general, yo creo sinceramente que aquí se está cometiendo una gran injusticia. Villa no contestó nada. Ángeles se fue a leer uno de los periódicos que acababan de llegar al campamento. Pasado un buen rato, uno de aquellos tipos se acercó a Pancho y le hizo esta confesión: —Le vamos a decir la verdad, general: ya se “cuarteó” el general Rosalío Hernández y le pusieron como condición que mandara

gente para que lo fregáramos a usted. Inmediatamente preguntó Villa: —¿Y cómo sé que no me están contando mentiras? Ellos contestaron: —Muy fácil, mi general, íbamos a venir cinco hombres juntos, pero nos adelantamos tres; así que más tarde van a llegar los otros dos compañeros. Efectivamente llegaron los restantes poco después. Pancho le ordenó al que la hacía de jefe: —Vaya usted a platicarle al general Ángeles lo que ha pasado, letra por letra.

Obedeció y transcurridos unos minutos, llegó Ángeles con Pancho: —Mi general, vengo a pedirle una disculpa por lo que le dije sobre la injusticia con los tipos que llegaron queriéndose adherir a nosotros. —No se preocupe. —Contestó Villa. Ángeles entonces comentó—: Tiene remedio, usted es de los hombres a quien la Providencia les ha dado el don, o la intuición de conocer a los hombres. Villa dijo: —Son cosas que me ha enseñado la vida, general. Ángeles le pidió entonces que fusilara a todos aquellos traidores y Pancho le contestó: —No se le olvide general, que les di mi palabra de que si me decían la verdad, los perdonaba.

Los cuatro que iban con intenciones de liquidar a Villa se quedaron en sus filas.

Sí, estimaba mucho Pancho al general Ángeles. Fíjate qué buen detalle éste que te voy a contar: Pancho tenía necesidad de hacer un movimiento urgente para ir a auxiliar a Chao. Y le ordenó al general Ángeles: —Tenemos que movilizar ese tren en menos de una hora, es decir a la caballería a la artillería y a la infantería. Ángeles le contestó: —Es muy poco tiempo el que me da usted, general. Villa dijo como de rayo: —Entonces, déjeme hacer a mí el movimiento. Y en menos que canta un gallo, ya estaba Pancho dirigiendo la maniobra. En una mano la rienda y el reloj, en la otra, su pistola. Y empezó a gritarle a toda la gente, mientras hacía tres o cuatro recorridos: —¡En una hora tenemos que estar listos y el que no esté arriba se quedará abajo para siempre!— gritaba. Como tú comprenderás a los buenos entendedores, pocas palabras. Antes de los sesenta minutos, el tren estaba listo para partir. El general Ángeles se acercó a Pancho para decirle en tono mucho, muy sincero: —Lo admiro, general, yo no hubiera podido realizar ese movimiento en el tiempo que usted ordenó. —Mire, mi general Ángeles —aclaró Pancho— usted iba a hacerlo con todas las reglas que ordena la

táctica militar. Pero “estos” no entienden de estas cosas, pero sí entienden el lenguaje de la pistola. Los dos rieron a mandíbula batiente.

Sin duda, Ángeles es uno de los hombres que prestigiaron a la Revolución Mexicana. Pero todavía circulan por allí despistados que escriben: “El llamado culto y genial Ángeles, tenía dentro de sí el demonio, que lo identificaba con Villa. Era un criminal nato.”

Vito Alesio Robles opina: “Ángeles fue el alumno más inteligente del Colegio Militar de todos los tiempos. Fue el mejor artillero que ha tenido México, el más sabio matemático. Fue un insigne profesor de Balística y distinguido alumno del general Foch. Fue autor de varias obras de matemáticas y de artillería. Ángeles fue un gallardo director del nido de águilas que se llama Chapultepec”.

Por su parte el ingeniero y general Federico Cervantes M., en su interesantísimo y muy bien documentado libro *Francisco Villa y la Revolución*, comenta: “Cuando Villa supo, allá en la montaña, que Ángeles había sido víctima del asesinato político, lloró como un niño y permaneció triste y silencioso por varios días”.

42.- ¿Le tenía Villa una confianza ilimitada al general Roque González Garza?

—Claro que sí. Era un hombre de muy buenas familias. Muy educado y con una lealtad a toda prueba. Era hermano nada menos que del señor licenciado Federico González Garza, que fue secretario de don Francisco Madero.

El nombre del general Roque González Garza, es poco conocido para las nuevas generaciones y me atrevo a decir que también para muchos elementos de las ya viejas, a pesar de que es una figura realmente brillante, de mucho relieve, dentro de la Revolución Mexicana. Su villismo fue auténtico, total. Hombre culto, sabía lo que quería y a dónde iba. No abandonó las ideas reivindicadoras en el campo social de Pancho Villa, jamás. Y en la Convención de Aguascalientes, como representante personal de El Centauro, hizo un papel muy digno y muy honesto. Nació en Saltillo en el año de 1885 y fue uno de los primeros en secundar la rebelión maderista. Le tocó pelear en Nuevo Casas Grandes,

Chihuahua, demostrando valor y decisión. Hay relaciones de la Batalla de Juárez, que hablan elocuentemente de González Garza. Buen orador, defendió con brío y elegancia a Madero, cuando aquel famoso “cuadrilátero” trataba de desprestigiarlo. Juan López Escalera, en su Diccionario Biográfico y de Historia de México, afirma que este militar llegó a ser “el hombre de confianza de Villa”. No dudamos que así haya sido. El 16 de enero de 1915, inició su responsabilidad, tremenda por cierto, de ser el segundo presidente de la República emanado de la Convención. Así describe el propio Garza González aquellas horas increíblemente dramáticas:

“El 16 de enero, como a las cuatro de la mañana se me dio la noticia de que el presidente provisional se había fugado de México, con parte de sus ministros, algunos altos empleados de Gobierno, dos o tres delegados y el tesorero general de la nación, quien se llevó consigo todos los fondos que estaban a su cargo y que ascendían a catorce o dieciséis millones de pesos, en diferentes especies y valores.

Comprendí el gran peligro en que se hallaba la convención y como su presidente en funciones, me di cuenta de la enorme responsabilidad que pesaba sobre mí en aquel momento. Era mi deber salvar a la convención, pero ¿cómo? Yo no lo sabía, me encontraba en esa hora absolutamente solo, y a mayor abundamiento, se me había informado que todas las fuerzas convencionistas, leales, habían abandonado la capital, no quedando en ella, más que los oficiales del Estado Mayor, como única fuerza militar y algunos señores delegados, de los cuales la mayor parte, ni siquiera se habían dado cuenta de los acontecimientos.

Mi situación era, pues, desesperada y desde las cuatro a las siete de la mañana, me agité en un mar de conjeturas y dudas terribles. A esa hora, comprendiendo que toda vacilación podía ser fatal, me decidí a obrar. Afrontando la situación audazmente, asumí el mando supremo de la plaza y acompañado solamente por los señores delegados Alberto B. Piña, Genaro Palacios Moreno, el doctor Ángel G. Castellanos, Samuel Fernández y alguno más que no recuerdo, salí a la calle a poner orden en todas partes, pues habiendo quedado la capital sin autoridades de ninguna especie, empezaban a registrarse desórdenes. Me hice cargo de la primera magistratura, e inmediatamente ratifiqué el nom-

bramamiento del general Villa como jefe de las operaciones, a fin de que pudieran continuar éstas con toda libertad.

Reorganicé prontamente los servicios públicos y en muy pocos días, la Ciudad de México y todas las demás poblaciones controladas por el Gobierno de la convención, pudieron darse cuenta de que ni la huída del general Gutiérrez, ni la infidencia de los delegados carrancistas, habían debilitado moralmente a la asamblea y menos aún la habían destruido, como eran los deseos de sus enemigos”.

En el año citado, el 11 de julio el general González Garza dejó la Presidencia, por las constantes obstrucciones de que era objeto. Entregó el poder al licenciado Francisco Lagos Cházaro.

Don Roque, después de haber sido distinguido por el Gobierno del señor licenciado Adolfo López Mateos, falleció en la Ciudad de México, el día 12 de noviembre de 1962, a la edad de 77 años.

DÍA DIECISIETE DE AGOSTO

Ya entrada la mañana, iniciamos la “talacha”:

43.- ¿Se interesaba realmente usted, doña Luz, por las batallas de Villa?

—Me extraña un poco tu pregunta. ¿Pero cómo puedes imaginarte que no iba a estar interesada por la suerte de Pancho? ¿Cómo no me iba a preocupar el que “quedara” o no en alguno de los combates que libraba? Estaba pendiente de todo lo que hacía mi marido y mucho más, pero mucho más cuando andaba en el peligro. Yo le rezaba entonces con todo mi corazón al Sagrado Corazón de Jesús al que aprendí a querer y a pedirle en mis necesidades desde que tuve uso de razón. Además, siempre andaban con Pancho mis tres hermanos y Martín López, al que queríamos Villa y yo, como si fuera nuestro propio hijo. Pancho le tenía un cariño muy grande. Y te voy a contar una anécdota para que veas hasta dónde llegaba la estimación que le tenía: una tarde, sabrá Dios de que año, pues lo he olvidado, Martín andaba muy alicaído, sumamente triste, hasta parecía que iba a llorar. Se le acercó Villa y le preguntó: —¿Pues que te traes tú que andas tan cabizbajo? Martín

se quedó mirándolo y luego le platicó que el hermano de Pancho, Antonio, lo había regañado porque lo acusaba de haber sacado de la bodega un salvado y de no haberle avisado a dónde lo llevaba. Pancho, sin más ni más, le pegó un grito a Antonio. Cuando este vino a ver qué se le ofrecía, le dijo en tono muy enérgico, pero mucho muy enérgico: —Mira Antonio, a Martín, óyelo bien, nunca le digas nada, y sábetelo que solamente La Güera y yo podemos regañarlo.

Cuando apenas ha concluido doña Luz este relato, entra de golpe y porrazo un tipo trigueño con una camisa floreada, tipo perfecto del “pocho” que se cree muy salsa. Además de agringado, tenía todo el aspecto de ser muy tonto. Ya hemos dicho que toda la casa de doña Luz está tapizada de imágenes religiosas. Sin embargo pregunta con mucho garbo: —¿Usted, señora es comunista? Y la interpelada, con la velocidad del rayo, contesta al ignorante: —¿Qué pregunta tan pendeja? ¿Que no ves que estoy rodeada de santos?

Sigo en mi tarea:

44.- ¿Qué hacía usted cuando se libraron batallas tan importantes como la de Torreón, la de Ciudad Juárez y la de Tierra Blanca?

—¿Y qué querías que hiciera? Lo único que podía hacer: esperar con el alma en un hilo. A veces esperanzada.

A veces creyendo que llegarían noticias fatales. Pero rezando por Pancho, casi siempre en mi casa. Ahora te diré que yo estaba informada pero “al instante” de cómo se iban sucediendo los acontecimientos pues en mi casa estaban instaladas las oficinas telegráficas, montadas a lo más moderno. El presidente municipal, generalmente estaba al tanto de cómo andaban las cosas, pues recibía noticias de los combates y tenía la gentileza de comunicármelas. Pero te repito, yo muchas veces sabía los resultados de los encuentros antes que nadie, pues para eso tentamos “de pie” al telegrafista Raúl Nevárez, que era por cierto muy competente.

45.- ¿Dónde aprendió el buen inglés que habla?

—¡Con tanto gringo pendejo que viene a verme! —y soltó una carcajada tan alegre como estrepitosa, festejando su propia ocurrencia—. No te creas. Tuve magníficas maestras. Tú verás, nada menos que a Miss Harper y a Miss Wilson, que fueron directoras del muy famoso Colegio Palmore. Ellas venían todas las tardes, ya fuera una, ya fuera la otra, a darme clases. Después la profesora Belem Vieczas siguió imparténdome esa materia y te hago la aclaración de que era una maestra muy competente y sumamente lista. Esta profesora era muy amiga de la familia de mi madre y era también hermana de doña Braulia, que se casó con uno de los Hernández, de aquellos de la renombrada Ferrería de Hernández Hermanos. Y la hijita de Braulia, muy guapa, Lupita, se casó con el licenciado Carlos Guízar Ocaranza, padre del “Pollo Guízar” que es muy nombrado en Chihuahua. Por cierto que me estoy acordando que a Pancho le gustaba mucho el idioma inglés, aunque nunca hizo nada por aprenderlo y en esas condiciones, mandó a la profesora Vieczas a San Francisco California a llevar a la hijita de Villa, Reynalda, y a Susanita Martínez, la que era hija de una hermana de Pancho, llamada Martinita con el objeto de que las dos jovencitas aprendieran buen inglés por allá.

Mientras doña Luz atiende a unos visitantes, yo repaso mentalmente algo sobre la bárbara, la fenomenal Batalla de Zacatecas, donde el general Francisco Villa le quebró el espinazo a las fuerzas enemigas de la Revolución. Aprovecho para darle una ojeada a un libro que acabo de adquirir, titulado *Las grandes batallas de la División del Norte, al mando de Pancho Villa*, que no es otra cosa que una recopilación de Luis y Adrián Aguirre Benavides. Me pongo a leer, porque veo que es muy larga, la primera y la última parte de un bellísimo corrido (o romance) que se debe a la inspiración del profesor normalista Francisco Cuervo Martínez:

El día veintitrés de junio
de novecientos catorce,
los constitucionalistas
de la División del Norte
unidos a “los muchachos”

de las otras divisiones,
ponen sitio a Zacatecas
desde los cerros cercanos
y la ciñen y rodean
como un círculo de bronce...

Soldados de las tres armas
han tomado posiciones;
se emplaza la artillería
el día anterior en la noche
en las minas de La Plata
sin que la vean los “pelones”.

El general Felipe Ángeles
recorre el campo dando órdenes
en su “curey” muy famoso
de agradable y muelle trote.

Tras él camina Cervantes,
Valle y Bazán y al galope
van Montero y Eduardo Ángeles
en sus caballos mejores.

Todo está listo, las tropas
que suman veinte mil hombres
sólo esperan un aviso,
una señal, una orden,
para lanzarse al asalto
de las fortificaciones.

El enemigo está alerta
coronando las alturas
de Loreto, Sierpe y Grillo,
de Clérigo y de la Bufa.

Súbito en la Hacienda Nueva
truenan la fusilería:
Ha comenzado el ataque,
el bravo general Villa,
que en su alazán poderoso
y a vanguardia de sus filas,
entra el primero en combate
lanzando sonoras vivas....

Los veinticuatro cañones
de todas las baterías,
que están entre Veta Grande
y Zacatecas tendidas.

Una lluvia de metrallas
de acero y plomo vomitan
y las granadas estallan
arrebataando las vidas...

Mi general, ya ganamos
le dice Ángeles a Villa,
lo que faltan, los muchachos,
lo harán solos, a fe mía...

Digna fue de un digno canto
la toma de Zacatecas
y el patriotismo insurgente
digno es de una epopeya.

Que arranquen de sus cordajes
sonoras las liras épicas
marciales sonos y notas
como clarinadas bélicas,
como surgir de cañones
entre las abruptas sierras,
para cantar las hazañas
de las legiones libérrimas...

Y a todos los paladines
que cayeron en la brecha
que el hierro del despotismo
entre sus filas abriera,
a todos los que lucharon
de las leyes en defensa,
y por salvar a la Patria
del baldón y de la afrenta,
vayan mis humildes cantos
del alma pálida, ofrenda
que deshoje en su memoria
cual si fueran rosas frescas.

Me queda un magnífico sabor de boca, al repasar este canto emocionado. Y estoy en eso, cuando veo que doña Luz ya está lista para el interrogatorio:

46.- ¿Piensa usted que la Batalla de Zacatecas fue la más brillante que dio Villa?

—Decir rotundamente que sí, sería lo más fácil. Pero francamente el genio militar de Pancho tuvo muchas y muy variadas manifestaciones, Lo que sí te puedo asegurar, y lo niegan sólo quienes voluntaria o malvadamente se ponen una venda en los ojos, que allí quebraron definitivamente al huertismo y que esta batalla, sin discusión fue el punto de partida en el triunfo de la Revolución.

47.- ¿Visitó alguna vez usted, los famosos trenes sanitarios de su marido?

—Nunca iba a esos trenes. Siempre tuve noticias de que Pancho se preocupaba mucho por sus heridos. Y lógicamente no escatimaba gastos para que recibieran el mejor servicio posible. También le preocupaba en alto grado que estuvieran a cargo de médicos competentes. Eso sí, yo estaba muy pendiente de los heridos, tanto por recomendación expresa de Pancho, cuanto porque yo sentía muy satisfactorio atender a esas gentes. Me recuerdo que Villa elogiaba constantemente el trabajo del doctor Andrés Villarreal. (Este médico, decimos por nuestra parte, era sumamente estimado por su capacidad científica pues se había graduado en la Universidad “Johns Hopkins”, en los Estados Unidos de Norteamérica).

Todos los días tenía que ponerme muy lista para poder vigilar que estuvieran abastecidos de pan, de leche y de carne, que eran los alimentos indispensables. Teníamos dos hospitales aquí, el que se llamó “Porfirio Díaz”, que ahora es el Hospital Central, situado en la calle Rosales entre las calles Treinta y tres y Treinta y cinco y otro en el poblado de Nombre de Dios, que estaba en lo que era el casino llamado “Tívoli”. De esa casa de salud se encargaba el doctor José Villamar, que era de Guadalajara, siendo compadre de Pancho y mío. Le bautizamos un hijo, que ahora es médico. Por cierto que el doctor Villamar Talledo que fue rector de la Universidad de Chihuahua, era su sobrino. Bueno,

te decía que la mayor parte de los días visitaba enfermos. Cuando por alguna razón yo tenía que ocuparme de algo, mandaba a mi amiga íntima, Raquelito, la que fue esposa del general Aranda, a que hiciera los recorridos.

Nunca se me olvidaban las órdenes terminantes de Pancho: —¡Y que todo esté muy limpio, Güera!—. Cada mes, les hacíamos fiesta a los enfermos. Les llevábamos mucho atole y muchos tamales y “acarréabamos” con la banda de música de Rayo Reyes, que se llamaba “Banda División del Norte”, e invitábamos a las familias de los reclusos para hacer nuestras fiestas muy a gusto.

Cuando Pancho tomó la plaza de Ciudad Juárez, recibí una orden muy terminante: —Güera, te mando trescientos heridos, a ver dónde los acomodas—. Ni modo, inmediatamente me puse a buscar la forma de solucionar ese compromiso. ¡Cómo me ayudó entonces el doctor Trioco! Él me dijo que había algunos médicos y enfermeras, tanto mexicanos como norteamericanos, en El Paso, que querían venir a prestar sus servicios gratuitamente, para curar heridos. Como de rayo me puse a buscar un lugar adecuado para instalar algo así como un hospital, pues la condición que ponían, la única por cierto, era que deberían estar todos juntos. Entrevisté a los hermanos Rómulo y Numa Escobar, quienes al principio rotundamente me negaron la Escuela de Agricultura para en ese edificio atender enfermos. Me pusieron como pretexto que los muchachos tenían por fuerza que estudiar allí. Yo me puse de “fierro malo” y con mucha energía les hice ver que era preferible que los muchachos perdieran un mes de clases o un año, a que se perdieran centenares de vidas. Aceptaron. Y me dediqué a instalar el “hospital”. Me fui a El Paso, Texas, donde Pancho tenía muchos amigos y gentes que estaban agradecidas por las compras que efectuaba. Me acompañaron las esposas del general Ortega y de don Matías García. Inicié una colecta con mucho éxito. Una Casa que creo que se llamaba “Haimont Crup”, o algo por el estilo, nos dio doscientos colchones; la Casa Krakauer, una estufa enorme; Ketelsen y Degetau, mucha, pero mucha loza de peltre. La colonia judía fue muy generosa: nos ayudó con impermeables, algodón, alcohol, vendas y medicinas de todas clases. Colaboraron conmigo, con verdadera devoción, dos enfermeras: Mary Goski, mexicana de origen extranjero y Cleotilde Hermosillo que

entonces trabajaba en “La Popular”. Así pues, pude más o menos en corto tiempo montar un buen hospital. Y ahora que ya oíste todo esto, ¿cómo la ves? ¿Me preocuparía o no por la gente herida en los combates de Pancho?

Villa, lo sabe todo mundo, jamás olvidó la parte “sanitaria”, una de la más importantes y más humanas en sus combates. Era fama que sus trenes-hospitales estaban equipados admirablemente. En el memorable “encuentro” de Torreón, mientras las tropas enemigas se morían de sed, las villistas estaban completamente frescas, pues había previsto todo un tren con agua.

Mi particular amigo, el general Práxedes Giner Durán, exgobernador del Estado de Chihuahua, me regaló copia de un artículo publicado (antes del ataque a Columbus) el día 2 de Mayo de 1914, en New York, firmado por *Army and Navy Journal*, que se refiere a la asistencia médica, con que contaba El Centauro. Dice a la letra;

“En el tren hay todos los elementos de hospital del más moderno tipo y cuenta con espléndido cuerpo de bien entrenadas enfermeras...”

DÍA VEINTE DE AGOSTO

Como he dejado descansar a la Mera Mera, dos días, hoy llegué antes de las nueve de la mañana para iniciar muy temprano la tarea emprendida.

Nos toca presenciar una escena entre chusca y dramática: Llegó una viejecita tan limpia corno llena de años, diciéndole a la dueña de la casa, que acababa de hablar por teléfono y que estaba autorizada para que se quedara en uno de los cuartos que Doña Luz le tiene prestados para que viva.

Hizo un pormenorizado relato de la plática sostenida minutos antes y se fue muy satisfecha y salerosa de haber arreglado su asunto.

Apenas sale de la sala y doña Luz con una cara de niña traviesa y entre espontáneas carcajadas me dice: “¿Sabes con quién habla por teléfono esta señora los más de los días para arreglar absolutamente todos sus líos? ¡Pues nada menos que su Santidad Pablo VI.! Y no sé por qué doña Luz, ya muy seria, se santiguó con todo respeto...”

Pero como decía tan bellamente en su “Canción de la Vida Profunda”, Porfirio Barba Jacob o Ricardo Arenales, “que de ambas maneras suele y puede decirse”...hay días en que somos lánguidos y otros sordidos y otros plácidos.

A este día le tocó ser de arte teatral.

Está frente a nosotros —doña Luz y yo— un muchachón moreno, alto y serio. No interrumpe. Espera que mi amiga deje de hablar y yo de hacer apuntes, para con toda atención decirle:

—Doña Luz: estoy emocionado, porque hace unos días conocí un discurso que pronunció el licenciado Echeverría en el que elogia enormemente a Villa. No sé cuándo lo dijo, pero me parece extraordinario. Como creo que usted no lo conoce, le voy a leer unos párrafos que nos interesaron bastante a un grupo de amigos. Le hago la aclaración de que todos somos jóvenes y que desde hace mucho tiempo estamos trabajando, dentro de nuestro radio de acción por un cambio total de estructuras, en lo económico, en lo social y en lo político. Y sin más, se soltó leyendo buenas parrafadas.

Considero muy oportuno transcribir lo que dijo aquel enardecido orador que hizo tribuna de la oficina de Villa. El discurso completo lo tengo en mi poder, por habérmelo resalado, el General Giner a quien emocionó su contenido, por haberlo dicho quien lo dijo y por exaltar a un enorme revolucionario, a un héroe popular:

FRAGMENTO DEL DISCURSO DEL LIC. ECHEVERRÍA

“La injusticia lo hizo rebelde, Las ansias de libertad de su pueblo lo erigieron guerrillero. Peleó con la garra propia del desesperado y dejó profunda huella en la historia de México; no se explica la Revolución sin Francisco Villa, y es válida la razón inversa: Francisco Villa no existiría sin la Revolución.

Sus detractores han pretendido manchar la personalidad de un héroe popular exaltando sus orígenes modestos.

Olvidan, en su miopía que si bien la doctrina revolucionaria se esta en los medios intelectuales, los hombres que derrumban murallas seculares, son precisamente aquellos del temple de Francisco Villa.

Los negadores de la grandeza de Villa han querido subrayar también que un hecho alevoso de parte de sus antiguos patrones, llevó al miserable peón a procurarse que esa misma circunstancia, por natural evolución, hiciera de Villa el vigía alerta de los desiertos del Norte, de donde habría de bajar para luchar por las urgentes reivindicaciones sociales de un pueblo de peones, gambusinos y pastores, para los que había un régimen injusto....

Para el desheredado, para el roturador de la tierra, para el artesano, la mazmorra, la leva, el látigo, la tienda de raya: Tales eran los preceptos en vigor. Las reflexiones de Villa sobre la responsabilidad que los ricos tienen respecto a los pobres, siguen vigentes. Ahora no hablamos de diferencias sociales entre ricos y pobres, ni de hacendados y peones, porque mucho ha contribuido la Revolución, con la Reforma Agraria, a destruir el simbolismo de servidumbre de tal lenguaje; ahora hablamos de empresarios y trabajadores, empleados y ejecutivos; pero la responsabilidad social del capital es insoslayable. No basta producir, es necesario que la producción beneficie a la economía regional, estatal o nacional y que el fruto del esfuerzo conjunto aproveche a todos los que participan en la producción.

[...]

“Francisco Villa se demuestra revolucionario de visión, no cuando en golpe genial se apodera de Ciudad Juárez para asegurar el triunfo de su causa, sino cuando en los acuerdos de Torreón, propugna la repartición de los latifundios y el mejoramiento del jornal obrero campesino y pone obstáculos para que el uso de las armas, fuera también el medio de ascender y perpetuarse en el poder.

Villa se muestra revolucionario profundo, también, cuando vislumbra que el agiotismo es la peor lacra de los necesitados y piensa, a impulsos de su corazón, crear en Chihuahua un Banco para facilitar recursos financieros a los campesinos, a los artesanos y a todos los hombres productores escasos de crédito...

[...]

“Villa era carne del pueblo. Su portavoz y su representante. Su defensor encarnizado, porque ante la libertad y el derecho conculcados, no cabe el lamento, sino como lo hiciera repetidas veces la División del Norte, cabe demandar la reparación de la Libertad y del derecho con las armas en la mano.

El antiguo peón comenzó por defender la propia vida y terminó por defender la vida de todo un pueblo. Se alzó primero para protestar por el honor familiar mancillado y vino a ver, andando el tiempo, con que su rebeldía aislada, tendría mejor aplicación si elevaba la mira.

Así, apresuró el advenimiento del estallido revolucionario. Tres días antes de los previstos por el apóstol de la democracia —Francisco I. Madero—, Villa y sus gentes salieron a los caminos de la sierra de Chihuahua a proclamar que la libertad y el derecho son bienes supremos de los hombres y que nadie puede impunemente atropellar la dignidad del trabajador, del campesino, del minero, del aprendiz o del intelectual. Villa comprobaba con su actitud, que no hay tiranía que resista la protesta organizada de los pueblos”.

(Este discurso lo pronunció Luis Echeverría Álvarez, en La Coyotada, Estado de Durango, el día 27 de mayo de 1970, siendo candidato a la Presidencia de la República).

Después de meditar este estupendo, levantado, encendido elogio a Villa, resulta muy pobre, muy pálido y muy bajo lo que afirma Rodrigo Álvaro Cortés del guerrillero non, cuya fama crece todos los días, desesperado por desprestigiarlo:

“Francisco Villa en nuestra Revolución tipifica a un infra-lenguaje. No puede considerarse de la calidad de revolucionario pues no sólo careció de un ideal revolucionario, sino que negó rotundamente estos principios...”

Por otra parte, en mayo de 1958, dijo el señor Licenciado Adolfo López Mateos, en la ciudad de Hidalgo del Parral:

“Villa, el Ciclón del Norte, logró los triunfos militares que hicieran realidad los ideales de Madero y después, cuando la traición de Huerta, liquidaron el huertismo en México...”

DÍA VEINTIUNO DE AGOSTO

Al llegar a la Quinta Luz, me doy perfecta cuenta de que hoy no habrá entrevista.

El museo estaba completamente abarrotado de curiosos. ¿Eran cincuenta personas las que esperaban turno? Posiblemente sesenta. Y sobre éste, afuera de la casa esperaban dos camionetas atestadas de “güeros”.

Sin embargo esperé una hora en busca de mi oportunidad para continuar mi ya largo interrogatorio. No lo logré.

Un viejo chaparro y canoso, con no menos de ochenta años sobre sus anchos hombros, preguntó a doña Luz si a Pancho Villa lo conocían en todo el mundo.

¡Claro que era una pregunta idiota, muy típica de los turistas “pochos”! Pero la interpelada, con la mayor de las calmas y como si se tratara de la pregunta de “los sesenta y cuatro mil pesos”, con ese interés la recibió, empezó a dar una amplia explicación al respecto, para terminar con esta categórica afirmación:

“Cuando el Licenciado Echeverría visitó Rusia, en meses pasados, encontró que una Granja de ese país llevaba el nombre de “Pancho Villa”.

El silencio que siguió fue interrumpido con una dama, casi una anciana, de minifalda, que soltó un larguísimo: ¡Ooooooh!

Total: No hubo charla con la Mera Mera.

DÍA VEINTIDÓS DE AGOSTO

Espero que hoy habrá más suerte. Y la hay. Apenas saluda y ataqué:

48.- ¿Cuál fue la época más dura para Villa, en que tuvo que pasar hambres?

—¿Hambres? ¡Pero mira qué pendejo eres! Pancho nunca las pasó porque tuvo amigos por montones, por millares. No tienes la menor idea de cómo lo protegía el pueblo, pues lo reconocía como su defensor número uno. Verás tú, esta anécdota te contesta tu pregunta: Esta-

ba herido Pancho en una cueva, en la sierra de Los Albedañaos. Por cierto que es un lugar primoroso, yo lo conocí después de aquella aventura que tuvo mi marido. Y hasta allí le llevaba comida don José María Rodríguez, padre del general Rodríguez, su compadre. Esa cueva en que pasó algún tiempo Villa, estaba cubierta por cierto con un árbol que quedaba en la merita entrada. Te decía que Rodríguez le proporcionaba bastimento para dos o tres días, así como agua, ropa limpia, pan hecho en casa, en fin, todo lo que necesitaba Pancho. Como tú comprenderás, en la cueva no se hacía lumbre para siquiera calentar la comida, porque ponía en peligro a Pancho, ya fuera el más insignificante humito o hasta el olor de la carne. En cierta ocasión, algunos de los hombres que lo acompañaban mataron una res. La orden de Villa fue rápida y terminante: —Vayan a enterrarla inmediatamente, pues cualquier lumbrita puede denunciarnos.

49.- ¿No se envaneció su esposo, sobre todo con usted, después de sus triunfos espectaculares?

—¡Qué va! Conmigo era siempre muy cariñoso y muy bueno. Sabía él que al igual que me gustaba compartir sus alegrías también compartía sus problemas. Cuando el triunfo bárbaro, indescriptible que tuvo en Zacatecas, era para que no me hubiera tenido tan presente, porque entonces, todo eran palmas, elogios, alabanzas y “barbeadas”. ¡Era la hora de su gloria! Sin embargo, apenas tuvo un tiempesito y me puso un telegrama que decía:

“Güera: vente hoy mismo porque en el Teatro Juárez, te van a hacer un homenaje”. Como es de suponerse, inmediatamente volé, no corrí, a reunirme con él. Don Benito Díaz, que era el gobernador, un viejo muy chulo, con unas barbas blancas imponentes, que le daban mucha personalidad, se encargó de aquella fiesta, que resultó preciosa. Todo el teatro estaba adornado de color rosa y precisamente así nombraron al festejo: “Té Rosa”. Hubo un programa como eran las antiguas veladas mexicanas, con largos discursos, muchas poesías, varios cantos y bailes. Asistieron muchos profesores, sobre todo mujeres, de Guadalajara. ¡Anda, qué iba a cambiar Pancho conmigo, si era precisamente al revés, me demostraba su cariño en todas formas!

50.- ¿Era Villa glotón, muy comedor, o era de poco comer y qué alimentos prefería?

—No era muy comedor. Pero sí comía bien. Sobre todo una cosa: le gustaba comer a sus horas. ¡Cómo no íbamos a comer pero muy bien, si teníamos de cocinero nada menos que a Alberto Tanaka, que creo que todavía vive en Guadalajara y que fue el cocinero-chofer de don Panchito Madero! Cuando asesinaron al Apóstol se trajo a ese japonesito a mi casa, el general Felipe Ángeles, claro que con la autorización de Pancho. Estábamos viviendo en la Quinta Luján, en la avenida Juárez, pues se la había prestado a Pancho, don Abraham Luján, aunque el que la construyó fue don Juan Treviño, que por muchos años estuvo como gerente del Ferrocarril del Noroeste. ¡Qué bárbaro era Pancho! ¡Constantemente tenía que darles yo comida a cuarenta o cincuenta personas, eso cuando no eran ochenta o cien! Nuestro cocinero tenía tres ayudantes de su misma nacionalidad. Pero ya nos fuimos por otro lado. Vamos con tu pregunta: A Pancho le gustaba que le llevaran a la cama y a mí también, todos los días una bebida, que casi siempre eran “hojas de naranjo”. Almorzaba huevos estrellados o revueltos con chorizo y muy seguido, menudo. Al mediodía, el plato principal era la carne, que le gustaba mucho. Y cenaba regular. La comida que más le agradaba era el menudo, las quesadillas, pero sobre todo, los tamales. Y se me viene a la memoria una anécdota muy simpática que le pasó a Pancho, con José Valenzuela quien junto con su hermano, le regalaron el automóvil Dodge en donde asesinaron a Pancho. Bien, llegó éste a Durango y lo invitó Pepe a que fuera a almorzar a su casa. Pancho aceptó. Llegó a la hora convenida, pero tuvo un mal recibimiento: la esposa del anfitrión empezó a hacer mala cara y a decirle a éste que para qué llevaba invitados sin avisarle con tiempo y que no estaba preparada para atenderlos. Como es natural, Pancho se puso incómodo e inventó un pretexto para retirarse: —Dispénsame, Pepe, pero tengo que ir a revisar algo al cuartel. Pasó el tiempo. Un día llegó Valenzuela a Chihuahua. Traía a sus tres hijos, para que Pancho los inscribiera en el colegio Palmore. Me habló y delante de él me dijo: —Mira, Güera, este señor es mi amigo y quiero darle una cena. Inmediatamente ponte a hacer de esos tamales que tú sabes hacer. Naturalmente que yo le contesté: —Cómo no, Pancho, inmediatamente vamos a hacerlos. Todo quedó lis-

to para las cinco de la tarde: tamales, champurrado y otros apetitos. Cuando estábamos tomando todo aquello, le dijo Pancho a su amigo Valenzuela: —Mire, amigo, delante de usted di las órdenes a La Güera para que hiciera todo esto y para que usted se diera cuenta de que yo sí tengo mujer. Usted no la tiene, porque las mujeres son para obedecer a sus maridos. Nuestro invitado se quedó sin decir palabra. Mientras seguía comiendo, Pancho me miró de reojo muy satisfecho y claro, yo estaba encantada de la vida.

Pancho era también muy dulcero, le encantaban los cubiertos de calabaza y los jamoncillos, que muchas veces se hacían en mi casa. De Parral, le mandaban muy buenas golosinas.

51.- ¿Tenía Villa mal carácter?

—Tú estás esperando que te diga que sí, por la famita que tiene de no controlar la ira, pero no lo haré. Se habla mucho de sus “arranques” que sí los tenía, pero generalmente era alegre. Tenía bonito carácter. Le gustaba mucho contar chistes, casi siempre “color de rosa”, pues los “colorados” no eran de todo su agrado. Él decía: —Voy a contarles un “chulín”. No dejaba esto de tener gracia para nosotros. Otra cosa, le gustaba muy seguido, contar anécdotas, sucedidos, cosas que él había presenciado y de las cuales había sido actor. Había un relato que se lo oí muchas veces, lo que quiere decir en buen romance, que lo tenía muy grabado y que le satisfacía recordarlo: —Mi abuelo era muy duro con nosotros... y muy seguido nos castigaba con una “cuarta”. Siempre que nos iba a cuerear nos llevaba al arroyo y nos daba este consejo: Mira muchacho, cuando quieras agua, ve a los arroyos, cuando quieras viento puro, ve a buscarlo a las montañas, pero cuando pierdas la vergüenza, ni la busques, porque no se vuelve a encontrar nunca.

52.- ¿Era voluble Villa?

—Creo que sí. Mejor dicho era “chispilla”, le pasaba pronto la nube cargada de relámpagos.

53.- ¿Era vengativo?

— Se ha escrito mucho sobre este tema. Aseguran muchos autores que sí lo era, pero en infinidad de veces ese argumento sólo sirve para

atacarlo, pero sin estudiar los motivos, sin profundizar en el porqué era vengativo. Ya te he platicado varios casos, como el de aquel orozquista hasta las cachas al que Pancho le perdonó la vida... y así te podría relatar, veinte, treinta o cincuenta casos por ese estilo. A él le gustaba defender, al precio que fuera, lo que él consideraba que eran sus derechos, pero generalmente no perseguía a quien lealmente pensaba contrario a él. Eso sí, la traición no la pasaba ni con miel virgen. En esos casos era intransigente. Te decía que hay infinidad de causas en que no se profundiza en lo que algunos llaman “los crímenes villistas”, pero luego de analizarlos serenamente y sin prejuicios se encuentra uno con que para cometerlos siempre había un motivo lógico.

Tiene mucha, pero muchísima razón doña Luz. Una de las acusaciones más serias y más repetidas que se le han hecho a Villa, es la muerte o asesinato de William Benton, “el inglés que sin medir las consecuencias injurió y vejó, frente al personal de tropa y oficialidad en servicio, al jefe de la División del Norte”.

En el libro *Las grandes batallas de la División del Norte, al mando de Pancho Villa* se describe con lujo de detalles cómo ocurrió aquel suceso que los enemigos de Villa han manejado con tanta inteligencia, para “demostrar palpablemente” la barbarie de El Centauro:

“Era Benton el tipo de extranjero odioso, consciente de la superioridad de su raza, atrabiliario y despótico, que hacía padecer a sus peones los rigores de los encomenderos y a quien lo trataba, la insolencia de su orgullo. El general Villa tenía bien fichados sus antecedentes y todos sabíamos que los “colorados” y huertistas, veían en él a su amigo y a su protector, al igual que los Terrazas, a cuya sombra cometían toda clase de depredaciones. Como era el dueño de la hacienda de Santa Gertrudis, en la que campeaba por sus fueros, el general Villa decidió expropiársela, pagándole su valor justo. Cuando lo supo Benton, ni tardo ni perezoso, se presentó al mediodía, ante Villa en su cuartel general y sin mediar saludo ni cortesía elemental alguna, le espetó a quemarropa:

—Vengo a verlo para que me devuelva mis tierras y para que entienda que este robo no voy a permitirlo de ninguna manera. Y mucho menos de usted. Mi rancho no está en venta, de modo que ya me lo está devolviendo.

Y como quiera que a las palabras acompañaba los hechos, cuando quiso sacar su pistola, que lucía ostentosamente en sus bien abastecidas cananas, ya Villa lo había sujetado con sus poderosos brazos, a tiempo que ordenaba a Andrés E. Frías, que detuviera a aquel audaz que se estaba jugando la vida con sus balandronadas, y quien, mientras era conducido a la prisión, no bajaba al general Villa, de criminal, de ladrón y de otros insultos graves.

Aquel hombre había escrito su sentencia de muerte, pues Villa, que no sabía de fórmulas y que era inexorable en estos casos, ordenó de inmediato su fusilamiento, entregándolo para su ejecución a Fierro y a Manuel Banda, quienes se congratularon de haber sido oídos en consejo por su jefe.

Por la noche sacaron a aquel desventurado y lo condujeron a bordo de un cabús que arrastraba una locomotora, hasta el lugar de la ejecución en los aledaños de Samalayuca, a escasos kilómetros de Juárez y una vez allí mientras los soldados cavaban la fosa, Benton le indicó a Fierro:

—Dígales que la hagan más honda... No ve que así me sacan los coyotes.

Y mientras contemplaba la obra, Fierro se le acercó por la espalda y le disparó un balazo en la nuca. Se desplomó la víctima sobre la fosa misma, maniatado por las esposas que le había puesto Banda desde que salieron de Ciudad Juárez.

Así se cumplió una sentencia que, de haberse dictado, a través de un proceso legal, a la luz de la opinión pública, se habría justificado plenamente recordando que ningún militar, frente a sus tropas y oficialidad, podría tolerar una andanada de injurias, como las que recibió Villa en aquella ocasión y mucho menos si éstas provienen de un extranjero”.

El profesor Francisco R. Almada, en su notable obra *Gobernadores de Chihuahua* nos dice:

“Hay que tomar en cuenta que el general Villa era de carácter voluble y vengativo, sin cultura, incapaz de someterse a ninguna autoridad ni disciplina, de temperamento sumamente impresionable y susceptible de variar de la sensibilidad a la ira y viceversa, pues lo mismo que

se enternecía y rompía a llorar, podía ser presa de coraje y su ira hacer explosión en una forma incontenible, cometiendo personalmente u ordenando, los mayores excesos y crímenes, sin respetar condición, sexo, ni edad. Tenía muy buena memoria y la misma susceptibilidad para recordar los servicios que se le habían hecho y los actos de lealtad personal, así como las inconsecuencias o desobediencias cometidas a sus órdenes, fueran justas o arbitrarias, de acuerdo con lo que él consideraba malas acciones o traiciones, de acuerdo con su temperamento personal, impresionable y rencoroso”.

54.- ¿Es merecida la fama de que Francisco Villa, ayudaba a la gente humilde sin condiciones y constantemente?

—¡Qué bárbaro! ¡Pero si eso lo sabe todo el mundo! De todo se ha acusado a Pancho, menos de que no estuviera muy cerca, pero muy cerca de los humildes, “de sus hermanos de raza”, como a él le gustaba decir. A los desheredados de la fortuna los quería con adoración. Sufría con ellos. Pero en fin, no voy a dejar esa pregunta en blanco. Creo que quedarás satisfecho con la respuesta que te va a dar este sucedido:

Fue cuando entró Pancho, junto con Zapata a la Ciudad de México. Un día recibo un telegrama que más o menos dice así: “Güera: Te mando trescientos muchachos, acomódalos en la Escuela de Artes y Oficios”. Y me los mandó, cuidándolos en el camino y estando pendiente de sus necesidades Pedrito González, que por cierto es tío de Miguel Aceves Mejía, el famoso cantante chihuahuense. Ahora has de querer saber cómo estuvo “el relajo”. Pues bien, un día salió Pancho a recorrer la Ciudad de México, en compañía del general Madinabeitia, Enrique Santoscoy y Juan N. Medina. Creo que se dirigían en esos momentos a visitar los cuarteles. Pasaron por la catedral y vio Pancho un enjambre de chiquillos pidiendo limosna, cubriéndose del frío con papel periódico. Le pudo mucho ver aquella miseria, sintió deveras en el alma ver tanta pobreza. Le preguntó al general Medina cómo podía suceder aquello y supo que eran muchachitos, la mayor parte de ellos sin padres, que vivían “arrimados” con algún familiar que todos los días los mandaba a pedir limosna y que lo poco que llevaban, sus parientes se lo bebían de pulque. Pancho se conmovió, te repito en alto grado y ordenó: —Mañana, general, viene usted muy temprano y reco-

ge a todos estos muchachitos y me los manda a Chihuahua, si no tienen padre, ya van a tener. Yo voy a serlo.

Pues bien, llegaron los chiquillos a esta ciudad. Aquel problemón era sencillamente de miedo... ¡qué barbaridad!... pero ni modo, tenía por fuerza que hacer lo que Pancho ordenaba. Le hablé a “mi brigada”, que ya tú sabes que la formaban mis amigas íntimas y nos “echamos” a pedirles a los que tenían. Me acuerdo muy bien que muchas casas comerciales nos ayudaron, luego que supieron para que andábamos pidiendo limosna, entre ellas la Casa Krakauer, la de Ketelsen y Degetau, unos señores Ramos que tenían una tienda muy surtida y Hernández Hermanos. Pronto teníamos mucha loza, mucho peltre, bastante ropa de cama y manta, cantidad de lona para hacer “catres de campaña”, medicinas, en fin, todo lo necesario para atender aquel “ejército de chiquillos”. Las mismas señoronas de la alta sociedad me ayudaron muchísimo y de muy buen grado. Ya cuando me fui a la estación a recibirlos, había dejado listo todo en la casa para agasajarlos: varias personas haciendo comida y algunos barberos listos para asearlos. Pedrito González estaba asustado de los preparativos. Y decía que apenas podía creer lo que habíamos conseguido. A todos se les vistió, aunque sin elegancias, con ropa limpia y lógicamente, la que traían puesta se quemó. A los diez días se fugaron veinte de los muchachos, aunque recuerdo que volvieron la mayor parte de ellos. En general se portaron muy bien y estudiaron muchos de ellos. Formaron una banda de música... Y todavía hace algunos años, me topé con tres o cuatro de aquellos chavalos sin padre que vinieron a encontrar un buen porvenir a Chihuahua. Un velador del hotel Apolo era de aquellos “chicanitos” que trajo Pancho, otra tocaba en la banda del estado, y así.

Es muy importante hacer algunas consideraciones sobre la pregunta que contesta doña Luz, francamente en forma muy modesta.

Villa, indiscutiblemente, incuestionablemente, se preocupaba hondamente por la gente humilde. De diario dio pruebas de ello.

Cuando fue gobernador del Estado, firmó decretos que ponían muy en claro su elevado pensamiento social.

“Ocupó la ciudad de Chihuahua —nos dice el maestro Francisco R. Almada— el 8 de diciembre de 1913. Una junta de generales lo nombró

gobernador provisional del estado, habiendo iniciado sus labores el mismo día; organizó la administración pública dictando distintas disposiciones, entre otras, la venta de carne a precios populares, para ayudar a las clases pobres; confiscó los bienes de las personas comprometidas con el régimen huertista, de los que dispuso para atenciones del ramo de guerra; fundó el Banco de Chihuahua, con capital de diez millones de pesos para refaccionar a los agricultores y empresas populares y entregó el mando político, el día 8 de enero de 1914, aunque siguió mandando a través de los gobernadores militares que nombró”.

Y don Silvestre Terrazas, el ilustre e incorruptible periodista chihuahuense, de acrisolada honradez y de vasta cultura, habla así en su obra *El verdadero Pancho Villa*, que por cierto fue publicado por capítulos, en el Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos.

“Durante más de dos años que duró en Chihuahua el régimen villista, en el que tuve intervención directa en el ramo civil, nada en lo militar, tuve ocasión de atestiguar cuánto se preocupaba el general Villa por el bien y el orden público, al grado de que en dos o tres ocasiones a mí mismo me llamó la atención por creer en deficiencias de que yo hubiera sido culpable.

Esas ocasiones fueron por motivo de no castigar a quienes aparecían responsables de algún delito; por falta de pan y harina por un día en Chihuahua, o por extracción inmoderada de semillas al extranjero, y como éstas, algunas otras que pude observar y de las cuales he relatado algo en ocasiones anteriores.

Encargado como estaba yo de la administración general de confiscaciones, tenía encima la responsabilidad de ordenar oportunamente el transporte de semillas, especialmente de trigo cosechado, que se entregaba a los molinos del estado, para que no faltara el pan para las principales poblaciones y en preferencia para la capital chihuahuense.

Sin embargo, uno de tantos días faltó el pan, por causas ajenas a mi voluntad y al saberlo Villa me dirigió un mensaje en términos de reconvención, y estando yo seguro de no ser el culpable, así lo hice conocer al jefe, diciéndole que uno de los altos subalternos suyos, nada menos que el jefe de su Estado Mayor, sin autorización previa y sin

siquiera dando aviso, a su paso por Estación Ortiz, arbitrariamente ordenó el enganche de dos carros bien cargados de trigo y los agregó a su tren especial rumbo a Torreón, según se dijo entonces, con objeto de negociarlos. Sabido por mí este proceder, extra urgente ordené nuevos envíos de trigo, pero fue imposible evitar que un día careciera de pan esta capital.

Ignoro si por inconformidad con mi dicho o por alguna acción contra su subalterno, me pidió comprobante del hecho y pedidos urgentemente al jefe de Estación Ortiz, los remití sin pérdida de tiempo, teniendo entonces la satisfacción de recibir una disculpa del general Villa, por haberme creído culpable de lo sucedido”.

¿Otra prueba elocuente de cómo Villa sentía las necesidades populares? Conozcamos parte de un estupendo discurso del guerrillero incomparable, nada erudito, pero sincero. Ciertamente no hilvanado con hilos de oro, sino con el toscos cañamazo de la realidad, personificada en aquellos días por la pobreza, el hambre y la desesperanza:

“Saludo a mis hermanos de raza. Se qué se están muriendo de hambre, en su Patria, pero esto no debe durar mucho. Pido a todos ustedes que me ayuden. Desde hoy mismo he ordenado que se venda carne a diez centavos el kilo; he ordenado que se venda todo el maíz que está oculto por los comerciantes; he mandado que, desde esta tarde y por los turnos que sean necesarios, se abran las puertas de los almacenes de Chihuahua”.

Alberto Calzadías Barrera, en su importante libro —tan repleto de datos interesantísimos— titulado *Por qué Villa atacó Columbus*, nos da una demostración palpable de que Villa no olvidaba a sus amigos, así fueran sumamente humildes.

“Hacia algunos años que el epílogo de la entrada a territorio norteamericano por parte del audaz Centauro, había quedado escrito con la pérdida de la libertad de Pedro López, Ramón Bustillos, Rafael Bustamante, Tomás Camarena, Santos Torres, Pedro Burciaga, José Tena, José de la Luz Márquez, Lorenzo Gutiérrez, Mariano Jiménez, Juan E. Muñoz, David Rodríguez, Francisco Solís, José Rodríguez, Juan Torres y José Meza.

La lucha por salir de la cárcel había sido a veces desesperanzada, a veces dramática.

Por fin, el día 22 de Noviembre de 1920, el gobernador de Nuevo México, O. A. Larrazolo, había concedido a todos ellos ‘un amplio, completo e incondicional perdón del crimen de asesinato, por el cual ellos fueron convictos’.

Poco después era lo lógico, se encaminaron rumbo a la Patria, jamás olvidada. Si el pan del destierro siempre ha sido amargo, gozando de libertad, a qué sabrá ese pan, cuando las alas están rotas y la esperanza huida”.

Calzadías Barrera, pone en labios de Juan E. Muñoz —que resultó un reseñador estupendo— estas palabras:

“Nos despedimos de los jefes, les manifestamos nuestra gratitud por el trato humano que nos dieron en la penitenciaría. A nuestro paso, rumbo a la libertad, nos gritaron: —*¡Good by ...Villistas Soldiers!*

En la puerta del primer patio, nos recibió el señor Carlos Palacio Roji E., cónsul de México en Albuquerque, N. M. Con él abordamos el tren con destino a El Paso, Texas. Cruzamos el Puente Internacional y nos fuimos derecho a la estación del Ferrocarril Central, en Ciudad Juárez, Chih.

Allí, el señor cónsul Carlos Palacio Roji, nos entregó al general Nicolás Fernández, que, a nombre del general Francisco Villa, nos recibió y nos embarcó por tren rumbo a Canutillo...

Y doña Luz Corral de Villa, nos recibió y nos obsequió una comida de lo mejor que hemos gustado. Allí saludamos a varios de nuestros antiguos compañeros que andaban en la escolta del general Villa, como fue nuestro amigo y paisano, coronel Carmen Delgado, Ernesto Ríos, Ramón Córdoba, José Nieto, Silverio Tavares y otros muchos. Villa se hallaba en esos momentos en Parral. Ese mismo día, cuando le avisaron por teléfono, ordenó que nos regresaran a esa plaza. Regresamos pues a Parral.

El viaje lo hicimos en carros de mulas y fue el coronel Baltazar Piñones, quien nos llevó. Y en el hotel Hidalgo, nos formaron y en cuestión de segundos, nos vimos frente al general Francisco Villa. En esos momentos se hallaba acompañado Villa, de un señor español de nombre y apellido José Alonso, residente en ciudad Jiménez, Chih.

“De una mirada, el general Villa abarcó todo el grupo. De uno por uno nos fue saludando de mano. Era evidente su emoción...

“Luego, se detuvo con Francisco Solís, que era uno de sus muchachos, oficial del cuerpo de los “Dorados” y con eso bastó. Lo abrazó dos veces. Luego, hizo otro tanto conmigo. Me abrazó y me preguntaba: —¿Sufrieron mucho? ¡Platíqueme cómo les fue y cómo los trataron! Bautista (el nombre completo de Muñoz era Juan Bautista) también fue abrazado, así como otros muchos compañeros. Villa insistía: —A ver, muchachitos, cuéntenme cómo les fue.

“Todo esto sucedió dentro de hotel Hidalgo, propiedad del general Villa. Nos recibió el general Villa con tanto cariño, como un padre recibe a sus hijos. Ya no nos necesitaba como soldados. Había dado prueba de su interés por nosotros al pagar los veinte mil dólares y haber gestionado con el presidente, general Obregón, la intervención del H. Cónsul de México en Albuquerque, señor Carlos Palacio Roji.

“¿Qué otro jefe, desembolsa veinte mil dólares, para ayudar a diez y seis soldados prisioneros en la penitenciaría de un país extranjero?”.

55.- ¿Por qué si siempre ayudaba a su gente, Villa no ayudó a la familia del general Saavedra, que le fue tan fiel?

—No sabría qué contestarte. No conozco bien el caso. Pero creo que sí lo ayudó. Yo estaba entonces por el rumbo de San Antonio, Texas.

Doña Mauricia Saavedra, hermana del pundonoroso general villista, Miguel del mismo apellido, sabe muchas cosas de la Revolución. Y las platica con emoción. Una tarde de mayo de 1971, me hizo esta confidencia:

—Villa visitó por segunda vez mi pueblo, Aldama.

Eran otros tiempos, eran otras las circunstancias, eran muchos los corazones destrozados todavía los que existían por estos rumbos, con motivo de la crueldad de la que hicieron víctima a mi hermano.

Corría abril, era el año de 1921.

Cuando supe de ese arribo, sentí como un piquetito en el corazón. Como un desasosiego, como que la sangre me mandaba que actuara. Me encaminé a entrevistar a Francisco Villa.

Conste que era mucho el respeto que sentía por él y sobre todo una grandísima, sin fronteras admiración por sus hazañas y sus ideales, que, contra todo lo que se diga, los tenía Villa, fincados en sus actuaciones, en su vida toda.

Llegué a la casa en que estaba, sumamente nerviosa (en los ojos de doña Mauricia aparecen las lágrimas) a la casa en que estaba, que era de Eduwiges Ruiz viuda de Arzate, que vivía por la Alameda.

Apenas vi a Villa y le dije:

—General, no vengo a saludarlo, vengo a reprocharle a usted su comportamiento con los hijos de mi hermano.

Villa se quedó mirándome fijamente para preguntarme:

—¿Y por qué dice eso?

—Usted le ofreció al general Saavedra que si él sucumbía al lado suyo, sus hijos no carecerían de nada, Y usted, general, no les ha tirado ni con un mendrugo de pan.

Las pocas gentes que oían aquello empezaron a ‘tragar bolitas’.

La mirada de Villa empezó a ser menos dura. Luego me dijo:

—Es que estoy muy enojado, doña Mauricia, con la viuda del general, porque yo estimaba mucha a Miguelito y cuando él se fue conmigo, Sarita le dijo que a poco yo lo llevaba lazado...

—Dispense general, le repliqué, pero eso no es cierto. Pero vamos a suponer que lo fuera, dígame general... ¿Acaso tienen sus pobres hijos culpa de eso?

Villa bajó la cabeza. Era, como se quiera ver esto, un signo de nobleza. Dijo:

—Vaya y tráigame a la viuda.

Me encaminé a su casa. Santa no puso objeciones para presentarse, pues nunca me contradecía. Todo lo que yo le decía lo hacía con cariño.

Después de saludarla, Villa le ordenó a alguien:

—A ver, tráigame unos doscientos pesos, porque ese dinero que le traigo, no es de nosotros, es de todos los muchachitos.

Sarita recibió el obsequio. No volvimos a ver a Villa.

56.- ¿Le gustaba a Villa la música?

—Muchísimo. Cuando vivimos en la quinta Luján y después en esa misma quinta, Pancho ordenaba que su banda tocara. Me recuerdo que en los bellísimos jardines de la quinta Luján, eran verdaderos conciertos los que escuchábamos. Dotó Villa a esa banda, que dirigía Reyes, de instrumental de primerísima categoría. ¡Figúrate que en aquel tiempo invirtió en esos instrumentos, la fantástica suma de isesenta mil pesos! Le gustaban muchas piezas, entre ellas “La Adelita” y “La Valentina”. Pero ninguna como “El veintitrés de infantería” y sobre todo, “Las tres pelonas”, de cuya pieza musical era autor Isaac Calderón. Íbamos a la Plaza de Armas a oír tocar esa misma banda. Nada más llegábamos y Pancho le hacía señas al director torteándole las manos dos o tres veces. Volteaba Reyes y Pancho con la mano derecha en alto le mostraba tres dedos: ¡Y empezaba a tocar “Las tres pelonas” entre el regocijo de Villa incontenible. Te acuerdas de la letra:

Estaban las tres pelonas
sentadas en una silla
y una a otra se decía:
¡Qué viva Francisco Villa!

A Pancho, le encantaba, como a don Benito Juárez, el baile. Cada ocho días los organizaba para que “su gente” se divirtiera y no se fuera de picos pardos sin sus familias. Asistían los empleados del rastro, de sus carnicerías... En fin, de todos lados. ¡Cómo se divertía en esos bailes mi amiga Elena Rico!

Escribe esto Brondo Whitt en 1914 y no hace sino confirmar lo que ha manifestado doña Luz, con referencia que a Villa le fascinaba el arte de Terpsícore:

“Por esos días, apareció como conciliador, en Chihuahua, el general Álvaro Obregón, jefe de la División del Noroeste, que hacía buenas migas con el jefe de la División del Norte.

Entonces se le concedió a Villa el grado de divisionario y se apresuró a retratarse con el uniforme de su jerarquía: aunque bajo aquel uniforme se adivinaba el tipo del irregular norteño.

Hubo un baile (quizá el diez y seis de septiembre) en el Salón Blanco del Teatro de los Héroes. A ese baile concurrieron Villa y Obregón y también concurrí yo. Los tres bailamos. Ellos eran el punto de vista de todo el mundo.

Yo era, como hasta la fecha, insignificante, y ni siquiera hice en aquel baile el papel de cronista.

Villa bailaba, bailaba con entusiasmo y alegría sana; todos estábamos contentos. Villa se humanizaba, se rozaba con la sociedad... Por aquellos días era querido y admirado en Chihuahua; él pagaba aquel cariño con buena conducta; no se registraron raptos, ni asesinatos, ni fusilamientos.

Y aquella noche, al compás sandunguero y alegre de ‘Las tres pelonas’, zapateaba sobre el pavimento del salón, dichoso de haber nacido y apretando el cuerpo grácil y hermoso de Ernestina Soulé”.

Y ya que hablamos de este tema, es decir, de si le gustaba bailar a El Centauro, oigamos lo que nos dice Louis Stevens en su libro *Ahí viene Pancho Villa*, traducido a nuestro idioma por Pablo Z. Jarero:

“Le gustaba bailar, aunque lo hacía con la gracia de un oso y nunca perdía la oportunidad de pedirle una ‘pieza’ a la señorita que le había llamado la atención por bonita. Apostaba fuerte en las carreras y le gustaba bastante el teatro. Para ver feliz a Pancho, no había sino regalarle un gallo de pelea, que tuviese fama de ser bueno. Fierro, con su gallinero de “gallos de pelea” era uno de los más temidos rivales en este deporte favorito de los valientes mexicanos. La alegría de Pancho no tenía límites cuando uno de sus gallos derrotaba a otro de los de Fierro”.

57.- ¿Cuándo aprendió a leer y a escribir Villa?

—Realmente hay muchas versiones al respecto. Algunos que han estudiado la vida de Pancho afirman que en la penitenciaría, en la ciudad de México. Otros dan épocas muy distintas. Pero lo que te puedo asegurar es que cuando Villa llegó a mi pueblo, a San Andrés, y fue a la tienda de mi madre, donde se le facilitaron mercancías para ser liquidadas “cuando ganara la causa”, Pancho me puso en la notita o en el papelito que le di a firmar esta leyenda: “Por la Patria. Sufragio Efectivo, no reelección. Francisco Villa.” Por eso yo he sostenido siempre

que desde entonces ya sabía escribir, si tú quieres muy mal y muy chueco, pero sabía, así como leer un poco. ¡Las veces que he lamentado que se extraviaran aquellas líneas que hoy serían tan importantes históricamente!

58.- ¿Conserva usted cartas de amor de su marido?

—Fíjate que no tengo absolutamente nada escrito por él. Lo poco que guardaba y por cierto con muchísimo cariño, por mala suerte se quemó cuando saquearon e incendiaron nuestra tienda en San Andrés. Sí, cuando hicieron eso, un tal Rojas.

59. ¿Era sentimental, o cariñoso, es decir “amartelado” el general Villa?

—Mucho, muy cariñoso. Más de lo que el común de las gentes puedan imaginarse. A mí, siempre me llenó de halagos. ¡Si hiciera una lista de éstos no acabaría de contarte nunca! Un día, se me quedó mirando fijamente y me dijo: —Si vieras Güera, lo que estoy pensando... es una tontería... si te tuviera que mandar a Estados Unidos por alguna causa, me gustan tanto tus ojos, que a lo mejor te sacaba uno, para quedarme con ese recuerdo en tu ausencia. Para mí fue un piropo muy fino. ¡Recuerdo con qué ganas se rio después de que dijo esto, como festejando “su gracia”! Creo que sí le gustaban mucho mis ojos, pues constantemente hacía elogios de ellos. Pero hay un dato muy significativo: cuando llegaba a la casa, a mí no me importaba si llegaba con señorones, o con figuras muy prominentes de la política, o con generales o simplemente con sus subordinados o solo. Invariablemente yo salía a encontrarlo a la puerta. Y apenas lo veía lo acariciaba y lo besaba. Y como por encanto desaparecía cualquier enojo o cualquier “muina” que trajera. Muchas veces, creo que ya te dije esto, su secretario Enrique Pérez Ruy, llegó a decirme: —Oiga usted, doña Luz, pero qué buena idea de salir a encontrar al jefe, porque usted tiene la virtud de ponerlo de buenas. Pero la verdad es que Pancho era excesivamente gentil conmigo.

He terminado la entrevista de hoy, que considero mucho, muy jugosa. Y digo “hasta mañana” a mi amiga doña Luz, que hoy, como es su costumbre, estuvo de un humor espléndido.

DÍA VEINTITRÉS DE AGOSTO

Llego a ejercer mi oficio de confesor. Estoy a la caza de algún huequito para hacer mi luchita. Y éste se presenta más o menos pronto:

60.- ¿Cuál fue el momento en su vida, en que más celos sintió por Villa?

—Mira qué pendejo, ya volvimos a las preguntas con muchos picos. Pero en fin... ¿La verdad, la verdad? Pues fueron muchos los momentos. Pero en concreto, me recuerdo un día en que me llegaron con el chisme de que Villa vivía con Juana Torres, y que hasta se había casado con ella. Al principio quedé toda desconcertada y naturalmente que “sentí rete feo”, es decir, me dolió demasiado. Pero Pancho vivía en nuestra casa y allí había instalado sus oficinas, el telégrafo, en fin, todo lo que él necesitaba para sus ocupaciones. Pasado un poco de tiempo, supe que Pancho tenía cinco o diez mil pesos en oro en la casa de Juana y que el dinero había desaparecido de repente. Ella decía que la cantidad aquella se la había llevado Antonio, el hermano de Pancho. Pero Villa categóricamente le dijo: —Mis hermanos nunca me roban nada. El caso es que se hizo el chismarajo y Juana Torres, su señora madre, que ya no me acuerdo como se llamaba y el papá, don Zenaido Torres, fueron a dar a la Penitenciaría. En los archivos de ese penal, debes encontrar antecedentes. Y creo que hasta el chofer quedó inmiscuido en ese robo. Como verás, aquellos celos fueron nubes de verano... amenazadores... pero pronto pasaron.

61.- ¿A cuál de todos los familiares de Villa quiso usted más?

—Ni dudarle, a su hermana Martinita. Nos teníamos una confianza ilimitada y nos queríamos mucho. Jamás hubo secretos entre las dos. Siempre nos procurábamos, había una gran afinidad entre nosotras. Ella fue la esposa de Juan Martínez que era caporal de una hacienda de un señor de apellido Valenzuela.

62.- ¿Qué opinión se formó usted de don Francisco I. Madero cuando lo conoció o dónde fue esto?

—Me acuerdo de cuando tuve el gusto de ser presentada a él, como si no hubiera transcurrido el tiempo. Me parece estar viendo ahora

mismo a don Francisco, lleno de bondad, con un trato finísimo que denunciaba su educación esmerada, platicando con Pancho y conmigo. Lo conocí, cuando hicimos nuestro viaje de luna de miel y fuimos a saludarle a Tehuacán. Estuvimos con él y con su señora esposa Sarita que era extraordinariamente gentil y con dos secretarias. Todos estábamos hospedados en el hotel del Riego. Los dos o tres días que pasamos allí fuimos muy felices. Yo tuve la mejor impresión de don Pancho a quien siempre juzgué como un idealista consumado. Sin duda era muy limpio de miras, con mucho conocimiento de la causa que había emprendido y de una exquisita bondad, lo repito...

Dígase lo que se diga —a pesar de una que otra nubecilla que cruzó por el cielo de estos hombres, como por ejemplo allá en Ciudad Juárez— Francisco Villa, sintió siempre una admiración muy grande por Madero, “el héroe del pensamiento y la conducta”.

Alberto Morales Jiménez, en un artículo suyo —“Veinte encuentros históricos en la Revolución Mexicana”— sintetiza en forma tan penetrante como bella, una anécdota que habla elocuentemente del sentimiento de Villa para el jefe de la Revolución:

“Villa veneró siempre a Madero. Durante la triunfal campaña constitucionalista era frecuente oír sus palabras de añoranza por el ausente.

Madero muerto, vivió en su mente como guía espiritual. Al triunfo de los ejércitos revolucionarios, las calles de Plateros se denominaron, por justo mandato oficial, Avenida Francisco I. Madero.

Los residuos del porfirismo solían destruir noche a noche las placas que ostentaban el nombre del Mártir de la Democracia. Francisco Villa había entrado a la capital, al frente de su legendaria División del Norte. Se le informó de tan grave desacato a la memoria de Madero. Y una mañana, en compañía de varios oficiales y soldados, llegó a la esquina que forman la Avenida Madero y el Portal de Mercaderes.

Personalmente subió por una escalera de madera, con martillo y clavos. Colocó iguales placas a las desaparecidas. Un poco más abajo clavó otra con esta leyenda: ‘El que quite esta placa será fusilado. Francisco Villa.

Hasta la fecha, nadie ha osado retirar las nomenclaturas de la avenida Madero”.

Continuamos interrogando a doña Luz:

63.- ¿Conoció usted a José Santos Chocano?

—Espérame un momento. (Y doña Luz sale rumbo a su recámara).
Aprovechamos para hacer algunos apuntes.

Sin lugar a dudas, Santos Chocano, es uno de los más altos poetas que ha dado Perú. De él ha escrito Antonio Castro Leal: “Como artífice del verso, Chocano es digno de admiración. Tiene muchos sonetos perfectos, no sólo en su arquitectura, cuyo último verso ilumina el sentido del poema y regocija al lector como inspirado acorde final, sino también su inspiración decorativa, que dispone y entrelaza sus figuras e imágenes como en un compacto bajorrelieve. Hubo un momento en que Santos Chocano y Rubén Darío fueron los representantes más altos de la poesía modernista”.

Vuelve doña Luz.

—Me preguntabas que si había conocido a Santos Chocano y que si lo había tratado. ¡Cómo no! Vino a Chihuahua acompañado de su esposa Margarita Batres Arzu, creo que era de Guatemala y al parecer se habían casado en Nueva York. Traían un hijito, precioso, que tendría aproximadamente siete meses. Se estuvo aquí una temporada muy larga, creo que de seis meses, y daba recitales primorosos. En el Teatro de los Héroes, una noche que estaba “a reventar” declamó por primera vez esos versos que le dedicó a Pancho y que han dado la vuelta al mundo, titulados “El bandolero divino”. Fue en una velada muy bonita, como ya lo he comentado antes, a la mexicana, es decir con muchísimos números y con gente muy entusiasta que aplaudió sin descanso. La emoción hacía que Santos Chocano se parara en las puntas de los pies. Se dice que Pancho le hizo obsequios generosos al famoso peruano. Yo ni lo dudo, dada la esplendidez que tenía mi marido cuando quería demostrar su agradecimiento, o simplemente ayudar a alguien. Era el poeta un hombre de mucha distinción. Junto con su familia, estuvo hospedado en el hotel Robinson.

Esos versos son muy comentados, pero en realidad muy poco conocidos. Los transcribimos en seguida:

(Santos Chocano tuvo muchos contactos con revolucionarios de renombre, habiendo declamado el día 22 de febrero de 1914, primer aniversario del asesinato de Madero y Pino Suárez, en Hermosillo, su “Sinfonía trágica”).

EL BANDOLERO DIVINO

Caes...caes... No importa, Bandolero Divino,
Remo... Rómulo: El crimen es a veces ritual.
Una voz, como a Pablo, te llama al buen camino....
Pero... ¿Quién te diría: Piensa bien y obra mal...?
Un demonio y un ángel en rebeldes porfías
disputáronse el signo de tu oculta intención,
y así, como a veces, al dudar sentirías
un trajín de cuatro alas dentro del corazón.
Loco de alegría hiciste tal aprendizaje
de tus desorbitadas artes en la lección
que te habló deslumbrante, tu espíritu salvaje.
De Hércules asesino, de Mercurio ladrón.
Por dentro de tus lauros con que ilustras tus sienes
la Locura sacude su poderosa crin;
tan grande en el delito como en la gloria, tienes
apta al puñal la diestra y el oído al clarín.
Hijo de águila y tigre sientes en las entrañas
yo no sé qué delirio de metal en crisol:
Agua pura que gime bajo negras montañas
o arrebol salpicado con la sangre del sol...
Sábelo: Ya tu espada se siente fatigada.
Sábelo: Ya su entrada te cierra el porvenir.
Está bien que te obstines en esgrimir tu espada
como el ave que bate sus alas al morir.
Sorprendentemente caes con la caída
que en las sombras eternas desenvuelve Luzbel.
Caes... caes... mirando con desprecio la vida
y a la vez sujetándote a la frente el laurel...
Olvidar no podrías tus gloriosas locuras,
ni rendirte al ocaso, ni dar pasos atrás,
que cuando se desprende también de las alturas
la piedra cae a plomo y el rayo hace zig-zags.

Algún autor ha asegurado que Santos Chocano “ejerció influjo sobre Villa, pero no hasta el supuesto de que el guerrillero aceptara los consejos del poeta, sobre cuestiones monetarias o sobre reformas a la propiedad”.

Y ahora va de cuento: Huerta estaba en el comienzo de su merecido descenso.

En Chihuahua, el general Salvador R. Mercado, gobernaba, lleno a toda hora de rencores y de inconcebibles ambiciones...

Se publicaba entonces en la capital del estado, un periodiquito, diario independiente de información, cuyo director lo era el Sr. José Francisco Lozoya.

¡Y con qué ganas embestía contra todo lo que fuera villismo, mientras hacía defensas apasionadas de lo que oliera a Huerta!

En esa publicación (Un ejemplar me fue obsequiado por el Sr. Federico Robles Rodríguez, actualmente empleado del “Cinema Olimpia”) correspondiente al día 19 de octubre de 1913, número 422, aparece un artículo titulado “Complot de Santos Chocano contra los generales Díaz y Huerta”, en que se hace jefe de todas las revueltas y de todas las excitaciones populares, al inspiradísimo poeta peruano.

Casi desconocido ese documento, lo transcribimos en seguida;

“Laredo, octubre 17. Las autoridades cubanas han descubierto un gran complot fraguado por mexicanos refugiados en la Habana, para asesinar al general Félix Díaz, cuando llegue a dicho puerto. La excitación con este motivo es enorme y se ha llegado al convencimiento de que toda la urdimbre criminal ha sido trabajada por el poeta nicaragüense (sic) José Santos Chocano, quien, despechado porque el presidente Huerta no quiso comprarle la pluma para que le incensara, se ha propuesto causar todos los males posibles a México, empezando su labor infame con pronunciar en las calles, en los teatros y en todos los salones de espectáculos, discursos incendiarios en contra de Díaz, Huerta y demás caudillos de la Revolución de febrero, incitando al pueblo habanero y a toda la América Latina a declararnos una guerra a muerte. Chocano está al servicio de Carranza, quien le envía fuertes cantidades de dinero desde Sonora”.

64.- ¿Qué reacción tenía Villa, después de que cometía, ya fuera por necesidad de la guerra, por venganza, o por cualquiera otra circunstancia algún asesinato?

—Esa preguntita tiene muchos bemoles. Bueno, casi siempre le dolía tomar esas determinaciones; pero para Pancho era esencial, óyelo por favor bien, era esencial, sumamente importante el que la disciplina no se quebrase o que su autoridad fuera puesta en tela de duda. Que sucediera eso, vinieran las consecuencias que vinieran, bajo ningún concepto lo permitía. Verás tú, me tocó verlo llorar, pero llorar sinceramente, sin teatro, después de que tuvo que ordenar el fusilamiento de no me acuerdo que general que lo había traicionado, por cierto que era hermano de un señor sacerdote. Pero te repito, no se detenía ante nada cuando no se le obedecía. Recuerdo un caso que habla patéticamente de este asunto: su hermano Hipólito cometió un error más o menos grave. Fue avisado Pancho. Inmediatamente le mandó hablar al general Madinaveitia y le ordenó: —General, mándele dar usted a mi hermano una cintareada. Como es natural Manuel se resistía a hacerlo y empezó a buscar algunas razones que calmaran la ira de Pancho. Pero la orden dada no admitía ninguna transacción. Cuando Pancho notó que titubeaba el general le dijo con mucha energía: —Miro usted, es necesario que sepan todos y también mi hermano, que no permitimos ese tipo de faltas. Sin más, Hipólito fue cintareado.

65- ¿Es verdad, doña Luz, pero la “meritita” verdad, que usted le salvó la vida al general Álvaro Obregón?

—Mira qué pendejo... ¿Pero tú también lo dudas? ¡Claro que fui yo quien lo salvó! Este es un relato que ya estoy “chueca” de contarlo. Y no voy ahora a cambiar ni una tilde de lo que he dicho en ocasiones anteriores: efectivamente Obregón me debía la vida. Ese sucedido lo relato, con lujo de detalles en mi libro, en un capítulo que titulé: “Mis espejos salvaron la vida de un futuro presidente”. El cuento es largo, pero hay te va:

Ya Obregón había venido a Chihuahua, cuando el asunto del pleito entre Maytorena y Calles. Pancho fue a Sonora con Obregón y aparentemente dejaron las cosas arregladas. En esa ocasión los escoltó, hasta la frontera con Sonora, el General Pershing, que después había de hacer el ridículo persiguiendo a Pancho, cuando la Expedición Punitiva.

Bien, Villa invitó después a Obregón a que viniera a presenciar un desfile del 16 de septiembre de 1914. Y lo presentaron desde el balcón del Palacio de Gobierno. El general Ángeles se veía muy marcial, con mucha personalidad, al frente de la artillería. Pero le llegaron noticias a Pancho de que Calles, seguía en “sus trece” con Maytorena en Sonora y se puso a rabiar. Me acuerdo que oí discutir acaloradamente a mi marido y a Obregón, dándome cuenta de que Pancho estaba realmente furioso: —Es usted muy malvado, le decía, y usted y Calles me están tomando de parapeto y yo no soy parapeto de nadie. Y así las cosas, lo mandó aprehender. Yo tenía mi recámara muy arreglada con muchos espejos, con el objeto de poder ver lo que pasaba en los salones y en el corredor. Te repito que en mi libro lo cuento. Pero en fin, vamos a seguir con la relación:

Yo los veía que manoteaban y discutían. Los dos pusieron sus pistolas en una mesa de centro. Había mucha gente en la casa. Llegó la escolta. Obregón y Pancho daban vuelta en el cuarto como leones enjaulados. Llegó la banda a tocar como de costumbre, pero Pancho, muy disgustado la despidió. Yo me hacía mil suposiciones. Me acordé no sé por qué, de un envenenamiento que me le hicieron a un cocinero italiano que yo tenía y pensé que bien le podía suceder eso a Obregón y me asusté mucho. Te contaré esto, saliéndome un poquito del tema:

Resulta que estando en El Paso, Texas, un día recibieron en la casa un bulto con carne. Yo le pregunté a “Chale”, que así lo decíamos al empleado, que si había pedido carne. Él me contestó que no, pues siempre la compraba personalmente y nunca en un solo lugar, pues cambiaba de carnicería todos los días. Se le ocurrió al cocinero darle un pedazo de esa carne a una perrita y azotó muerta a los pocos minutos. Después alguien le mandó un garrafón de vino. De ése si tomó “Chale” y murió envenenado. Pues bien todo eso daba vueltas en mi cabeza... ¡Es decir las veces que quisieron envenenar a Pancho! ¿Por qué tal obsesión en mis pensamientos? ¡Sabrá Dios!

Bueno, Carlitos Jáuregui —aquel muchacho que le ayudó tanto a Villa cuando éste se fugó de la penitenciaría en la Ciudad de México— me había comprado una cuchara de plata, con no sé qué aleaciones, que me serviría para “probar” los alimentos. Pues ese día me fui a la cocina y anduve metiendo la cuchara por todos los cocimientos: Por la

sopa, por el guisado, en fin por toda la comida y eso que le tenía una confianza absoluta a mi servidumbre. Bueno, regresé a mi cuarto. Seguía viendo que llegaban muchos personajes, entre ellos don Ángel del Caso, representante de España y George Carothers, de Estados Unidos. La famosa escolta de Pancho “Los Dorados”, estaban rodeando la casa. Sonó el timbre para anunciar que ya estaba lista la comida. Todos pasaron al comedor. En medio de Pancho nos sentamos Obregón y yo, él a la derecha. La comida transcurrió en paz. Luego Pancho se fue a dormir su siesta o cuando menos a tirarse un rato en su cama a descansar, porque esa era su costumbre.

Doña Luz interrumpe su interesantísimo relato para ir a tomar agua. Vuelve en unos instantes. Continúa hablando:

—Cuando atravesé el patio, me encontré con el general Felipe Ángeles que estaba en la fuente del patio. Inmediatamente se me acercó para decirme: —Luz, mi general Villa va a mandar a fusilar a Obregón. Se me vino el mundo encima. Ángeles continuó hablando: —Usted es la única que puede salvarlo. ¡Bonito compromiso me acababa de echar el general Ángeles! Yo me quedé pensando unos momentos y le contesté con voz angustiada: —Mire, general, yo no puedo prometerle nada. Pero él no se dio por vencido y me dijo: —Doña Luz, a ver qué puede hacer usted. Me fui, entonces a la pieza donde descansaba Pancho. Me hice como que no llevaba ninguna preocupación, ni ningún problema, es decir traté de obrar con la mayor de las sencilleces. —Oye, Pancho —le pregunté—, ¿por qué despachaste la banda? Noté que estaba fúrico y me contestó con voz fuerte: —Porque voy a mandar a fusilar a este “Perfumado”. Creí que era mi oportunidad de intervenir.

Doña Luz está un poco fatigada. Descansa cambiando de tema: Atiende a un par de visitantes que acaban de comprar algunas fotografías, las cuales desean llevar con el autógrafo de la dueña del museo. No ha pasado un par de minutos cuando continúa su relación:

—Te decía que creí se me presentaba el momento de actuar. —Está bien, Pancho —empecé diciéndole— tienes mucha razón. Has sido herido en tu honor con el asunto de Calles y Maytorena... pero no se te olvide que el general Obregón es tu huésped y todos van a decir: “Pan-

cho Villa no respetó que fuera su huésped un hombre y lo mandó fusilar”. Villa me miraba sin decir palabra. Yo seguí hablando: —Mira, Pancho, los huéspedes, hasta en el desierto de Sahara son sagrados. Allí cuando llega un enemigo se le atiende y hasta se le da de comer. Y luego, cuando ha abandonado la casa, entonces el ofendido sale a buscar a quien ha estado en su casa y lo mata. No se te olvide esto, Pancho. Además, cuando pase el tiempo, dentro de cuarenta o cincuenta años, todo mundo tendrá que decir: “Pancho Villa tenía razón de mandar fusilar al “Perfumado”, pero no lo hizo por decencia”. Pancho seguía muy serio. Ni media palabra pronunció. Como es natural, yo estaba temblando de miedo, tenía pavor de que mi marido fuera a tener un arranque de rabia... porque razón la tenía de sobra. —Háblale, —me dijo— al oficial de guardia. Por cierto que hago un paréntesis, para decirte que era el mismo que servía de ayudante a don José Borunda, cuando éste era presidente de Ciudad Juárez y lo mataron. Bueno, llegó este individuo y le ordenó: —Vaya y búsqume al maquinista, un tal Jacobo. También éste llegó al rato, pues lo encontraron en los cuarteles. Dio Pancho sus órdenes terminantes: —Arregle el tren que trae Obregón y póngalo en la vía, porque se va a ir, después de una fiesta que se le va a dar en el Teatro de los Héroes. Así, ni más ni menos, salvé al “Perfumado”, como Pancho invariablemente lo nombraba. Por cierto que en el año de 1934, me encontré, en Agua Caliente, B. C., con don Carlos T. Robinson, que había sido del Estado Mayor del general Obregón. Estuvimos haciendo recuerdos de “todo aquello” y luego me escribió algunos pensamientos, entre los cuales hay algunos que hablan de que yo le salvé la vida a él y a Obregón.

Sobre aquellas dramáticas horas que pasó Obregón en la ciudad de Chihuahua se han escrito muchas versiones de las más variadas. Aquel sensacional episodio lo merece.

El profesor Armando B. Chávez, cuidadoso investigador del pasado, en su libro *Historia de Ciudad Juárez*, tal vez más informado, asegura: “El general Fidel Ávila, encarándose al propio Villa, fue quien salvó la vida al general Obregón”.

El testimonio escrito de don Carlos T. Robinson a que hace alusión doña Luz, es éste:

“Si hay algún ejemplo cabal de la abnegación de la mujer mexicana y de otras muchas de las virtudes con que hemos oído a menudo alabarla, aquí está el ejemplo tan modesto como elocuente, de esta mujer doña Luz Corral, esposa legítima de Pancho Villa.

Carne de sufrimiento que se queda adrede lejos del radio luminoso en el centro del cual se mueve, por capricho popular, la figura del guerrillero; modesto guardián que sin hacerse notar a los extraños, sabe torcer las desordenadas inclinaciones de su marido por un nuevo cauce. Siempre en acecho de la oportunidad de calmar, de hacer perdonar, de poner freno al instinto salvaje y de detener a la muerte. ¡A cuántos no salvó, como a nosotros, aquella tarde, la ternura y el ruego de esta mujer que vive aún en quietud y en olvido! ¡A cuántos no salvó!

Ni para sí ni para los hijos de ambos, ha tratado de hacer valer el nombre de Pancho Villa, doña Luz. Ella forja, modela, por su cuenta, a los herederos de aquel impulso devastador que dejó su huella por extensos lugares del suelo de México. Símbolo de madre mexicana, vive ella sus últimos días con la seguridad de hacer sembradores de trigo, a los hijos de aquel sembrador de tempestades”.

(Tomado de mi libro inédito *Hombres y cosas de la Revolución*, como un testimonio de gratitud a doña Luz Corral viuda de Villa, en su visita a Agua Caliente, B. C., México. Con todo respeto. Carlos T. Robinson. (firma).

No hemos respetado la puntuación de ese escrito, pues nos hemos atrevido a darle “una arregladita”. Cuando habla de los “hijos de ambos” se refiere a los hijos de Pancho Villa, pues algunos de ellos vivieron en la casa de doña Luz por muchos años como si fueran sus propios hijos.

DÍA VEINTICUATRO DE AGOSTO

La entrevista de hoy ha sido poco fructífera.

Infinidad de “grupos”, parece que se han puesto de acuerdo para visitar el museo. Unos entran y otros salen en sucesión interminable. Se me dificulta la primer “chancita” para empezar mi trabajo. Doña

Luz, siempre amable con todos los visitantes, les contesta cuanta pregunta le hacen, aunque algunas de ellas parecen brotar de labios que pertenecen a retardados mentales. “Posa” para ellos o junto con ellos, pues la mayoría quiere llevarse la fotografía como recuerdo de que estuvieron en la Casa de Villa. ¡Francamente no entiendo como a toda hora está de humor para contarles chistes breves pero picosos que los hacen reír de buena gana. Espero casi una hora. Por fin “hay un clarito”.

66.- ¿Era limpio Villa en su persona?

—Muy limpio. Le gustaba bañarse todos los días en regadera. Pero lo que realmente le encantaba era bañarse en el río. Algunas veces me decía: —Güera, vamos a bañarnos a tal parte. Un día, me invitó a que fuéramos hasta el río de Satevó. Y claro, fuimos. Cuando llegamos nos encontramos con que estaba congelado el río. Él, con una vara gruesa quebró la capa de hielo y se metió al agua como si nada. Me invitó a que hiciera lo mismo. De pronto le contestó: —No estoy loca, Pancho. Pero luego estuve recapacitando: va a decir que tengo miedo. Y sin más, me metí. Cuál no sería mi sorpresa de encontrar que el agua estaba casi tibia. No sé dónde leí después que ese era un fenómeno natural, que el agua no estuviera fría, aunque la superficie estuviera cubierta de hielo.

Apenas ha terminado de dar respuesta a mi primera pregunta de hoy, cuando llega un grupo de aproximadamente veinte “buenos vecinos”. (No hay que olvidar que Rubén Romero, el autor de “Pito Pérez”, decía que “ellos” eran los vecinos y nosotros los buenos.) Tuvieron ocupada a doña Luz, por más de media hora. Transcurrido ese tiempo pregunté:

67.- ¿Fue enfermizo Villa y es verdad que en alguna época, sufrió ataques epilépticos?

—Ya hacía rato que no me preguntabas pendejadas. Eso de los ataques no pasa de ser una vacilada de las miles que se cuentan alrededor de Pancho. Definitivamente eso de los ataques epilépticos no es cierto. En cuanto a enfermedades largas o difíciles, o algo por el estilo, no las padeció. En lo general, siempre fue un hombre muy sano. Claro que veía médicos, pero te repito que eran cosas de poca monta. Lo que sí padecía, eran unos dolores tremendos de muelas. Me acuerdo que un

día fui de Canutillo a Parral. Andaba arreglando mis asuntos, cuando vi que llegaba el carro de Pancho y que se bajaba apuradísimo Agustín, el hijo mayor de Villa, para darme un recado muy urgente: —Dice mi papá, que le mande luego luego un médico. Ya sabía yo cuál era el mal. De inmediato avisé a la casa de don Pedro Alvarado que era donde yo estaba hospedada, que me iba a Canutillo con el doctor Hephter. Cuando llegamos estaba Pancho muy nervioso, porque ya no aguantaba el dolor y hasta tenía la pistola puesta en una quijada, como si tratara de sacarse la muela de un balazo.

Nuevas interrupciones. Casi me desespero mientras pienso: “Esta tarde ha sido mala, matador”. Por fin nos dejan en paz. Ataco:

68.- ¿Hirieron muchas veces de muerte a Villa?

—De muerte, de muerte, creo que no. Fuera de la gravedad que tuvo cuando se refugió en la cueva famosa, que ya te he descrito, te repito que no. Tenía un rozón en la frente, cerca de una sien. Te voy a contar como se lo hicieron: venía Pancho junto con don Albino Frías, a Chihuahua y en “El Tarais”, se encontraron con dos tipos que viajaban a caballo. Pensaron que a lo mejor eran reconocidos y que podían ser molestados. Don Albino le propuso a Pancho: —Vamos a madrugarles y a agarrarlos presos. Pancho no aceptó. Llegaron —me contaba mi marido— a una casita de piedra donde había un altar y en éste, un Santo Niño de Atocha. Se acostaron. Así como a las doce de la noche, oyeron un.”tropolazo”. Inmediatamente se dieron cuenta de que eran muchos hombres a caballo. Pancho le dijo a don Albino: —Vamos a salir, siquiera para llevarnos algunos por delante, antes de que nos maten. Frías con una pistola y un machete y Pancho con un rifle, salieron de estampida. Empezaron a pelear. Eran como veinte hombres contra los que tuvieron que luchar. Pancho salió por un lado y don Albino por otro. Esto me lo ratificaba la esposa de Frías que precisamente hace unos días vino a visitarme para platicar de aquellos tiempos. El caso es que, en ese episodio, fue cuando le dieron el rozón a Pancho. Y como no tenía con que curarse, sacó su cartera y le cortó un pedazo, que luego se puso en la herida, para que hiciera las veces de venda. Y bendito sea Dios, con eso tuvo para aliviarse.

69.- ¿Qué médicos se recuerda usted que atendieran a Villa?

—No fueron muchos. Que yo me recuerde, el doctor Rashbaum, que era alemán, el doctor Pedro de Lille, padre de Pedrito, el famoso locutor de la ‘W’, el doctor Stove, también de origen alemán que por años y años tuvo su consultorio en esta ciudad de Chihuahua... Y no sé si el doctor Encarnación Brondo Whitt, de Monterrey, pero que vivió más de cincuenta años en ciudad Guerrero, Chihuahua. Posiblemente se me pase el nombre de uno o dos más.

70.- ¿Algunos de estos médicos tenían la confianza y la estimación de Villa?

—Creo que el doctor Rashbaum, que fue esposo de Adelita Sáenz, hermana de Celia y prima hermana de doña Ramona Sáenz de Wisbrun, que todavía vive. Este médico, muy seguido llegaba a la casa muy temprano y se ponía a platicar con Pancho. Se quedaba a comer en infinidad de ocasiones. Recuerdo que siempre llegaba con periódicos que recibía de Alemania y Pancho le preguntaba qué razón le daba de Hindenburg, que fue el jefe supremo de 1916, a 1918 de los ejércitos alemán y austriaco en la primera Guerra Mundial. El doctor, paciente-mente, le contaba de “pe a pa”, cómo andaban los asuntos políticos en su patria. Hace poco, relativamente, hubo un congreso médico en esta ciudad y vino un hijo de Rashbaum, quien ahora es el director, o cosa por el estilo del hospital Inglés, en la Ciudad de México. Me dio mucho gusto cuando me lo presentaron y me emocioné tanto, que me solté llorando cuando platicaba con él.

Y como decía el ingeniero Palavicini: “Hasta aquí hoy, continuaré mañana”, pues las visitas cada vez son más impertinentes. Me despido.

DÍA VEINTISIETE DE AGOSTO

Aunque dicen que los lunes ni las gallinas ponen, yo llego con mi ánima llena de optimismo. Creo que será un día bueno para adelantar en mi cuestionario. Apenas doy los buenos a doña Luz y la estoy molestando:

71.- ¿En cuántas casas vivieron usted y Villa, durante su matrimonio?

—Solamente en dos. En la quinta Luján de la cual ya hemos platicado bastante y en lo que ahora es la quinta Luz, pero que al principio era simplemente una casa grande, es decir, en lo que antiguamente era la calle Décima No. 500. Ahora que viví también en San Antonio, Texas, en casa de una ancianita, mucho muy avanzada de edad, quien había sido esposa de Houston, el que firmó los malhadados tratados con el sátrapa de Antonio López de Santa Ana. Estaba en *Pican St.* Después Pancho me dio para que comprara dos casitas, una para nuestra familia y otra para su hermana Martinita. Esas propiedades estaban cerca de un colegio que se llamaba *Aguas-Lady*, o algo así, que significaba “Nuestra Señora del Lago”.

72.- ¿Qué hay, doña Luz, de que el general Rodolfo Fierro, era un tipo sanguinario y borracho?

—Mira, yo creo que es uno de los villistas a quien más se le han cargado las mentiras. Le cuelgan muchos milagritos. Algunas infamias que se la imputan son invenciones. Sin duda, fue un hombre con muchas, pero muchísimas fallas, pero sinceramente creo que cuando se le juzga se hace a base de exageraciones, sobre todo en los crímenes que se le atribuyen y claro está, en la crueldad que se le achaca. Veras tú... Te voy a poner nada más un ejemplo:

Un tal Elías Torres, que parece que tomaba la pluma, exclusivamente para escribir mentiras, algunas sencillamente increíbles, habla de Fierro con relación a la muerte del inglés Benton. Cuando hace la relación de esa muerte, divide su trabajo en tres capítulos. En el primero, “Como muere un gallito inglés”, hace una relación que son puras fantasías. Cuenta que estaba Pancho platicando con una mujer, estando Benton presente, cuando llegó Fierro y le enterró un verduguillo en el cuello... ¡Qué bárbaro! ¡Pero qué manera de contar soflamas tenía ese Torres! Bueno, luego, en otro capítulo que titula “La antorcha humana”, deja volar la imaginación, como si estuviera escribiendo un cuento truculento y afirma que Fierro envolvió a Benton en una alfombra y le prendió fuego. Y como si fuera poco, en otro capítulo llamado “Cómo muere un testigo”, le echaba también a ese general, la muerte de aquella señora que estaba con Pancho pidiéndole ayuda delante de Benton

¡Y para que la pobre mujer aquella no fuera menos, queda, según el mentiroso de Torres, estrangulada por Fierro! Ahora, por las vísperas, saca los días. ¡Si así están todas las acusaciones! Yo no me atrevería a decirte que Fierro era un santo, pero sí te aseguro que usan vidrios de aumento cuando hablan de sus errores o de sus maldades. Fierro, era un tipo muy dicharachero. Y ahora te voy a decir algo que te va a asombrar: yo nunca lo vi borracho. Tú mismo me dices que refiere el ingeniero y general Federico Cervantes, en una biografía de Villa, que mi marido no toleraba ni a los borrachos ni a los pendencieros y que se asombra el autor, de que a Fierro le perdonara estas manchas. Pues yo creo que no las tendría tan grandes como dicen, porque si no, no se le había escapado a Pancho el corregirlo. Verás tú, una vez supe que su casi hijo Martín López estaba en una cantina bien cuete y precisamente porque conocía yo las reacciones de Pancho en esos casos, fui hasta allá en mi automóvil y lo saqué. Por cierto que lleno de vergüenza me pedía permiso “siquiera para entrar de nuevo y pagar lo que debía”, a lo que yo le contesté: —Yo mandaré pagar tu cuenta, pero vámonos porque si lo sabe Pancho.

Y como te digo una cosa te digo la otra. Creo que al único que le permitía hablarle andando tomado era a don Jesús José Soto Máynez, tío del señor licenciado Óscar Soto Máynez exgobernador del estado, a aquel amigo si le permitía que platicara con él, porque lo quería mucho, aunque anduviera bien borrachito.

Se antoja que doña Luz, al describir a Fierro fue muy benévola. Todavía no conozco ningún autor que se atreva a encontrar virtudes a este general villista.

73.- ¿Cuál fue la amistad de Villa con el General Práxedes Giner Durán?

—Estimó mucho al general Giner. Tengo el mejor concepto que tú puedas imaginarte de él, pero sinceramente, yo no me acuerdo de la actuación de este amigo mío junto a Pancho.

El general Giner, exgobernador del estado de Chihuahua, hizo al licenciado Salvador Caballero, un relato que este periodista publicó en el año de 1960, en un libro titulado: *Chihuahua en su CCL Aniversario*, en el cual se describe la muerte de la División del Norte, afirmando que

el general Giner fue el jefe de ese famosísimo grupo. Transcribimos la parte final de ese documento, por considerarlo de mucha importancia y por ser muy poco conocido:

“Era el momento de la agonía...

El dramático suceso acaeció en la Navidad de 1915, y ya no fue presenciado por las caballerías al mando del General José Rodríguez, que siguió por el rumbo de Cananea y regresó al Estado de Chihuahua, por el Cañón del Pulpito...

Las infanterías fueron desarmadas y luego Villa escondió las armas, ¡quién sabe dónde! Los soldados eran liberados, para que tomaran el rumbo que les diera la gana...

En la noche, en el salón de la finca (hacienda de Bustillos) Villa tuvo una junta con los generales Manuel Madinabeitia, José Ruiz, Rafael Licón, Margarito Orozco, Pablo Seáñez, Joaquín García, coronel Baltazar Piñón y otros jefes y nos dijo:

—Como los gringos se nos voltearon y ahora los carrancistas son los que tienen facilidades para pasar armas, parque y lo que necesitan, vamos a tener necesidad de reorganizarnos, teniendo que pelear en guerrillas. Yo estoy muy malo de disentería y los médicos me han aconsejado que permanezca en absoluto reposo unos seis meses y en consecuencia, me voy a un lugar que me van a arreglar mi compadre Fidel Ávila y el señor Francisco Escudero. Ustedes váyanse donde crean conveniente y vamos comprometiéndonos a reunirnos en este mismo lugar, dentro de seis meses, cada quien con su gente...

El general Licón ofreció que no se comprometía a estar con la misma gente, pero que con ésta, con otra o solo, estaría allí.

Todos estuvieron conformes y se dio por terminada la junta.

La División del Norte, había dado la última boqueada.

Al otro día, por la mañana, el que había sido invencible jefe de la División del Norte, acompañado de su escolta personal, comandada por el coronel Nicolás Fernández, tomó el rumbo de la hacienda de Rubio, a donde pernoctó.

Ese mismo día, al anochecer, el general Pablo Seáñez, con la gente que le quedaba, sin avisar a nuestro jefe, Madinabeitia, ensilló y saltó con rumbo desconocido y lo mismo hicieron otros jefes, por lo que Madinabeitia, cuando iniciamos nuestra marcha sobre Santa Isabel,

no quiso desaprovechar la comunicación telefónica que había entre Bustillos y la hacienda de Rubio y pidió hablar con Villa, para rendirle novedades.

Al escuchar aquellas nuevas, colérico, contestó a Madinabeitia:

—¡Cómo han jeringadol ¡Ya me tienen cansado! ¡Váyanse a donde les dé la gana...

Y colgó el audífono.

En estos momentos lo acompañaba Nicolás Fernández que todavía vive. (Hace unos meses, decimos nosotros, murió en Lerdo, Durango)

Y ese era el instante en que desaparecía, definitivamente, el ‘Gue-rrillero non’, para dar su lugar al vándalo.

Nos alcanzaba el coronel Baltazar Piñón, organizando a los oficiales y a la gente. Mi jefe, el hombre serio, valiente, caballeroso, aparecía demudado, pálido, triste.

Cuando estuvimos a solas, me platicó lo sucedido y al terminar añadió: ‘¡Estoy convencido de que la División del Norte ya se acabó!’.

“Poco después, mi bizarro jefe y yo, llegábamos a Chihuahua, para amnistiarnos. Así lo decidió él y yo le había prometido, mucho tiempo atrás, seguirlo a donde fuera necesario. Él impidió que yo me marchara a Camargo sin llenar ese requisito, temiendo que me encontrara ‘Chalío’ Hernández y me fusilara. Y decidimos juntos, correr nuestra suerte.

El 29 de diciembre de 1915, acompañado por mis cuñados Francisco y Domingo Bustamante, sin más tesoro que mis viejas chaparreras de cuero sonorenses, sin más ropa que la puesta, sin dinero, lleno de piojos, llegaba a Camargo como a las tres de la madrugada, al lado de mi familia.

Un baño caliente me dio cierta tranquilidad y me libertó de aquellos voraces insectos que caían como arroces de mis pobres ropas... ¡El sueño en una cama, el calor del viejo solar, el cariño de mi esposa, me dieron el descanso amable que no tuve durante mucho tiempo, y al día siguiente no pude levantarme, porque mi ropa —de la que no tenía repuesto— se estaba lavando...”

74.- ¿Considera usted que fuera Villa muy astuto?

—Si quieres preguntarme si era malicioso, con agudeza, te tengo que contestar que sí. Mucho, muy astuto, pero en grado superlativo. Eso lo reconocen todos los que lo conocieron, así estuvieran a su lado o fueran enemigos de odio africano. Te podría contar muchos episodios de su vida, o de nuestra vida, que lo demuestran palpablemente, pero creo que con esta anécdota hay:

El general Félix Bañuelos, recibía la correspondencia que le venía a Pancho, del otro lado, sobre todo la que le dirigía Díaz Lombardo. En una ocasión entró Bañuelos por Ojinaga para entregarle unas cartas a mi marido, que le mandaban de San Antonio, Texas. Te digo que por Ojinaga, porque por allí había gente que les “daba el paso” sin la menor dificultad. Creo que alguna de aquellas gentes, todavía viven, pues hace más o menos poco que vino a visitarme y estuvimos platicando sobre ese tema. Total, que se fueron caminando mientras le platicaba las nuevas a Pancho, cuando vieron a un hombre que estaba haciendo lumbre para calentar o “hacer su lonche”. Villa le dijo a su acompañante: —Vamos a ver a ese amigo, a ver si hacemos un trato con mi caballo que viene muy cansado, pues el de él ha de estar muy fresco. Cuando llegaron al sitio que habían visto de lejos, ya el hombre se había ido. Pancho estuvo reconociendo el lugar y luego le dijo a Bañuelos: —Mira, lo mejor que pude hacer, es no cambiar mi caballo por el del amigo ese, pues el caballo que trae, que es alazán, está enfermo de un grano (doña Luz no se acuerda del nombre exacto de esa enfermedad) y además, está tuerto de un ojo. Siguieron caminando un rato, cuando se toparon con el tipo aquel. El general Bañuelos, lleno de asombro, encontró que el caballo que le acababa de describir Pancho, tenía las tres características que te dije. Entonces comentó: —Mi general, usted sabe que yo lo trato como a un padre y un hijo, pues pregunta al padre lo que sabe: ¿Cómo adivinó usted que el caballo era de color alazán, que estaba enfermo y que era tuerto? Pancho, maliciosamente le contestó: —No señor, no adiviné. Cuando llegamos a donde el dueño hacía su lonche, me fijé en la tierra o arena que estaba allí cerca y vi pelos alazanes. Además, cuando están enfermos de granos se revuelcan para sentir alivio y me fijé que en las milpas cercanas, nada más había comido de un lado ese animal. Si hubiera tenido buenos los dos ojos, come parejo, de los dos lados.

(Doña Luz, como es natural suponerse, se quedó muy satisfecha con la contestación que me había dado).

75.- ¿Quedó usted satisfecha con el prólogo que escribió para su libro *Pancho Villa en la intimidación*, el maestro José Vasconcelos?

—¡Pero qué bárbaro! ¡Cómo no iba a quedar! Don Pepe fue para conmigo, toda la vida, muy bondadoso, muy caballero, muy gentil. Ese prólogo a que te refieres está lleno de sinceridad, dictado por el corazón. Con toda franqueza afirma don Pepe que no siempre admiró a Pancho. Pero también con un valor civil de muchos quilates, digno de elogio, reconoce las virtudes de Villa. Mira este párrafo: hazme el favor de leérmelo. Yo obedezco:

“Soberbio es el Villa que no se rindió durante los cinco años sin esperanza de la dominación inexorable de los carrancistas. En nuestra táctica militar tan pobre de ejemplos, las marchas de Villa por el desierto de Coahuila, para sorprender Cuatro Ciénegas, y sus escapatorias, sus sorpresas a los de la punitiva, son pepitas de oro, entre tanta falsedad de oropeles que un simple giro de la política enmohece y destiñe. El Villa caudillo fue un error. Y el Villa ciudadano fue siempre valioso y había de sellar su virtud con el martirio”.

76.- ¿Qué opinaba Villa del general Pershing?

—Muy pocas veces oí hablar a Pancho de él. Creo que se estimaban. Cuando la Expedición Punitiva, en que Pershing se puso en la picota del ridículo más espantoso, pues petulantemente había dicho que “agarraría” a Villa en unos cuantos días y quién sabe que más blandronadas, sin duda que Villa tuvo que tener expresiones duras para su perseguidor. Pero yo creo que todo se reducía a reírse de él a mandíbula batiente.

DÍA VEINTIOCHO DE AGOSTO

¿Qué cosa tan rara! Cuando llego a visitar a doña Luz, no hay ni un solo metiche. Aprovecho la oportunidad:

77.- ¿Le gustaba a Villa que su casa estuviera arreglada y tenía predilección por algunas flores?

—Le encantaba ver nuestra casa arreglada. Ya te conté que constantemente me regalaba muebles, cargando con ellos en ocasiones, desde partes muy lejanas. Le gustaba que en nuestro hogar hubiera absolutamente todo lo necesario. Bueno, ¿que si le gustaban las flores? Mucho, principalmente los rosales.

Doña Luz se queda unos momentos pensando y sonríe muy suave, para subrayar lo dicho:

—Sí, le encantaban las rosas.

78.- ¿Odiaba los perfumes Villa y por eso le decía, despectivamente a Obregón “El Perfumado”?

—Yo no creo que odiara los aromas o los perfumes. Muy de cuando en cuando usaba lociones. Lo que a él le preocupaba mucho era rasurarse todos los días, pero no era dado a los “menjurjes”. Muy tempranito llegaba el barbero para asearlo. Ahora, que si tenía mucha, pero mucha urgencia de salir a la calle y no llegaba el peluquero, pues yo misma me encargaba de “hacerle el pelo” y “hacerle la barba”. Batallé un poco, no creas, para entenderle al oficio, pero al fin pude dominarlo más o menos con perfección. Yo le decía en tono muy serio: —Pero a mí me tienes que pagar el doble por el servicio, Pancho. Y cuando terminaba mi labor me regalaba cincuenta pesos. Lo de Obregón, pues realmente era un mote que demostraba el ingenio de Villa: un tipo acicalado, vestido con sumo cuidado, etc., pues le venía lo de “El Perfumado”, al mero pelo.

79.- ¿Manejó muchos millones Villa en sus campañas y en su vida política?

—¡Pero qué pendejo me estás resultando! ¡Pero si eso lo sabe todo el mundo, sin distinción! Desde luego que manejó una cantidad enorme, inmensa, incalculable de dinero. ¡Qué difícil será hacer un cálculo del dinero que pasó por las manos de Pancho! Pero sí me acuerdo, como si fuera ahorita, cuando llegaba don Gabino Durán, mes por mes, con las barras de plata que procedían de las minas Y sin embargo, te voy a contar “un caso” que parece inverosímil:

Una vez andaba yo muy apurada, pero mucho, por mil pesos. No hallaba cómo conseguirlos y me acordé de nuestro amigo, el banquero Rafael Calderón, que creo que estaba en la Casa Russek. Pues bien, me fui a su oficina y le dije: —Oiga, Rafael, estoy muy urgida de mil pesos. Se me quedó mirando, como si no lo creyera y me dijo: —¿De cuánto me dijo? Yo le contesté de inmediato: —De mil pesos. Se quedó un rato en silencio para luego contestarme: —Pues no se los voy a prestar. Todavía le hice la lucha: —Pero si se los voy a devolver en menos de quince días. Entonces se rió mientras me comentaba: —Se los voy a prestar, por no haber sabido guardar dinero. ¡Con los millones de pesos que pasan por sus manos!

Claro que la negativa era una chanza. Inmediatamente me los facilitó. Pero era verdad lo que decía Calderón: por mis manos pasaron, en cantidades de fantasía las barras de oro y de plata, así como talegas y más talegas de pesos fuertes. Y nunca me quedé con nada. Fíjate tú: en cierta ocasión Pancho llegó a Chihuahua muy a la carrera, porque tenía no sé qué negocio con Scott en Ciudad Juárez. Se estaba despidiendo de mí, cuando llegó una remesa de talegas de pesos y barras de plata. Como ya no se podía detener me dio esta orden: —Entrégale eso, Güera, a Sebastián Vargas. Este señor era el tesorero general. Yo alcancé a preguntarle: —¿Cuánto es? Pancho me contestó: —No sé, cuéntalos por favor. Y así, constantemente llegaban a mí cheques y cheques de todos tamaños que venían de todos rumbos, a mi nombre algunos y varios de ellos por muchos miles de libras esterlinas. Una tarde en que platicaba con Rafael Calderón, volvía a insistir en lo del dinero: —¿Es así siempre Villa?, me preguntaba. Y yo le contesté: —Sí, señor, y yo estoy muy orgullosa de que Pancho nunca me dijera que yo tomara de eso, y de no haberlo hecho nunca. ¿Verdad que fui muy pendeja?

80.- ¿Pero no era ambicioso Villa, desde el punto de vista del dinero?

—Pero mira con qué vas saliendo. ¿Qué no me estás preguntando lo mismo de hace un momento? Si Villa hubiera querido, hubiera atesorado millones, millones y millones de pesos.

Sobre las emisiones de billetes en cantidades industriales por parte de Villa y que hasta hizo circular, nos dice nuestro querido amigo, el historiador juarense, profesor Armando B. Chávez:

“Antes de dejar el poder, hizo la primera emisión de papel moneda el 10 de diciembre de 1913. Con posterioridad, el 10 de febrero del año siguiente, por decreto militar se lanza la segunda y mayor emisión, inundándose el estado de los tan famosos ‘bilimbiques’. En ambos casos se ordenó la circulación ‘legal’. También se acuñaron pesos de plata y monedas de cobre.

La emisión, asienta don Silvestre Terrazas, secretario general, en el Gobierno de Villa, de billetes ‘dos caritas’, fue intensísima, pues su circulación alcanzó a todo el país: el señor Carranza, en el mes de abril y parte de mayo de 1914, que estuvo de paso en Chihuahua, usó grandes cantidades de esta emisión para gastos de guerra y cuando se retiró rumbo al sur, nombrado que fuera el ingeniero don Alberto J. Pani, encargado de la Secretaría de Hacienda, residiendo temporalmente en El Paso, Texas, trasladándose de ahí por Laredo, rumbo a Saltillo, al ser tomado éste por el general Villa e instalarse nuevamente en esa capital, el señor Carranza ordenó a aquél la remisión de una gran cantidad de esos billetes. (Catorce millones de pesos).

Por medio de otro decreto, se creaba el Banco del Estado de Chihuahua con capital de diez millones de pesos y se facultaba a la institución para emitir billetes de varias denominaciones.

Cabe hacer la observación de que este banco operó hasta el 11 de octubre de 1915, fecha en que fue clausurado a la aproximación de las fuerzas carrancistas a Chihuahua, al iniciarse la desbandada villista.

Para garantizar los billetes que emitiera el banco, se asignaban a esta institución los bienes que por otro decreto de la misma fecha se mandaba confiscar a las personas consideradas como enemigos del constitucionalismo, expresando que se calculaban que por el solo capítulo de contribuciones, cuyo pago habían eludido los afectados, estos adeudaban una cantidad mayor que el capital del mismo banco”.

Hay varias versiones sobre el origen de la palabra “bilimbique”: Algunos aseguran que viene de la palabra *bill*, que en inglés significa billete.

Por otra parte, leemos en el Diccionario de Mexicanismos de Francisco J. Santamaría:

“Se ha dado otra versión acerca del origen del vocablo, que no me parece muy convincente tampoco. Que un William Vique (pronunciada por el pueblo trabajador *bilimbique*), administrador o rayador de un mineral o de una hacienda de Durango bajo el dominio de Pancho Villa, en los días del constitucionalismo, pagaba con vales a los cuales se trasladó su nombre (vales de bilimbique) y cuando el billete villista corrió como única moneda allá, y el tal William pagó con él, el nombre de los vales, pasó a este mismo billete o moneda fiduciaria”.

81.- ¿Cuándo murió Villa, dejó una gran fortuna y a quién?

—Yo fui la única heredera. Me dejó esta quinta, el hotel Hidalgo de Parral, algunas otras casitas modestas y una deuda muy grande: ¡Nada menos que doscientos mil pesos en oro a la Secretaría de Hacienda y ochenta mil a “La Monetaria” de la cual era jefe un tipo de Sonora. ¿No ves que tuve que devolver la hacienda de Canutillo?

82.- ¿Es verdad que en alguna junta de generales villistas, se acordó reconocerla a usted, como la mujer legítima de Francisco Villa?

—Nunca tuve conocimiento de esa junta. Pero ya que hablas de mujer legítima te contaré que cuando iba de viaje a la Argentina y que al final de cuentas me quedé en La Habana, Cuba, pasó Juana Torres por la frontera haciéndose aparecer como la esposa del general Francisco Villa. Entonces Pancho extendió una especie de certificado a las autoridades, que decía textualmente: “Reconozco como mi legítima esposa a la señora Luz Corral de Villa. Si otra llega a tomar mi nombre, les suplico desconocerla”. Deja que te cuente una anécdota con ese mismo tema: Estaba una tarde tocando la banda en la Quinta Luján, donde te he platicado que tocaba mucho, estuviera Pancho en la ciudad, o no. Raúl Madero me había pedido permiso de llevar a la casa a su novia, la Güera Balderrama y estaban allí, junto con María y Ofelia, que eran hijitas de Sebastián Vargas. Platicábamos muy entretenidas todas las mujeres, cuando llegó Pancho y me dijo en voz muy baja: —Mira Güera, te voy a decir una cosa: no todas las que están aquí son tus amigas. Comprendí de inmediato sus frases, pues las Balderrama llevaban relaciones con Austreberta.

Copiamos este relato, de un interesante estudio titulado *El general Saavedra, símbolo de lealtad y valentía*, escrito por la profesora Amanda Hernández Romero:

“Un acto inesperado, dio oportunidad para demostrar, otra vez, que el general Miguel Saavedra Romero, estaba muy cerca de los sentimientos de ‘El Bandolero Divino’, como llama a Villa el formidable poeta peruano, Santos Chocano, el de la lira de oro. Estaban las fuerzas Villistas en Chihuahua.

Francisco Villa se había aparecido con Juana Torres.

La oficialidad se alarmó mucho, pues la estimación y afecto que sentían por doña Luz Corral de Villa, los hacía sentirse más que incómodos. ¡Pero resultaba tan difícil señalarle caminos a quien muchas veces no estaba de humor de admitir la menor de las sugerencias!

Todos coincidieron en esto. La estimación que Villa le tiene a Saavedra, está fuera de toda duda. Luego, éste es el indicado para que se acerque al jefe y le haga ver la inconformidad de toda “la gente”.

Valiente a toda hora, no de circunstancias, Saavedra de inmediato aceptó el encargo, que no tenía nada de fácil. Y platicó con Villa largo rato, exponiéndole razones, esgrimiendo argumentos, haciéndole ver las cosas.

Villa cedió. Mandó por doña Luz, que estaba entonces en San Andrés y la instaló en una hermosa quinta”.

83.- ¿Hay documentos oficiales del Gobierno de México, en que se le reconozca a usted como viuda de Villa?

—¿Te lo tengo que repetir? Lo lógico es que yo sea la viuda de Pancho, puesto que nunca se divorció de mí para poderse casar con otras. Y claro que hay documentos de los que tú hablas. Y muy importantes. Papeles que me acreditan como su esposa. Muchos papeles relacionados con la herencia de Pancho. Resulta que el padre de Austreberta Rentería denunció el intestado, tanto en Hidalgo del Parral, como en la capital del estado de Durango. Yo lo hice en esta ciudad de Chihuahua. Bueno, a mí me patrocinó un señor abogado, como lo era don Alberto López Hermosa. Fui a México y me entrevisté con Obregón. Total que primero me nombraron albacea y luego heredera. Pero te decía de Obregón, me dijo que me quedara con la hacienda de Canutillo y que el

adeudo del que ya hablé se podía pagar en diez o quince años. Yo acepté. Pero en estas y las otras, se levantaron contra el Gobierno federal, Nicolás Fernández e Hipólito Villa, el hermano de Pancho. Y los aplacaron en un santiamén.

Luego vino el general Gonzalo Escobar y “levantaron” todo lo de la hacienda, hasta los pericos. Antero Porras, que fue cuñado de Lázaro Villarreal, se quedó con los borregos. Fue una “rebatña” tremenda y la hacienda, al final de cuentas, volvió a poder del Gobierno.

Considero de mucha importancia dar a conocer un importantísimo capítulo de la obra que sobre su esposo escribió doña Luz —páginas 264, 265 y 266— y que se titula: “Un llamado del general Obregón”:

Palacio Nacional, México, D.F.
Señora Luz C. Viuda de Villa,
Chihuahua, Chih.

Juzgo urgente tratar con usted asuntos relacionados con hijos del extinto general Villa. Si puede usted venir los primeros días semana la próxima con su aviso situársele pase respectivo.

Atentamente.

Presidente de la República, Álvaro Obregón.

Mi amiga me explica con lujos de detalles este episodio:

Lo que dio lugar a que el general Obregón me dirigiera este telegrama, fue que el general Eugenio Martínez estuvo con él a tratar lo relativo a que me convenciera para que traspasara el hotel Hidalgo, de Parral, Chihuahua, a la señora Austreberta Rentería, por tener ésta dos hijos de Pancho. Me trasladé inmediatamente que recibí los pases a la capital de la República. La misma noche que llegué a México fui recibida en audiencia especial por Obregón, pues ya el señor Torreblanca, tenía orden de pasarnos a su despacho privado. Ya en presencia del jefe del Ejecutivo éste me dijo:

—Lucita, el general Martínez me ha entrevistado con el objeto de que por mi conducto se le ceda a la señora Rentería el hotel Hidalgo, pues alega esta señora que no tiene recursos para sostener a sus hijos y que cree tener derecho sobre los bienes que dejó el general Villa, por ser hijos del propio general, y en tal sentido me dirigió el general Martínez, que es padrino de uno de los niños.

—Señor presidente —lo interrumpí—, yo conozco como unos diez hijos de Pancho y sé que existen otros tantos; a unos yo misma los he criado y los quiero como si fueran mis hijos y para cederles a los hijos de Austreberta el hotel que quiere, necesitaría tener tantas fincas, cuyo valor fuera el mismo que representa esa propiedad, como hijos de Pancho existen, puesto que si esta señora cree que sus hijos tienen derecho de esta herencia, por ser hijos de mi marido, también los otros tienen el mismo derecho ya que también son hijos de él y usted sabe muy bien que Pancho no dejó tanto para que yo pueda repartirlo en esa forma. Lo principal que dejó fue la hacienda de Canutillo y pasó a bienes nacionales para que fuera saldada la deuda que mi marido tenía con el Gobierno que usted dignamente preside.

—Tiene usted razón —me dijo el presidente—, no les reparta nada; realmente no podría usted hacerlo, pero le suplico trate con el general Martínez sobre este asunto y le exponga las mismas razones para que lo convenza, como a mí me ha convencido.

Al día siguiente me dirigí a la Jefatura de Operaciones, que estaba entonces situada en el Paseo de la Reforma, con el fin de hablar, respecto al mismo asunto que le había tratado al general Obregón.

No batallé para que me recibieran. Me atendió inmediatamente el general Eugenio Martínez. Le expliqué el motivo que me llevaba a su presencia.

—Señora —me dijo—, mi comadre, la Sra. Austreberta Rentería me ha escrito esta carta (la que fue puesta en mis manos para que yo me enterare de su contenido) suplicándome le gestione cerca del señor presidente, que el hotel Hidalgo, le sea cedido para subsanar las necesidades que ahora está pasando.

—Señor general: mucha extrañeza me causa el que la señora Rentería se exprese en esa forma haciéndose aparecer en la miseria, dado que el Sr. Francisco Gil Piñón, uno de los jóvenes que Pancho mandó educar a Estados Unidos y que vivió largo tiempo a nuestra lado, me dice, pues él estaba aún al lado de mi marido en la hacienda, que cuando se supo la muerte de Pancho, Austreberta ya había hecho acopio de todos los documentos de importancia que Villa tenía allí, habiendo también recogido el dinero en efectivo y no sólo eso, sino que tomándose la

libertad de abrir las petaquillas mías, que dejé cuando me fui a Chihuahua, tomó todas mis alhajas y otros objetos de valor históricos que estaban allí y cuyo valor sólo yo conozco, por saber su procedencia y los que nunca pude recuperar”.

Viendo que el General permanecía en silencio, agregué:

—¿Cree usted que únicamente la señora Rentería tiene derecho a la herencia que dejó Pancho para sus hijos? ¿Y los otros hijos que dejó no les asiste el mismo derecho? Yo les repartiría a todos iguales o a ninguno y le expuse los mismos argumentos que le había expuesto a Obregón.

—Tiene usted razón —me contestó—, y para que usted no se vea envuelta en nuevas dificultades, opino igual que el señor presidente, doña Luz y de inmediato se lo haré saber a mi comadre. Es decir, le haré llegar la resolución del general Obregón, sobre este asunto.

De esta manera, quedó definitivamente solucionado este incidente.

En un estudio titulado *Hombres célebres de Chihuahua*, el sacerdote jesuita, Joaquín Márquez Montiel, reconoce a doña Luz, como la legítima esposa de Villa. Esto leemos en la página 235 de esa obra:

“Doña Luz casó con Villa eclesiásticamente el 29 de mayo de 1911, en San Andrés, donde la conoció y civilmente en Satevó, a mediados de julio del mismo año, cuya acta de matrimonio se halla en el libro 58, página No. 713. La legítima esposa de Villa —pues hubo otras que se llamaron sus mujeres— escribió un libro y en él trata de defender la fama y la memoria de su marido y, aunque la engañó muchas veces, supo perdonarlo, porque mucho lo amó”.

84.- ¿En su vida, doña Luz, tuvo usted algún altercado fuerte con alguna de las damas que se decían o “eran” esposas de Villa?

—¡Nunca! ¡Pero nunca! ¿A poco me iba a rebajar agarrándome de la greña con otras mujeres, cuando yo sabía lo que yo significaba para Pancho? Me sirvió mucho una conversación que tuve una vez, en San Antonio Texas, con Panchito Olivas, que trabajó mucho tiempo como hombre de confianza, con don Evaristo Madero. Creo que la hacía de secretario. Él me preguntó, en una ocasión que conversábamos: —¿Cuántos hijos cree usted doña Luz, que tuvo mi patrón?. Yo le contesté que algunos diez o doce. Él se sonrió muy malicioso y me dijo:

—¡Qué barbaridad... tenía setenta y cinco hijos! Yo he de haber hecho algún gesto de incredulidad, porque entonces él, muy serio, insistió en la plática: —Sí, señora, y yo me encargaba de entregar las quincenas a las “señoras” para que mantuvieran a sus muchachos. Entonces me hice esta reflexión:

No puedo negar que Pancho era mucho, pero muy enamorado; pero siempre me respetó. Fueron muchas las mujeres, de todas las edades y de todas las categorías sociales que anduvieron detrás de él, rogándole y rogándole continuamente. Entonces, lo mejor es no hacer mucho caso de eso. Figúrate nada más como sería la cosa. ¡Pero si parecían moscas tras la miel, como andaban muchas detrás de mi marido! Una vez me dijo Pancho:

—Te voy a enseñar unas cartas. Y le ordenó a Luisito Benavides que trajera un montón de papeles que estaban amarrados con un listón azul. Obedeció Luisito y trajo aquel montón de cartas. Yo tomé la primera y empecé a leerla. Iba dirigida a Pancho “General: soy de nacionalidad americana y vivo en Estados Unidos, soy huérfana y tengo sembradíos de cebolla. Quiero casarme con usted. Pero si esto no puede ser, entonces con el más valiente de sus soldados”. ¡Y cómo estos ofrecimientos le llovían a Pancho!

85.- ¿Durante el tiempo que estuvo usted en La Habana, Cuba, a qué personajes visitó o la visitaron?

—Llevé determinada amistad con el presidente de la República, que era el general Mario García Monacal, un hombre que tenía fama de haber hecho que Cuba tuviera un auge económico muy notable y con su señora esposa, cuyo nombre se me olvida en estos momentos, pero que se apellidaba creo que Coba. Ellos tuvieron muchas atenciones tanto para mí, como para Raquelito, la esposa del general Aranda, para Laura Rubio de Rodríguez y para otras personas que estaban en aquel país conmigo. También recibí muchas gentilezas del secretario de Guerra, un señor Hevia del Puerto y de su señora esposa. Una vez fuimos invitadas a visitar el castillo del Morro y se nos dio una exhibición de tiro al blanco, por cierto que los cadetes, jugaron competencias conmigo y les gané. ¡Seguramente por gentileza perdieron todos!

86.- ¿Tuvo usted, doña Luz, verdaderamente, alguna época de penuria?

—Si lo que me quieres preguntar es que si he pasado épocas de miseria, tengo que confesar que nunca. De apuro, algunas veces, es decir que tenía que ir pasando la vida echando de menos algunas cosas que me faltaban. Como por ejemplo, en alguna vez que vivía en Estados Unidos, creo que a fines del “15”, tuve que empeñar la mayor parte de mis alhajas. Perdí entonces una cajita de oro que yo quería mucho, por la cantidad de quinientos pesos. Pero, lo digo agradecida, Dios nunca me ha faltado.

87.- ¿Con qué sobrenombre o palabra cariñosa, solía usted llamar a Villa?

—Invariablemente le decía Pancho y nada más.

88.- ¿Alguna vez públicamente ha salido en defensa de Villa contra quienes lo calumnian o simplemente lo insultan?

—Muchas. Pero muchas. Tantas, que ya he perdido la cuenta. Ahora que me preguntas esto, me recuerdo que vino a Chihuahua un padre Heredia y dio una plática sobre la Revolución en el cine Alcázar. Entre otras cosas dijo, con mucho énfasis y creyendo que estaba quedando muy bien, que Pancho Villa era uno de los grandes asesinos de la historia. Tan pronto como llegue a mi casa le escribiré, poniendo los puntos sobre las íes. Entre otras cosas le decía: —Calles y Obregón fueron asesinos de centenares de católicos indefensos, pero como ambos viven, usted no los menciona. En cambio sí lo hace con Pancho Villa. Otro día, muy temprano, posiblemente a las nueve, llegó a esta la quinta un carro. El chofer preguntó por mí y luego dijo que un sacerdote quería visitarme. Inmediatamente le di el pase y me quedé asombrada: era precisamente el padre Heredia. Me saludó muy cariñoso y me dio algunas disculpas. Platicó mucho conmigo y me confesó que había parado en casa de una familia Zuloaga y que allí mismo le habían reclamado lo que había dicho en contra de Pancho, porque en ese hogar, guardaban buenos recuerdos de él. Al final me dijo: —Tengo que admirarla, señora, porque usted sabe defender, con bríos, la memoria de su esposo. Quedamos como muy buenos amigos. Y si vaciara todo mi archivo con relación a este tema, te aseguro que no acabaríamos nunca.

89.- ¿Cuál fue el mayor disgusto, o el más fuerte, que tuvo usted con Villa?

—Disgustos tuve muchos, como los tienen todos los matrimonios que hay en el mundo, pero pasajeros. Tal vez el único que llegó a mayores, fue cuando estando yo en Canutillo, llegó Austreberta.

90.- ¿Cuál época fue la más feliz de su vida matrimonial?

—Aunque parezca que soy exagerada te tengo que decir, que no tuve buenas o malas épocas en mi vida matrimonial. Todas fueron muy bellas. No sé cuantas veces te lo habré repetido y a través de tantas preguntas que me has hecho que Pancho era sumamente amable y generoso conmigo.

91.- ¿Cree usted que Villa dejó enterrados algunos tesoros?

—Creo que se han bordado muchas leyendas alrededor de los tesoros de Pancho Villa, Si se coleccionaran estos relatos, seguramente no cabrían en algunos volúmenes gruesos. Con una facilidad pasmosa se dice que dejó millones por acá, que dejó millones por allá, que quién sabe cuántas toneladas de barras de plata y oro existen quién sabe dónde, que hay cajones de madera por docenas, colmados de “alazanas”, en fin, ipuros cuentos! El general Elpidio Martínez trajo un “tesoro” que tenía Pancho consistente en barras de plata y allí termina todo. Lo que sí creí siempre, al igual que algunos de sus amigos íntimos, es que Pancho tenía una mina muy rica. Pero ve tú a saber dónde está. Alguna vez le platicaba al general Marcelo Caraveo, que había venido un tipo de barba blanca a decirme que si le daba veinte mil pesos, él me decía dónde estaba esa mina. Acepté el trato, pero nunca volví.

Ahora tú dirás que porque creo que la mina “esa” si existía. Te voy a contar un detalle: Pancho, de cuando en cuando, si andaba muy apurado, se salía de la casa muy temprano y volvía ya tarde con lo suficiente para “las rayas”. Yo pensaba que traía orito y que lo vendía. Una vez, llegó con un costalito, de esos que les ponen a las bestias para que coman maíz, lleno de metal. Me dijo: —Mira, Güera, voy a mandar a San Luis Potosí a que me ensayen este metal. Voy a trabajar la mina de donde lo saqué, unos cinco años, y con lo que saque voy a decir como don Pedro Alvarado: —Quiero pagar la deuda nacional. Luego de pen-

sar un rato, continuó la charla: —Eso sí, cuando ya tenga yo lo suficiente, se las voy a pasar a mis “muchachitos”, para que se hagan ricos. Se refería, claro está, a su gente, a sus allegados. ¡Qué duda cabe de que era una mina riquísima, pues cuando llegaron los ensayos, se quedó admirado Pancho de la ley de oro que tenía!

Cuando doña Luz terminó su intervención, nos recordamos que leímos esto, que sin duda es “otra de vaqueros”:

“El Universal Gráfico, en ocasión de la muerte de Villa, entrevistó a un llamado general Ricardo Michel, uno de sus últimos secuaces y del que recientemente se había distanciado. Este rústico sujeto aseguró que Villa tenía enterrados más de siete millones”. (*Francisco Villa, el quinto jinete del Apocalipsis*).

92.- ¿Alguna vez comentó su marido con usted, que quería que sus restos mortales quedaran en tierra chihuahuense?

—Varias veces. Por eso precisamente mandó hacer su capilla. Yo no he creído nunca que la tuviera destinada para sus generales, sino para “la familia Villa”. Sí, sí me dijo que quería quedarse en esta tierra, en este Chihuahua al que amó tanto. Fue una tarde en que estábamos platicando en el traspatio de esta quinta. Me dijo: —Mira, Güera, dentro de unos días yo voy a andar con un huarache en la mano, ya se me han volteado muchos de los que yo creía leales. Sabrá Dios dónde queden mis restos. Pero si así sucede, prométeme que estos descansarán en mi capilla.

93.- ¿Cuándo Villa ayudaba a alguna institución, tomaba en cuenta la filosofía política o religiosa de ésta?

—En lo absoluto. Pancho ayudaba a la gente pobre, pero con verdadero placer, con verdadero amor. Se sentía feliz de hacerlo. No le importaba quiénes fueran o cómo pensaban los beneficiados. Veía una necesidad delante de él y hacía lo posible por remediarla. Mira qué bonita cosa te voy a contar. Un día llegó don Silvestre Terrazas a ver a Pancho y lo acompañaban algunas madrecitas de “La amiga de la obrera”. Después de hacer las presentaciones de rigor comentó el señor Terrazas, que iban a pedirle un favor. —Estoy a sus órdenes —dijo mi

marido. —Bueno, señor —empezó a hablar una de las monjitas— venimos a pedirle, que por favor, nos preste el Teatro de los Héroe, porque queremos hacer una fiestecita, a ver qué sacamos para nuestros huerfanitos. —Muy bien —contestó Pancho—, está concedido eso. Ya más confiada siguió hablando la madrecita: —Y también que nos haga el grandísimo favor de que nos preste la banda de música. Villa dijo: —Concedida. Vino luego la tercera petición: —Queremos que usted asista a esta fiesta. Pancho les indicó que si estaba en la ciudad el día de la fiesta, con todo gusto iría. Pero cuando se iba a dar la función y ya faltaban pocos minutos para que empezara, determinó Pancho no asistir. Así las cosas, llegó muy apurado a nuestra casa don Silvestre y le dijo a Villa que el Teatro estaba a reventar y que era necesaria su asistencia. Pancho dijo: —Que vaya mi Güera, acompañado de usted y me representan. Don Silvestre contestó: —No, general, el pueblo lo está esperando y usted siempre cumple con sus promesas. —Ni modo —dijo mi marido. Y nos fuimos a la velada.

Nada más esperaban para empezar aquel programa que consistía en una interminable serie de bailes, cantos, poesías, qué sé yo. Al terminar la actuación de los alumnos, bajó el telón y colocaron en escena, las madrecitas, como a unos trescientos niños. Todo fue que los viera Pancho y brincó el barandal, poniéndose junto a ellos. Y sin más le preguntó a la directora: —¿Y qué les da de comer a tanto muchachito, toman leche? La contestación fue entrecortada: —Pues a veces, señor, cuando conseguimos. Villa volvió a preguntar: —¿Y carne y pan? Recibió parecida respuesta a la anterior: —Pues señor, cuando alguien nos manda algún pedazo de carne o alguna alma caritativa nos ayuda con generosidad, si no, pues hay la vamos pasando. Pancho estaba conmovido. Entonces les dijo:

—Miren, desde mañana, tendrán todos estos niños, leche, pan y carne—. Y así fue. Un compadre nuestro, dueño de “La espiga de oro”, fue el encargado de entregar el pan. Pedrito González que trabajaba en una lechería de don Alberto Terrazas, llamada “Vergel”, fue comisionado para llevar la leche. Y la carne la surtía Emiliano Natividad, que era socio de Pancho en algunas de las carnicerías. ¿Qué tal? ¿Cómo te quedó el ojo? ¡No tiene remedio, Pancho sentía muy hondamente la pobreza del pueblo!

DÍA VEINTINUEVE DE AGOSTO

Encontramos a doña Luz, muy guapa. Está arreglada para salir. Sin embargo nos dice que podemos trabajar un rato. Preguntamos:

94.- ¿Ha hecho usted algunas gestiones para exhumar los restos de Villa de Parral y traerlos a la capilla que está en el antiguo panteón de la Regla, hoy parque Revolución, en esta ciudad de Chihuahua?

—¡Cómo no! Me he cansado de hacerlas. Te voy a platicar solamente una de las gestiones que hice con el pendejo de Cárdenas. Verás tú, le pedí una audiencia por teléfono y me la concedió para equis día. Me trasladé lo más pronto que pude a la Ciudad de México y me apuré al llegar para, a las cinco de la tarde en punto, estar en Palacio. El presidente Cárdenas no fue a sus oficinas, pero mandó a uno de sus choferes para que me llevara a Los Pinos.

Después de platicar un rato, le pedí, concretamente, estas tres cosas: primera, que los restos de Pancho fueran trasladados de la ciudad de Hidalgo del Parral, a Chihuahua y a la capilla que había mandado construir exprefeso. Segundo, que me hiciera una edición de mi libro *Pancho Villa en la intimidación*. Tercero, que me extendiera el Gobierno federal un pasaporte diplomático, para poder llevar a “mi Pancho Villa” por todas las Naciones Hermanas, para que lo conocieran en verdad. A todo me dijo que sí y sobre el asunto de mi libro, me aseguró que en los Talleres Gráficos de la Nación, harían un tiraje de diez mil ejemplares. Me pidió que le dejara mi obra por dos días y que pasado ese tiempo, fuera con su secretario particular, el licenciado Luis I. Rodríguez. Así lo hice. Fui con el licenciado, pero me encontré con que no estaba en su despacho y su secretaria me dijo que no iba a ir ese día, comentando con amplitud haber oído que se habían girado instrucciones para la impresión de mi obra. Me citó para el día siguiente. Mi visita también fue inútil: ahora el secretario del secretario de Cárdenas, me salió “con la brocha” de que tampoco iría su jefe, porque iba a recibir a un tal Marcelino Domingo. Me volvió a señalar otro día, para la audiencia. Como es natural suponerlo, estuve muy pendiente de ocurrir a la hora que se me señaló. Pero ahora el pendejo del secretario del secretario, me contó que su patrón estaba en el Congreso de la Unión, por-

que se estaba dando la bienvenida al tal Domingo. Entonces sí, perdí los estribos. Vi que mi libro estaba sobre su escritorio y materialmente se lo arrebaté, mientras embestía con él: —Mire —le digo—, ya me tiene usted harta con su Marcelino Domingo. ¿Quién es ese tipo para que merezca más atenciones que los que dieron su vida por la Revolución? ¿Qué ha hecho por México o qué le debe nuestra patria a ese tipo? ¡Qué vergüenza que llegue a visitar la República e inmediatamente se mueva todo el gobierno para agasajarlo, en cambio, y nada más le voy a poner un ejemplo, tirado, moribundo está el general Madinabeitia, que tanto se sacrificó en 1910 y no ha podido ser recibido nunca por el presidente, siquiera para que sepa el pobre revolucionario si aquél es “trompudo” o no.

Las personas que estaban esperando a Rodríguez, se quedaron lívidas y un pobre viejo, con todo el aspecto de veterano de la Revolución, que tenía varios días haciendo antesala se atrevió a advertirme: —Pero señora, por Dios, le puede pasar algo por ser usted tan franca. ¿Pero en realidad qué necesidad tenía yo de que me trajeran como un trompo, dando vueltas y vueltas? ¡Ni que no tuviera una pizca de dignidad! Salí rabiando de las oficinas gubernamentales y éste fue el resultado: Los restos de Pancho se quedaron en Parral, esperando el traslado a la capital del estado; la edición de los diez mil ejemplares de mi libro, se quedó en veremos. Y el pase diplomático se volvió humo. Ojalá que este relato le llegara al licenciado Rodríguez que todavía vive, a ver si le da vergüenza de haberme tomado el pelo como lo hizo, por sus propias pistolas o por encargo del demagogo de Cárdenas, su jefe.

(Precisamente en los días que estábamos doña Luz y yo sobre los huesos del licenciado Luis I. Rodríguez, fallecía este discutidísimo político guanajuatense.)

“El tal” del Marcelino Domingo a que se refería la esposa de El Centauro fue un político español, nacido en Tortoja (Torrugona, España). 1884-1939. Maestro de profesión y primer ministro de instrucción pública de la República española.

95.- ¿Hubo algún general al que Villa quisiera más que al resto de sus generales?

—Desde luego que sí. Te lo voy a repetir: quería con verdadera adoración a Martín López, que fue muchos años su asistente y a quien Pancho y yo considerábamos ni más ni menos que como a un hijo. También quiso mucho a Pablo López, hermano de éste.

96.- ¿Hay un inventario de lo que constituye el Museo de Villa?

—No lo vas a creer: No existe ningún inventario... Y ahora que me comentas esto, estará bueno ir pensando en levantarlo.

97.- ¿Cuál de todos los objetos que se exhiben en el museo, considera usted que es el más valioso?

—Sin género de dudas, el automóvil Dodge en que viajaba Pancho cuando fue asesinado. Pero también considero de mucho valor histórico, las dos pistolas que él usó tanto, un machete que era el de su preferencia y que tiene esta leyenda: “Donde esta víbora pica, ni remedio de botica” y su espada.

98.- ¿Se ha hecho algún homenaje oficial a Villa en el pueblo de Columbus?

—Uno, pero mucho, muy significativo, Tuvo lugar el día 5 de mayo del año de 1963. Fue un homenaje o una fiesta que para mí resultó inolvidable. Muy seguido lo recuerdo porque vienen muchas gentes de aquella región que asistieron a esos festejos, o cuando menos tuvieron noticias de ellos, por los periódicos y por familiares. Me trataron pero requete bien. Me acompañó a Columbus, la profesora Margarita H. de Campos, que tú conoces muy bien porque es tu amiga y quien es muy culta, pues además de que domina el piano y el canto a la perfección, habla tres idiomas. También fue su hijita “Nena” Pues bien. Más, pero muchas más de dos mil personas me dieron la bienvenida, prorrumpiendo constantemente en jubilosos gritos de ¡Viva Villa! y ¡Viva Chihuahua! Juntaron las “traseras” de dos *trailers* y formaron un escenario muy amplio. Hubo números bastante interesantes de música, de declamación, de bailes. No faltaron los discursos. El homenaje estuvo a cargo del mayor de la ciudad, J. V. Carreón y de un diputado norteamericano, apellidado Chávez.

En Columbus, Nuevo México, en el parque público, existe una placa con esta inscripción:

“Sitio de la última acción hostil por tropas extranjeras en los Estados Unidos. Fuerzas villistas mexicanas, dirigidas por el General Francisco (Pancho) Villa, atacaron la noche del 9 de mayo de 1916, el campo Furlong, un acantonamiento del Ejército Americano y el cercano pueblo de Columbus.

“Algunas personas fueron muertas, otras heridas y numerosos edificios quemados. El motivo oculto del ataque es aún discutido entre supervivientes e historiadores. Seis días después las fuerzas punitivas de los Estados Unidos, bajo las órdenes del General John J. Pershing (Black Jack) entraron a México y persiguieron a Pancho Villa y a su banda sin éxito. En reconocimiento de las subsecuentes, largas y continuadas relaciones amistosas entre los dos países, la Legislatura del Estado de Nuevo México, designó en 1959 este lugar como Parque del Estado”.

99.- ¿Villa y usted eran supersticiosos?

—Mira qué pendejo éste. Ahora sí vas a hacer que se me rueden las lágrimas, porque te voy a relatar dos cosas, una de las cuales me pone muy triste cada vez que la recuerdo. Bueno, esa la dejaremos para lo último. Llegué a México todavía un poco asustada de la persecución que había desatado Orozco contra nosotros, pues constantemente mandaba rodear mi casa de gente en busca de Pancho y llegó al grado de mandar a su señor padre, dizque con la contraseña de una cobija, a esperar a Pancho que lo había citado. Bueno, eso es largo, pero ni tan pendejo que fuera Villa como para dejarse agarrar por primerizos. Pero, ¿en qué íbamos? Ah, sí, llegué de México y tuvimos una conversación Pancho y yo, muy fuera de lo común.

—Güera —me preguntó—, ¿a dónde crees tú que se va el espíritu de uno, cuando está dormido? Yo me concreté a contestarle: —Mira, Pancho, no tengo ni la menor idea de eso. Él se quedó mirando hacia el cielo de la pieza en que estábamos y comentó: —A lo mejor, Güera, los espíritus se van a vagar. Yo continuaba sin decir palabra. Luego me hizo esta revelación: —Fíjate, Güera, que ahora que conocí a nuestra hijita, me di cuenta que yo ya la había conocido. Es igualita a como yo

la vi, cuando mi espíritu se fue hasta Chihuahua y estuvimos platicando mucho tú y yo. Y hasta lloramos juntos, ya no recuerdo por qué motivo. Pero te aseguro que Luz Elena es igualitita a como yo la vi en su cunita. Yo solamente sentí un ligero estremecimiento en mi cuerpo. Le agarré las manos y nos quedamos así buen rato. ¡Quién había de decirme que yo también había de creer, como Pancho, muchos años después!

Doña luz se ve fatigada. Breves instantes se queda sin decir palabra. Se acomoda en su silla y continúa desgranando sus recuerdos:

—¡Fue precisamente en el trágico año de 1923 en que asesinaron de la manera más infame y más artera a mi marido! Eran como las siete y media de la mañana, posiblemente un poco antes, cuando me quedé dormida profundamente. Me recuerdo a la perfección, que era un viernes. Vivía yo en una casa de mi propiedad, que está en la calle Diez y Ocho número... ya lo he olvidado, creo que en la esquina de las calles Urquidi y Carlos Fuero. Soñé que había ido a buscarme una señora con la urgencia de ver a Pancho. Yo le dije que estaba adentro y la acompañé hasta allá. Le grité: —¡Pancho, aquí te busca esta señora!. Pero no hizo caso de ella, sino que con voz triste me contestó: —No, Güera, con la que quiero hablar es contigo. —Bueno —le contesté—, ¿qué quieres? —Vengo a pedirte perdón —me dijo— porque te he hecho sufrir mucho. ¿Me perdonas, Güera?. Luego me pidió que le diera la mano. Yo inmediatamente se la tendí, sintiendo que la suya estaba helada, completamente helada. Luego, la dejó caer.

Desperté con sobresaltos. Sin embargo me vestí tranquilamente y me fui a desayunar. Estaban esperándome Hipólito, el hermano de Pancho y otras personas. Sentí que “no me cabía ni un bocado”, pero no dije nada de lo que me pasaba. Al rato me fui a donde estaba mi máquina de coser, porque Hipólito había llevado muchas telas para que hiciera algunos vestidos para toda la familia. Iba a haber una fiesta en la escuela Modelo y naturalmente yo pensaba hacerme también un vestido bonito. De pronto oí, con claridad meridiana, una voz como de mujer anciana que me decía: —¿Y para qué te vas a hacer un vestido de color, si vas a tener que ponerte un vestido negro?. Como es natural me sor-

prendí con aquel aviso y con miedo me puse a doblar las telas que tenía ya preparadas, pero ya sin ganas de hacer ninguna costura. En eso tocaron la puerta.

Al abrir me di cuenta que era una amiga mía, Concha Portillo quien me preguntó: —¿Ya sabes, Lucita, la noticia? —¿Cual? —pregunté—. Con voz triste me contestó: —Dicen que en la plaza de la Constitución, hay unos pizarrones con un aviso de que Pancho Villa fue asaltado y que está muy grave. Yo no contesté nada. No era realmente una novedad la que acababa de oír, simplemente era una confirmación del sueño o de la visión que había tenido. Pasadas las nueve de la mañana, llegó el general Martínez por Hipólito, no me comentaron nada, sino que mi cuñado salió vestido de negro. ¡Yo no necesitaba que me dijeran lo que pasaba, todo lo sabía ya mi corazón! ¡Pancho, no cabía la menor duda, había venido a despedirse de mí!

¿Ahora, qué crees tú? ¿Fue Pancho supersticioso? ¿Lo soy yo? Porque nadie puede quitarme de la cabeza que Pancho vino a buscarme a Chihuahua. Cuando platicué de esto con el padre Heredia, de quien ya hice referencia contigo en una de estas mañanas de tantas preguntas, me dijo: —Mire, doña Luz, hay espíritus que tienen el privilegio de ponerse en contacto con los seres queridos.

100.- ¿Le gustaban a Villa los juegos de azar?

—No le gustaban.

101.- ¿Alguna vez platicaron ampliamente Villa y don Francisco I. Madero?

—Creo que algunas y con bastante amplitud. Por ejemplo, en Tehuacán, Puebla. Hasta le dio entonces una comisión don Panchito a mi marido para que viera a Gustavo, el hermano del apóstol.

102.- ¿Qué nombres de los caballos de Villa recuerda usted y es verdad que existió el tan mentado “Siete leguas”?

—Pancho que era verdaderamente hombre de a caballo, los tuvo muy bonitos y muy finos. Te puedo asegurar que de los mejores. No me recuerdo francamente de los nombres de todos. Tenía uno que se llamaba “El cebruno”, el cual por cierto, decía mi marido, que era mío.

Muchas veces lo recuerdo porque era un animal que se hacía querer; era hijo de una yegua que era graciosísima, pues cuando llegaba Pancho con ella a la casa, la dejaba invariablemente a la puerta de entrada. Entonces, muy orgullosa, entraba y se paraba en el comedor, donde había un espejo muy grande, se miraba en él muy rato y empezaba a relinchar. Entonces había que darle unos pedazos de pan, pero no del blanco o corriente, sino uno especial que había entonces en forma redonda, como roscas y, además, había que dárselo en una charolita. Después le gustaba comer, pero en la mano, dos o tres cuadritos de azúcar. Todos los días la aseaban y la cepillaban bien y cuando acababan con eso y sentía hambre, daba tres golpes con la mano derecha y había que atenderla inmediatamente, porque era orden de Pancho. “El siete leguas” tan mentado, como tú dices, yo creo que no existió. Mejor dicho, no existió. Tuvo Villa un caballo que llamaba “El traga leguas”, a la mejor era el mismo. Ahora que si me preguntas que si le gustaban más a Pancho las yeguas que los caballos, te tendré que decir que sí, tal vez porque creía que eran más fieles.

“¡Qué lástima!”, decimos mentalmente. Y sin quererlo recordamos el pegajoso corrido de Graciela Olmos que asegura:

Siete Leguas el caballo
que Villa más estimaba,
cuando oía pitar los trenes
se paraba y relinchaba,
Siete Leguas el caballo
que Villa más estimaba...

Posiblemente muchos, sobre todo las nuevas generaciones, no sepan quien fue Graciela Olmos que tiene muy inspiradas canciones además del corrido dedicado a Villa, tales como “La Enramada”.

Leamos la página número diez y seis, del estudio denominado “El Lenguaje y la Revolución”, signado por el Sr. Licenciado Ciro R. de la Garza Treviño (falleció recientemente) y publicado por la Universidad Autónoma de Tamaulipas.

“La Bandida, Graciela Olmos. Muy conocida entre la “gente de trueno” de la Ciudad de México, durante cuatro o cinco lustros, en su casa de las calles de Puebla. La consigno aquí porque he sido informado que

fue esposa o amante del bravo general irregular Benjamín Argumedo (“El tigre de la laguna”) de las fuerzas villistas y que fue fusilado por el general Francisco Murguía, el 10 de mayo de 1916. Fue autora del inspirado corrido “Siete Leguas”, en homenaje a la yegua que montaba el General Villa en apogeo de su poderío como jefe de la División del Norte”.

103.- ¿Cuántos nombres de las mujeres de Villa, conoce usted?

—Ya saliste con otra pregunta pendeja. Pero como te he prometido contestarte todas las que me hagas no voy a dejar en blanco ésta. A ver, déjame recordar... Austreberta, Petra Espinoza, Asunción Villaescusa, Juana Torres, Cristina Vásquez, Soledad Séañez, María Reyes, que tuvo un hijo de Pancho que por cierto está enterrado enseguida de su tumba en Parral, Guadalupe Coss y la mamá de Celia, Librada Peña. Tal vez se me escapan algunas más de la memoria. Ah, y Esther Cardona.

(Posiblemente existan listas más completas, pues Villa no fue “nada maneado” para los asuntos de amoríos; pero las consignadas fueron las que doña Luz tuvo presentes, cuando se le hizo la pregunta correspondiente).

104.- ¿Qué nombres de los hijos de Villa, conoce usted?

—Verás, verás tú: Micaela, Agustín, Celia, Reynalda, Octavio, Juana, María, Francisco, el doctor Hipólito, Francisco el pugilista, Antonio, Aguedo, cuya madre era una mujer muy brava y era dueña de dos ranchitos, Samuelito, Esther, Francisco, el hijo de Esther Cardona, y creo que son todos. Bueno, te hago la advertencia de que yo no pienso que estos fueran todos, sin duda hubo otros. Y como es natural, hay que agregar a nuestra hijita, Luz Elena.

Esos “otros”, resulta que son seis más, según lista que nos da el escritor español, de alma chihuahuense, don Antonio Vilanova Fuentes: María Hernández, Francisca Carrillo, Manuela Casas, Paula Alamillo, María Barraza y María Isabel Campa...

Sin embargo, sin embargo, pensamos que pasaron de los veintiún nombrados.

El signo de la contradicción, hado maligno en muchas ocasiones, contrapeso bienhechor en otras, acompañaba siempre a Francisco Villa.

En alguna ocasión nos ha contado doña Luz, que su marido tomó una rara y a la vez humanitaria decisión: reunir en Canutillo a todos sus hijos y tal vez a la mayor parte de las mujeres que se los habían dado. Y no todo quedó en buenos deseos, pues es un hecho comprobado que Villa mandó llamar a la señora Magdalena Bueno viuda de Bueno, para que se hiciera cargo de la educación de algunos de los vástagos de El Centauro.

Esta actitud, sorprendente, es tema para estudiar el comportamiento de quien se decían tantas cosas malas. Y esta última frase nos hace evocar algunos renglones de Martín H. Barrios Álvarez, con referencia a Villa: “Se decía de él que mató a un hacendado; se decía de él que mató a quien había violado a su hermana, se decía de él que fue a saludar a Madero, se decía de él que era como el Caballero de la Esperanza de Robin Hood, el amigo de los hambrientos y de los descaminados; se decía de él que era el más incendiario; se decía de él que era “una fuerza de la naturaleza”.

Ahora que se conoce la anécdota recién relatada, se podrá decir de él, que tenía el corazón lo suficientemente grande como para amparar a los hijos que había echado al mundo.

DÍA TREINTA DE AGOSTO.

Tengo la idea de que hoy no será día de preguntitas. Infinidad de gente entra, sale, platica con doña Luz y así las cosas casi son las once de la mañana. Por fin “pesco” a mi entrevistada:

105,- ¿Era un buen tirador Villa?

—Mucho muy bueno. Excelente, puede que sea mejor calificativo. Le gustaba tirar con pistola, poniendo ésta en muchas posiciones. Me invitaba muy seguido, a que fuéramos a “La Boquilla de Villa”, que tú sabes está muy cerquita de esta ciudad, a que tiráramos al blanco y hasta teníamos una piedra especial que usábamos siempre. Cuando

vino Obregón a Chihuahua estuvieron practicando el tiro al blanco juntos. Entonces a mí me pusieron cinco botellas de las cuales quebré cuatro, por lo que Obregón me felicitó y Pancho se quedó muy orgulloso.

106.— ¿Qué tono de voz tenía Villa?

—¿Quieres preguntarme que si gruesa, o delgada, o algo parecido? Pancho tenía una voz normal, completamente normal. Algunos han comentado que escucharon discos en donde la voz de mi marido aparece “atiplada”. Bueno, yo también grabé discos en esa misma época y recuerdo perfectamente que mi voz se oía “descompuesta”, a tal grado que ni yo misma me reconocía. ¿Por qué no pensar que la voz “atiplada” de Pancho a que se refieren esas gentes, se motiva en que entonces no había los elementos técnicos para grabar, como los hay ahora?

A fuerza de ser imparciales, diremos esto: “En Chihuahua corren comentarios de que Villa tenía la voz chillona”, nos dice nuestro buen amigo el señor profesor Apolinar Frías Prieto, quien tanto conoce de la historia de las ruinas de Paquimé, y además yo oí discos en El Paso, Texas, la voz sí es “chilloncita”.

107.— ¿Es verdad que alguna compañía de películas norteamericana llegó a entrevistar a Villa, proponiéndole que filmara su vida?

—Exactamente así fue. En alguna ocasión visitó a Pancho don Juan Salas Porras con ese objeto. Hablaron bastante de ese asunto y de repente llegaron a Chihuahua los representantes de los meros meros. Lo que sí no me acuerdo es si eran gente de la “Metro” o de la “Universal” con el objeto de entrevistar a Pancho sobre esa filmación. Villa los oyó con toda atención y después de pesar todos los argumentos a favor y en contra, les indicó que estaba completamente de acuerdo. Creo que esto fue en el año de 1921, es decir un año después de que Pancho había firmado “aquellos famosos convenios” de paz. Ya cuando se iniciaron los ajustes, Pancho les pidió, en concreto, estas cosas: Primero, que le facilitaran diez mil hombres para hacer los movimientos más o menos iguales a los que hizo en la realidad y que como el no pensaba cobrar absolutamente nada por esa película, exigía a la compañía filmadora

que construyera, me parece que en la orilla de la presa de La Boquilla, en ciudad Camargo, una escuela Agropecuaria con todos los adelantos modernos y cuyo costo no debería bajar de diez millones de pesos. ¡Hay tienes tú a Pancho pensando siempre, como si estuviera obsesionado en las escuelas para los mexicanos pobres! Porque esta preocupación siempre la traía prendida en el alma.

Los americanos después de hacer cálculos y de pensarlo bien, le dijeron a Pancho que estaban completamente de acuerdo con las condiciones que ponía. Pero luego que los empresarios tuvieron que pedirle autorización al Gobierno de Obregón, éste puso, desde un principio, miles de pretextos y al final de cuentas, después de hacerlos dar mil vueltas les salió con que “dice mi mamá que siempre no”. Al correr del tiempo, Obregón llegó a platicar que cómo iba a permitir que Villa dispusiera de diez mil gentes a su antojo, que a lo mejor las aprovechaba para levantarse en armas. ¡Pero mira qué pendejo! ¡Como si Pancho no tuviera las suficientes agallas como para formar un ejército a la hora que hubiera querido darles un susto! Total, que el pueblo mexicano, sobre todo el chihuahuense, de escasos recursos, llevaron el trancazo. ¿Te imaginas lo que hubiera sido aquella escuela, montada con los recursos más modernos de esa época y manejada honestamente?

108.- ¿Los famosos ratos de buen humor de Villa, eran pasajeros?

—Los tenía muy seguido. Le encantaba platicar con sus amigos. Precisamente, cuando vino Obregón a Chihuahua, trajo como secretaria a una mujer muy inteligente, pero mucho muy inteligente: Se llamaba Cholita González. La mamá de esta secretaria, que era una maravilla, había sido criada en casa de los Madero y esta familia la educó convenientemente, al ver el talento de que era dueña. A Pancho le gustaba, en las noches, que nos sentáramos alrededor de él para platicarnos sus aventuras. Chole se encantaba verdaderamente con estas pláticas, que duraban a veces hasta muy entrada la noche. Bueno, aunque me salga del tema, te contaré algo de esta Chole que me impresionó mucho: estaba yo en México y era el día en que “Nopalitos” —ya sabes que me estoy refiriendo al pendejo del ingeniero Ortiz Rubio— sufrió un atentado. Me encontré esa tarde al doctor Maíz de aquí de Chihuahua y me estuvo comentando el atraco, no sin tener frases muy picosas para el

pobre de don Pascual. En la noche fui a cenar a casa de Cholita, que estaba casada con el Abraham González, que no tenía ni el más mínimo parentesco con don Abraham, el ilustre varón de ciudad Guerrero. Y cuando yo le platicaba “la noticia”, que por supuesto ella conocía con toda clase de detalles, me contestó en la forma más socarrona que tú te imagines: doña Luz, el jefe (se estaba refiriendo a Plutarco Elías Calles) se fue muy tempranito a su rancho porque tenía que ir a ver unos gallos muy finos. Luego tosió suavemente y con toda malicia me dijo: —Doña Luz, usted sabe que no se deben poner todos los huevos en una sola canasta. Como entendí lo que me quería decir, ya no hice el menor comentario.

109.-. ¿Cuándo Villa murió, tenía algunas haciendas de tanta o más importancia que la de Canutillo, según afirma Rodrigo Alonso Cortez, autor de *Los cinco jinetes del Apocalipsis*?”

—En primer lugar, ¿quién es ese hablichí? Porque yo he tratado de averiguar qué clase de pajarraco es y nadie me ha podido informar, pero eso ya es otra cosa. Villa no tenía más tierras que las que le entregó el Gobierno cuando lo amnistió. Bueno, verás, también tenía un pequeño ranchito que primero se conoció con el nombre de “Boquilla” y luego con el de “Boquilla de Villa”, muy nombrado porque está cerca de esta ciudad. Es un rancho que compró Pancho a mi compadre Refugio Mendoza y creo que le pagó a don Cuco dos o tres mil pesos por él, antes del año de 1910. Por allí han de andar las escrituras, nada más que tenga un tiempesito y te las busco. Cuando Pancho compraba ganado para sus carnicerías, que no tenían nombre, sino que eran conocidas por nosotros como carnicería Número Uno y carnicería Número Dos, usaba ese rancho para que llegara ahí el ganado, descansara, comiera, tomara agua y luego dos días después, poderlo acarrear a Chihuahua. Se sembraba un poco de temporal, pero estaba muy lejos de ser una hacienda o siquiera un rancho de importancia mediana. ¡Pero es tan fácil para algunos tipos calumniar! Pero fíjate en una cosa: si Villa hubiera sido dueño de dos o tres buenos ranchos. ¿Qué tendría que ver? Por sus manos, no me cansaré de repetirlo, pasaron millones y millones y millones de pesos, dio su vida por la causa revolucionaria, sirvió a su pueblo y nunca se enriqueció. ¿Cuánto mentecato que se

dice revolucionario que tú y yo conocemos perfectamente, tiene cientos de millones de pesos, al amparo de que son defensores de los intereses de los humildes?

110.- ¿Tuvo Villa amistad personal con el profesor Jesús Coello Avendaño, que era el director de la escuela de Canutillo, cuando asesinaron a Villa?

—Francamente no estoy en posibilidad de darte una contestación amplia a esta pregunta. No creo, sin embargo, que tuviera una amistad íntima, pero sí lo trató por algún tiempo y constantemente. Coello siempre tuvo fama de ser muy amigable, de modo que a la mejor sí cultivaron alguna amistad estrecha.

Es mucho muy interesante, ahora que mencionamos al profesor Coello, quien fuera director de la escuela Felipe Ángeles en Canutillo, transcribir algunos párrafos —a las volandas— de un magnífico artículo que escribió mi particular amigo, el ingeniero Benjamín Herrera Vargas, en noviembre del año de 1972:

“A esa escuela, la bautizó Villa con el nombre de un famoso general, en memoria de su gran artillero, el general Felipe Ángeles. A la hora del recreo, o después de clases, Pancho Villa jugaba con aquellos niños, les enseñaba el arte de la guerrilla. Los armaba con varas y palos, formando dos grupos contrarios, los ‘rojos’ y los ‘verdes’ y cuando les ganaban los unos a los otros, él se reía de buena gana. Después, todos los niños rapos de la escuela se le echaban encima a varazos gritando: —Ahora vamos contra Pancho. Lo hacían correr grandes tramos. Al fin, fatigado y sonriente, les decía: —Caray, hasta que me hicieron correr los pelones.

La escuela Felipe Ángeles tenía cuatro grados y en los tres años que administró Canutillo, fueron maestros los jóvenes profesores normalistas: Jesús Coello Avendaño, José Ojeda, Pedro Bastida, Faustino Celaya, Alfonso de Gortari, Jesús Arizmendi, Prisciliano Pineda, Salvador Varela, José Rodríguez, David Torres Orozco.

Ellos les daban clases a los niños durante el día y en la noche alfabetizaban a los adultos, miembros de la escolta de Villa y a los trabajadores de la hacienda. Se les pagaba un sueldo mensual, de trescientos

tos sesenta pesos, que era mucho dinero entonces, pues en aquellos días, el director de la Escuela Normal para Maestros de Durango, apenas si ganaba cien pesos al mes.

Villa, ufanamente, decía siempre: —La incultura, señor, es una de las desgracias de mi Patria; por eso yo pago primero a una maestra y luego a un general.

En Canutillo, había mil quinientos habitantes y trescientos cincuenta niños de escuela”.

Por su parte, Coello pronunció un discurso ante la tumba de Villa el día 21 de julio de 1923. Los dos últimos párrafos, quién puede dudarlo, fueron escritos y dichos con valentía:

“C. General Eugenio Martínez: como representante del Gobierno que fue usted al signar los tratados de Sabinas, Coahuila, mediante los cuales hubo un entendimiento entre el Gobierno federal y el general Francisco Villa, como compadre que fue usted de la víctima, como hombre y como militar, debe usted hacer lo imposible para que se esclarezcan los móviles de este asesinato que es eminentemente político.

“C. General Martínez. Si no cumple usted con el deber sagrado que le impuso la amistad que lo unió con la víctima, los laureles que circundan el cuello de su guerrera, como símbolo del grado más alto del Ejército nacional, estarán manchados con la sangre de la víctima, asesinada cobardemente el día 20 de julio de 1923”.

Y al tratar sobre el asesinato de Villa surge una pregunta: ¿Cómo se recibió la noticia de la muerte “del jefe” en Canutillo? Vamos a saberlo por el relato que el señor profesor Agustín Méndez Rosas, nos hace en el Boletín No. 4, octubre, noviembre y diciembre de 1957, editado por la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos:

“A media tarde, a las diez y seis horas y treinta minutos, el telégrafo llamó angustiosamente. Raigosa, el telegrafista, acudió a contestar y a medida que escuchaba atento, mudaba el color: hasta entonces llegó la noticia.

Salió Raigosa corriendo para buscar quien fuera a Palo Blanco y avisara al general Nicolás Fernández. Las lágrimas bañaban todos los

rostros y el dolor y el luto ensombrecieron el ambiente. El dolor empezó a ceder lugar a la indignación más profunda y a la desesperación de no poder hacer nada. Ninguna herida de las que pobló de cicatrices los cuerpos de aquellos hombres, produjo impacto más doloroso. Para ellos había muerto el padre.

Hacia las seis de la tarde, Nicolás Fernández llegó a Canutillo e inmediatamente dio providencias de reunir a la gente.

Sonó el teléfono y el general Fernández me ordenó atenderlo —narra el profesor Cuello Avendaño, entonces director de la escuela de Canutillo—, era el teniente coronel Barrios Gómez, desde Rosario, Durango, a donde había sido movilizado urgentemente con un contingente desde Jiménez.

—Diga usted al general Fernández —me dijo— que tengo órdenes de ir a esa para impartirle garantías.

—Fernández estaba junto a mí, sumamente nervioso y disgustado —sigue diciendo el profesor Coello— y me ordenó:

—Diga usted a Barrios Gómez que no necesitamos de él, que esas garantías se las debieron ofrecer a mi general Villa.

Insistió Barrios Gómez y Fernández disgustadísimo, me dijo: —Dígale a Barrios Gómez que si avanza será bajo su responsabilidad.

A la mañana siguiente, ya se encontraban en Canutillo, cerca de doscientos cincuenta hombres armados, pues además de los de la hacienda, se habían presentado, espontáneamente, contingentes de Palo Blanco, de Torreón de Cañas, de la haciendita Carreteña y de San Antonio. Para controlar el contingente, el general Fernández nombró a Ernesto Ríos, quien había sido, hasta entonces, jefe de la escolta del general Villa”.

111.- ¿Le gustaba a Villa usar alhajas como anillos, piedras preciosas, etc.?

—Te puedo asegurar que no. Nunca fue un presumido. Esas cosas las miraba, si no con desdén, si con mucha indiferencia. Lo que sí le gustaba tener eran buenos relojes, muy finos. Se sentía muy satisfecho de traerlos. Don Sabás Lozoya, de los verdaderos ricos del Estado de Durango, una vez me regaló una vajilla de plata, grabada con mi nombre. Y a Pancho un reloj precioso, de oro macizo, con una leontina y un

brillante de regular tamaño, como dije. En alguna ocasión en que se le espantó el caballo a Pancho, perdió el diamante y nunca hizo por reponerlo.

112.- ¿Cuál de todos los presidentes de la República, a partir de la caída de Díaz, fue el más villista?

—Si empezamos por donde me dices, te he de confesar que villistas, villistas, han sido muy pocos, sobre todo en los últimos años. Villistas de corazón podemos decir que lo fue don Francisco I. Madero, el general Roque González, que tuvo para mi marido una lealtad insospechada y el licenciado Francisco Lagos Cházaro, que por cierto dirigió en esta ciudad el periódico Vida Nueva. Este magnífico amigo tenía una hermanita llamada María, dueña de una inteligencia de llamar la atención, pues hasta dicen que cuando su hermano Francisco tenía que abandonar por algunos días la jefatura del Gobierno, ella la manejaba con una atingencia que sorprendía a muchos. Mariquita vivió aquí en Chihuahua y Pancho ordenó que se le montara una casa para que viviera con el mayor decoro.

113.- ¿Por qué el señor don Adolfo Ruiz Cortines, expresidente de la República no quiso nunca a Villa?

Antes de dar contestación doña Luz a esta pregunta, que no dejaba de ser “una papa caliente”, estuvo pensando y haciendo algunos gestos, como si forzara los recuerdos y éstos al llegar, no fueran muy gratos. Luego, después de que en su rostro, todavía fresco, se dibujó la más socarrona, la más maliciosa de las sonrisas, inició su respuesta con una pregunta:

—¿Ruiz Cortines, el que les ayudó a los americanos en Veracruz? Mira, cuando Ignacio Asúnsolo, que tú conociste y trataste, le presentó a “ese tipo”, la maqueta del monumento que se le levantaría a Pancho en la avenida Universidad con División del Norte, el jefe del Ejecutivo le dijo:

—Mire, Asúnsolo, la cara es completamente la de Villa. Y no se le olvide que la estatua va a estar muy cerquita de donde viven los americanos. Así es que lo mejor es que se desfigure ese rostro.

Y yo me digo: ¡Pero mira qué pendejo Ruiz Cortines los “primos” haciéndole homenajes a Villa y poniéndole en Columbus su nombre a un parque, a una calle, a un restaurante, que sé yo a cuántas cosas y todo un presidente de la República, mexicano, haciéndole a un problema que ya no es problema. Opina ahora tú.

Y ahora déjame agregarte “otro cachito”: Aquí, a esta casa llegan, y a ti te consta, cientos de visitantes a la semana y de todas las categorías sociales y culturales, muy inteligentes y muy pendejos, algunos pochos que no saben ni madre de historia y verdaderos investigadores de la misma y todos, pero absolutamente todos, me dicen, o que van a visitar la estatua de Villa, o que vienen de visitar la estatua de Pancho, pero nunca me dicen “División del Norte”, refiriéndose a ese monumento. Sólo a don Adolfo Ruiz Cortines, se le pudo ocurrir aquella puntada.

A la actitud de don Adolfo, el del “trabajo fecundo y creador”, el general Giner, dio debida contestación con este documento:

DECRETO NO. 167-A

“El C. licenciado Vicente Grajeda Pedrueza, gobernador constitucional interino del Estado Libre y Soberano de Chihuahua, a sus habitantes sabed:

“Que el honorable Congreso del Estado, se ha servido expedir el siguiente Decreto:

“El XLVIII H. Congreso Constitucional del Estado libre y Soberano de Chihuahua, decreta:

“Artículo primero.- Inscríbase con letras de oro en el Recinto Parlamentario de este Alto Cuerpo, el nombre del general de división Francisco Villa.

“Artículo Segundo.- Celébrese una sesión solemne por este H. Congreso, con asistencia de los poderes Ejecutivo y Judicial, el día 20 de los corrientes, a las nueve horas, en conmemoración del 56o. aniversario de la iniciación de la Revolución Mexicana y devélese la placa que contiene la inscripción del Gral. de división Francisco Villa.

“Dado en el Palacio del Poder Legislativo, en la Ciudad de Chihuahua, a los siete días del mes de noviembre de mil novecientos sesenta y seis. Diputado presidente, J. Refugio Rodríguez, Diputado secreta-

rio, profesor Roberto González Loya, diputado secretario, Julio Villegas Cordero.

“Por tanto mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio de Gobierno del Estado.- Chihuahua, a 17 de noviembre de 1966. (Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Chihuahua, No. 93 de fecha 19 de Noviembre de 1966)”.

114.- Doña Luz, aclaramos, esta es una pregunta de circunstancias, puesto que hoy es el aniversario de la muerte del para nosotros, el más grande gobernante que ha tenido Chihuahua, el general don Ángel Trías Álvarez. ¿Qué opinión tenía de él Villa?

—Le gustaba indagar por la vida de este patriota singular. Algunos de sus allegados le contaban su comportamiento tan alto y tan digno en la época en que Chihuahua fue ignominiosamente invadido por los gringos y se quedaba admirado de sus hazañas. Alguna vez le oí decir: “¡Que patriota fue este hombre, algún día le darán el lugar a que tiene derecho en nuestra historia”.

115.- ¿Conoció usted al licenciado Antonio Soto y Gama y lo oyó usted decir algún elogio para Villa?

—Tuve el privilegio de conocerlo y de platicar con él algunas veces. Lo admiré siempre, por su calidad humana y por su desinterés en servir a la Revolución. Pero, espérame un momento.

Doña Luz, penosamente, porque sus piernas enfermas le proporcionan algunos días dolores muy intensos, camina rumbo a su recámara. Cinco minutos después vuelve con unos papeles en la mano y me dice:

—Estas cosas son muy importantes para mí, porque valen mucho, pero mucho, porque son opiniones de gente de gran inteligencia, de mucha cultura, que conocieron al dedillo todo lo relacionado con la Revolución y que sintieron en verdad, la miseria del pueblo. Fíjate que una vez que fui en busca de Soto y Gama, me lo encontré viviendo en una casa de lo más humilde. Y su mujer, óyelo bien, su mujer, lavando un montón de ropa, como si se tratara de una infeliz. Y es que el licenciado fue un hombre de muchas agallas, pero extraordinariamente honrado. “Manejó el zapatismo”, tuvo una influencia increíble con el

general Emiliano Zapata, pero nunca, jamás de los jamases, pensó que ser Revolucionario tenía como objetivo acumular millones. Y ve tú a ver, cuánto pillo, cuánto ladrón, cuánto desvergonzado, han “agarrado” a puños millones de pesos que le pertenecen al pueblo y sin el menor pudor dicen que son seguidores de las ideas de Madero. ¡Cínicos! Bueno, mira esto, firmado por el puño y letra de don Antonio. Tomo el documento y leo:

“—Al principio, no tenía yo el corazón duro —me dijo Francisco Villa, en una conversación que jamás olvidaré. Más tarde agregó:

“—El corazón se me fue endureciendo, poco a poco y cada vez más.

“Estas dos frases, al mismo tiempo que Villa fotografiaba magistralmente su vida, condenaba en forma definitiva y fulminante, a la organización social de entonces, que así deformaba su alma y así trastornaba su existencia.

“Organización social caduca, decrepita ya, en todo incomprensiva, torpemente pagada de sí misma, engreída e insolentada con su lujo, con su fácil erudición, con su arte, con su ciencia supuesta, con sus oropeles; pero privada en cambio y por eso mismo, del sentido de misericordia para los débiles, de gratitud para los siervos —base de su opulencia— de conmiseración para sus victimas, que no habían de tardar en convertirse en victimarios implacables.

“Francisco Villa sintió y comprendió la lección de su destino.

“La iniquidad de los hombres lo puso fuera de la ley, por haberse tomado por su mano la justicia que la sociedad no quiso hacerle. ¿Qué valía para ella el honor de un hijo de la gleba, el ultraje causado a la hermana de un campesino, la dignidad de un esclavo de la hacienda?

“Villa juró hacerse justicia, para sí mismo y para sus hermanos de clase, para sus compañeros en la humillación y en el dolor.

“Y supo cumplir su juramento. Destrozó ejércitos, tomó plazas fuertes, puso en fuga a los más aguerridos generales, derrocó un régimen y humilló a una dictadura. Realizó su misión de vengador y de justiciero. Volvió por sus fueros de hombre injustamente colocado fuera de la ley y al margen de la vida. Supo ser un azote y un Atila para los enemigos del humilde.

“El oscuro, el olvidado, el humillado, el que fuera perseguido y acorralado como fiera, asombró a todo un continente, no solo a su país,

con hazañas y proezas de una virilidad pujante, bravía, entera, sin desgaste.

“Nunca he conocido, ni creo conoceré jamás, un motor humano más poderoso, solía decir de él, Álvaro Obregón.

“Y el gran vencedor de Celaya y de Trinidad, pagaba este tributo al gran vencido: —Con diez mil hombres de caballería mandados personalmente por Francisco Villa, y con veinte mil infantes que yo llevara al combate, me comprometería, si el caso llegase, a derrotar y vencer a cien mil norteamericanos a cuyo frente estuviera Pershing en persona.

“No cabe hacer mayor justicia al dinamismo, a la acometividad heroica de un Francisco Villa”.

Mientras yo daba lectura en voz alta, a esta formidable declaración de Soto y Gama, se habían reunido alrededor mía, cerca de una docena de personas. Al terminar mi intervención, los más arriesgados hicieron algunas preguntas para ampliar su conocimiento de lo que habían escuchado. Un maestro, según él mismo lo confesó, que había prestado sus servicios en Chihuahua en “la bola”, preguntó por Braulio Hernández. Doña Luz hizo poco caso. Yo insistí:

116.- ¿Qué nos puede contar del profesor Braulio Hernández?

—¿Qué quieres que te diga? Tú sabes que anduvo con Orozco y que antes había sido secretario general del Gobierno de Chihuahua. Varias veces platicó conmigo y me decía: —Oiga, doña Luz, convenza usted a Pancho Villa de que se junte con Orozco, allí está su porvenir. ¡Pobre pendejo! Yo que conocía al dedillo la forma de pensar de Pancho me concretaba a contestarle: —No, profesor, yo no me meto en esas cosas. Pero apenas se presentaba la más leve oportunidad y volvía a la carga: —Doña Luz, ¿para que quiere usted un marido derrotado y en la pobreza?. Yo seguía firme sin darle la menor esperanza de tratar ese asunto con Pancho. Pero el profesor era terco como una mula: —Piénselo, doña Luz, le conviene a Villa.

El tiempo fue corriendo, a Orozco se lo llevó la trompada y Pancho se fue arriba, pero muy arriba. Creo que en el año de 1913, cuando iba atravesando por una de las calles principales de San Antonio, Texas,

me encontré con el profesor Hernández, muy fregado. Se dedicaba el pobrecito a leerles la prensa mexicana, es decir a traducirla, a los americanos. Yo pensé de pronto a recordarle sus tiempos de “adivino”, cuando decía que Pancho era un fracasado. Pero luego pensé: ¿Y qué gano con amargarle a este infeliz aún más su destierro?

Mientras doña Luz atiende al agregado militar de la Embajada de la Gran Bretaña, en México, el teniente coronel George Ronald Derrickkennemy, que ha ido a visitar el museo y mientras le da mi entrevistada la más completa detallada explicación de las pertenencias de El Centauro, yo repaso y repaso la siguiente pregunta que he de hacerle. Versará sobre don Pedro Zuloaga, una de las inteligencias más claras que ha producido México, pues fue un hombre de tan extraordinaria capacidad intelectual, que se le reconoce su valía en todo el mundo ¿Pero será verdad, me preguntaba incrédulo, que alguien como el autor de “la energía nuclear”, o de “la bancarrota del materialismo en la ciencia” y de tantos textos de calidad científica indiscutible, haya dejado una opinión escrita, favorable al que tantas tempestades supo levantar con el tropel de sus caballerías, o con su avanzado modo de pensar en lo social?

Aparece doña Luz y antes de que alguien me gane “el turno”, yo me aviento:

117.- ¿Es verdad que don Pedro Zuloaga, el sabio, le entregó por escrito a usted una opinión sobre Francisco Villa?

—¿Y cómo supiste esto, pendejo? Pero si a casi nadie se lo he platicado. Se trata, efectivamente, de una declaración que me hizo don Pedro, en alguna visita que hizo a esta casa, estando su opinión certificada por su firma. Y conste que se trata del mismísimo Pedro Zuloaga el sabio chihuahuense que no ha tenido comparación en el campo de la inteligencia, el políglota, el literato, el científico.

(Doña Luz está que “revienta” de gusto cuando me hace la descripción de este paisano extraordinario.)

Se levanta y busca en uno de los estantes ese documento. Busca y rebusca entre papeles amarillentos y recortes de periódicos que me

dan ganas de quitarle de sus manos, porque adivinaba que trataban temas importantísimos sobre la Revolución y sobre todo de Villa, pronto me dice:

—Aquí está.

Y a petición suya leí en voz alta el texto, mientras ella, se enjugaba una lágrima. ¡No tiene remedio que esta mujer superior, vive, materialmente, para dar a conocer “a su Pancho”, tratando de que quienes escriben sobre este estupendo personaje, no tuerzan, como constantemente se hace desde hace décadas, la realidad histórica.

Como considero muy importante lo dicho por don Pedro, lo trascibo íntegramente:

“Para el que esto escribe, pocas tareas más gratas que la de señalar algunas de las facetas nobles del carácter del gran capitán mexicano. Quede para otros el insistir en sus errores, sus defectos y sus culpas; demasiado se ha escrito sobre ellos y casi siempre sin hacer debida cuenta del medio y de las circunstancias y sin que el vilipendio arrojado sobre su figura haya sido en todos los casos, el desahogo de un enemigo personal; en muchos de ellos ha sido el afán de notoriedad de ciertos publicistas del género truculento-pintoresco que ni siquiera poseen informes de primera mano.

“Por otra parte, sólo tengo para el general Francisco Villa motivos de gratitud. ¿Qué esto falsea mi criterio y lo torna unilateral? ¡Ah, pero es que todo lo que yo diga en su alabanza no bastará ni con mucho a contrapesar lo que se ha escrito en su desdoro y así lo espero, con lo que aquí estampo, ni aun restablecer la justa perspectiva.

“Puedo pues, con cabal espíritu de justicia, hacer hincapié en los lados buenos o brillantes de su destacada personalidad. De acuerdo con mi experiencia personal, el general Villa era un hombre de inmovible lealtad, capaz en todo tiempo de sacrificar sus intereses personales (aunque no los de la causa a que se había consagrado) a los deberes de la amistad y de la gratitud; incluso cuando se trataba de amigos que, como yo, jamás cruzamos una palabra con él.

“No me toca relatar aquí cual fue el pequeño servicio que en alguna ocasión le presté, de manera casi involuntaria y en todo caso indeliberada; fue un acto de simple humanidad y ejecutado sin con-

ciencia plena de que con ello lo beneficiaba. Lo que sí me toca, es ensalzar la manera como correspondió a ese acto mío; librándome a mí y a los míos, de todo peligro y molestia en persona o bienes; saliéndose hasta de su camino por fomentar nuestro bienestar y legítimos intereses, y esto por todo el tiempo que vivió, que aun fueron muchos años.

“Si esto no arroja adentro luz sobre la personalidad de un hombre por tantos vituperado, no sé de cosa alguna que pueda hacerlo. Ni pretendo insinuar que sea el caso mío el único de que tengo noticia; son numerosos los casos semejantes que podría citar, pero ya he dicho que quiero concretarme a mi experiencia personal. Casos como éste demuestran cuando menos, que no era Villa el impulsivo juguete de pasiones que se le ha querido pintar; sino un carácter recio y cabal, dotado de muy rígido concepto del deber”.

“En cuanto a sus méritos de guerrillero, capitán y conductor de hombres, son demasiado conocidos y comentados y me saldría totalmente del marco que me he impuesto, si insistiera en ellos aquí. Para mí es motivo de honda satisfacción el que su digna esposa, me haya ofrecido la oportunidad (aquí mismo en el libro donde ella tan noble y acertadamente, reivindica la personalidad del general) de corresponder a esa lealtad suya, que fue una de sus más relevantes características”.

118.- ¿Conocieron usted y Villa a los famosos hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón?

—Creo, pero no estoy muy segura, que Pancho tuvo algunos contactos de correspondencia con ellos. Yo conocí a Enrique Flores Magón en San Pedro de los Pinos, en el Distrito Federal, en el año de 1936. Estuvimos platicando sobre Pancho y me decía que él no había conocido a Villa personalmente y me hacía esta afirmación: “Pancho Villa pertenece a la historia y ella habrá de juzgarlo fría y serenamente, igual que a la jauría que ‘valerosamente’ lo difama en su muerte, como lo humilló en vida...” En esa misma ocasión, después de hacer algunas consideraciones sobre la vida de mi marido, expresó estos conceptos: “Como no soy estratega, tampoco puedo juzgar la vida militar de Villa. Pero sí reconozco que fue un hábil, bizarro y audaz guerrillero; y que en muy buena parte, nuestra Revolución le debe, por su valor, arrojo y

talento militar, su triunfo sobre las armas federales de Porfirio Díaz, así como que haya sido posible el advenimiento de una nueva era en la que el peón y el obrero se hallen en un plano de mayor libertad, para luchar más ventajosamente por su emancipación”.

(Doña Luz, para contestar la pregunta relativa, se valió de algunos apuntes firmados por don Enrique Flores Magón).

La faena ha sido hoy estupendamente fructífera. “Siento” que doña Luz se ha fatigado mucho. Me despidió, pidiéndole que para mañana me tenga algunos papeles importantes que me ha ofrecido y me escudo en aquello de que no se le olvide que el tiempo pasa volando y sobre todo en un viejo y sabio refrán que asegura que “el tiempo perdido, los santos lo lloran”.

DÍA TREINTA Y UNO DE AGOSTO

Provisto de papel y con el lápiz bien tajado, estoy a caza del primer “huequito”. Y éste aparece:

119.- ¿Tenía Villa admiración por algún o algunos generales extranjeros?

—Cómo no. Le gustaba comentar conmigo y sin duda con gente, de las portentosas hazañas de Napoleón. Conocía muchos detalles de la vida de este genio militar y admiraba grandemente su estrategia. Por cierto que se sonreía con cierta picardía, cuando alguien le comentaba que en algunos periódicos lo llamaban “El Napoleón Mexicano”. Ya te platicué que cuando llegaba a comer con nosotros el Dr. Raisband, invariablemente tenía alguna frase de elogio, o bien preguntaba simplemente por Hindenburg. Muchas veces le oí elogiar al General Lenox Hugh Scott. Por cierto que Pancho, en alguna ocasión le regaló a este militar un zarape que lució por mucho tiempo el norteamericano en su oficina, junto con la bandera mexicana. Scott platicó algunas veces con Villa, siendo su intérprete Caruthers. Por conversaciones que escuché y por algunos otros detalles, puedo decir que también Scott admiraba en forma sobresaliente a Pancho.

El General Scott, en su libro *Some memories of soldier* (1928), escribió lo siguiente: “Todos los generales de la Revolución confiscaron propiedades en donde quiera que las encontraron, precisamente como lo hizo Villa; pero muchos fueron más egoístas en su proceder, labrando una fortuna privada para ellos mismos. Se me informó por el banquero que manejaba su dinero, que Villa no tenía ninguna fortuna depositada en su propio nombre; que todo lo que él conseguía, lo gastaba precisamente para alimentar, vestir y proveer de municiones a sus hombres, de cuyo bienestar se cuidaba poniendo en ello lo mejor de sus habilidades.

“Villa me dijo una vez que él había empezado esta Revolución con nueve hombres. No se puede encontrar un hombre común y corriente que pueda surgir con nueve secuaces y logre elevarse hasta el comando de cuarenta mil hombres y llegue a ejercer el control de la Ciudad de México.

[...]

“Villa siempre me impresionó como un hombre de mucha fuerza y energía y ansioso de hacer el bien. Él nunca tuvo bienestar y posibilidades en su juventud. Pero en el fondo se inclinaba por la causa del peón. Villa siempre me negó que tuviera ambiciones de llegar a la Presidencia, estando completamente enterado de sus incapacidades. Pero sí la quería para Felipe Ángeles. Si su triunfo hubiera sido posible, hace mucho que México hubiera visto la suya.

“El reconocimiento de Carranza tuvo el efecto de afirmar el poder del hombre que nos había tratado a puntapiés, en todas las ocasiones y de convertir en un bandolero, al hombre que nos había ayudado. Nosotros permitimos a Carranza enviar sus tropas a través de los Estados Unidos, por nuestros caminos de fierro, para aplastar a Villa. Yo hice todo lo que pude para evitarlo, pero no fui suficientemente poderoso para lograrlo.

“A Villa se le habían colgado muchos pecados. Él poseía los gérmenes de la grandeza y la capacidad para las más grandes proezas, si se hubiera encontrado en más felices circunstancias”.

Apenas había terminado de contestarme doña Luz, cuando “la oficina de Pancho Villa” estaba ya abarrotada.

No eran ahora visitantes comunes y corrientes. Eran “paisanos”, que venían del pueblo amado de mi amiga, es decir de San Andrés, a platicar sobre los problemas sociales que les aquejan, porque esta buena mujer, está pendiente del diario vivir de “sus gentes” y a ella recurren cuando tienen alguna pena o algún apuro. Basta un detalle para ver con toda claridad lo que significa para la viuda de Villa el terruño en donde vio la primera luz:

Entre los muchos objetos que le han regalado las gentes que la estiman, tiene una buena porción de billetes de cinco, diez y veinte pesos, de los emitidos por “El Estado de Chihuahua”, en el año de 1915 y firmados por el gobernador, general Manuel Chao. Estos documentos, ya con la firma de doña Luz, les son vendidos a los turistas, y religiosamente ordena que separen la mitad de lo que producen para mandarlo al templo de San Andresito.

Total: hoy estará doña Luz muy ocupada arreglando “el mundo’ de su pueblo. Mañana será otro día.

DÍA PRIMERO DE NOVIEMBRE

Llego a desempeñar mi chamba de preguntón, acompañado de un viejo maestro, que va a buscar a doña Luz para que le dé unos datos sobre la educación en Chihuahua, en los años de 1912 a 1920. Como saludamos al mismo tiempo mi buena amiga piensa que vamos juntos y empieza su charla dirigiéndose a los dos. Aclaro las cosas: —Doña Luz, este señor viene a solicitarle unos datos del profesor Matías E. García.

Ella, con esa espontánea solicitud que tiene para cuantos llegan a su casa, lo atiende de inmediato. Porque en esa alma limpia de que es dueña doña Luz, no existe ni la más insignificante de las sombras mezquinas, ni la envidia, pues sabe “transparentarse” con quienes le solicitan fechas, datos, aclaraciones sobre la tormentosa época de la Revolución mexicana, en la cual ella participó tanto y tan soberbiamente.

Yo me hago a un lado y me entretengo viendo algunas de las muchas fotografías que tiene en su escritorio. Cuando termina el viejo maestro, ya tengo formulada mi pregunta que le espeto sin más ceremonias:

120.- ¿Conoció y trató usted al profesor Matías E. García?

—¡Cómo no lo iba a conocer! Era una persona sumamente educada, muy preparado y que merecía toda la estimación y la confianza de Pancho. Durante el Gobierno de Villa y creo que meses o años después, desempeñó con mucha atingencia el cargo de director de Educación en el estado. Era un sujeto de recias ideas revolucionarias. Bueno, con esto te digo todo: fue secretario de don Abraham González. Pero espérate un momento, déjame buscar en este liacho de papeles importantes que estuve revisando anoche, algo que tengo escrito de este maestro. Ahora verás, ahora verás, me lo escribió un día cuatro de octubre, me recuerdo porque era día del santo de él, y fue en el año de 1917.

Pasan alrededor de diez minutos, los que ha ocupado doña Luz en la búsqueda de aquel “recuerdito”. De pronto me dice:

—Ya me acordé. Son tantos los papeles que tengo sobre Pancho, o simplemente con comentarios de su vida, que francamente se me reborujan a veces. Mira, toma ese álbum y busca lo que me dejó escrito el profesor García.

Tomo el álbum de cuero, color café, dedicado a “pensamientos” y encuentro lo que desea doña Luz. Lo empiezo a leer en voz alta, puesto que así me lo ha pedido ella:

“Pálidos y tristes reflejos de felicidad pasada y llevada por la crueldad del tiempo hasta los límites mismos del olvido y de la muerte.

“Memorias del patriota, que ni por un día, ni por un instante, ha dejado de luchar con fe santa por los oprimidos. Que consagrando su existencia entera, al bajo pueblo compuesto de desheredados y de infelices, no olvida las amarguras de su pasado y ha preferido la montaña al desierto; el hambre y las privaciones, siendo fiel hasta la muerte a sus principios de verdadero revolucionario, de no arrastrar una existencia llena de comodidades y vanos placeres, como tantos falsos apóstoles carentes de honor y patriotismo, que después de derramar la sangre de sus hermanos, explotándolos con utopías verdaderas o engaños, han pasado las fronteras de su patria para ocultar su cobardía y sus riquezas.

“El rebelde está en pie. La protesta vive. El Pueblo tiene su campeón

y Dios está con él. El triunfo vendrá más o menos tarde; y si la derrota llegara a ser completa, la gloria de haber muerto en la palestra, como viejo campeón romano, nadie podrá arrebatársela y al caer sobre su escudo en la recia batalla, o en la artera emboscada, en la enhiesta montaña o en la dilatada llanura, en donde quiera que muera, allí estará con él, el sentimiento del pueblo verdadero, por el que sufrió y luchó.

“Hombre de verdad, con sus grandes pasiones y sus virtudes primitivas, con sus crímenes y sus grandezas, la historia no tardará mucho en dedicarle una página inmortal, venza o sea vencido; porque amó al pueblo hasta el sacrificio de todos los egoísmos y de todas las ambiciones.

“Ni el amor al oro, ni la dulce tranquilidad del hogar, nada lo detuvo en su camino y ahí está en los intrincados bosques de ese México querido como una protesta eterna y viviente, contra la más audaz y despreciable de las tiranías, la nacida de la fuerza, apoyada como planta parásita en una gran nación que hasta hoy no ha dejado seguir libremente a nuestro pobre país, el sendero que lo guía a la conquista de sus propios y gloriosos destinos.

“¡Bien haya el rebelde! Morirá en las montañas con el estigma del bandido, pero con la conciencia del patriota.

“Maldición para el que engaña al pueblo y besa la mano que lo oprime.

“Y tú, mujer, perla del hogar, resignada y virtuosa, siente orgullo de haber ligado tu destino a un hombre fuerte y verdadero tipo de esa raza mexicana que se extingue y muere en el indiferentismo, en la apatía, en la adulación y en la bajeza.

“Tu gran corazón de mexicana, se consagre entero al recuerdo del héroe y del patriota y tu amor de esposa ejemplar y digna sirva de ejemplo a tantas mujeres que se dicen de «ilustre cuna».

“Hogar humilde y pobre de bienes materiales, pero rico en virtudes y siempre abierto para el que llora, sea amigo o enemigo, ese es el hogar del general Villa, a quien hoy el mundo superficial silba, pero mañana, le aplaudirá, pidiendo para él, mármoles y bronces, si el éxito corona su constancia y noble patriotismo”.

—He sabido, doña Luz, que...

No tengo tiempo de terminar la frase pues ella me dice:

—Espérame un minuto que tengo que atender a una persona muy importante (y sale a donde está exhibiéndose el Dodge en que Villa fue asesinado).

Como la pregunta que iba a hacerle, se relaciona con un hombre ejemplar por su conducta y por su prestigio profesional, como lo fue el licenciado Toribio Esquivel Obregón, mientras vuelve mi entrevista, echo a volar mi imaginación: ¿Tendrá el documento que he oído decir que ella guarda, en verdad? ¿Cómo puede ser esto, si don Toribio fue ministro de Hacienda y de Crédito Público en el gabinete de Victoriano Huerta —como lo fueron algunos talentos mexicanos, cosa para muchos inexplicable— y fue Villa quien resquebrajó los ejércitos federales en Zacatecas, dándole así el camino de la victoria a la Revolución?

Sigo elucubrando sobre el tema: este extraordinario personaje de la política nuestra, tuvo una solidísima cultura, habiendo sido catedrático en algunas universidades americanas durante su destierro. Y autor de *Historia de Grecia*, *Historia de Roma*, *Hernán Cortés en el derecho internacional del siglo XVI* y de cuando menos media docena más de obras de tanta enjundia como éstas. ¿Pudo ser, en algún momento de su vida, admirador de alguna de las cien facetas de la existencia tormentosa de El Centauro? En estas estaba, cuando aparece doña Luz:

—¿Qué me estabas preguntando? Ah, sí, nada todavía. Creo que apenas empezaste a formular alguna interrogación.

121.- ¿Es cierto, doña Luz que usted tiene un testimonio firmado por don Toribio Esquivel Obregón, en el que habla bien de Villa?

—Y lo considero como un tesoro. Todo mundo sabe la figura tan alta que fue en la vida política de México, don Toribio. Debes tener muy en cuenta cuando leas el pensamiento de este abogado, dos cosas. Primera, que no era del “bando villista”: Él, equivocado o no, creyendo que servía a su país, le fue muy leal a Victoriano Huerta. Segunda, que habla de la honradez de la “gente de Villa”. Fíjate bien, una de las cosas en que más se machaca, hasta el cansancio y hasta la infamia, es que

Pancho era un bandolero vulgar, que sólo trataba con ladrones, que no conocía ni por asomo la honradez. Si me esperas unos minutitos, aunque ya sea muy tarde, pues se nos ha ido la mañana en un decir Jesús, voy a buscar en mi archivo esa declaración que quieres. Te vas a dar cuenta que todavía hay mucho, pero mucho, muchísimo por escribir sobre el verdadero Pancho Villa.

Sale rengueando y vuelve diez minutos después.

—Aquí lo tienes. Te repito, para mí este documento tiene un valor incalculable por haberlo escrito quien lo escribió. Mira nada más que amarillo está ya el papel. Está fechado el día 5 de febrero de 1937. Y te lo voy a leer, muy despacio y no de corrido, porque ya la letra está medio borrosa. Pero, fijate bien (y me fijo) en la firma de don Toribio. Dice así:

“Cualquiera que sea el juicio que se forme respecto a Francisco Villa, había que tener en cuenta que cuando estuvo en su mano nombrar el jefe de Gobierno o presidente de la República, designó para ese puesto y de hecho desempeñaron esa función, a don Eulalio Gutiérrez, don Roque González Garza y don Francisco Lagos Cházaro, los tres de una honradez por encima de toda sospecha y aun de nuestra enconada maledicencia”.

En el año de 1934 —tres años antes de que por escrito diera su opinión sobre el general de generales— el licenciado Esquivel Obregón, editó un libro de 175 páginas, publicado por la editorial Botas y bajo el título de *Mi labor en servicio de México*. Obra rara, casi joya bibliográfica, fue escrita sin duda para justificar su huertismo. Transcribimos algunos párrafos del capítulo “Mi actuación en el Gobierno de Huerta”, por considerarlos sumamente importantes:

“Abro aquí un paréntesis en la narración de mis actividades de aquel Gobierno, para tratar de un asunto que desde entonces ha sido motivo de elucubraciones apasionadas. Me refiero a la imputación que algunos han hecho al gabinete emanado de los arreglos que celebraron los generales Díaz y Huerta, la noche del 18 de febrero de 1913, de haber resuelto el asesinato de los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. Debo manifestar, con verdadera satisfacción, que aque-

llos que más cariño y lealtad demostraron para Madero, entre los cuales tengo buenos amigos, no hacen tal imputación; que hasta han hallado sus más decididos partidarios en los que, no habiendo demostrado aquellas disposiciones, son más ardientes en su celo póstumo, que quizá les sirva para abrirse camino, o quizá cubrir sus propias manchas. Pues si los guiara un espíritu de justicia o un deseo sincero de investigación histórica, no se explicaría el afán que manifiestan en encontrar responsabilidades, que saben les son gratas al partido reinante, contrastando con su hermético silencio ante otros hechos que han conmovido a la Sociedad.

[...]

“No existe un documento ni un testigo que pruebe la existencia de tal consejo. Ninguno de los ministros ha dicho tal cosa. Huerta mismo, cualquiera que sea el valor de sus declaraciones, aseguró que él sabía quién era el responsable y que en su oportunidad lo diría, y no obstante el gran interés que tenía en que esto se aclarara, jamás llegó a decirlo.

[...]

“Supongamos que uno de los del grupo hubiera deseado que se cometiera el asesinato. ¿Qué, tendría tanta seguridad previa en la criminal aquiescencia de sus colegas, que se atreviera a proponer al grupo el delito, sin temor de que alguno de ellos levantara una voz horrorizada de protesta? Porque, según la versión, el crimen se develó por unanimidad; salvo que algunos aseguran que yo salí con Huerta del lugar de la deliberación.

[...]

“Todos convienen en que entre los ministros nombrados, había inteligencias muy claras. ¿Cómo era posible que ninguno hubiera alcanzado a comprender que si aquello era grande como crimen, era igualmente grande estupidez?

“¿Por qué no renunciarnos al tener conocimiento de la muerte de los señores Madero y Pino Suárez? Por mi parte, ya lo he dicho en otra ocasión: si mi renuncia hubiera sido por atribuir a Huerta la responsabilidad del suceso, no tenía elementos algunos para probar mi aserto y defenderme en una acusación de calumnia. Si renunciaba por causa de mala salud, como a veces se hace para cubrir el expediente, mi renun-

cia no habría tenido el efecto de protesta de mi parte, ni conexión alguna con el hecho, lo mismo podía renunciar un año después.

“No indicaba aquello más la necesidad de elementos moderadores en el Gobierno? ¿Por qué si se creyó que los que formábamos aquel gabinete, tuvimos nada menos que la responsabilidad de decretar la muerte de Madero y Pino Suárez, jamás se formuló contra nosotros una acusación judicial?”.

El motivo de siempre, visitas al por mayor, hacen imposible seguir trabajando por hoy. Ya para despedirme me pregunta doña Luz: ¿Oíste la noticia de que el día 28 del mes pasado, murió el licenciado Luis Rodríguez? Y después de contestarle afirmativamente, estuvimos haciendo recuerdos de este distinguido político mexicano, que tanto contraste ideológico tuvo en su vida y que al final, resultó de una increíble lealtad al cardenismo, cuando había sido un apasionado “acejotamero” y un católico recalcitrante. —Ni modo, doña Luz, —dije para poner punto final a esta posdata— ya no se le hizo al licenciado Rodríguez leer los buenos recuerdos suyos”.

DÍA CINCO DE NOVIEMBRE

Como hace varios días que no veo a doña Luz, antes de “entrar en materia”, charlamos sobre algunos tópicos. Inicio el cuestionario:

122.- ¿Conoció usted a Maclovio Herrera y qué opinión tuvo de él?

—Lo conocí perfectamente, al igual que a su señor padre, José de la Luz. El primero era muy valiente y simpático, yo lo apreciaba mucho. Al viejo le guardaba Pancho, muchas, pero muchas consideraciones. Yo tenía una orden terminante al respecto: —Cuando llegue Herrera a mi casa, siempre debes tener listo aposento y buena comida, las puertas deben estar siempre abiertas para que sea atendido. Y así era. Una vez llegó “el viejo” con un cargamento bárbaro de cueros y de otras cosas por el estilo, que llevaba a El Paso, Texas. Vino para que Pancho le extendiera un permiso para que se lo dejaran pasar en la aduana. Calculo que aquella remesa no valía menos de veinte mil dólares. Re-

cuerdo, como si lo estuviera viendo, que llegaba siempre haciendo elogios de Pancho. Algunas veces hasta exagerados. Un día, por ejemplo, le entregó unos versitos, que según él, los había compuesto expresamente para mi marido. Ni éste ni yo creímos nunca que los hubiera hecho, pues no tenía capacidad para ello. Ahora verás, ahora verás, ¿cómo iban esos versos...? Ya, decían así:

De la etiqueta el oropel rechazo,
odio la ostentación y la quimera
y con la fe del corazón abrazo
a quien me brinda su amistad sincera...

Y ya viste, cómo le pagaron los dos Herrereras a Villa, traicionándolo. Y esto tengo que repetirlo muchas veces, mil, si es necesario para que se entiendan algunas actitudes de mi esposo: Villa no perdonaba traiciones. Pero qué quieres tú, así son las cosas de la vida.

123.- ¿Cuáles cree usted que hayan sido los autores que han escrito sobre Villa que hayan escrito más apegados a la verdad histórica?

—¿Pero se podrá llevar cuentas de lo que se ha escrito sobre Pancho? Lo creo sencillamente imposible. Su vida tan agitada, tan dramática, tan interesante es tema cotidiano para escritores de todo el mundo, óyelo bien, de todo el mundo. Son centenares los libros que se han escrito al respecto. Sin embargo, para no dejar en blanco tu pregunta, te diré que yo considero entre los mejores, a los del Dr. Ramón Puente, que era zacatecano y escribió *Villa en pie*, mucho muy bueno, aunque te hago la aclaración de que tenía que ser así, porque como estuvo cerca de Pancho, éste le contaba muy seguido anécdotas y detalles de la Revolución. Hay también un libro de Antonio Castellanos llamado *Pancho Villa, su vida y su muerte*, bastante apegado a la verdad, pues al igual que a Puente, a este escritor también le platicó Pancho algunas de sus aventuras. ¿Conoces la obra de Calzadías Barrera? Todos los libros de este chihuahuense me gustan y se apegan a la realidad, es decir, a la verdad histórica y para qué seguimos, son tantas que, te repito, resultaría trabajo de Hércules hacer siquiera una lista.

124.- ¿Según usted, cuál ha sido el motivo real, pero real, por el que no se le ha ayudado para la segunda edición de su libro sobre Villa?

—Mira que pendejo éste. Ya te lo he dicho varias veces. Simple y sencillamente porque nadie ha querido auxiliarme. Todos se han vuelto promesas para luego “cuartearse” de la manera más infame. Primero Cárdenas que me demostró que no tenía palabra, luego otros políticos. Alguna vez vino a visitarme el gobernador de Sinaloa, Sánchez Célis y me hizo promesas y en eso quedó todo, en promesas. Otra vez fue Aarón Sáenz. En cierta ocasión Gloria Duval también me entusiasmó y me hizo ofrecimientos. Pero la verdad es que todo ha quedado en veremos y los años se han ido. Ahora tengo el ofrecimiento del famoso actor cinematográfico Anthony Quinn, a ver si éste si tiene palabra.

125.- ¿Le gustaba a Villa el chisme?

—Lo odiaba. Detestaba a los que iban a contarle chirinolas. Creo que a uno de los pocos chismosos que toleraba, no sé realmente el motivo, era a Manuel Baca Valles. Pero siempre se lo traía “muy cortito”. Te voy a platicar una anécdota relacionada con esto que estamos tratando:

Una noche llegó llorando, después de las doce, una pobre mujer. La hice pasar a mi recámara. Me contó, gimoteando su tragedia: su esposo, un conocido gallero, había sido arrestado y estaba preso. Como es natural suponerlo la infeliz pensaba que estaban a punto de fusilarlo. No estaba, por cierto, Pancho en la ciudad. Toda angustiada, me contó que de la plaza de Gallos se habían llevado a su hombre, derecho a la cárcel. Le pedí luego, al presidente municipal, un señor de apellido Limón, que me buscara a Valles dondequiera que anduviera. No se cómo le hizo, pero en menos de una hora me llamó para decirme que en un momento más llegaría a mi casa con él. Apenas lo tuve enfrente de mí y le ajusté cuentas: —Oígame, Valles, usted me va a responder por la vida de ese hombre, que usted ha de haber mandado a arrestar, porque ha de haber perdido con él alguna apuesta o por algún chisme. Todo asustado me contestaba: —No, jefe, yo no. —Mire —le precisé—, le voy a ordenar al telegrafista que inmediatamente le comunique este incidente a Pancho. Y sabedor Valles de que Villa odiaba a los chismosos y a los chismes me dijo: —No señora, no señora (y estaba temblando en

estos momentos) ahorita mismo voy y se lo traigo. Y así fue. El pobre gallero quedó tan agradecido que pasados muchos años, un día llegó a mi casa, con todos sus hijos y me presentó a su prole de esta manera: —A esta mujer, hijitos, le debo la vida, y ustedes, siempre, tienen que respetarla y que quererla.

126.- ¿Qué concepto tenía Villa de la Divinidad, era católico, simple creyente o qué?

—Muy creyente. Claro que creía en Dios. Se podrá decir lo que se quiera de él, pero era un hombre que respetaba las creencias religiosas del pueblo. Él siempre traía un Santo Niño de Atocha, en una especie de medalla de lámina, que quería mucho, muchísimo, porque se la había regalado su madre. Pancho ayudó generosamente a muchos señores sacerdotes, sobre todo del culto católico. Que me acuerde ahorita, al padre Mier y Terán que estaba al frente de la misión de la Tarahumara, venía a saludarnos cuando “bajaba” a Chihuahua y siempre se iba cargado con cosas que Pancho le obsequiaba para Sisoguichi. Llevó una amistad muy grande con el padrecito que nos casó en San Andrés, que se llamaba Juan de Dios Muñoz. Por cierto que existe una anécdota muy simpática sobre este padre. Cuando nos íbamos a casar, le dijo a Pancho: —¿Qué, no se va a confesar, don Francisco? Pancho le contestó: —No tengo tiempo, padre, pues estoy comprometido a estar lo más pronto posible con don Abraham González. El Padre todavía hizo su lucha: —Bueno, pero yo quisiera... Interrumpió mi marido: —No padre, no tengo tiempo para confesarme de toditos mis pecados, pues necesitaría cuando menos ocho días y para que yo le confiese todo lo que Diosito me ha dado licencia de que yo haya hecho, se necesitaría que usted tuviera un corazón más grande que el mío. Por otro lado, yo no te diré que iría muy seguido a visitar las iglesias, pero de cuando en cuando, le gustaba visitar el templo que está frente al parque Infantil, el dedicado a Nuestra Señora de Lourdes. En esa capillita, precisamente, en alguna ocasión, mandé decir unas misas por el descanso de las almas de algunos familiares cercanos.

Esto relata doña Luz, en su libro *Pancho Villa en la intimidad*:

“Pancho estaba herido de una pierna.

“Llegó a curarse a la casa de doña Cuca R. viuda de Ochoa, esposa del general Manuel Ochoa, que tan fiel le había sido.

“—Doña Cuca, mándeme traer un doctor porque esta condenada pierna me sigue molestando y le advierto que si no me cura, se lo mando fusilar...

“Villa se curó. Y ya para despedirse de doña Cuca, ésta le dijo con cierta desconfianza:

“—General, ¿cree usted que está completamente curado?

“—¿Pos que no ve que su mediquillo anda todavía vivito? Viendo doña Cuca que mi marido se encontraba de buen humor le dijo:

—Pues sabe, general, que cuando lo vi tan malo, le pedí a todos los santos, por su alivio y ofrecí una manda, consistente en “una piernita” de oro...

“—Bueno, ¿y qué? —repuso Pancho, sonriendo.

“—General, que ahora no sé cuál de todos los santos me hizo el milagro.

“—Pues págueselo a esa que le dicen “del Socorro”. Y como si la Virgen hubiera querido recibir ese “milagro” de manos de mi marido, en esos momentos se acercó Martín López y dirigiéndose a él, sacó de su bolsillo un “gallito” de oro, diciéndole:

“—Mire, mi general, me lo acaban de regalar...

“El lo tomó en sus manos y después de contemplarlo un momento se lo dio a doña Cuca y le dijo:

“—Allí tiene para que pague su manda y quede tranquila.

“Cuca, una vez que Pancho se marchó, se dio prisa para cumplir lo prometido”.

127.- ¿Es verdad que Villa perseguía a los sacerdotes por el solo hecho de serlo?

—Mienten rotundamente quienes hacen esa afirmación. Te repito que tenía muy buenos amigos entre ellos que lo apreciaban bastante. Ahora que no hay que confundir, si estaban del “otro lado”, bueno, los perseguía porque eran enemigos en política, no porque fueran ministros del Señor. Y mira tú como la gente voltea al revés las cosas y las desfigura completamente: corre con mucha fortuna, porque es muy conocida, una anécdota de Villa, con referencia a un sacerdote que

había en San Andrés. Los enemigos de Pancho la ponen como ejemplo del salvajismo de éste y la usan como demostración de que perseguía a la gente que está al servicio de la iglesia. Pero no es así. Pancho demostró entonces que sabía hacerle justicia a la gente pobre. Si tú quieres, era una justicia primitiva, pero justicia.

El cura Domingo Peña había tenido relaciones amorosas con una amiga nuestra, una tal Cuca, que salió al final de cuentas encinta. El cura andaba platicando por todos lados y claro que mucha gente se lo creía, que él era inocente por completo “al resultado” que había tenido aquella muchacha y le cargaba la paternidad a Pancho. El rumor al principio, sin chiste, fue creciendo hasta que todo el mundo señalaba a Villa como culpable de haber deshonrado a Cuca. Todo fue que llegara a oídos de mi marido el escandalazo, cuando arregló el asunto, cortando por lo sano. Mandó por el padre y lo hizo que dijera la verdad. Acto continuo, ordenó que tocaran las campanas del templo para que se reuniera la gente. Cuando la iglesita estaba llena, hizo que el cura lenguón se subiera al púlpito y desde allí confesara a todo el pueblo que él era el único responsable del problema de Cuca. Te vuelvo a repetir, era una justicia elemental, pero era la forma como a él le gustaba obrar: directamente, sin muchos rodeos ni complicaciones.

128.- ¿Les tenía su marido, doña Luz, inquina a los españoles?

—Si quieres decir odio, o aborrecimiento, o algo por el estilo, tengo que decirte, en forma rotunda, que no. Ya platicamos del padre que ofició en mi amado pueblo, San Andrés, cuando nos casamos: era español y sumamente estimado por mi marido. Don Ángel del Caso, que era representante de España, también tenía toda la estimación de Villa. Y así te podría dar una larga lista. Pero te repito lo de los sacerdotes: Si los españoles ayudaban a los huertistas o a los federales, Villa era implacable con ellos, pero por colaboracionistas del enemigo, no porque fueran originarios de España. Tal vez esté pasando por tu mente “lo de Torreón”, bueno, allí toda la españolada le tiraba a matar a Pancho y ni modo que este les contestara con pétalos de rosa.

129.- De todos los epítetos que le han colgado a Villa, tales como ladrón, asesino, cruel, vulgar, etc. ¿Cuál es el que más le duele a usted?

—¿Sinceramente? ¡Ninguno! Puede ser, pero puede ser que al principio, recién casada, me doliera oír esas palabras ofensivas a Pancho. Pero muy pronto me hice a la idea de que se trataba de desahogos personales. Unos tendrán razón, otros no. Se abultaban, en muchos casos, las arbitrariedades de Pancho, pero yo sabía que era cuestión de “bandos”. Por otra parte, si gente tan calificada como Santos Chocano le decía a Villa “El divino bandolero”, era natural que otros, le quitaran lo divino y lo dejaran sólo lo de bandido. Sobre todo: será la historia la que serenamente juzgue a Pancho, ya lo está juzgando por cierto. Y sinceramente creo que le dará muchas de sus páginas más brillantes, en lo que se relaciona con el movimiento maderista.

130.- ¿Qué nos cuenta, doña Luz, de aquel famoso oratorio que tenía esta quinta?

—Mira nomás qué pendejo. Ya te he platicado varias veces la historia de aquel hermosísimo oratorio. No me hagas que te repita todo ese cuento. Alguna vez me trajiste a regalar algún número de la revista universitaria que se edita en Monterrey, en donde aparecía esta anécdota. ¿No crees que si copias ese artículo queda más que contestada tu pregunta?

Efectivamente. Le asiste toda la razón a doña Luz. He sido un poco imprudente tratando de que me repitiera de pe a pa, lo que ya me ha contado en otra ocasión, con “pelos y señales”. Por lo tanto, transcribo lo publicado en *Vida universitaria*, semanario auspiciado por la Universidad de Nuevo León:

“Las pruebas de afecto, de respeto y de cariño que tuvo Villa para su esposa se cuentan por docenas.

“Muy seguido saltaban las chispas —rojas, a veces quemantes— de su carácter nada parejo. Pero invariablemente, el grito o el reproche o la amenaza del Guerrillero non, se convertía en una flor, que al final de cuentas, era ofrecida a doña Luz, con tonos sentimentales. Cuando no con acciones elocuentes. ¡Con razón asegura el adagio popular que “hechos son amores y no buenas razones”.

“Pudo comprobar esto doña Luz, por enésima vez, cuando Villa inspeccionó cuarto por cuarto, toda la quinta que le había regalado a su mujer.

“Se encontraba el general Álvaro Obregón por esos días en Chihuahua. El Centauro le fue enseñando al sonoreense todo el edificio, desde el primer patio, con mucho de romántico, hasta el último de los rincones.

“Pero algo resultó inesperado para Villa: doña Luz había ordenado a quien construyó esa mansión, el notable constructor don Santos Vega, que destinara un cuarto para oratorio y una sala muy amplia para algo así como un templo cívico. Ésta última recibió la denominación de “Salón Azteca”, por las pinturas mexicanísimas que allí quedaron instaladas.

“La casa de doña Luz es enorme y su importancia queda retratada en este dato: la mayor parte de los días que pasaba Villa en su casa había que atender un verdadero ejército de invitados.

“El caso es que cuando el anfitrión mostraba al todavía no ‘manco de Celaya’ su residencia, se topó con aquel oratorio.

“Se paró en seco y dirigiéndose a doña Luz en tono que nada tenía de dulce le preguntó a quemarropa:

“—Y esto, ¿qué es, Güera?

“—Un oratorio, Pancho.

“—Esto me huele mal, a poco los curas andan buscando esconderse detrás de tu rebozo, como hicieron con Carmelita la de don Porfirio. ¡Ahora mismo lo mando tirar!

“Doña Luz no se inmutó. De peores bailes la habían corrido. Mujer de excepcional talento, sabía que contradecir a su marido, era perder la batalla apenas iniciada. Con la mayor de las calmas, pausadamente, como si no le hubiera dolido la amenaza, aceptó ‘la sentencia’.

“Pero todavía quedaba en el alma de El Centauro algún resabio y preguntó:

“—¿Y quién te aconsejó que hicieras esto?

“—Nadie —fue la respuesta pronunciada sin asomo de enojo.

“—Pues te repito, que voy a mandar que lo tiren...

“—Como gustes, Pancho, porque al fin y al cabo yo para rezar por ti, no necesito ningún oratorio. Ya ves, he rezado constantemente para que Dios Nuestro Señor te cuide y me ha oído.

“Unas cuantas palabras dichas por doña Luz, en el momento oportuno y con un si es no es de sentimentalismo, habían logrado su objetivo. Al tiempo quedaba lo demás.

“Se sirvió la comida. Hubo risas y conversación para rato, Y parecía que lo del oratorio era cosa olvidada. Pero Villa no gustaba de dejar “pendientitos”.

“Se levantó de la mesa y fue a platicar con don Santos.

“Llevaba otra voz y otros propósitos.

“—Vengo a retirar la orden que le di. Dejé el oratorio por la paz y óigame, déjemelo lo más hermoso que pueda.

“—Es que...

“—Es que qué, ¿don Santos?

“—Pues no hay en Chihuahua quién nos haga un altar como yo lo quisiera, pues no tenemos por estos rumbos buenos ebanistas...

“—¿Y éstos, dónde los hay?

“—En Monterrey o en San Luis Potosí.

“—Bueno, eso corre por mi cuenta.

“Y por su cuenta corrió. Le puso al otro día un telegrama a ‘mi padre Urbina’ para que le enviara, pero ya, dos buenos ebanistas.

“¡El oratorio quedó magnífico! Los detalles denunciaban una verdadera obra de arte. Los doce apóstoles estaban superiormente tallados y el Sagrado Corazón de Jesús y la Virgen María, tan cerca a toda hora del ánimo de doña Luz, eran la admiración de cuantos conocían aquel oratorio que estuvo a punto de ser arrasado. Además, tenía un estupendo órgano y una pila bautismal muy artística.

“Cuando doña Luz se ha repuesto de la emoción que le produjo contarnos todo esto, le preguntamos: ¿Y qué se hizo el oratorio?

“La respuesta fue seca, tajante, categórica, mientras en sus ojos claros aparecía un relámpago, mezcla de tristeza y de coraje:

“—¡Se lo robó la gente de Murguía!”.

131.- ¿Y de los elogios a Villa, que usted ha oído o leído, cuál es el más de su agrado?

—Mira nada más qué pregunta tan pendeja. Miles, pero miles y miles de poetas, políticos, escritores, sociólogos, filósofos, periodistas, maestros, líderes obreros, líderes campesinos, estudiantes, etc., han

hecho elogios de Villa. Es imposible siquiera clasificar tanta y tanta frase bonita y yo creo muchísimas de ellas muy justas. Pero hay una frase que dijo el licenciado don Luis Echeverría, cuando todavía era candidato a la Presidencia de la República, precisamente en su visita a La Coyotera, Durango, y que a mí, como juicio histórico, me parece definitiva: “La Revolución no se entiende sin Pancho Villa, ni Villa se entiende sin la Revolución”. Creo que en unas cuantas palabras, hizo un retrato completo, equilibrado, justo de Pancho Villa.

132.- El año pasado apareció un libro sumamente duro en contra de Villa, titulado *Francisco Villa, el quinto jinete del Apocalipsis*, ¿lo leyó usted?

—Míralo, lo tengo en ese estante —y me lo señala—, pero me ha dado repugnancia leerlo. Quisiera que un día me visitara el autor, para comprobarle que todo se le fue en vaciar insultos sobre la memoria de Pancho. Me lo han comentado varios amigos. Leí la presentación periodística que hizo algún diario de la obra. Pero te repito, he sentido repugnancia, sólo de pensar en leerlo.

133.- ¿Cuál era su mejor amiga, doña Luz, antes de 1920?

—Muchas. Pero te diré que aprecié en forma muy grande y muy sincera a Cholita Armendáriz, que fuera secretaria de Pancho, antes de que contrajera matrimonio con el teniente coronel Reynaldo R. Ornelas. Me gustaba platicar mucho con ella y pasábamos muy buenos ratos en “ese oficio”. Había un señor que nos veía charlando muy seguido y alguna vez comentó: —¡Qué no daría yo por saber de que platican doña Luz y Chole! Y es que nos veía encantadas, cuando nos embobábamos en el palique.

Doña Luz, en su libro sobre Villa, describe como éste conoció a mi estimadísima amiga doña Chole Armendáriz viuda de Orduño Luna, quien vive todavía y es sumamente estimada por toda la sociedad chihuahuense que no hace sino reconocerle sus múltiples virtudes:

“Después del triunfo de la Revolución de 1910 y ya radicados en ésta, donde Pancho Villa tenía unos expendios de carne; por asuntos relacionados con su negocio, visitaba con frecuencia la oficina de don Federico Moye, de la que era taquígrafa, la señorita Soledad Armendáriz.

“Una vez que mi marido llegó a la citada oficina, la encontró muy entretenida en recortar de un periódico una fotografía. Se acercó a ella y vio que era un retrato de don Porfirio Díaz.

“—¡Ah! ¿Con qué es usted porfirista?, le dijo Pancho.

“—Coronel —contestó la interpelada—, pues a él debo mi educación y no puedo negarle mi cariño y mi gratitud.

“—Hace usted bien, en ser agradecida. —Y desde aquel día, la denominó Pancho ‘la muchachita porfirista’.

“Cuando entró mi marido aquí, a Chihuahua, una vez pasaba por una calle y al ver que unos de sus oficiales estaban muy entretenidos espionando por una vidriera el interior de una oficina, se acercó también él atraído por la curiosidad, habiendo reconocido en la persona que observaban a la señorita Armendáriz, dio unos golpecitos en la vidriera con el objeto de que volteara, diciéndole:

“—¿Quihúbole muchachita porfirista?

“Ella reconoció inmediatamente a su antiguo amigo, abrió la puerta y Pancho penetró en la oficina diciéndole:

“—¿Qué hace usted aquí?

“—Arreglando esto para irme a mi casa —y mostró unos papeles que tenía entre las manos y agregó—, pues he quedado sin trabajo, pero si usted me quisiera ocupar.

“—Sí —contestó Pancho—, pero eso no será hasta que venga La Güera, para llevármela a mi oficina particular; pero entre tanto yo daré la orden de que le paguen un sueldo.

“Habiendo sido llamada Chole, cuando yo me radiqué en ésta, para empezar su trabajo, le dictaron una carta que era de absoluta reserva, habiéndole llamado Pancho a su presencia para preguntar a Luisito.

“—¿A quién le dictó esta carta?

“—A la señorita Armendáriz.

“Y Pancho, dirigiéndose a ella, le dijo en tono sentencioso: —Ya sabe, muchachita que si algo se sabe la mando fusilar.

“—¿A poco tendría valor?

“—No, muchachita, ya sé que usted es discreta, por algo la traje aquí. Bien conozco sus antecedentes de lealtad, cuando estuvo empleada con don Federico Moye”.

134.-¿Quién fue su mejor amiga, después del asesinato de Villa?

—Ni hablar: la profesora Margarita Hermosillo de Campos, que fue esposa del coronel Campos, quien hace relativamente poco murió. Ella y su inteligente y fina hijita, María Elena Campos, tienen una amistad conmigo muy estrecha. Yo la quiero y la admiro, como lo hacen infinidad de chihuahuenses. Es profesora de canto y de piano y habla inglés y francés bastante bien. Me ha acompañado a todas las ciudades a las que me han invitado a visitar. Va en calidad de secretaria mía. Ahora, dirige con verdadera maestría el coro de la iglesia de San Francisco, en esta ciudad de Chihuahua. Te repito, mi estimación por ella es muy alta.

135.- ¿Cuál considera que ha sido el peor insulto a Pancho Villa?

—Aunque es imposible de imposible contarlos, considero que lo es el libro *Francisco Villa ante la historia*, escrito por Celia Herrera, de la ciudad de Parral. Nunca había de haber olvidado los favores que recibió su señor padre de Pancho, mi marido. Creo que la cegó la pasión cuando escribió ese libro, si es que en verdad ella lo hizo, pues yo tengo mis dudas.

136.- ¿Rezaba usted mucho por Villa y a quién lo hacía, a Dios, a la Virgen o a qué santo?

—Siempre recé por él. Y más claro: siempre rezo. Desde que lo asesinaron, antes de levantarme, todos los días, sin fallar, rezo un rosario por el alma de Pancho y por los que iban con él cuando lo mataron. Jamás he dejado de llevar a cabo esa devoción. Es más, cuando he viajado en avión, en tren, en barco, he estado pendiente de hacer esas oraciones. Ahora te diré una cosa:

Tengo la impresión, completamente cierta, de que Pancho está cerca de mí cuidándome. Muy seguido yo lo invoco. Verás, alguna vez en Cuba, unas amigas mías muy estimadas, entre ellas Maybal Silva, iban a un centro espiritista y siempre me venían con que les decían “purititas verdades”. Una tarde yo también me animé a asistir a esas sesiones. Naturalmente que le pedí a la médium o a la encargada de aquel estudio, que me comunicara con Pancho. Sí, me contestó, después de un buen rato de espera, me dijo que era imposible, que andaba mucho

muy lejos y que tenía que atravesar por mucha, pero por mucha agua; que además, Pancho andaba sumamente ocupado y que siempre andaba a caballo. Me preguntó entonces si quería que me pasara un mensaje y la médium, al decirle que sí, me lo comunicó: “Que siempre me cuidaría y que siempre, pero siempre, tuviera en mi cabecera un vaso con agua”. Y desde entonces, tengo la costumbre de poner un vaso con agua lo más pura posible, cerca de donde duermo. ¡Yo tengo la perfecta, la absoluta seguridad, de que la sombra de Pancho eternamente me está cuidando!

137.- ¿Cree usted que era sincero Villa cuando decía que ya estaba en paz en su retiro de Canutillo?

—Tengo la seguridad de que sí estaba completamente tranquilo. Hay muchas cosas que hacen pensar así. Infinidad de veces me lo contó y se lo dijo a otras personas: —Yo lo que quiero es estar ya en paz. Yo sí pienso que ya no quería intervenir en política. Cuando Obregón le hizo una invitación para que lo ayudara en su campaña de reelección, Pancho le contestó con energía: —Siento mucho no poder acompañarlo. Los dos peleamos por la no reelección y usted quiere ser presidente dos veces. Yo ya no quiero nada con la política. Ahora que te diré que sin duda Obregón pensó que si no estaba con él, era porque estaba contra él.

138.- ¿Conoció usted al coronel don Cruz Villalba?

—Cómo no. Tengo el mejor recuerdo del coronel. Era un hombre de ideas nobles y limpias, de mucha lealtad. Me visitaba de cuando en cuando. Tuve oportunidad de ayudarlo en su campaña para gobernador del estado, pues te recordarás que jugó en compañía del general Almazán, cuando éste se postuló como candidato a la Presidencia de la República. Don Cruz, materialmente barrió con los votos. Creo que cuando menos votaron por él, el ochenta por ciento de los chihuahuenses. Luego vino el fraude fenomenal, increíble, burdo, pero ya ése es otro cantar. La mujer de don Cruz muy seguido me hablaba por teléfono o venía a platicar conmigo.

139.- ¿Quién le entregó a usted el carro Dodge que manejaba Villa, cuando fue acribillado a balazos en Hidalgo del Parral?

—Verás tú, esa es una cosa muy interesante. El carro lo escondió un tal Pablo Murguía, que trabajaba en el garage de don Enrique Calderón y que trató de sacarme nada menos que cuatro mil pesos por él. Yo le hablé a mi amigo Calderón al garage Latino y le pregunté: —Oye, qué clase de gente es tu empleado. Y le platicué el asunto con toda clase de pormenores. Pasaron algunas semanas o meses y un día llegó a mi casa un señor que me dijo había sido el albañil que había construido una tapia o pared para que no encontrara nadie “el carro de Villa”. Este señor me pidió cuatrocientos pesos, por decirme dónde estaba. Me dijo que si le daba ese dinero me llevaba al escondite. Se los di de inmediato y me puse al habla con el entonces gobernador del estado, general Rodrigo M. Quevedo: —Mire, doña Luz, me dijo, déle el dinero que pide el albañil y yo voy a mandar recoger el carro a Parral. En el acto cumplió su palabra. Lo trajeron en una troca. Y mi amigo, Chava Valdés, fue el encargado de entregarme el carro, que ahora es una verdadera reliquia histórica. En ese entonces, era recaudador de rentas en Hidalgo del Parral, Alfredo Chávez.

140.- ¿Qué objeto personal de Villa es el que más aprecia usted?

—Algunos. Pero en especial un Pendantif que usaba Pancho como leontina. Es mejor dicho un guardapelo, en que están los retratos de él, de nuestra hijita Luz Elena y mío. Esos retratos, siempre los trajo consigo Pancho. Sí, veo que te sonríes maliciosamente, porque sin duda estás pensando que tengo pocos objetos personales de mi marido. Efectivamente, así es. Al venirme de Canutillo, ya te lo dije antes, Pancho no quiso que me trajera sino mi ropa. Yo dejé en varias petaquillas, cerradas con llave, todas mis pertenencias y algunas de él. Entre éstas se quedó un cajón muy grande en el que había muchas pinturas que yo hice, durante los cinco años que estuve fuera de mi patria, sobre todo cuando residí en La Habana. Esas pinturas las hice bajo la dirección de la señora Carmen R. Maribona, mi maestra, que había nacido en Caracas. También se quedaron algunos juegos de recámara hechos de pintura; éstos ejecutados bajo la dirección de otra profesora querida, la señora Ballot, de origen francés.

141.- ¿De los hijos de Villa que usted conoce, cuál es realmente el que en lo físico tiene más parecido con El Centauro?

—Indiscutiblemente que Aguedo. ¡Tiene la mismísima cara de Pancho! No solamente yo lo digo, sino muchas personas. Por ejemplo, varias veces me comentó esto Nicolás Fernández, quien murió en Gómez Palacio hace unos meses y que fue uno de los generales que más cerca anduvo de Pancho.

Son algunos autores los que han descrito a Villa. Para algunas personas que conocieron de cerca al general Francisco Villa, es muy buena la descripción que de él hace, el ingeniero y general Federico Cervantes M., en su muy bien documentado libro *Francisco Villa y la Revolución*:

“Como descendiente de Vascos, Villa era corpulento, blanca su epidermis, redonda su cabeza (braquicéfalo). Su pelo era castaño ondulado que habitualmente le caía con descuido sobre una frente bombeada y amplia. Sus cejas eran regulares y bien formadas. Sus ojos cafés, tenían una rara expresión: grandes y boludos, como de dominio o de reto, casi de fiereza cuando se irritaba; pues entonces, inyectados, los abría desmesuradamente en forma amenazadora; en cambio, acostumbrados a soportar la luz intensa del sol y a escudriñar el horizonte hasta de noche, o a leer en los rostros ajenos la actitud o el pensamiento, cuando hablaba afablemente o reía, casi los cerraba, frunciendo el seño. Su nariz era recta y poco prominente; su boca era grande, con un bigote caído a los lados; su mentón era de barba partida. Alto de cuerpo, esbelto y bien conformado, con pecho atlético, brazos fuertes y largos terminados por manos afiladas y ágiles, capaces de cualquier manobra de fuerza, como lazar, derribar un potro o res, herrar, manejar armas y cabalgaduras con vigor y destreza”.

Francisco Ramírez Plancarte, de acuerdo con la afirmación que al respecto ha hecho Víctor Ceja Reyes, en su obra *Yo maté a Villa*, hace esta descripción de Villa:

“Era de una estatura más bien alta que mediana, de compleción fuerte y robusta; de color rojizo-requemado; pelo ensortijado; frente ancha con ligeras entradas; cejas pobladas; ojos claros pequeños, con

redes venosas rojizas en las conjuntivas, perspicaces, en continuo y rápido movimiento y de fascinante y dura mirada; nariz pequeña un poco afilada; bigote abundante, ligeramente rizado; boca tosca, prognática, de labios sensuales; mentón pronunciado; maxilares fuertes; orejas regulares, mofletudo y de cuello corto. Su aspecto general, era de un hombre enérgico, imponente y fiero”.

Conozcamos ahora una rara versión que nos da —así lo dice Armando María de Campos en su obra *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana*— la famosa actriz María Teresa Montoya, en su libro inédito *Mi vida en el teatro*:

“No paré en el hotel (está en Hidalgo del Parral) sino en casa de una familia de allí, que alquilaba un departamento muy confortable. Estaba yo con la familia en la sala, cuando una de las muchachas me dijo:

—¡Va a tener la oportunidad de conocer al general Villa!

—¿A Pancho Villa? —pregunté.

—Sí, ya nos avisó que viene a comer. Siempre que viene a Parral, de su hacienda Canutillo, aquí come, pues es muy desconfiado para la comida.

Me moría de curiosidad. En esa época decir ¡Pancho Villa! era algo horrible, terrible. Se contaban cosas monstruosas de él.

Como a las dos de la tarde se oyó que llegaba mucha gente, y en seguida pensé: Debe ser él. Al poco rato fue a mi cuarto y me dijo:

—Venga, María Teresa. El general está en la sala...

Fui con gran interés y no lo niego, con mucho temor. La señora de la casa, al verme entrar, le dijo al general Villa:

—Mi general, le presento a la señora Montoya, una gran artista que está aquí trabajando y tiene mucho éxito.

“Se levantó. Qué alto, qué corpulencia de hombre. El pelo rubio, entrecano, rizado; unos ojos verdes; la mirada, penetrante a pesar de que los ojos eran chicos. Daba la impresión de tímido. Se puso a darle vueltas con las manos a su sombrero texano. Yo por congraciarme y hacerme simpática, le digo:

—A ver, mi general, si tengo la suerte de que usted vaya esta noche al teatro.

“Él, siempre dándole vueltas al sombrero, me dijo:

—Pues, la verdad, le diré, señorita, no se si podré. Pero y pues, la verdad, ya he visto mucho bueno, y como me levanto muy temprano ia lo mejor me duermo!

—Y se rió. Yo me le quedé mirando. Me pareció tan ingenuo, que pensé: ¿Es posible que este hombre sea tan sanguinario como dicen? ¡Si parece que no rompe un plato!”.

142.- ¿Qué calibre de pistola le gustaba usar más a Villa?

—Cuarenta y cuatro.

143.- ¿Que hay de que Villa era muy llorón?

—Una leyenda más o una estupidez más de las muchas que le cuelgan a Villa los malvados o los ignorantes ¡Tanto han usado esa mentira para denigrarlo! Era sentimental, que es cosa distinta, como lo soy yo.

144.- ¿Tenía algún sitio preferido Villa, para descansar?

—Preferido, preferido, no lo tenía. Se ha dicho mucho que se refugiaba en Valle de Allende, Chihuahua, otros hablan de puntos pintorescos e intrincados de la sierra, pero es fantasía todo eso. Íbamos seguido a la boquilla de Villa, que está rumbo a Cuauhtémoc. Uno de sus entretenimientos predilectos, cuando estábamos allá y claro si era la temporada, era tatamar elotes. Le gustaba mucho hacer eso.

145.- ¿Con cuáles gobernadores de nuestro estado, del año de 1920 a la fecha, la ha llevado mejor usted?

—Indiscutiblemente que con don Fernando Orozco, que fue mi amigo íntimo. Nunca me negó nada de lo que le pedí. Fue sumamente atento. También con el general Rodrigo M. Quevedo, quien tuvo muchas gentilezas para conmigo. Y luego, con el licenciado Óscar Soto Máñez, quien siempre me distinguió, no solamente cuando llevó las riendas del estado, sino desde que desempeñó el cargo de procurador de justicia. Sigo llevando con él una buena amistad.

Es oportuno hacer la siguiente aclaración: Fernando Orozco E., originario del pueblo de Santo Tomás, gobernó del 18 de mayo de 1927 al 3 de octubre de 1928.

El general Rodrigo M. Quevedo, estuvo al frente del Gobierno del 4 de octubre de 1932, al 3 de octubre de 1936.

El señor licenciado Óscar Soto Máynez, ejerció el Gobierno del 4 de octubre de 1950 al 9 de agosto de 1955.

Me despido de doña Luz, completamente satisfecho. Hoy ha sido un día estupendo, porque las visitas empezaron a llegar ya muy entrada la mañana, y con toda calma, fueron brotando preguntas y respuestas.

DÍA SEIS DE NOVIEMBRE

Llego a casa de mi amiga, doña Luz. La conversación está en grande. Hay gritos, manoteos, intervenciones muy “calientes”. No podía ser de otra manera, pues se está comentando el gravísimo problema del alto costo de la vida. Y claro se habla de los sufrimientos del pueblo que no alcanza ni para malvivir. Cuando la “conversa” está al rojo blanco, sale doña Luz rumbo a la primera sala del museo. Instantes después vuelve con un “cuadrito” que copio textualmente:

EXÍJASE LA TARIFA

De precios de carnes, a que deberán sujetarse todos los despachos de esta Capital, hasta nueva orden:

Pulpa de primera clase 0.35% el kilo

Pulpa de Segunda clase 0.30% el kilo

Los tablajeros que alteren los precios serán castigados severamente de acuerdo con el Jefe de la División del Norte, C. General Francisco Villa. Chihuahua, Chih., Agosto 7 de 1914, Coronel Reynaldo Ornelas, Presidente Municipal.

Brota —no era posible otra cosa— el comentario obligado: Villa, dígame lo que se diga, buscaba, por todos los caminos, el bien de los de abajo, pues se sentía parte de ellos. Los desarrapados, los golpeados por el infortunio eran comprendidos y estimados por él. Y hay que agregar algo muy importante al aviso que hemos transcrito: La primera vez que se desobedecían las órdenes de dar a precios bajos los artículos de primera necesidad, los infractores recibían un castigo ejemplar. La segunda vez, eran pasados por las armas.

Cuando escribimos estas páginas el problema de la subsistencia es angustiioso, dramático. No hay día en que no suban los artículos de primera necesidad, al grado de que éstos andan en la estratósfera. ¡Y cuántas veces hemos oído a prietos y a blancos, a chapos y a altos, a inteligentes y a lerdos, a incultos y a inteligentes, estas ocho palabras reveladoras “de lo que llevan dentro”: ¡Qué lástima que no aparezca un Pancho Villa!

146.- ¿Fue dueño alguna vez Villa del importante periódico “The Paso Morning Times”, como lo afirma categóricamente el autor de *Francisco Villa, el quinto jinete del Apocalipsis*?

—Pero, ¿eso dice el pendejo ese? ¡Con qué facilidad se puede hablar nada más por hablar! ¿Qué papeles tiene ese tipo para hacer una afirmación tan categórica como estúpida? ¡Ya me imagino a los gringos, permitiendo que Villa dispusiera a su antojo de una publicación tan importante! Creo que para escribir seriamente, todo escritor tiene la obligación de documentarse debidamente, porque si no, lleva el riesgo de que lo maltrate cualquiera que sí conozca datos fidedignos. ¿No tiene miedo ese tipo de que le pase esto con alguno de los hijos de Pancho, o con alguno de los admiradores acérrimos, que todavía los tiene por centenares?

147.- ¿Que opina usted de lo que dice ese mismo autor, relacionado con que Villa sentía un gran complejo de inferioridad ante Pascual Orozco?

—Que definitivamente está loco ese tipo o miente a sabiendas. Es facilísimo contestarle. Se puede hacer con sólo dos preguntas, ambas muy simples: ¿En qué quedó Orozco? ¿Pero de qué demonios podía tenerle envidia Pancho? Pascual le rogó mucho, en distintas ocasiones, por diversos conductos, en forma constante con recados para que Pancho se le uniera. Ya te conté alguna anécdota relacionada con eso, del profesor Braulio Hernández. La afirmación de que mi marido se sentía acomplejado ante Orozco, es sencillamente ridícula.

148.- Según el mismo autor, “existen informes perfectamente confirmados del agente americano de la Casa Blanca, W. V. Pettit, relativos a las gestiones de Francisco Villa por medio de sus representantes, de

vender Baja California a los Estados Unidos, a cambio del reconocimiento (en 1915) por éste, para ser presidente de México, o en su caso, Felipe Ángeles. ¿Qué opina de todo esto?

—Nunca, jamás, tuvo Villa esa pretensión. De modo que ese dicho solamente se presta para que pueda carcajearse a su gusto la gente sensata. Fíjate tú que distancia de la realidad de lo que pensaba Pancho a lo que dice ese “chiflado”. Una vez, Mr. Duval West, delante del traductor de Pancho que era un señor Darío Silva, creo que fue en el año de 1914, le trajo un recado de Wilson: que ya se dejara por la paz el problema de “El Chamizal” y no sé que proposiciones le hacían, para saldar definitivamente el problema. Entonces Pancho, le contestó y lo digo con orgullo, como lo hubiera hecho el más avezado de los embajadores: —Dígale usted a Wilson, que Pancho Villa es de México, pero que México no es de Pancho Villa.

149.- ¿Es cierta la afirmación de que en el año de 1914, Villa extrajo de uno de los pilares de fierro vaciado —lo cuenta el Profesor Ángel Rivas López en su libro *El verdadero Pancho Villa*— del Banco Minero, un millón de pesos en oro?

—Es verdad, lo de la extracción, pero no está completo el relato. Efectivamente, sí se encontró ese tesoro. Denunció el escondite el mismo empleado que se había encargado de hacerlo. Entonces Pancho, mandó que se investigara el caso y salió el orito. Pero inmediatamente ordenó a don Silvestre Terrazas, que era un hombre de integridad comprobada, y al tesorero general del estado, don Sebastián Vargas, que se inventariara ese hallazgo, asistiendo dos o tres testigos. Luego se pasó todo a la tesorería. Por cierto que sin pérdida de tiempo se empezaron a hacer pagos: me recuerdo muy bien que a “La Popular” de El Paso, Texas, se le liquidaron ochenta mil dólares que se le estaban adeudando.

150.- El ingeniero R. Gómez en su libro *Pancho Villa, un intento de semblanza* dice que El Centauro “no hizo tanta historia, con mayúscula, pero sí creó leyenda”. ¿Qué opina usted?

—Mira, no voy a contestar nada. De eso se encarga el licenciado Echeverría, con su discurso en La Coyotera, Durango. ¿O lo quieres más claro?

El ingeniero Marte R. Gómez, en su breve libro, de ochenta y cinco páginas, y quien cuantas veces puede, resta cuadritos y gloria al recuerdo de Villa, que no desperdicia por cierto, pues se los agrega a las hazañas de Carranza y de Obregón, hace esta contundente afirmación:

“Auténtico rayo de la guerra (Villa), Centauro indomable, devorador de distancias, en galopes que pregonaba a fábula, dejando abandonada la caballada cansada, para montar bestias de refresco, Villa aparecía y desaparecía donde menos se le esperaba, mantenía alerta guarniciones que aun así eran sorprendidas, causaba destrozos que cuesta trabajo imaginar. Fue la época, en que según se dice, con candor no carente de gracia, algún jefe rindió parte de novedades diciendo: “Tengo el honor de informarle a la superioridad, que Villa está en todas partes y en ninguna de ellas a la vez”.

151.- ¿Puede usted decirnos, doña Luz, que eran en realidad los Dorados”?

—“Los Dorados de Pancho Villa”, era el nombre completo de ese grupo, que formaba la escolta personal de mi esposo. Se dice por todos lados que eran cientos y cientos los revolucionarios que la formaban. No es verdad:

Serían alrededor de doscientos hombres eso sí, muy valientes y muy decididos, los que componían ese grupo, al que Villa admiraba y quería en alto grado. Mira, allí junto a ese reloj, está un buen retrato de ellos. Pancho está en medio, por cierto que entre ellos figura un Julián Escárcega, que a lo mejor es pariente tuyo, pues en San Andrés había unas personas de ese apellido con los que Pancho llevaba una amistad muy fuerte. Bueno, yo estimé bastante al que siempre fue el jefe, a don Jesús María Ríos, que era originario de Bachíniva. Por cierto que hace poco murió en Madera, Chihuahua. Rico era muy amigo del famoso doctor Chavira de ese mismo pueblo. ¡Y ahora que me estoy acordando, la esposa de Chavira me ofreció un rifle que era de Rico y nunca me lo trajo! ¿Que por qué los llamaban Dorados? Corren fábulas y consejas de todos colores y tamaños al respecto. La verdad es muy sencilla: Villa los traía uniformados con vestidos hechos de una preciosa tela dorada, al parecer una gabardina finísima y además traían en el sombrero una plaquita, también dorada, en la que se decía que pertenecían

a la escolta del jefe de la División del Norte. ¡Lo demás que pueda decirse, son puros cuentos!

Hacemos un paréntesis en el cuestionario que estamos formulando a doña Luz, para dar tres versiones que hemos encontrado sobre esa famosa escolta:

Primera. El profesor Ángel Rivas López, afirma: “Legendaria escolta personal del general Francisco Villa, recibió el nombre, del color del uniforme amarillo de paño fino, que usaron a partir de la toma por sorpresa de Ciudad Juárez, en noviembre de 1915”. Dice el general de división Nicolás Fernández: “Compré en El Paso, Texas, por órdenes del general Villa, diez mil uniformes color amarillo, mil de ellos de finísimo paño para la escolta y el resto de kaki para los hombres de las brigadas. La escolta se componía en total de quinientos hombres, seleccionados por el general Villa, entre los más jóvenes, fuertes y valientes, verdaderos centauros que hacían estremecer de pavor a los pacíficos ciudadanos de la población civil, lo mismo que a los componentes de los diversos cuerpos que formaban la famosa división”.

Segunda. La versión del inigualado historiador chihuahuense profesor Francisco R. Almada es esta: “Estaba formada (esa escolta) por soldados seleccionados y se llamó primitivamente ‘Cuerpo de policía rural’, bajo el mando del coronel Manuel Baca Valles. Después tomaron la denominación de ‘Dorados’, por una placa dorada que estos hombres traían colocada en el frente del sombrero texano con la siguiente leyenda: del general en jefe de la División del Norte”.

Tercera. El ingeniero y general Federico Cervantes, en su notable libro *Francisco Villa y la Revolución*, da una versión que al parecer está completamente “fuera de onda”:

“Villa fue formando una escolta personal que al principio se compuso de jóvenes nortños, vigorosos y resueltos de tez blanca y pelo rubio, quemados por el sol y que, por su aspecto, fueron llamados ‘Los Dorados’. Dicha escolta fue engrosando con hombres de todas procedencias y de distinto grado de educación, que Villa iba acogiendo según su criterio personal. Tenían fama por su arrojo y valentía y aunque pudiera suceder que entre ellos hubiese algunos que carecieran de valor y arrojo, el medio los estimulaba, contagiándolos de tal manera, que para cualquiera de ellos habría sido peor que la muerte, el que

siquiera se sospechara que no estaban a la altura de su jefe, por quien gustosos ofrendarían la vida”.

Lo que es indiscutible es que el bautizo de “Los Dorados”, fue del pueblo.

Y ahora que hemos evocado la figura del general Nicolás Fernández, es oportuno recordar un pasaje de su vida, que creo es muy poco conocido:

“Cuando el tremendo, el dramático problema religioso en nuestro país, Fernández que siempre fue un anticomunista decidido, se presentó a una reunión de la Liga Nacional defensora de la libertad religiosa, que en esa época capitaneaba el licenciado Rafael Ceniceros y Villarreal, para decir —todo esto nos lo cuenta Antonio Rius Facius, en su interesante libro *Méjico cristero*— que ya era hora de cambiar los argumentos verbales por los más convincentes de las armas. Y lleno de bríos afirmó: “Si la liga quiere ayudarnos y dirigirnos en esta gloriosa empresa, estamos a sus órdenes; si no puede o no quiere, nosotros la emprenderemos por nuestra propia cuenta y bajo nuestra responsabilidad”.

Al preguntársele con que medios contaba dijo categóricamente: “Con ochocientos hombres, algunas armas de las que Pancho Villa dejó ocultas en la sierra y la colaboración de algunos de sus famosos Dorados”.

Por otro lado, sí ha de haber quedado muy grabada en la mente del general Nicolás Fernández aquellas inolvidables hazañas de los Dorados, porque durante el régimen cardenista, cuando el señor licenciado Lombardo Toledano, estaba en su plenitud como influyente de nuestra política y pregonaba, estimulado por el propio Gobierno, la doctrina comunista, el antiguo general villista, en compañía de otro leal de Villa, el licenciado Roque González Garza, iniciaron o formaron un partido político llamado Asociación Revolucionaria Mexicanista, usando la mayor parte de sus afiliados camisas color oro.

Lo comentado por el general Nicolás Fernández, con relación a la vestimenta villista, es una verdad de arropa. El Centauro gastaba cantidades sumamente importantes en ajuarear a su gente: “De acuerdo con los informes —dice un periódico americano de la época— las tro-

pas de Villa lejos de estar desarrapadas, como las que han sido vistas en la frontera y en las tropas huertistas, cerca de Veracruz, han sido recientemente vestidas con uniformes modernos, ropa interior, calcetines y zapatos. Parecen aristocráticos en apariencia, comparados con aquellos del ejército federal y de otras fuerzas”.

152.- ¿Desde cuando “pendejea” usted a los que conversan con usted, doña Luz?

(Mi amiga suelta tal carcajada, tan estrepitosa, alegre y contagiosa, que sin duda se oyó en San Andrés, la tierra de La Mera Mera).

—¡No lo sé! Hace ya tantos años, que lo mismo te podría decir que cincuenta o sesenta y cinco. Pero quiero hacerte una aclaración que considero muy importante. Esa palabra que a muchos les parece sabrosa, a otros mexicanísima y a otros ofensiva, la uso en dos formas completamente distintas: unas veces con cariño; otras con coraje. Es decir, según el tono de voz y sea a quien vayan dirigido el adjetivo. Por ejemplo, cuando digo “el pendejo de Alemán”, lo hago con cierto afecto. Cuando digo “el pendejo de Cárdenas” lo hago con cierto coraje o resentimiento, porque el “rajado” me prometió algunas cosas y nunca me las cumplió. ¿Quedó bien claro lo de la palabrita?

153.- ¿Alguna vez ha pertenecido usted al PRI y de no haber sido así, cuál es la razón?

—La pregunta está medio difícil de contestar. Pero trataré de complacerle: en alguna ocasión me visitó mi amigo el señor licenciado Saúl González Herrera y me invitaba a que les “ayudara” no sé a qué campaña presidencial. Me proponía darme un sueldito de mil pesos mensuales. Yo me reí para mis adentros diciéndome: “Pero si mil pesos yo los doy mensualmente a personas necesitadas”. No le comenté naturalmente nada de esto. Le dije que era mucho trabajo andar arreglándome y peinándome en peinado todos los días para acompañarlos. Eso sí, le comenté que en mi casa, sin preocupaciones, yo tenía entradas muy superiores a lo que se me ofrecía y sobre todo, le subrayé que a mí me gustaba echar madres, no que me las echaran. ¡Qué iba yo a andar

en esos trotes, donde todo se reduce a ofrecimientos bonitos al pueblo y luego se burlan los políticos, descaradamente de sus promesas! Fíjate: en alguna ocasión en la Ciudad de México, fui a un mitin de un amigo mío que jugaba para diputado federal. Cuando llegamos a donde había cientos o posiblemente miles de gentes, me presentó así.: “¿A qué no se imaginan quién viene conmigo? Pues nada menos que la viuda del general Francisco Villa”. Luego me pidió que tomara la palabra. ¡Y cómo no iba a aprovechar la ocasión para hablar de Pancho! Les eché un *speech* más o menos largo, pero insistiendo en que Villa sí sentía las carencias de la clase pobre y que nunca hacía promesas de ayudar, sino que simplemente hacía las cosas que beneficiaban al hombre humilde.

Pasaron los meses. Me volví a encontrar al político y le pregunté: —¿Qué has hecho por las pobres mujeres de tu distrito, para que ya no tengan sus hijos en el suelo? Ahora que ya eres diputado espero que habrás cumplido todas las promesas que hiciste como candidato. —Doña Luz —me contestó el muy cínico—, esas promesas son electorales, luego que pasa la elección, se acabaron, junto con la campaña. Entonces yo hice esta reflexión: verdaderamente el pueblo tiene toda la razón del mundo, cuando le echa pestes a esta clase de políticos malditos.

Mientras doña Luz descansa un poco de la “faena” de este día, recorde aquella afirmación que Vasconcelos hace en *El proconsulado*: “Consolador fue también mi recorrido por la sierra (se refiere a Chihuahua) donde, gracias a los ferrocarrileros y a doña Luz Corral Viuda de Villa, hicimos amigos y concertamos abrazos”.

154.- Volvamos al libro de Rodrigo Alonso Cortés. ¿Qué le contestaría usted, si lo oyera decir —lo dice en su obra— que Villa nunca fue valiente y que, por el contrario, era un cobarde y que lo aterraba el espectro de la muerte?

—¡Válgame Dios! ¿Pero cómo es posible que ese sujeto diga tanta estupidez? ¿Qué no era valiente? ¿Y la toma de Juárez? ¿Y Tierra Blanca? ¿Y Zacatecas? Eso por poner nada más tres ejemplos. ¿Qué no sabe el pobre diablo ese, que Villa con su inaudito valor ha inspirado a infi-

nidad de escritores de altos vuelos y a magníficos poetas? Si no hubiera sido temerario, valeroso, etc., ¿cómo lo siguieron gentes como Ángeles? ¿No derrotó Pancho a señores generales, a base de intrepidez indescriptible? La valentía de Villa la reconoció y la reconoce todo el mundo: ¡hasta en Rusia! ¿O por qué en aquellas lejanas tierras, no hay granjas que, por ejemplo, se llamen Orozco, Carranza u Obregón? Y señalo estos tres hombres, porque según parece para el autor que me citaste, solamente estos son denodados y valientes. Ahora, eso de que Pancho le tenía miedo a la muerte, ¿puede tenérsela quien todos los días se jugaba la vida? Decididamente, se necesita mucho, pero mucho valor, o mucha desfachatez, para negar que Villa tenía la valentía como una de sus más sobresalientes características. ¡Que lo ataquen por otros motivos, pasa, pero no con argumentos tan idiotas!

155.- ¿Le compró Villa al famoso minero parralense, don Pedro Alvarado, el hotel Hidalgo, o éste se lo regaló, como asegura algún autor?

—Don Pedro, a quien quería mucho Pancho, no sé por qué causas, andaba muy apurado en el aspecto económico en aquel tiempo en que sucedió lo del hotel Hidalgo. Y te digo que andaba escaso de dinero, porque era fama, y todos sabían que además era la verdad, que tenía joyas finísimas y de altísimo valor y en cantidades muy grandes. Pero el caso es que ese edificio estaba empeñado en la cantidad de veinticinco mil pesos, a un señor... no me acuerdo ahora el nombre. Don Pedro le contó a Pancho ese problema y platicaron mucho sobre él. Entonces mi marido pagó los veinticinco mil pesos de deuda y le dio alguna otra cantidad, creo que fuerte, a don Pedro. Fue una transacción comercial, completamente en orden. Las escrituras, la extendió el señor licenciado Ramón Gómez Salas, notario público No. 3, del Distrito Hidalgo en la época de la venta, por cierto, un hombre de intachable honradez y que fue gobernador del estado, por corto tiempo, en el año de 1918.

156.- Seguimos con Alonso Cortés. ¿Qué le contestaría, si lo tuviera delante de usted y afirmara, como lo hace en su libro que usted es “museóloga y novelista” y que ha relatado a la prensa internacional que los idilios de Villa, comenzaban con una pistola puesta sobre el pecho de las mujeres?

—¡Lo que le contestaría no puedes publicarlo! Bueno, ¡pero eso dice ese tal? Bueno, le diría: es usted un hablador y un soflamero. Porque yo, Luz Corral, me casé por la iglesia y por lo civil, sin presión alguna. ¿Pues qué andará ese escritor mal de la cabeza? ¿Qué habrá escrito su libro solamente para quedar bien con los enemigos acérrimos de Pancho? Las mujeres que se fueron con Villa, o que vivieron con él, o simplemente que sostuvieron relaciones con quien era todo un hombre, lo hicieron por una sencilla razón: Por su meritito gusto.

Cuando me despidió de La Mera Mera de Pancho Villa, siento que le he dejado un amargo sabor de boca, porque hubo algunas preguntas hoy capaces de hacer estallar a cualquiera.

DÍA SIETE DE NOVIEMBRE

Cuando llego al Museo de Villa, encuentro a doña Luz, muy fresca y muy sonriente “esperando a los gringos”. Apenas la saludo y le disparo “la primera de la tarde”:

157.- ¿Le han tratado, alguna vez, de comprar el carro Dodge en que asesinaron a Villa y en cuánto?

—Muchas veces han tratado de hacerlo. He recibido algunas ofertas tentadoras. En algunas ocasiones simplemente me han insistido en que lo venda; pero siempre han encontrado en mí la mismísima respuesta: ¡A ningún precio! Por ejemplo, un americano, cuyo nombre se me ha escapado de la memoria, me hizo esta proposición en firme: —Luz, le doy a usted veinticinco mil dólares por el carro de Villa y además le regalo un automóvil del último modelo. Rechacé el ofrecimiento. Este carro constituye un verdadero atractivo para el turismo extranjero y nacional. Porque ni tú ni nadie podrán negar que es un estupendo documento histórico. Lo he exhibido en algunos lugares fuera del país, por ejemplo en San Francisco, California. Alguna vez, me hicieron que lo llevara a Ciudad Juárez, pero ahí no dio resultado la exhibición, pues con mucho, pero con mucho, lo visitan más turistas en esta casa que en cualquier lugar que se considere atractivo, desde el punto de vista turístico de los que tienen fama en la frontera.

Aprovechando la llegada de un grupo al que le tiene que hacer doña Luz, los honores de “la última explicación” de la visita al museo y voy —por enésima vez— al patio de la casa, donde, en un cuartito con vidrieras, se exhibe el famoso “Dodge” testigo mudo del terrible asesinato de 1923.

Voy a “chechar” el inventario de balazos que hizo algún escritor chihuahuense:

Presenta veintitrés impactos.

Once, en la parte trasera...

Cuatro, en la parte trasera derecha...

Dos, en la parte delantera derecha...

Dos más, en la parte derecha en la carrocería...

Tres, en la salpicadera derecha donde iba Rosalío Rosales...

Uno, en la carrocería por la parte izquierda...

Además fueron disparados cuarenta y seis balazos a Villa y a su gente, más las balas perdidas. Todo esto sumaron los casi cien casquillos de rifle, recogidos en los cuartos donde estaban los asesinos...

Mi cuenta salió un poquito más alta: ¡Conté veinticuatro impactos!

158.- ¿Simpatizó usted alguna vez con Acción Nacional, o simpatiza?

—No tengo por qué no simpatizar. Hay algunos de sus miembros que son muy estimados por mí. Ahora que, cuando el almazanismo, trabajamos juntos, porque ellos sostuvieron esa candidatura y unidos, dimos algunas muy buenas batallas.

159- ¿Es verdad, que con todo descaro, el señor Lázaro Cárdenas, siendo presidente de México, le dijo a usted y a otras personas, que de todas formas el siguiente presidente sería don Manuel Ávila Camacho?

—Efectivamente, así fue. ¡Ni qué, así fue! Me acompañaban algunas personas de significación política, cuando lo entrevistamos y textualmente nos dijo: —El Presidente será el general Manuel Ávila Camacho, aunque sólo tenga un voto! ¡Mira nada más, que desvergüenza tan colossal!

160.- ¿Por qué fue usted tan decididamente almazanista?

—Porque representaba todo lo que iba en contra del rojismo, es decir, del comunismo. Además, estaban con él, gente significadísima

como revolucionaria auténtica. Muchísimos villistas lo siguieron, porque no querían que pudiera implantarse en México la rojería. Por ejemplo mi amigo el general Ramón Iturbe. También muchas mujeres muy distinguidas y de ideas revolucionarias lo siguieron, como por ejemplo, doña María Fierro de Moreno, que en alguna ocasión fue secretaria del licenciado Díaz Lombardo y que en la época de Almazán trabajaba en el departamento de tránsito del Distrito Federal.

Doña Luz se queda pensando un minuto. Está “juntando” recuerdos. Sigue:

—¿Cómo no iba a estar con el general Juan Andrew Almazán, si siempre me ha chocado la imposición? Bueno, verás tú. Había un motivo también muy fuerte por el que, como tú dices, fui “decididamente almazanista”. ¡Por una mujer odiosa y ladrona que se llamaba Josefina Cárdenas, hermana del presidente! ¡Si hubieras visto tú que forma de explotar a la pobre gente, a la sombra de su influencia familiar! Yo viví cerca de la casa de ella, pues nuestras casas estaban enfrente de donde vivía el marqués de Guadalupe, claro que te estoy hablando del Distrito Federal. Mira, una vez, llegaron unos amigos míos, apellidados Martínez del Campo, buscándola. Yo me hice guaje como que no la conocía y les pregunté a mi vez: —¿Pues quién vive en esa casa, que viene tanta gente? Ellos me respondieron: —¡Qué bárbara, doña Luz, cómo no va a saber usted que allí vive dona Josefina Cárdenas, hermana del señor presidente! Nosotros tenemos que traerle cada tantos días, un buen fajo de billetes, porque dada su influencia, podemos vender nuestra loza a determinados hospitales, a casas de asistencia del Gobierno y a otros grupos por el estilo.

Yo me quedé con la boca abierta. Pero eso no era todo. Uno de ellos me confesó: —¿Ve aquél amigo que está tirado allí? Pues es el chofer de tal departamento y tiene que entregarle a doña Josefina, la mitad de su sueldo. Y así, poco a poco, fui sabiendo “periquitos” de esa vieja estafadora. Pero espérate, me estoy acordando de otro botoncito.

Llegó un día conmigo, un chihuahuense que había trabajado mucho tiempo en el Gobierno del ingeniero Andrés Ortiz. Me dijo: —Vengo, doña Luz, a platicarle algo increíble que me acaba de pasar: tenemos una empleada muy buena gente, muy decentita, que tiene a su madre

enferma desde hace tiempo. Es taquimecanógrafa y es tan abnegada, que después de que sale cansadísima de su trabajo, va a cuidar con toda solicitud a su mamacita. Pues bien, vengo de Pensiones y mire, aquí traigo los papeles en la mano, con los que fui a ver si me podían adelantar algo para esa empleada. Y me encontré con que no podía cobrar de inmediato ni un solo centavo, porque ya esta quincena la había mandado cobrar Josefina Cárdenas, pues la mitad del sueldo de nuestra compañera le pertenecía a esta vieja tramposa, por haberle conseguido la chamba.

¡Francamente sentí asco con aquel comportamiento tan miserable! Cuando menos lo pensé, ya sabía la vida y milagros de esta agiotista profesional. Entre otras cosas, era la encargada de hacer la compra de lo que necesitaban algunos hospitales y no se conformaba con las que recibía, sino que se quedaba con canastos y más canastos de provisiones. ¡Qué bárbara, pero qué corazón tan negro había de tener para poder quitarle el pan de la boca a los enfermos y a los miserables! ¿Pero tú crees, que conociendo todas estas infamias, no iba yo a estar en contra del cardenismo, es decir, contra el avilacamachismo? Tú juzga.

161.- ¿Cree usted, que si Francisco Villa viviera, pertenecería al Partido Revolucionario Institucional?

—Con toda seguridad que no. Una vez vino el payaso de Natividad Rosales y trajo no sé cuantas máquinas y empleados y cámaras, dizque para hacerme una entrevista, relacionada, me parece que con política. Yo lo traté mal, porque entre otras cosas le dije que apuntaban una cosa y que siempre decían otra los periodistas como él. Hasta me fui un poquito grande, diciéndole que las elecciones en México eran puro circo. Total, que jamás publicó ese reportaje. Ahora yo te voy a hacer una pregunta: —¿Qué no fueron las gentes que sirvieron de antecedente al PRI, los que mandaron matar a Francisco Villa? ¿No era él un opositor a que se implantaran en México dictaduras? ¿Y qué fue Carranza toda su vida, sino un dictador, que estaba completamente divorciado de la gente humilde, del pueblo que sufría hambres?

Esta consideración de doña Luz es magnífica materia prima para hacer estudios concienzudos, sobre el siempre apasionante tema de la política.

Cuando ella nos asegura que Villa “era un opositor a que se implantaran dictaduras en nuestro país” hemos recordado aquel famoso telegrama que le puso a Obregón —¿No aletearían sobre los alambres del telégrafo algunas mariposas negras?—, cuando éste llegó a la tan anhelada presidencia de la República:

“Felicítolo muy cordialmente por toma de posesión Primera Magistratura y deséole acierto en su Gobierno pues yo siempre seré amigo del que suba al poder por el voto popular y me rebelaré contra el que llegue a él por la imposición”.

Sin duda, el para muchos glorioso “manco de Celaya”, ha de haber rumiado por mucho tiempo cada una de las palabras del mensaje que firmaba nada menos que el temido y temible guerrillero del norte.

162.- ¡Conoció usted y trató al licenciado Manuel Gómez Morín, fundador del Partido Acción Nacional y recientemente fallecido?

—Tuve y tengo un magnífico concepto del licenciado Gómez Morín. Lo consideré como un hombre muy decente y sobre todo muy talentoso. Solamente una vez tuve oportunidad de charlar con él, en esta casa. Me lo trajo, mi buen amigo don Simón L. Gill. Quedé encantada con su plática y con su manera de pensar. Fue una lástima que no dejara estampada su firma —no recuerdo ahora el motivo— en mis libros de visitantes.

163.- ¿Tiene usted, doña Luz, lo suficiente para vivir con decoro?

—Gracias a Dios que sí. Pero, todo, es resultado de mi trabajo. Tú sabes que es muy pesado, pesadísimo. Correteo todo el día, a veces de más, pero vivo sin pedirle un solo centavo al Gobierno y muy tranquila. Fíjate si trabajaré. Alguna vez, un guía de turistas me trajo cuatrocientos visitantes. Le indiqué que había que hacer grupos de cuarenta o cincuenta, para que pudieran escuchar una buena explicación del recorrido al museo. Pues hay tienes tú que fui despachando grupo tras grupo y cuando terminé estaba totalmente “descompensada”. Tuve que hablarle a mi amigo, el doctor Jesús Vargas Curiel, y me regañó por trabajar tanto. Desde ese día, pienso, que se me recrudeció mi artritis.

Ahora que hablo del museo te voy a contar un caso muy curioso. Cuando vino el presidente Alemán, me ofreció que se le harían todas las reparaciones que necesitara. Pasó el tiempo y nunca recibí un centavo, ni una tabla. Pero en cambio supe que el general Sánchez Salazar había recibido cerca de sesenta y cinco mil pesos, para que se hicieran las reparaciones ofrecidas y que se los había robado. Sí, no pongas esa cara, que se los había robado. Supe también que habían mandado de Juárez, mucho material, de buena clase, creo que de eso supo el coronel Rosas que fue jefe de Policía en el régimen del general Giner y que todavía vive. Pero en lugar de venir ese material a esta casa, ítomaba el rumbo de la residencia que estaba haciendo el general Leandro Sánchez Salazar!

Otro botoncito: en alguna ocasión llegó a esta casa un camión cargado con madera. El chofer, que trabajaba en la maderería de los señores Díaz de León, me dijo: —Aquí le traigo estas tablas. Yo, sorprendida, le contesté que no había pedido nada. Luego de pensarlo un momento y de revisar bien sus notas me dio esta disculpa: —¡Qué caray, me equivoqué, es madera para la casa del general.

Doña Luz, un poco cansada suspende su relato, para tomar un par de tragos de agua. Ya repuesta, continúa:

—De cuando en cuando, recibía noticias de que estaba yo siendo víctima de un robo descarado. Y un día le hablé por teléfono a la quinta zona al general Procel, para averiguar cómo andaba ese asunto. Me contestó: —Doña Luz, el que sabe de ese problema es Desiderio Valles. Este militar, amigo mío, me confesó que no era ni la primera, ni la segunda vez que mandaban cantidades de candiles, de pinturas, de material de construcción Y no pienses que quedaron estas cosas en puros chismes. Un día le reclamé personalmente a Sánchez y con todo el descaro del mundo me dijo: —Doña Luz, que se coman de veneno mis hijos lo que me he robado. Yo le contesté que era el pueblo el que afirmaba constantemente que se mandaban buenas cantidades de materiales para construcción y que nunca había llegado a mi casa, ni un solo clavo, porque yo llevaba un libro, personalmente, en donde quedaba anotado lo que entraba, así fuera un insignificante tornillito. Bueno, así sucedieron las cosas, al grado de que el pueblo conocía la casa

del general Sánchez Salazar, como “la hija de la quinta Luz”. Y figúrate tú que de cosas tiene la vida tan raras o tan chistosas. Un día me visitaron Chale Stege y Ramiro G. Uranga, pidiéndome que escribiera una carta de agradecimiento al general Sánchez Salazar por lo que había hecho por mí. Yo les contesté indignada: —¿Qué no tiene bastante con haber hecho a mis costillas su casita? Total, que me robaron. Y por cierto que ese general era un tipo muy barbero. Un día antes de que me visitara el presidente Alemán, había llovido mucho y había algunas chorreaduras de goteras en algunos salones. Entonces él me urgía, casi indignado, para que tapara aquellas “cosas tan sucias que iba a ver el señor presidente”. Yo me reí de muy buena gana y le dije: —Mejor, general, que vea el licenciado Alemán en qué estado se encuentra la casa del hombre que le dio el triunfo a la Revolución.

164.- ¿Y qué otros ofrecimientos recibió usted del licenciado Alemán, además de que se repararía esta casa?

—Le presenté al general Hipólito Villa y a la hermanita mayor de Pancho. Le hice ver que habían sufrido mucho en la Revolución y que estaban viviendo muy apretados, en la vil desgracia. Le dijo a uno de sus ayudantes que tomara nota para ver en qué se les podía ayudar. Nunca llegó el auxilio, tal vez por culpa de algún funcionario segundón. Después, la hermana de Pancho le escribió a la señora de Alemán, quien le contestó que ya estaban tomando cartas en el asunto. Pero el caso es que todas las promesas se volvieron humo.

165.- ¿Cuando se hizo la película en Hollywood, sobre Pancho Villa, usted dio algún asesoramiento, sobre la vida de El Centauro?

—Absolutamente ninguno. Fui invitada a la *premiere* de la cinta en el Teatro Chino, pero si hubieras visto tú qué cochinateda era. Daba vergüenza ver algunas escenas. Entonces mi amiga, tan guapa como inteligente, Gloria Duval, que hablaba perfectamente el idioma inglés, me ayudó mucho, pero bastante, para que le hicieran, siquiera, algunos cortes a esa película, como por ejemplo éstos:

Donde aparecía Villa bañándose en una gran tina, con un sombrero de charro puesto. ¡Estúpidos! Donde entra Pancho a un restaurante y se roba un *sandwich*. ¡Pero qué brutos! Donde Villa agarra al general

Pascual Orozco y hace que lo unten de miel, con el objeto de que se lo coman las hormigas Pero mira nada más, ¡iqué gringos tan pendejos! Y así, algunas otras cosas que a base de cien discusiones logré que se cortaran. De todos modos la peliculita, te repito fue una cochinada, un fraude histórico, un montón de absurdos.

166.- ¿En general, los norteamericanos que visitan este museo, elogian a Villa?

—Desde luego. Bueno, pero no van a ser tan tontos para, delante de mí, expresarse mal de Pancho. ¡Ya te imaginarías las madres que les echaría! Pero hablemos en serio. Yo creo que son sinceros en su mayoría, cuando hacen elogios de Villa, pues en Estados Unidos mi marido dejó un verdadero ejército de admiradores. Fíjate tú en esto. Algunos “primos” hasta se permiten intervenir en política mexicana, cuando dicen muy sentenciosos: “Si viviera Pancho Villa, otro gallo les cantaría a los mexicanos”. Naturalmente yo me río de esas puntadas. Villa cumplió su misión histórica y ya.

167.- ¿Por qué cree usted que no se haya preocupado el Gobierno federal, como debiera, por conservar este museo?

—La contestación es sumamente sencilla: porque todavía como que tienen miedo o envidia de que resurja en todo su esplendor la figura, o el recuerdo de la figura de Pancho. ¡Cómo si necesitara él de museos, o de estatuas, o de pinturas, o de calles con su nombre, para ser quien es?

168.- ¿Era fotogénico Villa y le gustaba retratarse o no?

—Era un hombre normal en ese aspecto: se fotografiaba cuando lo creía necesario o cuando necesitaba fotografías para documentos, por ejemplo. Pero no que se desviviera, como Carranza, porque le sacaran retratos. Ahora que hay otra cosa. Lo asediaban, lo perseguían, casi todos los días, los fotógrafos profesionales y aficionados. La prueba de ello es que hay millones y millones de fotografías de Pancho en distintos lugares, en todas las posturas, en muchos combates, en grupos de todas clases, solo, etc. Sí, era muy fotogénico.

169.- ¿Se siente usted feliz relatando diariamente a los visitantes lo que contiene su museo?

—Sumamente feliz. En primer término les presento un Pancho Villa que la mayor parte de los que vienen aquí desconocen por completo. Muchos empiezan a sentirse sorprendidos desde el mismo momento que pisan esta casa. Quedan algunos hasta asustados cuando ven los muebles y los retratos de las personalidades con quienes trató Villa. Ahora que yo, invariablemente, aprovecho el viaje para insistir en lo que Pancho significó para el pueblo mexicano bajo, para el obrerío. Les hago ver cómo luchó. ¡Eso no me canso jamás de repetirlo y lo seguiré haciendo hasta que Dios Nuestro Señor me dé licencia y no me quite las fuerzas para trabajar! Además., no voy a negarlo, esta labor me proporciona una manera muy honrada de sacar para vivir. En fin, me siento encantada con este trabajito.

170.- ¿Cuando murió el general Felipe Ángeles, estaba distanciado de Villa?

—Pancho lo quiso muchísimo. Y hay una prueba inequívoca de eso. Cuando ya mi marido estaba en paz en Canutillo, mandó hacer un buen busto del General Ángeles, para ponerlo en la escuela de la ex hacienda, y le impuso a ésta el nombre del famoso artillero. Y entre paréntesis, era un magnífico plantel educativo.

DÍA OCHO DE NOVIEMBRE

Llegamos con suerte. Doña Luz nos espera y “con muchas ganas de contestar lo que se te antoje”.

171.- Malévolamente se le ha acusado a usted de que ha vendido docenas y docenas de pistolas que usó Pancho Villa, ¿qué opina de esto?

—Mienten rotundamente los que afirman eso. No es más que otro de los mil infundios que corren sobre lo relacionado con Villa, en todo el país. Los que quieren desprestigiarme, tal vez por la veneración con que cuido del recuerdo de Pancho, no desperdician el más mínimo detalle para fabricar infamias. Pero te aseguro que jamás he comerciado con las pertenencias de mi marido. Alguna vez, un americano, me llegó a ofrecer dos mil dólares por una de las pistolas de Pancho. Inme-

diatamente le dije que no la vendía a ningún precio. Me insistió como tú no te imaginas, diciéndome: —Bueno, doña Luz, póngale usted precio, a ver si le llegamos. Mi respuesta fue la misma: —No vendo nada de lo que perteneció a mi esposo.

172.- ¿Le oyó usted comentar alguna vez a Villa, amargamente, la tremenda derrota de Celaya?

—Con amargura no. Pero eso no quiere decir que no le doliera muchísimo, en el alma. Sobre todo varias veces platicamos sobre la traición del parque, que le vendieron “los gringos desgraciados” y que según él fue el principal motivo del fracaso. Eso contribuyó mucho en su ánimo para ir preparando el ataque a Columbus. Por cierto que una noche me dijo: —Mira, Güera, voy a darle un susto a Wilson. Y por lo que se refiere al parque ese, yo puse ochenta mil pesos que tenía destinados para muebles, ya que un día me los pidió prestados Hipólito, el hermano de Pancho. ¡Y ojos que te vieron ir! Sí, Pancho quedó muy resentido con los americanos que primero coquetearon con él, le concedían lo que quería, lo trataban con guante blanco dizque porque lo estimaban muchísimo y luego se le voltearon, para ayudar descaradamente al viejo Carranza. Fíjate si nos tratarían bien. ¡Nosotros pasábamos parque en nuestro carro de ferrocarril, constantemente y jamás de los jamases, nos revisaron nada! Pero después, ¡qué bárbaros, qué cambiazos dieron!

Como yo veía muy triste y muy preocupado a Pancho con motivo de la derrota de Celaya, un día se me hizo bueno decirle: —No te apures, Pancho, lo que debemos hacer, es irnos a vivir, cuando menos una temporada larga a Alemania; allá te quieren mucho y... No me dejó acabar la frase, pues me contestó con mucha energía: —Mira, Güera, solamente porque me dices esas cosas por puro cariño, te las perdono, pero nunca haría eso, entonces sí diría mi gente con mucha razón: Pancho Villa se fue al extranjero a esconder su vergüenza y su dinero. Yo no contesté nada. Otra vez, Pancho me daba una soberbia lección de patriotismo.

173.- ¿Lloraba Villa cuando escuchaba poesías de Gustavo Adolfo Bécquer?

—Bueno, en eso, como en tantas otras cosas, hay una exageración tremenda. Pero, algo hay de eso. Si vieras cómo le gustaba a Pancho, que le leyera yo poesías, en algunas noches de velada. Yo lo hacía con mucho gusto, porque sentía que le llegaban al corazón. Y aquí entra el autor de “Volverán las oscuras golondrinas”. No, señor, no solamente ese poeta le gustaba, sino otros muchos, como Juan de Dios Peza y sobre todo Plaza. De éste conocía muchos versos y algunos se los sabía de memoria, como por ejemplo, aquel:

A la guerra, Andrés, no vayas,
porque sin ir, vencerás,
pues un brindis vale más,
que el humo de cien batallas...

¿Conoces los “Recuerdos de un veterano” de Plaza? Pues esos versos le gustaba mucho oírlos a Villa.

(Doña Luz, verdaderamente emocionada y rengueando, se levanta hasta donde está un estante repleto de libros. Busca, busca, al fin toma tres tomos y me los muestra).

—Mira, estas son las obras de Peza, en estos libros leíamos muchas veces sus poesías que llenaban de entusiasmo a Pancho. Algunas veces él mismo las leía. Cuando nos agarraron las fiestas de septiembre en San Antonio, Texas, yo me acordaba mucho de Pancho y entonces, en su honor, organizábamos fiestas, a las que invitábamos a muchos, pero a muchos compatriotas y teníamos muy buena música, y se recitaban los versos de Peza, te repito, como un homenaje a mi marido ausente.

174.- ¿Cuáles son los pensamientos, doña Luz, más importantes que le han escrito en su libro de recuerdos?

—Si me pusiera a escoger el que más me gusta, me volvería loca. ¡Imagínate en cerca de cien mil visitantes que han venido a este edificio, cuántas cosas importantes habrán dejado escritas! Tengo recuerdos de artistas, de escritores famosos, de profesionales distinguidos, de sabios, de militares, de maestros, de políticos de todos los colores, de diplomáticos, de gente del pueblo. ¡Qué barbaridad! Pero te diré que

algunos los guardo con cariño, con mucho cariño y otros con admiración. Por ejemplo éste me gusta: (le da lectura) “Como un recuerdo a la señora Luz Corral, con toda mi simpatía. Cantinflas”. Pero espérate un momento. Déjame ir por uno que para mí tiene una significación muy grande. Se trata de uno de los escritores más famosos que ha dado México, de un hombre sumamente inteligente, de un político que fue abiertamente huertista. Por todo eso, conservo con mucha estimación lo que me escribió. Espérate unos instantes.

En un par de minutos está de vuelta doña Luz. Trae en la mano un álbum y en la cara una sonrisa de amplísima de satisfacción. Después de que lee este pensamiento, yo lo copio emocionado:

“Para rendir un homenaje a una dama que se consagra a defender el nombre de su esposo, no se necesita ser revolucionario; basta con ser hombre de honor”. Nemesio García Naranjo. México, julio de 1936.

175.- ¿Al morir usted, doña Luz y hacemos votos fervientes porque viva muchísimos años, quién se quedará con su museo?

—Ya hice la donación correspondiente a la cámara de turismo de Chihuahua. Fue una determinación muy pesada. Fundamentalmente trato, con esa donación de que las cosas que pertenecieron a Pancho, no salgan de Chihuahua. No quiero que anden rodando, para que al final de cuentas se las roben. Me decidí a dar ese paso, porque alguna vez me platicó mi amiga íntima Gloria Duval, que todavía vive y trabaja en el departamento de turismo de la capital de la República, lo que le había pasado a Chale Ketelsen: el papá de éste, le regaló un carro muy bonito a don Francisco I. Madero, traído de Alemania. Al correr de los años, le dijeron a mi amigo Chale que estaba ese carro en un museo en el centro de la Ciudad de México y fue a buscarlo a pesar de que ya estaba cieguito. No lo encontró. Lo mandaron a otro museo en Chapultepec y nada. Luego, lo remitieron rumbo al Desierto de los Leones. Total, que encontró el dichoso carro. Cuando estuvo cerca de él, a tientas lo revisó, pues tú sabes que a los ciegos se les afila algún sentido, y encontró que estaba completamente deteriorado y que le faltaba una farola. Le pidió al encargado que lo arreglara y le prometió

que pagaría él los gastos y le daría alguna gratificación. Y Gloria me decía: “¡Fíjate, Luz, si eso hicieron estos tales por cuales con un carro histórico, que perteneció nada menos que al iniciador de la Revolución Mexicana, que no harán con las pertenencias de Villa!” Creo que la cámara de turismo de Chihuahua, sabrá apreciar lo que les he donado.

176.- En el libro *Francisco Villa, el quinto jinete del Apocalipsis* se acusa a Villa de haber sido afeminado. ¿Qué respondería usted al autor de ese dicho tan temerario?

—Que es un perfecto baboso. Te repito: ¡Cómo quisiera tenerlo en frente para “aclarar paradas” y sobre todo para enseñarlo a ser un hombre decente. La historia no se escribe con bajezas, como las que él ha estampado en su libro. Cuando yo escribí el mío, me pasé más de tres años, anotando datos, buscando documentación y sobre todo, consultando las cosas con gente tan preparada como don Juan Sánchez Azcona. ¿Villa afeminado? Pero si ni siquiera merece ese tipo que se le conteste una sílaba a esa calumnia tan baja y tan estúpida.

177.— ¿Durante los treinta días en que el general Francisco Villa fue gobernador del estado de Chihuahua, usted, qué papel desempeñó?

—El único que me correspondía. Ayudarlo en todo lo que podía ofrecérsele. Mis ocupaciones principales, eran hacer caridades a los pobres, auxiliar a tanto necesitado que llegaba hasta Pancho en solicitud de ayudas de tipo económico. Atendía heridos sin descanso. Visitaba hospitales, siempre, o casi siempre en compañía de una gran dama, como lo era Lupita, la esposa del general Rodríguez. Claro que también asistí a muchísimas fiestas. En El Paso, Texas, me ofrecieron algunas. Me recuerdo las organizadas en casa de la señora Brown, que tenía una casa preciosa y mira qué curioso: uno de los salones principales de esa residencia, estaba adornado con los retratos de los presidentes de la República de México. Bueno, pero lo principal, lo principal era trabajar por los desheredados.

178.- ¿Sabía Villa el idioma inglés, así fuera rudimentariamente?

—No sabía nada, ni una palabra. Nunca le interesó aprenderlo.

179.- ¿Admiraba sinceramente Villa la labor de los maestros?

—A través de tanta pregunta como te he contestado, puedes encontrar respuesta a tu interrogación. Tú mismo me comentabas el otro día, que en Canutillo, Pancho había tenido esta expresión: “Yo pago primero a un maestro que a un general”. Mira, pienso que se podía escribir un libro muy grueso y ojalá algún día tú te alcanzaras la puntada de escribirlo con los relatos de lo que le interesaba a Pancho la educación del pueblo. Porque esa es una verdad del tamaño de una catedral, o de un cerro: ¡Le preocupaba hondamente la educación del pueblo ¿Que si hay pruebas? Por toneladas: lo que hizo por centenares y centenares de niños, los testimonios de gente que se educó gracias a su empeño. Si se hiciera una lista de las cantidades que Pancho invirtió en ese tipo de ayudas, más de un pendejo se quedaría bizco. Me recuerdo, y eso es solamente uno de mil ejemplos que se pudieran dar, que en alguna ocasión compró en Estados Unidos, maquinaria por valor de setenta y cinco mil dólares. Escribe el dato con toda claridad: setenta y cinco mil dólares invertidos en maquinaria para fabricar zapatos. Y la maquinaria fue instalada en la escuela de Artes y Oficios. Ahora, si su preocupación constante era la de educar muchachos, ¿en qué concepto tendría a los maestros? ¡Sin duda en el más alto! Bueno, sencillamente, los veneraba.

180.- ¿Cuándo se exhumaron los restos del general Felipe Ángeles, para ser trasladados a la ciudad de Pachuca, Hidalgo, ¿concurrió usted a los actos que se organizaron?

—¡Cómo no! Lo hice con mucho, pero con muchísimo gusto, porque yo estimaba al general Ángeles en muy alto grado. ¡Cómo no iba a ser así, si era la personificación de la cultura, de la cortesía, de la caballeridad. Precisamente el otro día me encontré con la invitación que hizo al pueblo de Chihuahua, el Comité pro-traslado de los restos de Ángeles, el día 15 de noviembre de 1941. El presidente de ese grupo, lo fue el célebre don Silvestre Terrazas, tan villista entonces como siempre.

Te voy a relatar cómo estuvieron esos actos, porque los tengo muy presentes y porque los recuerdo con cariño. Muy temprano, creo que a las diez de la mañana, exhumaron los restos del general en el panteón de Dolores, que aún está en servicio, Fue una ceremonia muy impo-

nente, tanto por la intervención de los oradores, como por los honores que le rindió la Quinta zona militar. De allí, es decir, del panteón, se organizó un desfile hasta el Teatro de los héroes, edificio que se quemó por culpa de un piromaniático, en tiempos del Lic. Soto Máynez. En ese edificio se instaló la capilla ardiente. Luego se colocó una placa alusiva en ese teatro. En la noche, tuvo lugar una velada en el mismo sitio. Pronunció un estupendo discurso que gustó a todos los asistentes en alto grado, el profesor Martín Humberto Barrios Álvarez. ¿Cómo la ves, sería muy difícil conseguirlo? (Yo le aseguro que haría lo posible por dar con alguna copia). Me gustaría leerlo otra vez. Habló también el profesor Jesús Coello, que entonces era diputado. Y actuó, magistralmente, como solía hacerlo siempre el inolvidable maestro Ernesto Talavera, “el del violín mágico” como tú sueles nombrarlo. Se le hizo entrega de una presea a la esposa de Ángeles y esta parte del programa, seguramente, que fue la más emotiva. Luego, acompañamos los restos de Ángeles a la estación de los ferrocarriles nacionales. Se me estaba pasando platicarte que tuve el honor, junto con la esposa del General y con la señora Dolores R. de Revilla (que tanto quiso a Ángeles y que no tuvo miedo, sino que por el contrario, demostró un valor civil enorme, al llevarse el cuerpo de su amigo a su casa para velarlo cuando lo fusilaron y eso que fue amenazada por el Gobierno) de hacer la última guardia. Nos acompañó el esposo de la señora Revilla. Y fíjate una cosa: hay idiotas y no encuentro realmente la palabra para calificarlos debidamente, que gritan que Ángeles fue un tipo descalificado, asesino y quién sabe cuántas lindezas más, haciéndole eco a las palabras de Obregón que llamaba la trilogía maldita a Villa-Ángeles-Maytorena. ¡El pueblo de Chihuahua, en masa, constituido por todas las clases sociales, les dio entonces un mentís a los que hablan mal de Ángeles! ¡Qué día tan maravilloso fue aquel día! Y me platican, que muchas mujeres y muchos hombres lloraron al despedir al pundonoroso general villista.

181.- ¿Permitía Villa que su tropa llevara soldaderas a los combates?

—Es completamente cierto que no lo permitía. Las dejaba que les llevaran su bastimento o algo que necesitaran y nada más. Claramente lo dijo muchas veces: “Por cuidar a sus mujeres no pelean y esto es un verdadero desastre”.

Este es un buen comentario del Dr. Encarnación Brondo Whitt, hecho en su libro *La División del Norte* (1914) con respecto a las soldaderas villistas:

“Y a pesar de las órdenes de los jefes, allá van ‘las viejas’ por donde van los hombres. El mismo Francisco Villa, vacila ante la influencia femenina. Lo ve usted muy enojado y en medio de sapos y culebras, declaraba ante la atónita soldadesca que las viejas no irían a la vecindad del combate. Pero he aquí que pasado el “berrinche” (esa cólera de Francisco Villa que hace temblar a los hombres) considera que la vieja es la vida para el soldado en campaña: le procura de comer, le proporciona una camisa limpia, le remienda el calzón y le alegra con sus canciones la noche inclemente de lluvia y de viento helado, pasadas sobre el lomo de los carros.

“Así van saliendo, rumbo a los tristes campos de combate, los trenes, repletos de soldados y de ‘viejas’, comprobando una vez más lo dicho por Jovellanos, el pensador español: “Todo aquel que llegase a conocerlas, ya no podrá vivir con ellas, ni sin ellas”.

También este es comentario del fantástico doctor Brondo Whitt:

“Pues nada, que a ‘las viejas’ les soplaban mal viento. La orden dada en ‘Fraustro’ a razón del combate de paredón era terminante y partía del general Villa: “Las mujeres que se bajen de los trenes. Todas las viejas, sin excepción, traigan pantalones o naguas. Las viejas, ya no van con los hombres, son una impedimenta colosal. ¡Que se bajen!”

182.- ¿Qué sintió usted cuando vino la derrota de Villa y la disolución de la famosa División del Norte?

—¡Ya te lo podrás imaginar! ¡Sentí una cosa horrible en el corazón! Pero reflexionaba, pasadas las primeras semanas: a Villa lo abandonaron casi todos los jefes, pero no así la tropa, los de abajo, los que sí sentían como Pancho las necesidades del pueblo. Ahora que los que se fueron, se fueron matando poco a poco entre ellos mismos. ¿A poco crees que la gente de Maclovio Herrera lo mató porque lo confundieron o desconocieron? ¡Mira nomás que casualidad! ¡A José Isabel Rodríguez, igual! Te voy a contar una anécdota, para mí muy bonita que habla elocuentemente de lo que valía “la gente” de Pancho:

Fui invitada a visitar el estado de Michoacán, por el general José Tafoya. Un domingo fuimos a misa, era el 18 de marzo. Me recuerdo bien la fecha, porque fue cuando expropiaron el petróleo. Bueno, cuando salimos del templo, nos encaminamos a unos puestos a comprar no recuerdo qué. Cuando noté que me seguía un hombre de calzón blanco y de apariencia muy pobre. La verdad es que me empecé a asustar, porque creí que me estaba confundiendo con alguna turista gringa y que a lo mejor quería arrebatar-me la bolsa de mano, o algo por el estilo. Pero me revestí de valor y le dije: —¿Qué usted me conoce?. Y cual no sería mi sorpresa, cuando escuché su contestación: —Cómo no, doña Lucita, yo fui de la gente de Pancho. Villa. Lo quise mucho y lo recuerdo muy seguido. Porque cuando lo “alicenciaron”, nos entregaron una taleguita con moneditas de oro, que por cierto todavía tengo guardada en mi casa. Te repito, derrotado y todo lo que quieras, el pueblo bajo, el humilde, el expoliado, el engañado a todas horas, siguió queriendo y respetando al general Villa.

183.- ¿Cree usted que su marido era feliz en Canutillo?

—Sí lo creo, cómo no, sí era feliz. Mira, tenía que serlo: estaba en paz, no tenía ninguna preocupación. Constantemente le decía a “sus muchachitos”: “Vamos a demostrarle al mundo entero, que si supimos matar hombres en la guerra, también sabemos labrar la tierra, para alimentar a nuestras familias”.

Doña Luz se queda pensando una trizna de tiempo. Sonríe. Me dice: —Sí, señor, tenía que ser feliz, sencillamente porque estaba en medio de los suyos, de sus hombres.

184.- ¿Tenía Villa un sueño tranquilo o despertaba asustado constantemente, como algunos dicen?

—Bueno, qué quieres tú. Tienen que decir pendejadas, cuando no hallan como manchar la memoria de Pancho. Los embustes que le cuelgan, se pueden contar por cantidades industriales. Y si a eso le agregas que hay personas que escriben tonteras de las más diversas. Villa era un hombre de costumbres austeras y dormía tranquilamente, muy tranquilamente y siempre algunas horas. Es decir, le gustaba dormir bien.

DÍA NUEVE DE NOVIEMBRE

Al llegar a visitar a nuestra cada vez más querida amiga doña Luz, nos sorprende que no haya “ni una alma”. Aprovechamos nuestra buena suerte e iniciamos el interrogatorio:

185.- ¿Normalmente tenía Villa bastante dinero en efectivo en su casa?

— Puedo asegurarte que solamente lo necesario para los gastos normales y cualquier cosita más. Cada ocho días iba a Parral, o mandaba a alguien de confianza a que sacara dinero de “La villa de Grado”, cuyo dueño o gerente era una persona sumamente estimada por Pancho y por mí, por su fineza, don Secundino Flores Heredia. Y aquí tenemos otra prueba evidente, de que Pancho no odiaba a los españoles nada más por el hecho de tener esa nacionalidad, pues a este hombre le tenía verdadero afecto.

186.- ¿La visitan, aunque sea de cuando en cuando, viejos villistas?

— Me visitan muchos de ellos. Se puede decir que una verdadera legión. Lógicamente han pasado ya muchos años, desde que Pancho fue su jefe y la mayoría de ellos o ya se han muerto, o están muy achacosos o enfermos. Por cierto que algunos de aquellos valientes revolucionarios, han vivido siempre en la más completa miseria y han venido a mi casa para quejarse tan solo de su mala suerte. Por eso en alguna ocasión escribí esto:

“Quiero rendirle homenaje al anónimo soldado villista, al que sacrificó su juventud y su existencia por un ideal, bueno o malo, asequible o irrealizable, pero indudablemente sincero; y mi homenaje también de admiración y respeto para los que bajo la bandera que tremoló mi marido, sobrevivieron a la hecatombe de la División del Norte y arrastran hoy sus andrajos envejecidos, llevando en las almas amargura y desencanto, mientras que los nuevos revolucionarios monopolizan el título de redentores del pueblo. Estos viven en suntuosos palacios, los vemos encumbrados en los más altos puestos públicos, disfrutan de sus riquezas improvisadas y en injurioso contraste con la pobreza inalterable de las masas trabajadoras, asistimos al espectáculo más cínico de todos los tiempos, en que las actitudes de estos fariseos y explota-

dores de nuestro dolor colectivo, pretenden ostentarse como paradigmas de nuestro dolor revolucionario, en tanto que los auténticos revolucionarios vegetan en el olvido y el desamparo”.

187.- ¿Cuál cree usted que es o que son los retratos más fieles de Villa?

—Creo que uno de los muy buenos, es cuando se retrató en México. Y esto fue cuando estuvimos allá en nuestra luna de miel. Cuando le tomaron esa “foto”, yo estaba en Tehuacán, acompañando a la familia de don Panchito Madero. Es un retrato de cuerpo entero en que aparece Pancho con una mano puesta en el respaldo de una silla. Entonces era coronel. El otro es éste. (Y me entrega una fotografía de Villa, en uniforme de general, con quepí, sus muy buenos bigotes y esbozando una leve sonrisa). Creo que se la tomaron, junto con otro en que aparece descubierto. Este último retrato es muy conocido, porque se lo dedicó al general Fierro y ha aparecido en infinidad de revistas, libros, periódicos, etc.

188.- ¿Quién se quedó con la ropa que llevaba su marido el día en que lo asesinaron y quién con sus armas?

—Desde luego que todo fue a dar, ropa y armas con el juez en H. del Parral, un señor don Jesús Páez Blanco. Yo no sé al final de cuentas qué destino le dio la autoridad al vestido que llevaba Pancho. Don Benedicto Franco, primo de Villa, hijo de doña Paz, tuvo la atingencia y la oportunidad de recoger la pistola y el machete de Pancho. Son esos que ahora se exhiben en este museo y que para todos los que lo visitan, tienen un valor muy alto.

El señor don Jesús Páez Blanco, a quien siempre le dije “mi tío Chú”, por haber estado íntimamente relacionado con mis padres, jamás de los jamases quiso contarme nada acerca del asesinato de Villa y en cuyo “caso” el tomó una participación directa. Me daba la impresión de que a pesar de que habían transcurrido ya muchos años, le tenía pavor a lo que aún quedaba de “villismo”.

En su obra *Muerte de Villa*, de don Antonio Filanova Fuentes se lee:
“...Toda la indumentaria (sombrero, pantalón, camisa, guayabera, mitazas, pistola y cuchillo) que llevaba puesta el general Villa, el día de

su muerte, se encuentra expuesta en la sala a él dedicada en el museo de historia de Chapultepec”.

189.- De todas las versiones que existen sobre el paradero de la cabeza de Villa, cuál es la que usted considera más cercana a la verdad?

—Tú lo has dicho. Son cientos los cuentos que corren sobre el paradero de la cabeza de Villa... ¡Pero qué infamia aquélla! ¡Qué canallas los que profanaron su sepulcro! ¡Qué miserables! He leído y oído muchas versiones sostenidas con argumentos que parecen muy sólidos y por ello me han dejado desconcertada. Pero yo siempre he creído que la cabeza fue a dar con los parientes del famoso dueño de una cadena periodística, Mr. Hearst. Recuerda que primero él, y luego su señora, ofrecieron creo que cien mil dólares por la cabeza. Siempre he pensado que el móvil de este criminal acto, fue el dinero. El general Francisco Durazo Ruiz fue el autor de la atrocidad, de la infamia de cortarle la cabeza a un muerto. Se dijo mucho que este militar había hecho declaraciones en el sentido de que, cuando muriera, sus hijos se encargarían de decir la verdad sobre este asunto. Pero el caso es que se murió y los hijitos han tenido el pico de cera. ¡Pero nadie me ha quitado de la cabeza, nunca que el móvil fue el dinero!

Sobre el paradero de la cabeza de ese monstruo sagrado que fue Villa, “el guerrillero más famoso que ha habido y habrá en los anales de la historia”, según el decir de un escritor nuevoleonés, se ha dejado que la fantasía haga miles de piruetas. Las versiones que han corrido con suerte en los libros de historia sobre la Revolución, a veces son dramáticas, a veces chuscas, a veces casi convincentes. Pero la verdad sigue en espera de ser sorprendida. Por lo pronto está en buen escondite.

Se habla de que “esa cabeza” la reclamaron científicos asombrados de que Villa fuera un criminal de tanto renombre; se dice que fue exhibida en un circo, donde se cobraba tanto más cuanto por persona por admirarla; se proclama que puede estar enterrada cerca de Parral y no más lejos que Jiménez, en el estado de Chihuahua. Imaginería, a veces mezclada con un poquito de lógica, que hace que muchos historia-dores vean “moros con tranchetes”.

Víctor Ceja Reyes, “investigador en el propio terreno de los hechos”, dice en su libro *Yo decapité a Villa*, publicado en el año de 1971:

“En orden ascendente, puede pues dejarse bien claro que el decapitador de Villa, no es otro que el general Durazo Ruiz (Francisco); cumple con la orden luego el capitán segundo José Elpidio Garcilazo, quien, desgraciada aunque explicablemente, hace sus confesiones después de la muerte de Durazo, evitando con ello la confrontación que hubiera sido de gran provecho para la historia de la Revolución”.

El mismo autor asegura que, quien le cercenó la cabeza a Villa, fue Nivardo Chávez. Y como consideramos muy importante la declaración que Ceja Reyes pone en labios del general Eulalio Salazar, quien, afirma, la hizo cuando todavía vivía Durazo. La transcribimos textualmente:

“Voy a dar varios interesantes datos que me llevaron a poseer la seguridad de que el cráneo del general Villa, está, o por lo menos estuvo, en poder de Durazo. En cierta ocasión que me encontraba en la Secretaría de la Defensa, encontré al general Francisco del Valle Arizpe, quien me relató que hacía unos momentos el general Durazo había entrado a saludar al general Piña (Santiago Piña Soria, entonces titular de esa dependencia), llevando consigo una caja de madera. En aquella caja iba el cráneo del general Villa. Durazo jugó macabra broma al general Pina, enseñándole la reliquia, cosa que no fue del agrado del general Piña, quien pidió a Durazo que retirara aquel horror. Del Valle Arizpe, es un hombre a carta cabal y ese dato que le acabo de dar es una información absolutamente verídica y de primera mano”.

¡Lo dicho, comendador! ¡Sigue siendo un misterio el paradero de la cabeza de aquel hombre que al decir de Gonzalo de la Parra “era más general que cualquiera, eso sí, del pasado y del presente (el pasado próximo) de este México de inacabables tragedias”.

190.- ¿Qué le gustaba más a su marido, usar el vestido civil o el militar?

—Sin duda el de civil. Le encantaba andar cómodo y mucho, pero mucho, ponerse guayabera. Cuando llegaba a la casa, inmediatamente tiraba el uniforme y se vestía de civil. Y fíjate una cosa: realmente era

muy humilde para vestir. Tenía poca ropa, no exagero si te digo que solamente la indispensable. Generalmente usaba sombrero, sobre todo de los llamados de Panamá. Se ponía con mucho orgullo un Saracoff que le regaló el general Ángeles, se lo trajo de Francia, pero ese sombrero estaba hecho en la India.

191.- ¿Tuvo la suficiente influencia don Silvestre Terrazas en Villa, como para hacer que sus ideas predominaran en los famosos decretos sobre la venta de artículos de primera necesidad?

—Mira, a Pancho Villa nadie lo influenciaba. Nadie. Eso sí, sabía oír opiniones, qué duda cabe, y preguntaba todo lo que no sabía, gustándole que le repitieran las cosas hasta que las entendía perfectamente. Pero las decisiones eran absolutamente tomadas por Pancho. Claro que a don Silvestre le tenía una confianza ilimitada, además de mucho afecto. ¿Cómo es posible que en estas condiciones, no tomara en cuenta lo que le decía su amigo, conociendo sobre todo, que era hombre de una pieza, bueno y por ello, incapaz de cometer villanías? Me recuerdo de algo que demostraba la confianza para Terrazas. En alguna ocasión Villa le dio, o le señaló al general Ángeles, la casa de don Luis Terrazas que estaba en las calles Aldama y Ocampo, casa que compró hace poco la embajada norteamericana. Ángeles mandó recoger todo lo valioso que tenía esa residencia, como mantelería finísima, objetos de plata, un árbol genealógico también de plata que lucía una manzana por cada familiar de don Luis. Y el inventario riguroso de todo esto lo hizo y lo firmó el honesto de don Silvestre.

192.- ¿Era Villa mal hablado, es decir recurría seguido a la gramática parda?

—Hay escritores que dicen que sí. Pero contra todo lo que se crea, o contra todo lo que se diga, no lo era. Yo no sé si lejos de mi presencia fuera distinto. Pero en nuestra casa nunca lo oí decir palabras ofensivas para nadie. Tal vez con sus amigos, tal vez en los campos de batalla, acaso cuando se enfurecía, pero el caso es que nunca le escuché decir palabras de grueso calibre. ¡No se parecía a mí!

193.- ¿Cuándo Villa discutía acaloradamente, para demostrar que tenía razón, le gustaba hacer apuestas?

—De ese tipo de apuestas nunca hacía. Apuestas grandes, fuertes, las que llevaba a cabo en los gallos. Allí sí que apostaba mucho dinero. Le gustaba jugar peleas con mi tío Teófilo Burciaga, esposo de una hermana de mi mamá. Ah, le gustaba también apostar en las carreras de caballos.

Alguna persona que ha estado escuchando las contestaciones de Doña Luz, de repente se suelta a su vez interrogándola, pero con ganas. En la plática sale a relucir el nombre de don Lázaro Villarreal. Yo pregunto:

194.- ¿Conoció usted doña Luz y trató a don Lázaro?

—Lo traté muy de cerca y lo aprecié bastante. Es de las gentes a las que tengo presentes en mis oraciones de todas las noches y precisamente en estos días cumplió años de muerto. Cómo era, se puede decir solamente en dos palabras: sumamente generoso. En cuantas ocasiones tenía yo algún problema relacionado con ayudar a gente pobre, después de que se me atoraba la carreta, le hablaba y sin dilaciones me tendía la mano. Constantemente le molestaba pidiéndole favores para otros y nunca se negó a auxiliarme. Mira, a las madrecitas de la Amiga de la Obrera, auxiliaba también sin cesar, con alimentos, camas, cobijas, muebles, con todo lo que le pedían. A veces se enojaba porque no recurría a él primero que a otras personas para socorrer necesidades, de algún enfermo o miserable.

195.- ¿Tenía establecido algún sistema de espionaje su marido?

—Francamente, yo nunca le conocí ninguno. Ni creo que lo haya tenido, bueno, lo que se dice un sistema de espionaje. Fíjate que ni lo necesitaba. Tenía tanta gente, lo conocía todo mundo, lo apreciaban por todos lados y sus mismos hombres o sus conocidos le daban “los pitazos” a tiempo, bien para conocer algún suceso notable, bien para saber de los movimientos de sus enemigos. Ahora que no podemos olvidar que era extraordinariamente astuto y a la mejor hacía funcionar alguna maquinita especial para estos asuntos. Ahora lo verás:

Me recuerdo que alguno de sus soldados le avisó, muy a tiempo, estando creo que Pancho en Bachíniva, que se acercaba el general Rueda Quijano, con cuatrocientos hombres. Por cierto que la cosa estuvo medio “chistosa”: Pancho se carcajeó y dijo: “¿Dices que Rueda Quijano?” Cuando le confirmaron la noticia comentó: —No vamos a hacer ningún movimiento de tropas”. Y efectivamente, sólo ordenó que salieran a su encuentro cuarenta o cincuenta hombres a caballo, pero dando instrucciones de que en las colas de los caballos les amarraran ramas de árboles, para que al correr levantaran mucha polvareda y Rueda Quijano calculara que eran cientos los jinetes con los que tendría que vérselas. Las cosas sucedieron tal como se las había imaginado Pancho y Rueda Quijano agarró las de Juan Diego.

196.- ¿Conoció usted a Graciela Olmos?

—Graciela Olmos...Graciela Olmos... ¡Ah, la del corrido “Siete leguas”! Nunca crucé una palabra con ella. Oí, no se dónde, que era de Chihuahua y que había nacido en, o por el rumbo de Casas Grandes, y eso es todo.

197.- ¿Le gustaba a Villa tener guardaespaldas?

—Siempre andaba solo. Si en ocasiones se le veía con escolta o cosa por el estilo, era simplemente por cuestiones de sus negocios o de sus movimientos; pero en su vida normal, no le gustaba que lo anduvieran cuidando. Se levantaba muy temprano todos los días y ya para esa hora le tenían ensillado su caballo, o lista una calesita con un tronco de dos caballos. Esos caballos eran chulísimos y fue un regalo muy apreciado para Pancho que le hicieron algunos arroceros del estado de Michoacán. Un día, en que yo estaba de visita en la casa del gobernador del Estado, don Fidel Ávila, quien vivía en la casa que hoy habita doña Amada Terrazas viuda de Sisniega, en la avenida Juárez y Colón, llegó un empleado de Pancho preguntando por mí. Cuando salí a ver que quería me dijo: —Oiga, doña Luz, aquí le traigo estos dos caballos que le manda el jefe para la calesita de usted. Eran dos ejemplares preciosos, colorados. El cochero en ese entonces se llamaba Apolinar Hernández y sus familiares viven actualmente en San Antonio, Texas.

UN DÍA DE SEPTIEMBRE

Hoy, sin duda, terminaremos de hacer a doña Luz, las doscientas y tantas preguntas que preparamos desde hace mucho tiempo.

Nos da un poquillo de tristeza el haber llegado a la meta fijada, pues nos estábamos encariñando con esta mujer, tan singular, tan verdaderamente humana, tan llena de simpatía, con una memoria de privilegio que es historia viviente y que se llama doña Luz Corral Viuda de Villa.

Damos pues comienzo a las últimas preguntas que han de poner punto final a nuestro oficio de preguntones:

198.- ¿Creía Villa en la buena suerte?

—Sí creía y pensaba que ésta le venía de recordar a su madre. Ya al principio de este bárbaro interrogatorio que me has hecho te decía que jamás de los jamases llegaba a la casa Pancho, con las manos vacías. Sabía que si no olvidaba las recomendaciones de su mamá, siempre le tendría que ir bien. Y tenía en esto una fe ciega.

¿Qué tanta razón podía tener el doctor Brondo Whitt cuando afirmaba que “Villa era el hijo predilecto de la fortuna que se proponía a toda costa cobijarlo bajo la tibieza de sus alas”.

199.- ¿Tenía Villa el presentimiento de que sería asesinado?

—A pesar de lo cientos y cientos de peligros por los que atravesó, Pancho no platicaba de que tuviera presentimientos o corazonadas de que sería muerto a balazos en una emboscada, por ejemplo, como al final sucedió. Y la prueba de que así pensaba era que muy seguido sus amigos o simplemente sus “muchachos” en la hacienda de Canutillo, le recomendaban que no hiciera sus viajes a Parral usando el carro y le proponían que se fuera a caballo por distintos medios. Él solamente los oía pero no les hacía caso. Sobre todo al final de su vida, ya en paz, entregado a las faenas del campo, se creía muy seguro, porque estaba trabajando sin guerra para nadie, pensando solamente en que la tierra produjera lo más posible. ¡Qué iba a tener presentimientos tristes, si se hallaba completamente satisfecho y veía como una cosa totalmente liquidada su vida del pasado, su vida agitada!

200.- Si acaso vendiera este museo —y esto no pasa de ser una mera suposición— por necesidad o por cualquier otra circunstancia. ¿En cuánto lo vendería?

Tú lo has dicho indirectamente. No sería siquiera posible pensar en venderlo. Pero solamente para no dejar en blanco tu pregunta te diré que este museo vale realmente algunos millones de pesos. La casa ha sido codicia por muchos millonarios. En cierta ocasión me estuvo insistiendo mucho un norteamericano para que se la vendiera. Tanto estuvo molestando que le dije que si se trataba de poner un museo moderno, con todos los adelantos, estaba dispuesta a entrar de socia. No tuve respuesta a mi proposición. Pasados algunos años, recibí noticias de ese mismo tipo, diciéndome que si le concedía una entrevista y cuando le dije que sí, me señaló la fecha, en que haría el viaje en avión para que platicáramos. Nunca tuve noticias de él. O se murió o cambió de parecer. ¿Vender yo el museo? ¡Pero si ni en sueños!

201.- ¿Cree usted, doña Luz, que haya en el mundo una figura mexicana más popular que la del general Francisco Villa?

—Seré sincera, muy sincera: desde luego que no. Siempre he pensado que aunque son vidas muy distintas, aunque ambas giren en un auténtico patriotismo, ningunas figuras son tan conocidas en el mundo, como la del señor licenciado don Benito Juárez y la de Villa, ¿que esto parece una exageración? Pues no lo es. Sobre Villa se ha escrito en todos los idiomas. Pero no solamente eso, sino que su personalidad, sus grandes errores, que los tuvo colosales, sus fallas, sus éxitos, sus virtudes, que también fueron muchas, su valentía, su contribución para el triunfo definitivo de la Revolución Mexicana, se discuten, apasionadamente en todos los rumbos.

Las que parecían figuras inconmensurables por la propaganda que les hicieron en su tiempo, han ido pasando poco a poco, hasta quedar sepultadas en el olvido. Hace tres o cuatro meses un americano se puso a discutir conmigo sobre Pancho. Antes de irse me dijo: —Señora, usted no sabe cómo se nombra, cómo se recuerda al general Villa, en todos los países del mundo. Y he visitado muchos, vamos a decir que cuarenta y tantos, y siempre que han sabido que yo quiero mucho a

México y que me intereso por su historia, lo primero que me han dicho es esto: ¿Y qué nos cuenta de Pancho Villa?”. Y luego me hizo esta confesión: “En la ciudad de... (lamentablemente he olvidado el nombre porque me apendéjé y no hice ningún apunte) hay una escalinata muy interesante, dedicada a los hombres más grandes de la historia. ¡Y allí figura el nombre del general Villa!”.

Bueno, vamos a otra cosa: los escritores rusos en los últimos años se han interesado muchísimo por conocer, con profundidad, la vida de Villa, amén de las docenas de historiadores “gringos” que ahora investigan en serio la Revolución. Hace como nueve años apareció un libro sobre Pancho y me comentaba el general Eulogio Salazar Villegas, muy amigo mío, que lo había escrito I. Lavretski que era colaborador del Instituto de etnografía de la academia de ciencias de la U.R.S.S., y que corresponde a una serie titulada “Vida de hombres ilustres”, que fue fundada por el gran escritor Máximo Gorki, estando ilustrada con fotografías que pertenecieron al director de escena Serguéi Eisenstein. ¿Cómo no voy a estar orgullosa de esas cosas? Pero no solamente creo en la popularidad universal de Pancho, sino que como su pensamiento social fue muy adelantado, mucho más que los más adelantados de su época, el pensamiento de Villa es algo actual, que no ha pasado de moda, sino por el contrario es digno en los días que corren de que sea estudiado desde el punto de vista social.

Doña Luz toma un respiro. Y sigue vaciando su corazoncito:

—Y ahora te comentaré mi emoción, el día 21 de julio de este año, cuando leí en los periódicos editados en la Ciudad de México, la noticia de que el licenciado Echeverría, en unión de los otros dos Poderes, le rendía oficialmente un homenaje a Francisco Villa.

Mi amiga, con la mano temblorosa por el sentimiento que en estos instantes la embarga, me extiende un recorte del periódico “Excélsior” de la fecha indicada y me hace leer en voz alta lo siguiente, mientras ella, al escuchar la noticia, saborea el nuevo triunfo de Villa:

“Por primera vez en la historia de la Revolución Mexicana, el presidente de la República, asistió ayer a un homenaje luctuoso al jefe de la División del Norte, general Francisco Villa.

“Junto con el presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Alfonso Guzmán Neyra; del dirigente del Senado de la República, Enrique Olivares Santana y el de la Cámara de Diputados, Marco Manuel Suárez, así como los integrantes de su gabinete y el gobernador de Chihuahua, Óscar Flores, y el de Durango, Alejandro Páez Urquidi, presidió la ceremonia que por el L Aniversario de su asesinato, se efectuó en la glorieta de División del Norte y Universidad, donde se levanta una estatua ecuestre a su memoria”.

Los dos nos quedamos en silencio unos segundos.

Doña Luz rompe éste con una risa estruendosa que es rubricada por esta sonora frase:

—¡Y ahora que el presidente Luis Echeverría le ha tributado honores a Pancho, a ver qué opinan más de cuatro pendejos escritores que se solazan en negar lo innegable: El auténtico revolucionarismo de Villa.

El día 20 de julio pasado, al conmemorarse el L Aniversario del asesinato de El Centauro, hubo una enorme concentración humana en Hidalgo del Parral. Entre las representaciones de mayor significación y más numerosas, estuvieron los componentes de la caravana de trabajadores de los estados de Nuevo México, Texas y Arizona de los Estados Unidos. Líderes de mucha importancia, presidieron ese grupo, contándose entre ellos a William Soltero, dirigente de ochocientos cincuenta mil obreros latinos del Sindicato de trabajadores de la construcción de Arizona. ¡No cabe duda de que Pancho Villa sigue cabalgando por los difíciles campos de los problemas sociales! ¡No cabe duda de que, aunque se sigan discutiendo con pasión sus enormes, sus bárbaros errores y sus indiscutidas grandezas, cada día se adentra más en el alma de los luchadores sociales de todas las latitudes!

“Hecho de luz y de sombras —escribió en el año de 1962, el licenciado Alfonso Francisco Ramírez, en ese entonces ministro de la Suprema Corte de Justicia de México y presidente de la Academia Mexicana de Derechos Políticos— Villa persiguió un ideal de justicia social que no siempre pudo realizar equilibradamente, en el burbión de la lucha.

Pero es innegable su amor a los humildes y a las clases económicamente desvalidas; su pasión para castigar a los explotadores nacionales y a los extranjeros rapaces”.

Sería interminable la lista de referencias que pudieran hacerse sobre la popularidad mundial de jefe de la División del Norte. Cerremos estos comentarios con esta información: “En la Guerra Civil Española —lo cuenta el ingeniero Marte R. Gómez— una de las Brigadas Republicanas más distinguidas que ganó fama como desesperada se llamó Pancho Villa”.

202.- ¿Le ayudaron, o la aconsejaron, o la asesoraron, doña Luz, los profesores Manuel Aguilar Sáenz y Martín H. Barrios Álvarez, cuando escribió usted su libro *Pancho Villa en la intimidación*?

—Aunque hay tales por cuales que creen que me lo escribieron de principio a fin, están en un error muy grande. Bueno, se hacen pendejos para tratarme de ignorante. Me costó mucho, pero mucho trabajo esa obra, porque poco a poco iba apuntando detalles, anécdotas, sucesos. Siempre tenía, hasta en las noches, cerca de donde yo estaba, una libreta y un lápiz. Recuerdo que llegaba, recuerdo que quedaba aprisionado. Tanto Manuel como Martín a los que admiré con toda mi alma, porque los dos eran poetas y sin duda muy buenos escritores y además maestros muy queridos por las generaciones de estudiantes a las que guiaron, me honraron con su amistad. Cuando les comuniqué mi deseo de hacer un libro, se ofrecieron muy caballerosamente a hacerle las correcciones de estilo, o como se llame esa cosa. Venían a esta quinta, todos los domingos sin falla y tomábamos el café, mientras le dábamos vuelo al chisme o contábamos cosas del pasado, que los dos las conocían al dedillo y además les interesaba porque escribían sobre la historia de Chihuahua. Luego pulían algunas de mis frases, luego tachaban otra, luego corregían errores de gramática o de ortografía. Pero eso fue todo lo que hicieron. Yo los quise mucho, es cierto, pero no les permití que desfiguraran mi obra. Yo, pues, escribí ese libro.

Y los lectores que no están relacionados con el medio cultural de Chihuahua, han de preguntarse, ¿y quiénes eran Manuel Aguilar Sáenz

y Martín Humberto Barrios Álvarez? Dejemos constancia, aunque sea a vuelo de pájaro de lo que fueron y de lo que valieron estos dos hombres-símbolos:

“Y a lo largo de los años —escribe Barrios Álvarez en el libro *Prosa y poesía de don Manuel*— puedo decir que no conocí, hasta ahora, un hombre más cabal en la hombredad y en el saber, pero a la vez, más modesto en lo que se refiere a la cultura que atesoraba.

“Debo mencionar que publicó al lado de Gutiérrez Nájera, de Salvador Díaz Mirón, en compañía de Manuel Puga y Acal y Luis G. Urbina, la generación modernista, acaso la más completa, en la “Revista Azul” y en la “Revista Moderna”.

“En la Escuela Nacional Preparatoria, fue de los alumnos predilectos del maestro don Justo Sierra, en la cátedra de historia universal. El eminente campechano era un compositor de inigualada elocuencia. Aguilar Sáenz tomaba los apuntes de la cátedra y éstos le fueron solicitados por el maestro para componer su historia universal, editada en varias ocasiones, pero bellamente publicada durante el régimen presidido por el señor general Obregón, por el ministro Vasconcelos, en la Secretaría de Educación. Don Justo confió la corrección de las pruebas a don Manuel”.

“Lleno de hombredad, sufrió conmigo prisión. Habíamos venido publicando ‘El Correo de Chihuahua’, hoja periodística que estaba haciendo mucho daño al Gobierno presidido por el ingeniero Andrés Ortiz. En dicha hoja había quedado inserta alguna referencia a su Gobierno. Y el gobernador, nos había hecho ingresar a la penitenciaría del estado, en colusión con el juez, don José Vicente Vera, acusados del delito de rebelión.

“Se presentó a las tres de la mañana.

“Por distinción que nos había hecho el señor teniente coronel, don Ernesto Hevia del Puerto, director del penal, se nos había señalado la parte superior, cubierta, del edificio, del corredor anexo a las oficinas para que allí durmiéramos y no en las crujías correspondientes. A la hora que menciono, llegó el funcionario gobernador, precedido por el llavero a quien había ordenado abrir la prisión y que les condujera a donde estábamos nosotros. Así se hizo y cuando llegó dijo estas palabras:

“—Así quería verlos, hijos de...

“Aguilar Sáenz, dueño de una admirable serenidad y que había estado dictándome del inglés la traducción de *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, se levantó e *ipso facto* escupió la cara del mandatario.

“A los pocos instantes, el alba dejó su luz sobre la ciudad”.

Martín H. Barrios Álvarez, que murió hace apenas unos meses, dejó una honda, profunda huella en la vida activa de Chihuahua, pues lo mismo supo ser líder incorruptible que funcionario honesto y cabal, que catedrático incomparable, que literato de altos vuelos, que inspiradísimo poeta.

Alguna vez, el día 28 de junio de 1967, para ser precisos, cuando la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos le concedió el título de “Socio honorario vitalicio”, dije esto de él:

“Como maestro, fue y es admirable y admirado. Como hombre, es íntegro y por ello merecedor del respeto público. Como amigo, es incomparable. Como poeta, supo atrapar las musas, haciendo que convivan junto a sus pobrezas, tan repletas de dignidad.

“Como escritor lo es fecundo, ameno, portador de mensajes hermosos y profundos. “Como protector de estudiantes, es un caso único. ¡Las veces que su economía doméstica se ha desquebrajado por tender una mano —siguiendo el consejo evangélico de que la otra no ha de darse cuenta— al muchacho pobre que carece de lo más indispensable para sus estudios.

“Como líder obrero, ha alcanzado la altura más difícil de conquistar: La de la honradez en el pensamiento y en la acción. Como funcionario público, cumplió no sólo con decoro, sino con brillantez.

“Creo que todo esto queda sintetizado en unas cuantas palabras: Martín Humberto Barrios Álvarez es un maestro pobre, bueno y sabio. Se podrían fabricar muchas frases que describieran a este luchador social indomable, inquieto, fiel a sus principios. Posiblemente la frase que un día aplicara a su amigo Aguilar Sáenz, sea la que le venga como anillo al dedo: “No es un maestro de la cátedra, sino todo un maestro de la vida”.

Y ya que hemos evocado la figura del poeta Aguilar Sáenz, no creemos ni debido ni oportuno dejar en el olvido transcribir el poema que dejara este singular chihuahuense, escrito en el libro de recuerdos de doña Luz:

Rosa de Luz

Por mujer y mexicana,
eres bondad y ternura,
tiene tu alma la dulzura
de una azucena temprana.

En tu frente la mañana
deja su luz, blanca y pura
porque calmas la amargura
como una Samaritana.

Para ti el verso sencillo
nacido del alma mía
cual la sencilla armonía
de pastoril camarillo.

Sea señora, en tu castillo
rosa de luz, mi poesía...

Chihuahua, septiembre de 1951.

203.- Hace unos momentos hablábamos de un autor ruso que se apellida Lavretski, ¿cuál fue, textualmente, el elogio que tuvo para Villa?

—Mira, casualmente hace unos días di con él. Puedes leerlo. Y lo hago: “Han pasado muchos años desde que sonaron las salvas fúnebres sobre la tumba de Pancho Villa en el cementerio de Parral. Pero el recuerdo del Centauro del Norte vive en el pueblo hasta hoy día. Pancho Villa y su compañero Emiliano Zapata, continúan siendo los héroes más queridos del pueblo mexicano”.

¡Cómo se queda satisfecha mi amiga, cuando muestra estos valiosos testimonios a los que se interesan por la vida de su esposo! ¡Con qué orgullo enseña “papeles viejos, pero elocuentes” relacionados con la existencia de Villa, aquel hombre a quien el viejo luchador que fue el

licenciado Antonio Soto y Gama calificó de “arquetipo de virilidad”, de heroísmo y de bravura”.

Hemos llegado, al final de nuestra tarea. Hacemos la última pregunta:

204.- ¿Por qué cree usted que la juventud actual, que exige nuevas estructuras, universidades populares, gobernantes honestos, invoca con tanto cariño y tan repetidamente la figura de Pancho Villa?:

—Es que la infinita mayoría de ellos, saben historia y no se dejan ya engañar por tanto “jilguero” que anuncia que vivimos en jauja. La juventud que ahora alborota, que ahora grita, que ahora exige, tiene harta razón en muchas cosas. Y ven la actitud de Villa en la época histórica que le tocó vivir, como acorde con los pensamientos juveniles actuales. Villa luchó toda la vida por los de abajo, por los marginados, por los que carecían de libertad política. ¡Cómo se preocupaba por su pueblo! Imagínate tú, él, que llegó a tener la responsabilidad de dar de comer, de dar vestido y de pagar sueldos a cuarenta mil soldados, todavía tenía alma de recoger niños pobres abandonados en las calles, no solamente para darles un pedazo de pan, sino para educarlos.

La juventud actual, la limpia, la mexicanista, cuando grita ¡Viva Villa!, no lo hace sólo por invocar a un hombre que luchó abiertamente por los desheredados, sino que ese grito, es resumen, síntesis de su deseo de luchar abiertamente por conseguir sus ideales.

Hemos terminado nuestro cuestionario y nos sentimos profundamente satisfechos, Durante muchos días gratos, tratamos de penetrar en el alma de una mujer superior y entendemos y medimos el alcance de este adjetivo, al estamparlo en estas páginas.

Doña Luz vive materialmente para reivindicar —tal vez sería mejor decir rendirle un perenne culto amoroso— la figura de Villa.

Mujer inteligente, de mucha y variada lectura, de estupenda experiencia a fuerza de haber sido uno de los planetas de la Revolución Mexicana, siempre girando alrededor de aquel que fuera un sol, portento de energía, de valor, de fuerza desencadenada, de amor a la justi-

cia primitiva, la que no acepta leyes ni conoce códigos, doña Luz pasa su vida hablando de Villa, con tal ternura, que al evocarlo, sus ojos azules —aún bellos— constantemente se “llenen de agua”, mientras pronuncia el nombre bien amado de “Pancho”.

Dígase lo que se diga y aunque sonrían maliciosamente los historiadores de oficio o los investigadores de paga, esta mujer, nacida en la sierra de Chihuahua, con todas las virtudes de la mujer nortea, todavía es capaz de defender con dientes y garras, la memoria de su marido, es una Historiadora.

No lo es ni por sus estudios ni por lo que ha podido ir recopilando a través de sus ochenta años de vida fecunda. ¡Y vaya si pesan ochenta años, así sean ochenta rosas que se llevan en las manos como es el caso de doña Luz!

Ella es una Historiadora, que cuenta y escribe historia por la sencilla razón de que fue a veces, parte principal de ella, a veces, testigo presencial.

Rubén Marín, el estupendo novelista mexicano, dueño de una prosa que es poesía pura, escribió alguna vez:

“La diferencia entre el historiador documental y de gabinete y el testigo que escribe, está en que mientras aquél concurre con erudición, puntualidad, sindéresis y equilibrio, éste aporta vida, sustancia de ser, movimiento y pasión, reproduciendo lo acaecido, según lo vieron sus ojos al calor de la proximidad y según lo percibió con sus sentidos, a partir de la piel, y de la miseria o el llanto”.

Y exactamente esto es lo que hace nuestra ilustre paisana: cuenta lo que vieron sus ojos, al calor de la proximidad y con una pasión que luego asombra.

Quienes piensan que ella dice que Villa no fue un hombre con un bárbaro cargamento de errores y con una descomunal lista de fallas, están muy equivocados. Reconoce todo esto y no trata de disculpar a El Centauro. Sencillamente cree que Villa cumplió con su destino.

¡Y cómo relampaguea la alegría en sus claros ojos, cuando describe cada una de las mil hazañas de quien pastoreaba tormentas, mientras el andar de su caballo ensanchaba los campos donde la Revolución había triunfado, como antes, muy antes, se ensanchaba Castilla, al paso del caballo del Cid!

¡Y cómo se siente orgullosa cuando recuerda, por ejemplo, a un Villa humano que servía de padre a los niños huérfanos o hambrientos, o bien “las tomadas de pelo” que les daba a los gringos, cuando éstos, en un desorbitado derroche de fuerza militar, lo persiguieron para darle “un ejemplar castigo por lo de Columbus”. Y la sonrisa de doña Luz, se hace más franca y más fresca cuando imagina la malicia con que hablaba Villa de “la persigna”, como le decía a la aventura a nivel de perseguidor que escenificó Pershing.

La viuda legítima —también las hay falsificadas— del genial guerrillero de Durango, tan identificado con los hombres y las costumbres y los ideales de los chihuahuenses, carga sobre sus espaldas toda una leyenda, una estupenda y hermosísima leyenda.

Total: doña Luz es todo un acontecimiento, porque “es casi inverosímil —dice Fernando Garza Quiroz— en esta segunda mitad del siglo Veinte, encontrar personas tan cercanas al mito”.

Quisiera recordar siempre —y sin duda así será— la última impresión que recibí de esta mujer de soberbio espíritu y de sonrisa bondadosa, después de que había concluido este trabajo: su limpia alegría que ha sido motivo de comentarios y de inspiraciones.

¡Con que emoción rindo pleitesía a esta mujer, en cuyo velero, sólo hay una bandera desplegada a todos los vientos: la que va pregonando el recuerdo alquitarado del más soberbio ejemplo que dio la Revolución Mexicana y cuyo molde fue estrellado —como si fuera un arranque del propio Villa— para que ya jamás pudiera hacerse otro tipo de esa desconcertante grandeza.

Doña Luz ha recibido una tupida lluvia de devotos testimonios de afecto.

Sus “álbumes” lucen rúbricas de políticos prominentes, admiradores o no de El Centauro; de maestros esclarecidos; de filósofos; de gente del pueblo, capaz de sentir y de dar limpia ternura; de hacedores de versos.

Y hago un pequeño paréntesis, para estampar una breve, rara y bella joyita lírica que el viejo —nació en 1882— poeta español, tan sobrado de inquietudes y tan buen tallador de frases de esmeraldas, Alfonso Camín, dedicó a doña Luz:

Él me la pagó en la riata,
después de lo del Parral.
Mi chata, que era una ingrata
se fue con el mayoral,
porque tenía mucha plata.
La “doblé” junto al jacal
donde oyó mi serenata.
Compadre: Mira el puñal
con la sangre de mi chata.
¡Él me la pagó en la riata
después de lo del Parral...!

Acabo de darle las más rendidas gracias a mi amiga, por la forma tan fina y tan bondadosa con que contestó mis más de doscientas preguntas. Ella, pensativa, deja que se pierda su mirada.

Y entonces, devotamente, contemplo sus ojos de cielo, que han de haber sido hermosísimos, como aquellos otros a los que, Gutierre de Cetina, hace cuatro siglos, les dedicó el más enternecedor madrigal que hayan pronunciado labios enamorados y que empiezan así:

“Ojos claros, serenos...”.

Y mi postrer reflexión es breve y concisa:

¡Cómo no iba a estar enamorado “quien empujaba huracanes con el pecho de su caballo” de esta mujer excepcional!

Colofón

